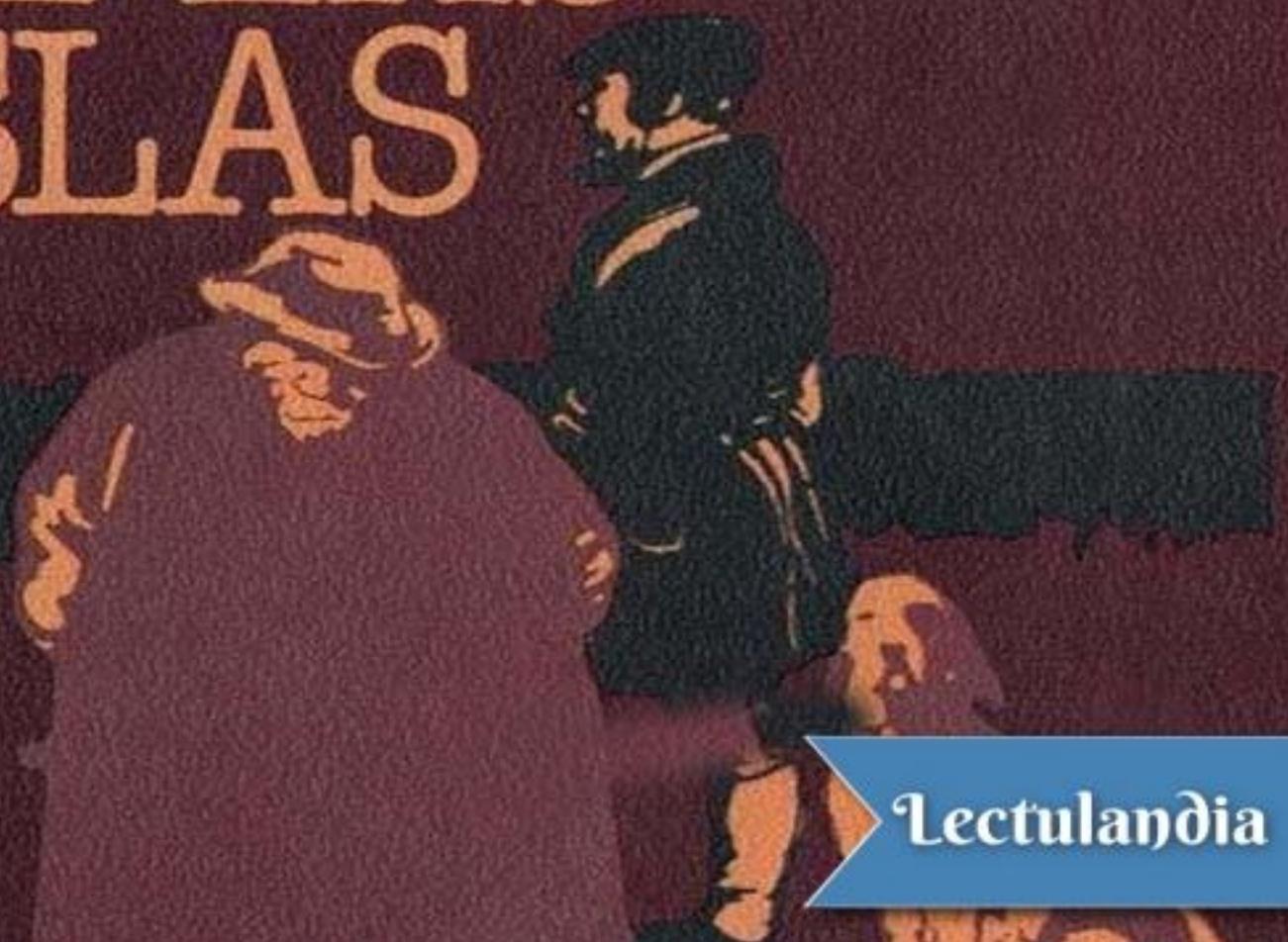


JOSEPH
CONRAD

UN
VAGABUNDO
DE LAS
ISLAS



Lectulandia

Conrad, en «Un vagabundo de las islas» nos presenta a Peter Willems, protagonista de una historia prefaulkneriana, auténtico holandés errante.

Como Lord Jim, es un personaje típicamente conradiano: maldito, prisionero de sus propias pasiones, megalómano y, al fin, atormentado por el peso de la culpa.

El autor nos sitúa con esta obra en la capital de las islas Célebes, donde vemos a Willems como un pequeño reyezuelo, mano derecha del poderoso y cruel comerciante Hudig. Pletórica de situaciones extremas, en la obra fascina, sobre todo, la oscura y maldita personalidad del holandés, misterioso y enigmático enemigo de sí mismo.

Lectulandia

Joseph Conrad

Un vagabundo de las islas

ePub r1.0

Titivillus 26.01.2017

Título original: *An outcast of the islands*

Joseph Conrad, 1896

Traducción: Antonio Guardiola

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

I

Cuando abandonó por primera vez en su vida la estrecha y rígida senda del deber, lo hizo con el sincero propósito de volver al camino de la virtud tan pronto como aquella extraña excursión hacia el Mal hubiera producido el efecto deseado. Según él, iba a ser un episodio sin importancia en medio del fecundo y florido cuento de su vida, algo momentáneo y fugitivo, aceptado contra su deseo, y que más tarde podría continuar mirando cara a cara la luz del sol, disfrutando de la misma existencia plácida y respirando el aire cargado del perfume de las flores en el pequeño jardín que se extendía ante su casa. Imaginaba que todo iba a seguir igual, que él podría continuar tiranizando a su pobre mujer, contemplando a su hijo y dominando altivamente a su cuñada, que, aunque vestida hasta cierto punto a la europea, miraba al blanco esposo de su hermana como a un dios. Aquéllas eran las grandes alegrías de su vida, y no podía imaginarse que ninguno de sus actos, fuera el que fuese, tuviera la suficiente fuerza moral para destruir el encanto de todas aquellas cosas, empañar o eclipsar la luz del sol, robar su aroma a las flores, borrar la sonrisa de los labios de su hijo o arrebatarle un ápice del respeto con que le miraba y le mimaba Leonardo da Souza y toda la familia Da Souza. La admiración de aquella familia era el gran orgullo de su existencia. Parecía rodearle de una especie de inquebrantable seguridad y de una superioridad indiscutible. Le gustaba aspirar con inacabable delicia el tosco incienso que aquellas gentes quemaban sin cansarse ante el altar del venturoso *hombre blanco*; del hombre que les había hecho el inmenso honor de casarse con su hija, hermana o prima; de aquel hombre de alta alcurnia, seguramente, que sabría elevarse más y más todavía; del empleado de confianza de Hudig y Compañía. Ellos eran una turba numerosa y sucia, que vivían en casas malolientes y viejas, construidas con bambúes, rodeadas de patios fétidos, en las afueras de Macasar. Él los ayudaba cuanto podía, aunque teniendo la íntima seguridad de que todo lo que se hiciera por ellos sería inútil. Constituían una raza mestiza, perezosa, miserable, débil, sucia, siempre vestida de harapos; las viejas, gordas y hediondas, parecían odres hinchados, eternamente apoyadas en sillas rústicas en los rincones polvorientos y sucios de sus casuchas; las jóvenes, delgadas y pálidas, de grandes ojos negros, con la cabellera larga y lacia, se movían lánguidamente, con lentitud y parsimonia de sacerdotisas de un extraño culto. Se había acostumbrado a oírlas gritar y pelearse a cada instante, a oír llorar a los chiquillos, al mismo tiempo que, del fondo de los corrales y de los patios inmundos que rodeaban sus viviendas, salía de continuo el eterno gruñido de los cerdos. Las chozas, las cabañas míseras, estaban siempre envueltas en el insoportable hedor de basura que procedía de los corrales. Y, sin embargo, él vestía y alimentaba a toda o a casi toda aquella gente, a aquella turba miserable que le causaba repugnancia, a aquella multitud degenerada que descendía de los primitivos conquistadores portugueses del país. Podía decirse que era su Providencia. Se complacía en enseñarles oraciones, que luego cantaban todos a coro, olvidando por

unos momentos su miseria y su suciedad infinitas. Es verdad que eran muchos y que sus necesidades eran numerosas, pero, por fortuna, él podía atenderlas todas sin llegar a arruinarse. En cambio, ellos le veneraban de un modo callado y dulce; le querían, le idolatraban.

El ser Providencia de alguien es algo muy importante, y el oírsele llamar cada día comunica a la persona el sentimiento de una inmensa e indiscutible superioridad. Esto le ocurría a Willems, para quien era motivo de legítimo orgullo. Él no analizaba el estado de la mente de aquella multitud harapienta; se contentaba con saber que, de no ser por la generosidad con que él los trataba, todos ellos hubieran perecido muy pronto de hambre. La liberalidad de Willems los había desmoralizado, cosa demasiado fácil de conseguir. Desde que él se casó con Joana habían perdido su escasa habilidad y la fuerza que tenían para el trabajo, que aceptaban antes sólo empujados por la necesidad. Willems los quería sinceramente, al verlos tan sumisos y obedientes a todos sus deseos.

Por lo demás, él necesitaba escasos placeres para sentirse dichoso en aquel país semisalvaje. Le gustaban los juegos de destreza y habilidad, tales como el billar y el póquer. Había sido el más aventajado discípulo de un americano serio y callado, que había ido a parar a Macasar como si hubiese surgido de las inmensas soledades del océano Pacífico, pues jamás hablaba de sus orígenes, limitándose a decir que había pasado su infancia en San Francisco de California. El recuerdo del americano estaba presente siempre que se jugaba al póquer, pues desde entonces este juego se había hecho popular en la capital de las Célebes. Asimismo el americano dio a conocer en Macasar un delicioso cóctel, que luego se habían ido transmitiendo de uno a otro todos los criados chinos del «Hotel Sonda», los cuales guardaban el secreto de la bebida misteriosa en el dialecto de Kwang-Tung, que casi todos conocían. Willems, como decimos, era un adorador del póquer y del famoso cóctel del americano. No se vanagloriaba de ello, sin embargo; su gran orgullo era la confianza que en él tenía Mr. Hudig, su principal.

Experimentaba ese irresistible deseo de intentar instruir a los otros, de comunicar datos y noticias de todo a los demás, que es inseparable de la más espesa ignorancia. Willems creía saberlo todo. Desde el día en que todavía con el espíritu lleno de dudas, abandonó aquel ducado del este de la India, en el principado de Samarang, Willems se había dedicado a estudiarse a sí mismo, a estudiar las costumbres de todos los países que iba atravesando, a observarlo y a conocerlo todo... Y creía que, gracias a la enorme suma de conocimientos adquiridos durante aquel tiempo, había podido llegar a ocupar el lucrativo cargo que entonces desempeñaba. Siendo de naturaleza apocada y tímida, su éxito le llenaba de admiración y casi le hacía estremecer, habiéndose hecho por último ferozmente vanidoso y fatuo. Era de los pocos hombres que creen en sí mismos, y para él su sabiduría era la más acertada y vasta del orbe. Todos aquellos indígenas que le daban cariñosas palmaditas en la espalda y le saludaban ruidosamente al verle aparecer, se beneficiaban de su experiencia. Y para

que a ninguno de los indígenas le faltara la luz de su ciencia infinita, cada tarde les daba lecciones, mientras iba sorbiendo con lento regodeo el delicioso e inolvidable cóctel, que le mojaba el negro bigote con el hielo desmenuzado. Al caer la tarde, con el taco en la mano, todavía hablaba con algún joven contrincante que jugaba con él al billar. Las mismas bolas de marfil parecían detenerse para escuchar su palabra, mientras el criado chino que marcaba los tantos, recostado negligentemente contra la pared, miraba, con su pálido rostro y sus ojos que parecían cosidos, el tapete verde sobre el cual brillaban, muy bajas, dos lámparas de petróleo. Los ojos del chino parecían cerrarse, mientras oía la interminable letanía de palabras, para él ininteligibles, que murmuraba el hombre blanco. Luego, en una pausa de la conversación, continuaba el juego, y las bolas zigzagueaban caprichosas sobre el tapete, hasta derribar los diminutos bolos que el chino volvía a colocar verticalmente en el centro de la mesa. A través de las grandes ventanas y de las puertas abiertas penetraba el olor salobre del mar y el perfume de la tierra y de las flores del jardín que rodeaba al hotel, y que se mezclaba al hedor de las lámparas de petróleo. Las cabezas de los jugadores se sumergían bajo los chorros de luz cada vez que jugaban, y luego volvían a hundirse en las sombras de las pantallas verdes. El reloj daba rítmicamente las horas y las medias. El criado chino, con una voz aguda que recordaba el ladrido de un perro, iba repitiendo los tantos con monotonía adormecedora, hasta que por fin casi siempre ganaba Willems. Entonces, éste, quejándose de que era tarde y recordando que era un hombre casado, salía precipitadamente del hotel a la calle larga y solitaria, después de murmurar un nervioso ¡«Buenas noches»! A aquellas horas, su rostro blanco semejaba una mancha de luz de luna, donde los ojos brillaban como dos luceros en un cielo sereno. Willems se dirigía hacia su casa, siguiendo la calle flanqueada por jardines de una lujuriente y soberbia vegetación. Las casas, a derecha e izquierda, desaparecían bajo la masa verdinegra del espeso follaje. Willems tenía toda la calle por suya. Le gustaba ir por el centro de ella, contemplando su sombra, que danzaba rítmicamente ante sus ojos. Él la contemplaba complacido. ¡Era la sombra de un hombre tan feliz! Sentíase ligeramente aturdido a causa del cóctel y de la satisfacción que le producía su propia gloria: una especie de embriaguez, para emplear la palabra acertada. Como decía sin cansarse la gente, él había llegado de Occidente hacía catorce años siendo un pobre diablo, un verdadero golfillo. Su sombra debía de ser entonces muy pequeña también. En cambio, ahora se decía, con una leve sonrisa de inmensa satisfacción, que aquella sombra que contemplaban sus ojos era nada menos que la sombra del empleado de confianza de «Hudig y Compañía», que iba hacia su casa. ¡Qué inmensa gloria! Él había vencido en los dos juegos, en el de la vida... y en el del billar. Aligeró el paso, haciendo sonar en su bolsillo el dinero que había ganado y pensando en los días durísimos que habían decidido el camino de su vida. Recordó su viaje a Lombok, cuando fue a buscar caballos, primer asunto de consideración que Hudig le había confiado. Luego, evocó otros negocios de más importancia: el tranquilo y sencillo

comercio del opio; el ilegal tráfico de la pólvora; el gran negocio del contrabando de armas de fuego, y las alambicadas y expuestas relaciones que tuvieron con el rajá de Goak. Habían podido llevarse todos a cabo gracias a su bravura indomable, a su tesón y a su audacia. Tuvo el valor y la osadía de presentarse al nuevo gobernador de la comarca, lo sobornó regalándole una carroza dorada y llena de espejos, lo engañó y obtuvo de él cuanto quiso. Él desaprobaba al que hunde su mano en la bolsa ajena para apoderarse de los bienes de otro, pero reconocía que hay ocasiones y circunstancias en que se pueden y deben burlar las leyes. Algunos llaman a esto chantaje o estafa, pero son los simples, los locos, los débiles o los hombres incapaces de acción; el hombre sabio e inteligente, el fuerte, se ríe de todo eso y no tiene escrúpulos. Donde hay escrúpulos, hay debilidad. Willems repetía con frecuencia esta sabia máxima a la juventud. Constituía su doctrina, y él mismo era una brillante muestra de aquella verdad, un ejemplo rotundo e innegable.

Noche tras noche regresaba de aquel modo a su casa, después de una jornada de trabajo y de placer, aspirando el incienso que él mismo se ofrecía y escuchando el himno que él mismo dedicaba a su suerte y a su prosperidad. El día que cumplió los treinta años volvió a su casa de la misma manera, tras una tarde pasada en agradable y ruidosa compañía. Mientras andaba a lo largo de la calle desierta, el sentimiento de su grandeza volvió a embargarle, y experimentó la sensación de que una fuerza misteriosa le elevaba de la tierra vulgar y oscura de Macasar. En su ánimo se mezclaban también sensaciones de alegría infinita y de profunda satisfacción, con ligeros temores y remordimientos. Lamentaba no haber hablado más a sus compañeros aquella tarde, y luego, en el hotel, acerca de sus propios méritos. En compensación, tenía el propósito de hacer que su mujer se levantara en cuanto llegara a su casa y obligarla a que le escuchase. ¿Por qué no se habría de levantar su mujer, preparándole, de paso, un soberbio cóctel...? ¡Sí, sí, estaba seguro de que lo haría así! Si él lo deseaba, toda la familia Da Souza se levantaría. Sólo con que él pronunciara una palabra, todos se levantarían e irían a sentarse ante él en el duro y frío suelo, escuchándole durante horas y horas... Pero no, aquella noche no necesitaba más auditorio que su propia esposa...

¡Su esposa...! Se estremeció ligeramente. Era una mujer de aspecto lúgubre y triste, en cuyos ojos se reflejaba un eterno espanto, de boca abierta y labios colgantes, que le escuchaba siempre con dolorosa admiración, sorpresa y respetuoso silencio. Ya estaba acostumbrada a los discursos nocturnos de su esposo. Al principio se había rebelado. Una sola vez. Ahora, en cambio, mientras él se balanceaba en una mecedora, o hablaba y bebía, ella, inmóvil al otro extremo de la mesa, con las manos cruzadas sobre el regazo, le escuchaba, silenciosa y llena de admiración, durante horas enteras, hasta que él la despedía murmurando brevemente un «¡Anda a acostarte, mujer!» lleno de compasión despectiva. Ella entonces dejaba escapar un suspiro contenido, y salía de la habitación experimentando un alivio, como el que se quita un gran peso de encima. Nada la conmovía ni la hacía protestar o rebelarse.

Después de aquella primera intentona de rebeldía, la mujer sentía un profundo terror por su esposo, y no se había atrevido a protestar de nuevo. Desde entonces, Willems consideraba a su mujer como el ser más débil y apocado del mundo. Por lo demás, no tardó en comprender que había sido una desgracia casarse con ella. Pero, en fin, ya no había remedio. Tuvo que buscar alojamiento, y como el casamiento parecía haber agradado a Hudig, éste le cedió el bungalow, aquella lindísima casita rodeada de flores y de una vegetación exuberante, hacia la que en aquellos momentos se dirigía bajo la pálida luz de la luna. Bien es verdad que desde entonces también él contaba con la adoración de toda la tribu de los Da Souza. Quién sabe si, transcurridos otros tres años, toda la población blanca de la comarca le propondría para gobernador...

Alguien pasó a su lado y le dio las buenas noches. Entonces él aligeró el paso aún más.

Luego vio brillar a su izquierda un débil punto de luz en la puerta del jardín de Mr. Winck. Recostado contra uno de los pilares de ladrillo de la entrada, Mr. Winck, el cajero de «Hudig y Compañía», fumaba su último cigarro de la tarde. Desde lejos, a pesar de la pálida claridad de la luna, reconoció a su compañero, y murmuró:

—Es nuestro excelente Mr. Willems.

Una voz afirmó a sus espaldas:

—¿Es verdad lo que afirman de él? Dicen que le pega a su mujer...

Era Mrs. Winck la que había hecho esta pregunta, y el marido hizo un gesto vago y contestó con voz lenta y serena:

—¡Oh, no, querida, no!

Willems no era de los que pegan a las mujeres. De haber querido martirizar a su esposa no habría echado mano de aquel procedimiento primitivo de los golpes. Él conocía muy bien a Willems, y le tenía por un hombre muy listo y eficiente. Y dando la última chupada al cigarro, Mr. Winck recordó que él fue, él mismo, quien dio excelentes informes de Willems en «Hudig y Compañía» cuando Mr. Hudig proyectó confiar a aquél los primeros asuntos importantes.

—Lo que ocurre —murmuró Winck con voz apenas perceptible— es que Mr. Willems se está convirtiendo en un personaje peligroso... Va sabiendo demasiados secretos de *la Casa*... Deberían librarse de él...

Calló, al ver que su esposa había entrado ya en la casa, arrojó la colilla del cigarro y siguió a su mujer lentamente.

Mientras tanto, Willems continuaba andando hacia su casa, envuelto en sus hermosos sueños acerca de su porvenir. El camino que iba a recorrer de entonces en adelante estaba sembrado de flores. Es verdad que había abandonado ya la senda de la honestidad y del deber, pero sólo por poco tiempo. Pronto volvería a no tener que reprocharse nada y a olvidar el leve tropiezo... Se trataba, en realidad, de una pequeñez. Mientras tanto, su deber era procurar que nadie descubriese su secreto, y él confiaba en su habilidad, en su estrella y en su sólida reputación de honradez, que no permitirían que nadie sospechase nada. En realidad, era responsable de una pequeña

falta... Se había apropiado, temporalmente, claro está, de cierta suma perteneciente a la Casa Hudig. ¡Una necesidad ineludible! Pero él se juzgaba a sí mismo con la indulgencia con que hay que juzgar siempre las debilidades del genio. Él repondría aquel dinero, y todo continuaría como antes. Nadie saldría perjudicado, y él podría continuar su gloriosa ascensión hacia la meta en la que tanto soñaba: ¡llegar a ser socio de Hudig!

Antes de subir las escaleras del bungalow, se detuvo un instante con los brazos cruzados, contemplando sobre la arena del jardín la sombra del futuro socio de Hudig. ¡Qué ocupación, qué puesto más glorioso...! Entonces estaría salvado para siempre, sólidamente instalado en la vida, victorioso, a prueba de todos los asaltos y de todos los contratiempos del mundo...

II

Aquél era el viejo mar, el mar últimamente conocido por los europeos, que había perdido su infinito encanto de espejo eterno y sereno de un cielo siempre azul después que la codicia empujó a las primeras flotas de mercaderes desde las costas del mar Rojo a los países misteriosos de Oriente. El misterio que rodeaba a aquellos países había sido pronto revelado; y una multitud bárbara y atacada de la sed de oro se lanzó sobre aquellos mares poco antes desconocidos, en busca de riquezas.

Tom Lingard era un enamorado al mismo tiempo que un fiel creyente del mar. El mar le había abierto sus azules brazos desde su infancia, moldeando intensamente su cuerpo y su alma. El mar le había dado su soberbio aspecto, su voz grata y sonora, sus fieros ojos, su corazón cándido, noble y confiado, su absurda fe en sí mismo y su alteza de miras. Tom Lingard se había hecho rico en el mar y por el mar. Por eso lo adoraba con la constancia de un creyente y de un enamorado; lo conocía bajo todas sus formas, lo temía con el discreto temor del hombre prudente, y sentía por él la honda gratitud de un corazón noble.

Lingard debía su fortuna a su pequeño bergantín, bautizado con el poético y expresivo nombre de *Relámpago*. Había llegado de un puerto de Australia, y al cabo de muy pocos años no había un solo hombre blanco en las islas, desde Palembang a Ternate, o desde Ombawa a Palawán, que no conociese al capitán Tom y a su bello y simpático barco. Su generosidad y su carácter campechano y abierto le hicieron pronto popular y querido, y aunque al principio la violencia de su temperamento, que se manifestaba en algunas ocasiones, había inspirado cierto temor, pronto se convencieron todos de que la cólera del capitán era inofensiva en el fondo. Entonces prosperó grandemente. Después de haber conseguido, en sus primeros meses de navegación por aquellos mares, rescatar el yate de un importante personaje, la popularidad del capitán Tom aumentó considerablemente. En unos cuantos años, su fama llegó a ser muy grande. Siempre visitando los puertos y las ensenadas más apartados de aquellas islas, siempre buscando nuevos mercados para los productos que se le confiaban —más que con ánimo de lucro, con un noble deseo de expansión para las mercancías—, pronto fue conocido por los malayos, y su bravura y feliz temeridad en varios encuentros con los piratas hicieron temible su nombre por todos aquellos mares. Todos los blancos que vivían por allí no tardaron en darse cuenta de que le halagaba la popularidad y de que no le desagradaba tampoco que le llamaran «malayo» a él también. Así, pues, cuando querían encomendarle algún asunto de interés, en vez de decirle «capitán Lingard» le llamaban, con cierta ironía, «rajá de Laut» o «Rey del Mar».

Y llevaba varios años haciendo honor a este nombre cuando un día, estando anclado su barco en la rada de Samarang, le ocurrió una extraña aventura.

Aquella mañana había zarpado del puerto un buque holandés, el *Kosmopoliet IV*,

con rumbo a Oriente, y Lingard, después de pasear por la ciudad al oscurecer, se hizo llevar en un coche hacia los muelles. Éstos estaban desiertos. Era una noche estrellada, silenciosa y serena. La Aduana y todos los edificios que rodeaban al puerto estaban ya cerrados. De pronto, y cuando ya estaba cerca de las escalerillas del embarcadero, donde le esperaba el bote malayo que había de llevarle a su barco, Lingard sintió que alguien tiraba violentamente de su chaqueta.

Se volvió airado y vio junto a él a un mozalbete de unos quince años, que murmuraba:

—Señor capitán inglés...

—¿Quién eres tú? ¿De dónde diablos has salido? —inquirió el capitán, extrañado, pues hacía un instante no se veía a nadie en los muelles y Lingard se creía completamente solo.

El joven sonrió y señaló a un buque.

—¡Ah, ya! Has venido escondido en un barco, ¿no es así? Bien, ¿qué es lo que quieres? ¡Habla!

El muchacho intentó explicarse en un inglés detestable, pero el capitán le interrumpió de nuevo:

—Sí, ya te entiendo. Eres de los que se escapan de casa... Pero ¿por qué no te diriges a tus compatriotas, en vez de acudir a mí?

—Porque me obligarían a volver a mi país —repuso el joven.

—Sería lo mejor.

—No, no, de ninguna manera —repuso el chico, que no era otro que Willems—. En mi país no hay dinero..., no van bien las cosas.

—Entonces, tú lo que quieres es dinero, ¿no es así? ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—¿Y tienes hambre?

—Un poco...

—Entonces, ¿quieres acompañarme en aquel buque? Ahí tengo una barca esperándome.

Por toda respuesta, el muchacho comenzó a andar hacia las escalerillas del muelle y saltó a la barca, sentándose en un banco de popa.

El capitán se sentó a su vez en la proa y dio una breve orden al remero malayo, que impulsó vigorosamente la pequeña embarcación en dirección al bergantín, cuyas luces marcaban en la oscuridad la silueta del buque.

Así empezó su carrera de aventurero el ilustre Willems.

Lingard supo en menos de media hora la vulgar historia de Willems. Su padre era un empleado de poca categoría de una casa armadora de Rotterdam; su madre había muerto. El chico había sido siempre muy listo, aprendiéndolo todo, pero fuera de la escuela. En su casa se vivía muy estrechamente, pues eran muchos hermanos. El padre se pasaba el día trabajando en el muelle, y luego, por la noche, acompañaba a los turistas a los sitios baratos de placer, volviendo tarde a casa medio enfermo o

borracho. Más tarde, el ofrecimiento del amable capitán del buque *Kosmopoliet IV*, que se brindó a llevar en su barco a un hijo de un viudo, fue aprovechado por el padre. Willems fue el escogido. El muchacho no sentía inclinación alguna por el mar, aunque le gustaba mucho contemplarlo. Sentía un desprecio absoluto por todos los trabajos de los hombres de mar, incluso el de los capitanes de barco. Al oír esto, Lingard se ofreció de nuevo a enviar el joven a Europa; iría en un buque inglés, que lo dejaría en Londres. Pero Willems rogó que le permitiera quedarse en Oriente. Pronto supo perfectamente el inglés y se amoldó a su nuevo ambiente. Al cabo de algún tiempo, Lingard encontró una gran ayuda en el joven holandés. Conforme crecía, sus instintos mercantiles y su afición por el comercio se desarrollaban maravillosamente en Willems, y el capitán Lingard comenzó a confiarle algunos asuntos. A menudo le dejaba en algunas de las islas que visitaba con su barco, mientras él iba a los puertos vecinos del archipiélago. Como Willems le hiciera saber su deseo de entrar al servicio de la Casa Hudig, Lingard no puso reparo alguno, y el holandés se convirtió en un empleado más de Hudig. A pesar de que Lingard experimentó con ello un dolor sincero, ya que le había tomado afecto a su protegido, no dejó de hablar favorablemente de él en la Casa. El capitán no creyó nunca que el joven holandés llegara a escalar ningún alto puesto; pero pronto se convenció de lo contrario, al ver que, a la vuelta de pocos años, Willems llegó a ser el hombre de confianza de Hudig. Y se complacía en contar a todo el mundo el oscuro origen de su protegido y la forma en que lo había encontrado aquella noche memorable, muerto de hambre, en un puerto de la India, convertido en un esqueleto...

Con el tiempo, Willems llegó a convertirse muchas veces en el patrón de Lingard. Experimentaba cierta simpatía por su antiguo bienhechor, aunque le inspiraban un silencioso desdén sus viejos métodos comerciales. Además, Lingard era rico, y esta sola circunstancia habría bastado al holandés para admirarle y respetarle. En sus conversaciones confidenciales con Hudig, el holandés, al nombrar a su antiguo protector, decía siempre «¡Ese loco simpático!», con un tono despreciativo que hacía que su jefe le mirara unos instantes en silencio.

—Bueno, y a todo esto, ¿no ha podido usted averiguar dónde diablos encuentra el capitán tanto contrabando, y lo que hace de él? —solía preguntar Hudig a menudo.

—No, señor, no —respondía Willems invariablemente—. Pero no me duermo. Ya lo averiguaré todo.

Hudig se encogía de hombros, comentando con escepticismo:

—¡Sí, sí, ya lo averiguará usted todo! Por muy hábil que sea usted... Yo llevo cerca de treinta años tratando con él, y no he podido averiguar nada. ¡Es un zorro viejo! —Y tras una pausa, añadía—: ¿No ha intentado usted alguna vez hacerle beber?

—No, Mr. Hudig, nunca lo he intentado —respondía Willems, muy serio.

—Bien, no lo intente usted, amigo mío, no lo intente usted —acababa por aconsejar el patrón, volviendo a inclinarse sobre su mesa y prosiguiendo su trabajo,

mientras Willems esperaba, silencioso e inmóvil, hasta que se atrevía a preguntar:

—¿No me manda usted nada, Mr. Hudig?

—¡Hum...! Sí, sí... Vaya usted mismo a Bun-Hin y cuídese de ver si está listo el dinero que se ha de enviar a Ternate en el correo. El buque debe de llegar aquí esta tarde.

—Sí, señor.

—¡Ah, escuche! Si el barco no llegase, deje usted la caja en el depósito de Bun-Hin hasta mañana. Séllela previamente. Ocho sellos, como de costumbre, ya sabe usted. Y no la pierda de vista hasta que sepa si viene el buque o no.

—Bien, Mr. Hudig.

—No olvide usted las cajas de opio. Son para esta noche. Haga usted que las lleven nuestros propios marineros, ¿eh? Que las lleven desde el *Carolina* a la barca... Y no me venga usted luego con la historia como la del otro día, de que se había caído una caja al mar, ¿eh? —añadía el patrón, mirando con ojos asesinos a su empleado de confianza.

—No, Mr. Hudig. Tendré cuidado.

—Bien. Y dígame al cerdo aquel que como no haga mejor las cosas le voy a romper todos los huesos, ¿eh? —terminaba el terrible comerciante, enjugándose con un pañuelo de seda, grande como una sábana, el sudor que le cubría a todas horas el rostro.

Willems se marchaba entonces silenciosamente, cerrando con cuidado la puerta verde que daba paso al almacén. Hudig, con la pluma en la mano, le oía luego regañar al encargado del almacén antes de regresar a su mesa, de la que solía coger un papel o unas cartas, volviendo a salir después y saludando al pasar a Mr. Winck, que experimentaba un irreprimible disgusto cada vez que Willems regañaba a los indígenas. Y al fin, seguido desde lejos por la mirada despreciativa de Winck, se perdía entre las pilas de fardos y cajas del almacén y salía a la calle.

III

Las oportunidades y las tentaciones eran demasiado frecuentes para Willems, y bajo la presión de una necesidad, de un apuro inesperado, había abusado de aquella confianza que era su orgullo, el timbre de su gloria y de su inteligencia. Una racha de mala suerte en el juego, el fracaso de un pequeño negocio emprendido por su cuenta, y una inesperada petición de dinero de dos o tres miembros de la familia Da Souza, y he aquí que, sin darse cuenta, Willems se encontró con que había olvidado las reglas y las leyes de su buena conducta anterior. No se explicaba cómo había llegado a extraviarse en aquella especie de zarzal de la vida, después de tantos años de durísima experiencia, de cruel y angustiosa soledad. Hubo un instante en que experimentó una especie de angustia infinita, un terror profundo y sincero. Pero Willems, a falta de ese valor que atropella todos los obstáculos y sabe escalar todas las alturas, poseía una paciencia a toda prueba, una paciencia que le hacía atravesar por el lodo o el cieno para llegar a un sitio cuando no disponía de otro sendero. Lenta, pacientemente, empezó el trabajo de restituir el dinero sustraído, poniendo todo su empeño en no ser descubierto. El día que cumplió treinta años había logrado casi redimir su deuda, después de una labor constante y hábilmente llevada a cabo. Al fin se veía ya a salvo. De nuevo miraba hacia el porvenir con legítimo optimismo, volando otra vez en alas de su vieja ambición. Nadie se atrevería a sospechar de él, y al cabo de pocos días no tendría ya nada que temer. Estaría completamente rehabilitado. Pero Willems ignoraba que su prosperidad había alcanzado ya el punto culminante, y que pronto se iba a iniciar el reflujó en la marea de su vida.

Lo supo días después. Mr. Winck, al oír el ruido de una puerta, se puso instintivamente en pie. Hacía rato que oía un gran rumor de voces en el inmediato despacho de Mr. Hudig. La puerta dio paso a Willems, que salió como una fiera que escapara de su cubil. Winck y los chinos que trabajaban en el almacén le miraron con el ceño fruncido. ¿Qué le pasaba a aquel hombre? Willems salió casi corriendo, mirando afanosamente la puerta en forma de arco, pues pensaba que al otro lado de ella podría encontrar al fin todo el aire que necesitaban sus pulmones... Y al verse en la calle corrió jadeando hacia su casa.

Cuando el sonido de los insultos de Hudig comenzó a debilitarse en sus oídos, el sentimiento de vergüenza que le había invadido en un principio desapareció de su espíritu, dando paso a una cólera formidable contra sí mismo y contra el cúmulo de circunstancias que habían originado la catástrofe. ¡Y todo por su culpa! ¡Qué idiota había sido! Toda su culpa, todo su delito, podía definirse diciendo que había cometido una locura, una estupidez. No se reconocía. Había estado loco, completamente loco. Y ahora veía destruido su paciente trabajo de tantos años. ¿Qué iba a ser de él?

Antes de que pudiera contestarse a esta pregunta se encontró en el jardín de su linda casita, de aquella casita que era el regalo de bodas de Hudig. Se sorprendió de encontrarse allí. Su pasado había llegado a borrarse de tal modo de su mente que le

parecía mentira que aquella preciosa villa que sonreía entre jardines no le hubiera pertenecido siempre. El bungalow parecía sonreír al claro y dorado sol de aquella calurosa tarde. Era de una arquitectura graciosa, lleno de puertas y ventanas sostenidas por ligeras columnas que se hundían en un mar de verdor y de flores, y circundado por bellas verandas. Las glicinas y las enredaderas trepaban hasta los aleros, festoneando de todos los colores los contornos de la casa. Lentamente, Willems subió los doce escalones que conducían a las verandas. En cada escalón tenía que detenerse. Pensó que tendría que decírselo todo a su mujer. Se estremeció, y este estremecimiento aumentó su turbación hasta lo inverosímil. Era inexplicable que él temblase ante la idea de que su mujer pudiera reprocharle algo. Nada como aquello podía haberle dado la medida de la enormidad de su catástrofe. Era otro hombre. Una vida y una conciencia nuevas acababan de surgir en él. Y si temblaba al pensar en aquella mujer, era porque ya se reconocía débil, indigno y cobarde.

No se atrevió a entrar en el comedor, a pesar de que la puerta estaba abierta. Sobre la mesa se veía una labor con la aguja clavada, como si acabara de ser abandonada por unas manos afanosas. El papagayo encerrado en una jaula se asustó al verle aparecer, y comenzó a subir y a bajar torpemente de su alcándara, al tiempo que llamaba repetidamente «¡Joana, Joana!» con una voz chillona que prolongaba la última sílaba. El biombo de la puerta se movió dos o tres veces a impulsos de la dulce brisa de la tarde, y Willems, cada vez que esto ocurría, se estremecía ligeramente, creyendo que era su mujer, sin atreverse a levantar los ojos del suelo y aguzando el oído para ver si escuchaba el ruido de los pasos de Joana. Luego se sumió en sus pensamientos. ¿Qué actitud adoptaría su mujer al saber la terrible noticia? ¿Cómo ejecutaría en adelante sus órdenes? ¿Seguiría siendo la mujer dulce y sumisa que había sido hasta entonces? En su preocupación llegó a olvidar el miedo que le causaba la idea de verla aparecer. ¿Qué iba a ser de él en adelante? ¿Tendría que volver a aceptar la carga de aquella vida horrible que antes había llevado? Claro está que no podría abandonar ni a su mujer ni al niño, que quedarían en la miseria. ¡El hijo y la esposa de Willems, el hombre feliz, conocido por su inteligencia y su astucia! En cambio, ahora, ¿qué era él? Era un... Estranguló el pensamiento apenas nacido en su mente, y lanzó un débil suspiro. Sí; ya se veía otro hombre. Aquella noche no podría hablar, como de costumbre, en su peña del billar, entre aquellos hombres que le admiraban y le escuchaban boquiabiertos. Algunos de ellos le debían incluso dinero, pero él no apremiaba a nadie; por el contrario, cuando alguien aludía a su pequeña deuda, Willems le interrumpía dándole palmaditas en la espalda, haciendo gestos evasivos e invitándole a jugar una partida. Por esto le llamaban en tono jocoso «el príncipe de la bondad». Pero Willems, que conocía bien el corazón humano, no se engañaba: todas aquellas gentes se alegrarían de su caída. Bien es verdad que él los despreciaba a todos. ¡Un hatajo de idiotas! Y Willems hizo un ademán inmensamente despectivo, cerrando el puño y amenazando a un enemigo invisible... Esto tuvo la virtud de asustar aún más al papagayo, que aleteó repetidamente al tiempo que

lanzaba una serie de sonidos inarticulados.

En una rápida mirada hacia el jardín, Willems vio a su esposa. Bajó los ojos instantáneamente y esperó a que ella se acercara. La mujer entró y fue a sentarse al otro extremo de la mesa. Willems callaba, observando de reojo la bata roja de Joana, que tanto conocía. Siempre iba vestida con aquella bata roja, que formaba cola y ondulaba con sus movimientos de serpiente; una bata sucia y deshilachada por los bajos, en la que se enredaban las hojas secas y la broza del jardinillo. Willems levantó la vista poco a poco, fijándola en el pecho de su mujer, flácido y liso, y en la clavícula puntiaguda y lamentable, que ponían de manifiesto el desarreglo y la indiferencia de Joana. Vio el delgadísimo brazo de su esposa y la mano huesuda que abrazaba y sostenía al niño, y experimentó un insoportable disgusto, una irresistible aversión hacia aquellos dos seres, que se le aparecieron como obstáculos infranqueables en el camino de su vida.

Willems esperó a que su esposa pronunciara alguna palabra; pero al ver que permanecía silenciosa, con la vista fija en él, se decidió a hablar.

Fue un momento difícil y doloroso. Habló lentamente, vacilando, comenzando por evocar la dureza de su lucha en los comienzos de su vida, a pesar de lo que esto repugnaba a su orgulloso temperamento. Luego confesó a su mujer que había perdido la colocación que tenía, y que iba a ser preciso llevar una vida más dura y penosa. Seguro como estaba de haberla hecho feliz, de haber colmado todos sus deseos y necesidades materiales, no dudaba que ella estaría dispuesta a ayudarle en el nuevo camino que iban a tener que emprender. Tendrían que marcharse; dejar aquella casa, salir de la isla, irse a un sitio donde nadie los conociera, donde ellos no conociesen a nadie... Era duro, pero no había más remedio. Él se abriría paso en donde fuera, y encontraría hombres más justos y rectos que el viejo y odioso Hudig.

La mujer le escuchó con la cabeza baja y un aspecto tan triste que Willems sintió que desaparecían sus últimas fuerzas. Al fin se decidió a añadir, sonriendo con amargura y sin mirarla:

—Tú tienes el dinero que dejé aquí esta mañana, ¿verdad, Joana? Vamos a necesitarlo ahora.

Hubo una pausa.

Willems pensaba que obraba sagazmente proyectando lo que proyectaba... Comprendía que hay cosas sagradas en la vida que no se pueden olvidar ni eludir. El matrimonio es una de ellas, y él no era hombre para romperlo bruscamente así como así. Esta moral, surgida en el fondo de su alma en aquellos momentos tan solemnes, le causó una profunda satisfacción. Y con la cabeza baja, sin atreverse todavía a mirar a su mujer, aguardó a que ella dijese algo, a que hiciera algún comentario, algún reproche... Él la consolaría entonces, la calmaría, le haría ver la necesidad que tenían de marcharse, y pronto. ¿Adónde? ¿Cuándo? Lo antes posible. Lo demás era secundario. Lo principal era salir de la ciudad y de la isla a la mayor brevedad posible.

Willems sintió entonces la necesidad de precipitar aquella partida, y exclamó en tono algo impaciente:

—Bien, Joana; movámonos. No debemos estar aquí cruzados de brazos, cuando nuestra marcha se impone hasta tal punto. Es preciso que...

Se interrumpió.

Había levantado la cabeza, y al mirar a su mujer encontró los ojos de ella fijos en él, con una inmovilidad aterradora. En los ojos negros de Joana, que parecían mucho mayores de lo ordinario, se reflejaba una expresión de locura. El niño, hundido el sucio rostro en un hombro de la madre, dormía dulcemente. El silencio que reinaba en la casa sólo era turbado por los gritos que lanzaba el papagayo, enardecido al oír hablar a su dueño. Y Willems experimentó tal sorpresa que se quedó boquiabierto, frunciendo luego el ceño.

Su mujer, con un gesto en el que se mezclaba el desafío y un inmenso desprecio, murmuró al fin:

—¡Oh, el gran hombre...!

Aquellas palabras, y aún más el tono en que fueron pronunciadas, causaron el efecto de un escopetazo en el ánimo de Willems, que la miró con los ojos muy abiertos. Pero ella, en tono cada vez más altivo, añadió ensañándose:

—¡Oh, el gran hombre! ¿Y tú crees que yo voy a marcharme ahora contigo, para morirme de hambre? Ahora no eres nada, no tienes nada. ¿Crees que mi madre y Leonardo me dejarían irme contigo? ¿Marcharme de aquí? ¿Y contigo? ¿Contigo...?

Y al pronunciar estas palabras en tono cada vez más alto, la mujer miraba a derecha e izquierda, buscando un sitio por donde tener segura la retirada.

El niño despertó a los gritos de su madre y rompió a llorar débilmente.

—¡Joana! —murmuró Willems, en el colmo del asombro y la sorpresa.

—¡No me hables! Hace muchos años que soñaba con decirte esto. Eres un ser inmundo y despreciable, que has disfrutado siempre pisándome. Pero yo esperaba esto. Ahora ya no te temo. No te necesito, y no quiero que te acerques más a mí. ¡Puf...!

Y como Willems hiciese un leve ademán de súplica, ella, fuera de sí, añadió, gritando:

—¡Vete, vete! ¡No quiero verte más! ¡Quítate de mi vista!

Salió de espaldas, sin dejar de mirar a su marido con ojos a la vez colérico y llenos de espanto. Willems permaneció allí sin darse cuenta de lo que le pasaba, incapaz de pronunciar una palabra. ¿A qué se debía la cólera de su mujer? ¿Qué le había ocurrido? ¿Qué le había hecho él? Sin duda, aquél era el día en que todas las injusticias se acumulaban sobre su cabeza. Primero, Hudig; después, su propia esposa... Experimentó un súbito terror al pensar en aquel aborrecimiento de su mujer, que había sabido vivir oculto durante tantos años. Intentó hablar de nuevo, pero Joana, que estaba junto al umbral, gritó otra vez, y Willems sintió que un puñal invisible le atravesaba el corazón. Volvió a levantar la mano. Pero la voz de la mujer

rasgó el silencio que envolvía la casa:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Calla, no seas loca! —murmuró Willems entonces, procurando ahogar la voz de su esposa y el llanto del niño, al tiempo que golpeaba furiosamente la pequeña mesa forrada de cinc.

Al pie de la escalera apareció Leonardo, que acababa de surgir de los sótanos del bungalow, donde estaban instalados el cuarto de baño y los lavaderos. Llevaba una barra de hierro en la mano derecha, y gritó en tono rudo y amenazador:

—¡Cuidado con pegarle, Mr. Willems! Es usted un salvaje... No se parece usted a los otros blancos.

—¿Cómo? —contestó atónito Willems—. ¿Usted también? ¡Si no la he tocado! Pero ¿es que estamos en un manicomio? —Dio unos pasos hacia la escalera, mientras Leonardo soltaba la barra de hierro, que produjo al caer un largo gemido metálico. Entonces se volvió a su mujer—: Dices que tú lo esperabas, ¿no es así? Entonces, esto es una conspiración en toda regla contra mí, ¿verdad? ¿Quién llora y gime por ahí dentro? Alguien de tu preciosa familia, ¿no es cierto?

La mujer, que estaba ya más calmada, dejó al niño en su silla de brazos y avanzó hacia el marido vibrando de cólera:

—Es mi madre, ¿sabes?, mi madre, que quiere defenderme de ti, ¡de ti, un hombre sin patria, un vagabundo!

—¡No me llamabas vagabundo el día que te echaste en mis brazos... antes de casarnos! —replicó Willems, fuera de sí.

—¡Eso es mentira, y te guardarás mucho de decir que fui tuya antes de casarnos! —gritó la mujer, levantando los brazos al cielo y acercando amenazadoramente su rostro al de Willems—. Lo que ocurre es que al fin rompo mis cadenas. Tú te pavoneabas por ahí, dándotelas de superhombre, mientras yo sufría aquí en silencio. No sabías hablar más que de tu superioridad, creyéndote poco menos que un dios. ¿Dónde está ahora tu grandeza? ¿Dónde está...? Ahora yo tendré que vivir de la caridad de tu amo. Hudig mismo me lo ha mandado a decir por Leonardo. Y tú te irás, a seguir haciendo el grande en otro sitio... y a reventar de hambre. ¡Sí, a reventar de hambre! ¡Al fin puedo respirar! ¡Esta casa es mía!

—¡Basta! —exclamó Willems extendiendo la mano con enérgico ademán.

La mujer retrocedió, volvió a coger al niño en sus brazos y, cayendo en una silla, estrechó al pequeñuelo contra su pecho y comenzó a golpear el suelo con el tacón, furiosa y obstinadamente.

—Bien, me iré —dijo entonces Willems con firmeza—. Y gracias, mujer. Por primera vez en tu vida me haces realmente feliz. Eras como una piedra enorme colgada a mi cuello. No tengo que decirte que, por mucho que vivamos los dos, no volveremos a vernos. Todo ha terminado entre nosotros. Y sábelo bien: antes de que traspase el umbral de esta puerta, tú te habrás borrado para siempre de mi pensamiento. Tú misma lo has querido... Y gracias, mujer, gracias.

Dio media vuelta y salió sin mirar a su esposa, que quedó allí, sentada en la silla, rígida, con los ojos muy abiertos y el niño llorando entre sus brazos. Luego, al bajar al jardín, Willems, dando un salto inesperado, cogió por un brazo a Leonardo.

—¡No sea bruto, Mr. Willems! —dijo el otro apresuradamente—. Es indigno de un hombre blanco esto que hace usted y que todo el mundo está viendo...

Las piernas de Leonardo flaqueaban, y su voz subía o bajaba de tono alternativamente, demostrando que no era dueño de sí.

—Haga usted el favor de no pegarme, ¿eh? ¡Mucho cuidado! Yo soy un hombre respetable, de muy buena familia, mientras que usted..., usted es... Todo el mundo lo sabe y lo dice. Usted es...

—¿Qué? —le interrumpió Willems. Una cólera terrible agitó su pecho, y antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía vio que Leonardo da Souza rodaba a sus pies. Entonces, pasando por encima de su cuñado, Willems se dirigió a la calle, mientras los indígenas y todos los individuos de la familia que habían presenciado la lucha le abrían paso con prudencia.

Cuando Willems se recobró de su furia se encontró fuera del pueblo, andando sobre la tierra endurecida de unos campos de arroz recién segados. ¿Dónde iba por allí? Había caído la noche, y debía volver al pueblo. Empezó el regreso lentamente, recordando los trágicos y terribles acontecimientos de aquel día y sintiendo una honda amargura. La soledad, el aislamiento en que quedaba su vida, aumentaba su tristeza. Su mujer le había arrojado de su propia casa. Y él había agredido brutalmente a su cuñado, un miembro de la familia de los Da Souza, de sus antiguos adoradores. Se arrepentía. No debió haber hecho aquello. Era otro hombre, otro hombre, que estaba surgiendo en él, la sombra de otro hombre que surgía en el fondo de su alma, resucitando después de muchos años... ¿Qué haría? Veíase de golpe sin pasado, sin porvenir, envenenado de cólera y de odio, de furor y de vergüenza. Se detuvo y miró alrededor. Un par de perros que olfateaban el aire ladraron y gruñeron desconfiadamente tras él. Estaba en aquellos momentos en el centro del barrio malayo de la ciudad, y las lindas casitas, los bungalows alegres, mostraban alguna que otra luz entre el verdor de los jardines que rodeaban las viviendas. El barrio, la ciudad entera, estaban envueltos en un silencio grato y dulce. Willems adivinaba los tranquilos interiores, el comedor iluminado, las alcobas en suave penumbra, y, en ellas, hombres, mujeres y niños que gozaban de las primeras delicias del sueño. Y él, ¿dónde dormiría? Experimentó la sensación de ser un vagabundo, el más genuino vagabundo de la Humanidad, y al mirar alrededor, antes de reanudar su penosa marcha, le pareció que la tierra era más grande e infinita que nunca, y que la noche se había tornado más negra y más hosca. Sin embargo, continuó su camino con la cabeza baja y las manos en los bolsillos del pantalón, árida y fría el alma. Al fin, al sentir bajo sus pies un suelo entarugado, levantó la cabeza y vio la luz roja que indicaba el final del muelle. Se detuvo, se apoyó en el poste que sostenía la luz roja y miró hacia la rada, donde dos buques anclados balanceaban

débilmente sus humildes lucecitas, que se reflejaban en el agua lo mismo que las estrellas de la noche serena. Un pensamiento terrible le asaltó. ¿Por qué no hacerlo? Estaba al borde mismo del agua... Un paso más... y sería el fin de todo, de los dolores, de las angustias, de aquella vida llena de miserias, sin norte y sin porvenir. ¿No sería lo mejor? Comprendía que le era imposible retroceder, volver a su casa. El respeto de su mujer, de aquella familia que le había adorado como a un dios, se había desplomado al conocer su desgracia. Entonces lo veía claro. Y durante unos instantes permaneció sumido en profunda abstracción, como si estuviese alejado de todo.

Sin querer, sus pensamientos volvían a su casa. La noche era cálida, de una maravillosa serenidad bajo el cielo estrellado, que tenía un color azul blanquecino y lechoso, como si reflejara una luz interior.

Y en un muelle solitario de una ciudad semisalvaje, en un país lejanísimo, él estaba viendo su propia sombra reflejada contra un montón de mercancías... Luego vio con los ojos de la imaginación la triste figura de su padre, envejecido, triste, lamentable, volviendo lentamente hacia su casa pobre y sucia después de una jornada extenuante, hacia aquella casa donde esperaban los hermanos de Willems, hambrientos y desesperanzados.

Se veía miserable, miserable, miserable... Pero ni por un momento podía pensar en volver a la que fue su casa. ¿Qué había de común entre el pobre hogar de su padre y el Willems triunfador y feliz de aquellos últimos años? Él mismo, por voluntad propia, había cortado toda relación con un pasado doloroso hacía ya mucho tiempo. ¡No, no! El pasado, aquel pasado que entonces le pareció remotísimo, estaba muerto, bien muerto. Y se estremeció al verse solo, como si se encontrara rodeado de infinitos peligros.

Por primera vez en su vida sintió un hondo terror al pensar en el porvenir. Había perdido la confianza y la fe en sí mismo. ¡Gran Dios, y pensar que él, él solo, había destrozado su vida, tal vez para siempre, en un instante de locura!

IV

Una voz fuerte y ruda le sacó de aquella meditación tan cercana al suicidio, al tiempo que una mano ruda y fuerte se apoyaba brutalmente en uno de sus hombros.

Al levantar la cabeza, Willems se encontró frente a Lingard.

—¡Hombre, al fin se le ve a usted! —exclamó el marino en tono alegre—. ¿Qué hace usted a estas horas?

Willems sintió una especie de consuelo al oír la voz de su viejo amigo. Le pareció un enviado celestial para salvarlo de aquel repentino y terrible naufragio. En su alegría se mezclaba cierta cólera y un sentimiento muy humano de humillación.

Aquella voz le recordó el principio de su próspera carrera, cuyo lamentable fin se ponía de manifiesto en el extremo del muelle de la ciudad, a deshora de la noche, donde los dos se habían encontrado.

Pero Willems, rehaciéndose y libertándose luego del amistoso abrazo, contestó encogiéndose de hombros y con un tono profundamente amargo:

—Verá usted... Me ha ocurrido una contrariedad y estoy en la calle. Así es que, si sigue usted siendo mi amigo, écheme una mano, como vulgarmente se dice. Tenía la vaga idea de que esperaba a alguien aquí. ¿No sería usted? Usted me ayudó en el comienzo de mi carrera; ayúdeme ahora también, en esto que parece el final. O, cuando menos, empújeme usted al agua... A mí me falta el valor, la verdad.

—¡Oh!, yo tengo para usted algo mejor que arrojarle al mar a que se lo coman los peces, amigo mío —repuso Lingard cogiendo a Willems por un brazo y obligándole a seguirle—. Durante todo el día me han estado llenando la cabeza de historias sobre usted... Me han contado muchas cosas que ya le diré luego, querido Willems, y le he buscado a usted por todo el pueblo. En resumen, me han dicho que... usted no es un santo, y que ha procedido esta vez muy torpemente. En fin, ya está hecho. Además —añadió, haciendo esfuerzos por sujetar a su acompañante, que pugnaba por desasirse—, eso no tiene importancia... ¿Quiere usted estarse quieto, amigo mío, y escucharme con calma?

Con un gesto de resignación, y lanzando un débil suspiro, Willems se dispuso a escuchar a su amigo. El capitán, llevándole siempre amistosamente cogido del brazo, bajó la voz para contarle cosas execrables, mientras los dos paseaban con lentitud a través de los muelles desiertos. Lingard le fue explicando todos los detalles que había podido saber durante el día referentes a la catástrofe que causó la ruina de Willems. Una indignación terrible se iba apoderando del antiguo empleado de confianza de Hudig conforme hablaba el capitán. Winck y Leonardo eran los que le habían vendido. Ambos le habían espiado, le habían seguido cautelosamente muchas veces, durante muchos meses, acabando por descubrir sus delitos; entonces, les faltó tiempo para correr a ponerlos en conocimiento de Hudig. Para ello habían tenido que sobornar y comprar a varios chinos de los que trabajaban en el almacén; pero nada les había importado.

Willems cada vez sentía más horror. Los detalles del complot le producían un espanto infinito. Se explicaba hasta cierto punto la conducta y la actitud de Winck, con el que ningún lazo le unía; pero Leonardo... ¡Su cuñado!

—Pero yo, ¿sabe usted, capitán? —estalló al fin el infeliz, sin poder contener por más tiempo su furia—, yo le he derribado al suelo, le he pateado, le he hecho purgar su traición, aun sin conocerla. No sé por qué adivinaba en él a un enemigo... Era un presentimiento...

—Sí, sí, ya lo sé, lo sé todo. Me lo han contado todo. Ha hecho usted bien... Debió usted hundirle el cráneo a patadas... Dios nos libre de hombres de esa clase, amigo mío.

—¡Yo que siempre le estaba dando dinero a aquella tribu hambrienta, capitán —continuó Willems con tono iracundo—, que siempre tenía la mano en el bolsillo! Los muy villanos nunca tuvieron que pedírmelo dos veces.

—Precisamente, amigo mío. Su generosidad los irritaba, los aterraba... Se preguntaron sin duda de dónde salía tanto dinero, y llegaron a sospechar de usted. Entonces decidieron echarle al agua. Después de todo, como ellos siempre contaban con la ayuda de Hudig...

—¿Con la ayuda de Hudig? ¿Qué quiere usted decir, capitán?

—¿Que qué quiero decir? —repitió Lingard lentamente, deteniéndose y obligando a Willems a hacer lo mismo—. ¿Cómo? Supongo que ahora no intentará hacerme creer que no sabía que su esposa es la hija de Hudig, ¿verdad?

Willems levantó rápidamente la cabeza al oír estas palabras, y con ojos muy abiertos, exclamó tras una breve pausa:

—¿Cómo? ¡Le juro a usted que no! Algo había oído, pero nunca llegué a sospechar...

—Ya, ya, no se canse usted. Le creo. Es usted muy infeliz, amigo mío... —Y añadió en tono más bajo, como si hablara consigo mismo—: Ya decía yo, ya decía yo que usted no debía de saber nada. Usted es un hombre de buena fe... Bien, cálmese ahora. Después de todo, eso no tiene nada de particular... Ella ha sido una buena mujer para usted, ¿no es así?

—Excelente mujer —repuso Willems con voz débil, en la que vibraba una sutil ironía que no percibió su compañero.

—¡Ah, vamos!, ¿ve usted? Pues es lo principal. Yo, la verdad, creía que usted, desde el momento en que Hudig fue el que arregló lo de su boda y le regaló el bungalow, comprendería...

—¡Oh!, yo he servido siempre a Hudig muy bien. Usted lo sabe. No importa de lo que se tratara; yo estaba siempre dispuesto a servirle, a sacrificarme por él.

Le pareció revivir los últimos años pasados, sus grandes trabajos y servicios en favor de Hudig, que le recompensaba de aquel modo. ¡Su mujer era la hija de su antiguo principal! A la luz de aquella revelación, Willems recordó todo lo ocurrido en los últimos cinco años. Había hablado con Joana por primera vez en una hermosa

mañana de primavera, a la puerta de la casa de la joven, cuando él se dirigía a su trabajo. Era una familia respetable, compuesta de la madre, viuda, Joana y un hermano de ésta. Al muchacho, Leonardo, lo había encontrado muchas veces por la ciudad, y por cierto, había sentido una gran simpatía por aquel mestizo de modales suaves que le saludaba siempre con tanta deferencia. Llegaron a hablar y a hacerse amigos, y jugaron algunas partidas de billar por la noche. Leonardo contó a Willems que su padre, «su querido padre», había sido un personaje, agente del Gobierno en Koti, donde murió a consecuencia del cólera. Era, pues, una víctima del deber, como los misioneros católicos que perecían a manos de los salvajes. A Willems, claro está, todas aquellas referencias le agradaban. Además, él se enorgullecía de no sentir antipatía ni prejuicio alguno contra las gentes de color o los mestizos. Y una tarde accedió a visitar la casa de los Da Souza por primera vez, aceptando una copita de curasao en la gran terraza del bungalow de aquella familia. Recordaba que «aquella tarde». Joana, sin arreglar y mostrando un desaliño absoluto, se balanceaba dulcemente en una hamaca.

Por aquel tiempo, Willems no tenía tiempo para el amor; toda su vida estaba consagrada al trabajo, a los negocios de Hudig. Pero poco a poco se acostumbró a entrar un rato en casa de los Da Souza al volver del trabajo. La madre de Joana llamaba a la muchacha, para que acompañase al «gentil señor de la Casa Hudig, que las honraba con su visita...». Y así, gradualmente, fue naciendo la simpatía entre ambos.

Luego recordó Willems la visita de un sacerdote, un natural de las islas españolas cercanas, mulato también, de amplia sonrisa, suaves maneras y palabra insinuante, que mostró desde el primer momento un gran interés y una exagerada simpatía por el nuevo visitante de la casa. En fin, el desdichado recordaba aquella mañana, en el despacho de Hudig, cuando su principal, contra su costumbre, comenzó a hablarle de los Da Souza ahuecando la voz y haciendo aspavientos.

—¡Ya me han dicho, ya! Se habla mucho en la ciudad de ello. Se dice que usted visita a esas señoras Da Souza... Excelentes señoras... Una familia muy respetable... Yo conocía muy bien al padre. Y la chica... Magnífica oportunidad para un joven sensato, para un joven como usted, que quiere sentar la cabeza y fundar un hogar y una familia... Yo me alegraría mucho de que esa boda se realizase. Créalo usted. Es lo mejor, lo mejor que podría usted hacer...

Y él se lo creyó todo. ¡Infeliz! ¡Qué torpe! ¡Qué idiota! Hudig conocía al padre de la joven... ¡Ya lo creo! ¡Y poco orgulloso que se había sentido él al ver cuánto se interesaba su principal por su suerte! Y su orgullo llegó al colmo cuando Hudig le invitó a pasar unos días en su casa de campo, donde Willems encontró a numerosos personajes que le trataron como un amigo. Winck había palidecido de envidia en aquella ocasión. Y así, dejándose guiar, convencido de que aquella boda que tanto agradaba a su jefe era una gran suerte para él, Willems se casó con Joana. La había alabado su jefe, que estaba también libre de prejuicios y aparecía ante sus ojos como

un hombre superior. ¡Lo que se habría reído el muy canalla de la credulidad de su empleado! Y él se había casado, ignorándolo todo. ¿Cómo pudo cometer semejante estupidez? Nadie le había avisado ni había querido hablarle confidencialmente. Es verdad que luego llegaron a sus oídos ciertas historias referentes a su suegra y a su principal; pero Willems se había encogido de hombros, sin llegar a sospechar ni remotamente la verdad. Además, Hudig le pagaba con esplendidez; él y los Da Souza vivían cada vez mejor. Willems había llegado a ser el hombre de confianza del millonario, y éste le pagaba todos sus servicios engañándolo primero miserablemente y poniéndolo en la calle después. ¡Y aún había llegado en su cinismo a llamarle ladrón!

—¡Déjeme, Lingard, déjeme usted que vaya a matar a ese bandido! ¡Suélteme, por favor! —rugió al fin el desdichado, pugnando por desasirse de la mano de hierro que le sujetaba por un brazo.

Pero el otro le retuvo, contestando:

—No, amigo mío, no piense usted en eso. No hay que matar a nadie. Sería una nueva y definitiva locura. ¡Estése quieto, le digo!

Se originó una lucha. El suelo entarugado crujió bajo los pies de los dos hombres. Desde su garita, el guarda indígena del muelle seguía la pelea, inmóvil y divertido. Tal vez al día siguiente dijera a sus amigos en la taberna que la noche anterior dos borrachos, dos blancos, se habían peleado silenciosamente en el muelle, sin que ninguno de ellos resultara muerto ni herido.

Al fin, Lingard pudo sujetar a Willems, empujándolo contra la valla de madera del muelle. Ambos jadeaban. Willems, haciendo un gran esfuerzo, murmuró:

—Bien, amigo mío... Me hace usted daño. Seré razonable. Suélteme usted.

—Vamos, así me gusta —murmuró el capitán sonriendo—. Es preciso que no se deje usted llevar de la pasión. Venga conmigo.

Y sin soltar su brazo tiró de él, llevándolo hacia las escalerillas del muelle. Luego, formando un círculo con el pulgar y el índice de la mano derecha, lanzó un agudo silbido que rasgó el silencio de la noche.

Inmediatamente se oyó una voz procedente de la cubierta de uno de los buques anclados en el puerto.

—Mi bote vendrá en seguida —siguió diciendo el capitán—. Podremos embarcarnos. Ahora debe usted reflexionar por última vez sobre lo que va a hacer... Piense usted que yo zarpo esta misma noche.

—Conformes. ¿Qué puedo hacer aquí ya, capitán? —repuso Willems tristemente.

—Escúcheme —prosiguió entonces el capitán—, escúcheme con calma. Ya ha visto usted cómo le he encontrado. Esto me hizo recordar la otra vez en que le encontré a usted, siendo casi un niño... Yo me consideraría moralmente responsable de lo que a usted pudiera ocurrirle. Por eso... —Se detuvo y aguzó el oído. Cuando se oyó el golpe de los remos al chocar en el agua, revelando que su bote se aproximaba, continuó—: Escúcheme usted aún. He visto a Hudig. He hablado con él.

Como sabe que yo le tengo a usted un afecto sincero, me he apresurado a saldar el descubierto que aquí dejaba. Usted no le debe, por tanto, nada en absoluto a su antiguo jefe. Pero es preciso, por lo mismo, que vuelva usted a su casa, junto a su mujer. Ella es buena...

—¿Cómo? —le interrumpió Willems—. ¿Que yo vuelva junto a ella y que...?

—Sí, sí, amigo mío —continuó el capitán, sin atender a las protestas de su interlocutor—. La infeliz se hallaba muy afectada. He estado esta tarde en su casa a buscarle, y encontré a su pobre mujer desesperada. Lloraba de un modo desolado, sin cesar de llamarle. Me rogó que le buscara. Daba pena verla, gritando como una loca, como si fuera la responsable de todo lo ocurrido.

Willems le escuchaba absorto. ¡El pobre tonto! ¡Qué pronto le había engañado! Pero aunque fuera verdad, la sola idea de volver a ver a su esposa llenó a Willems de inmensa repugnancia, de un profundo disgusto. Él no había querido romper el juramento sagrado, pero no podría volver junto a ella. Era preciso que fuese ella la que quedase con el remordimiento de haber provocado la ruptura, dejarla con la responsabilidad del pecado y de la culpa. Cuando salió de su casa se hizo el firmísimo propósito de no volver allí jamás. Otra cosa era que su mujer se decidiese a buscarle a él. En tal caso, Willems le otorgaría un generoso perdón, ya que él en el fondo era noble.

En aquellos momentos dudaba sobre la conveniencia de revelar o no al capitán lo absoluto de su humillación. Le habían echado de su casa, y precisamente había sido su propia esposa. Aquella mujer, que según Lingard lloraba en su ausencia, había gritado, le había insultado, le había desafiado como una mujer vulgar, como una verdulera. Al fin, optó por callar. Le faltó valor para confesar la historia innoble.

Cuando el bote llegó al pie de la escalerilla del muelle, el capitán rompió el penoso silencio para decir:

—Yo siempre pensé que era usted algo tímido, querido Willems, y también un poco aturdido. Hombres así necesitan a su lado una mujer dulce y tranquila. Por eso le aconsejo lo que me parece mejor para usted: que vuelva junto a su esposa.

—Yo no la he abandonado —repuso Willems vivamente, con espontánea franqueza—. Como usted decía antes, ella ha sido una buena mujer para mí, dulce, obediente, sumisa, amante... y yo la quiero tanto como ella a mí. Sí, conformes. Pero ¿cómo quiere usted que yo vuelva a aquella casa? ¿Cómo quiere usted que me resigne a vivir otra vez entre aquella gente, recordando que mientras se arrastraban servilmente a mis pies me vendían en cuanto volvía la espalda? ¡No, no...! Me sería imposible. Al contrario; quisiera huir. Siento el deseo de esconderme de ellos, aunque sea en el fondo del mar. Supongo, capitán Lingard, que usted no creerá sinceramente que debo volver a aquella casa.

Hizo un amplio movimiento con la mano derecha, como si se despidiera de la ciudad dormida y de sus habitantes.

Ya no se acordaba de su caída ni de sus triunfos anteriores.

—Es muy duro —murmuró el capitán Lingard—, pero ¿quién tiene la culpa de esto? ¿Quién es el culpable?

—¡Capitán! —exclamó entonces Willems en tono exaltado—. Sea de quien fuere la culpa, si usted me deja ahora aquí, en este muelle, tendrá que arrepentirse de un crimen. No volveré jamás a aquella casa mientras esté vivo; con mi mujer o sin ella, no me importa. ¡No volveré, digo! Si no quiere usted llevarme en su barco, deme un tajo en el cuello ahora mismo. Será preferible para mí.

El viejo capitán se estremeció de terror y repuso en tono solemne y lento:

—No intente usted asustarme, amigo mío... Piense que si quisiera le podría dejar aquí y abandonarle a su desesperación, o invitarle a que se suicide, a que se arroje al agua si lo desea.

Había pronunciado estas palabras con acentuada brutalidad; pero se arrepintió en seguida y añadió, más humano:

—Pero no. Espere usted... No quiero tener remordimientos. Además...

Se interrumpió. Abajo, el bote, que acababa de atracar, se balanceaba dulcemente mecido por unas olas leves e invisibles.

—¡Escuchad! —gritó el capitán a los de la barca—. Lleváis ahí una lámpara, ¿verdad? Pues subidla. ¡Pronto!

Sacó su cuaderno de notas, arrancó una hoja y escribió con lápiz unas líneas, mientras el marinero le alumbraba con la linterna. Luego dijo:

—Bien, escucha. Lleva esto a casa de ese *tuan*. Dentro de media hora enviaré el bote para que te recoja. ¿Sabes dónde es?

—Sí, sí —repuso el marinero.

—Pues bien, vete volando.

El marinero salió corriendo, y cuando ya se encontraba casi al final del muelle, Lingard le gritó:

—Entrega el papelito a la señora, ¿sabes?

—Sí, señor, sí.

Al fin, cuando el marinero hubo desaparecido, el capitán se volvió hacia Willems y le dijo:

—Le he escrito dos letras a su esposa. En vista de que usted no quiere volver a su casa, le digo que va usted a ausentarse, y que la ausencia durará poco tiempo. Confíe usted en mí. No quiero que su pobre mujer quede tan deshecha por el dolor como yo la he visto esta tarde.

Willems sonrió en la oscuridad y repuso:

—Sí, capitán. Confío en usted.

Lingard comenzó a bajar entonces las escalerillas del embarcadero, seguido de Willems, que le oyó decir en voz baja:

—Es la segunda vez, Willems, que le encuentro a usted en esta situación, y espero que sea la última. La diferencia entre la otra vez y ésta es que entonces iba usted descalzo y ahora va calzado y bien vestido. ¡Y esto en el espacio de catorce años!

¡Con todo su ingenio y su inteligencia, amigo Willems! Permítame usted decirle que me parece un resultado muy mediocre, ¡un pobre resultado...!

Se detuvo un instante en el último escalón, mientras dos marineros sujetaban la barca para que el capitán y su acompañante pudiera saltar a ella con comodidad, y añadió al tiempo que tapaba la luz de la linterna con la palma de la mano:

—Ya ve usted. Ahora se encuentra de nuevo derrotado y sin rumbo en la vida, tal vez por culpa de usted mismo, por haber hablado demasiado. ¡Si usted hubiera sido más prudente! Pero, en fin, ya no hay remedio. Por algo le decía yo siempre, hijo mío, que el sitio más indicado para un hombre honrado y serio es el mar, nada más que el mar; pero usted nunca quiso hacerme caso, y me contestaba que en el mar no se gana bastante dinero. Y ahora, ¡ya ve usted!

Volvió a dar la luz y saltó dentro del bote, tendiendo luego amistosamente las dos manos a Willems para ayudarle a saltar a su vez.

Willems, lo hizo, y el bote se alejó lento y silencioso. Sólo se escuchaba el dulce rumor que producían los remos al herir las aguas dormidas.

—Su compasión está concentrada íntegramente en mi mujer, capitán —comentó Willems al fin, un tanto picado—. ¿Cree usted acaso que yo soy muy feliz?

—¡No, no! —se apresuró a contestar el capitán con viveza—. No, hijo mío. Pero he querido hacerle estas reflexiones. Por lo demás, esté seguro de que no me volverá a oír una sola palabra sobre este asunto. Si lo he hecho ha sido llevado por mi simpatía hacia usted, a quien conozco desde niño. Pero olvidemos este incidente. Usted es muy joven todavía, y la vida es larga, muy larga. Andando el tiempo, esto será una lección para usted.

Golpeó cariñosamente un hombro de Willems, y ambos callaron hasta que el bote se acercó al costado del buque.

Una vez a bordo, Lingard comenzó a dar órdenes, mientras Willems se sentaba a popa sobre un rollo de cuerdas. El capitán llevaba armado su barco con seis pequeños cañones. El bote volvió a buscar al marinero que había ido a llevar la carta, y cuando regresó los hombres izaron la barca a bordo.

Comenzaron poco después las maniobras, y se oyó el ruido del molinete, que subía la cadena del ancla. El piloto se acercó al capitán y le dijo:

—Ya está todo dispuesto, capitán.

—Perfectamente. Estén ustedes preparados, pues nos haremos a la mar en cuanto el viento sople de tierra.

Lingard se acercó entonces a Willems, que se hallaba en actitud pensativa, con la cabeza baja y las manos colgando entre las rodillas.

—Voy a llevarle a usted a Sambir, ¿sabe? No ha oído usted nunca ese nombre, ¿verdad? Bien. Ya verá que es un sitio interesante. He encontrado un fondeadero soberbio que permite fácilmente la entrada a un buque del calado y las dimensiones del *Relámpago*. No es fácil encontrar el escondite; ya lo verá usted. Tengo allí mi centro de operaciones comerciales. Almayer es mi socio. Ya lo conoció usted cuando

trabajaba con Hudig. ¡Oh!, él vive allá feliz como un rey. El rajá del país es amigo mío, y nosotros somos los únicos comerciantes. Ningún otro hombre blanco, fuera de Almayer, se ha visto jamás en aquella colonia. Usted permanecerá allí hasta que yo regrese de mi próximo viaje. Entonces veremos lo que podemos hacer. No tenga cuidado, que ya lo arreglaremos todo. Tengo confianza en usted, y sé que nos guardará el secreto de nuestro escondite. ¡Dese por muerto si habla con alguien! Sé que hay mucha gente que pagaría a peso de oro el saber dónde tenemos nuestro lugar de operaciones y también nuestros almacenes.

Willems le escuchaba con forzado interés.

El capitán continuó:

—Usted ayudará a Almayer en el negocio, si quiere y está usted de humor para ello. Simplemente para matar el tiempo, hasta que yo vuelva. Unas seis semanas.

Sobre sus cabezas, las velas, hinchadas al primer empuje del viento procedente de tierra, se agitaban ruidosamente.

Se oyó la voz del piloto, que gritaba:

—¡Viento de tierra! ¿Qué dirección damos, capitán?

—Hacia el Norte, hacia el Norte. Y mucho cuidado. Hay que aprovechar hasta el último soplo del viento, que es oro en estos mares.

Un marinero pasó cerca de él como una sombra mientras se terminaba la maniobra, y el capitán le gritó:

—¡Cuida bien el timón! Que no se desvíe el rumbo... Siempre hacia el Norte, hasta nuevo aviso.

Las velas se hincharon aún más; crujieron las vergas, y el buque comenzó a moverse con lentitud, cabeceando un poco, en dirección a la boca del puerto. El bergantín se agitaba cada vez más, y el agua producía en sus costados un suave y adormecedor murmullo.

El capitán permaneció en su puesto de mando hasta que su barco se deslizó junto a otro, el único que quedaba anclado en la rada.

Cuando ya salía a alta mar, Lingard llamó a Willems, diciéndole mientras le señalaba el otro barco, que estaba inmóvil:

—¿Sabe usted qué barco es éste? Es un bergantín árabe. Las gentes que más me preocupan en mis travesías, porque sé lo que darían por expulsarme de aquella colonia... Pero esto no ocurrirá mientras viva. Yo llevé allá la prosperidad que hoy se disfruta; he llegado incluso a administrar justicia entre aquella gente, y puedo considerarme allí el amo. Yo acabaré con esa raza maldita, con sus mentiras y sus intrigas.

El *Relámpago* pasaba frente al bergantín árabe cuando de pronto una figura blanca surgió en la popa de éste y gritó:

—¡Saludos al rajá Laut!

—¡Saludos a... usted! —repuso Lingard después de un momento de sorpresa.

Luego se volvió hacia Willems y añadió con una sonrisa despectiva:

—Ésa es la voz de Abdulah. Dicen que es un hombre poderoso... Pero yo le conozco, y sé lo que significan sus palabras. Es un cínico. Pero a mí no me importa su cinismo. Sé que quiere sorprenderme, pero no tengo miedo. Conozco demasiado bien estos mares.

Y el capitán, después de lanzar una mirada de desprecio al bergantín árabe, que iba quedando atrás sumido en las sombras, contempló el cielo incomparablemente bello de aquella noche serena.

V

—Estaba escrito en su frente —dijo de pronto Babalatchi, añadiendo otros dos leños al fuego ante el que estaba sentado en cuclillas, y sin mirar a Lakamba, que se hallaba frente a él—. Estaba escrito cuando nació que terminaría su vida en la oscuridad, y ahora es como un hombre que paseara en una eterna noche oscura. Yo le conocí cuando era poderoso, cuando tenía esclavos y muchas mujeres, y era uno de los grandes guerreros de estas islas, antes de quedar ciego. Entonces su mano siempre estaba abierta para los necesitados; era valiente, atrevido, uno de los grandes piratas de las islas. Yo mismo le acompañé en muchas de sus empresas, y hay testigos de mi comportamiento. Nunca volví la cara. Su espada siempre desenvainada era igual a un azote de los cielos. ¡Ah, *tuan*! ¡Ah, qué tiempos aquéllos...! *Tuan* era el jefe de mucha gente, y yo era joven. Y en aquellos tiempos no había tantos buques de guerra o armados de los que ahora nos persiguen, enviándonos la muerte desde lejos y a traición. Y si surgía alguno, nos refugiábamos en calas o ensenadas donde ellos no se atrevían a seguirnos.

Calló, y arrojó otro puñado de leña al fuego. Las llamas iluminaron el rostro ancho, aceitunado y picado de viruelas de Babalatchi, cuya boca de gruesos labios, enrojecidos a causa del jugo del betel, parecía una herida abierta. El reflejo hacía brillar intensamente su único ojo. Luego arregló las cenizas con sus manos huesudas, y después de limpiarse en el chaleco, que constituía su único vestido, permaneció en actitud meditabunda, con los brazos cruzados bajo sus piernas esqueléticas y la barbilla apoyada en sus puntiagudas rodillas.

Lakamba permaneció inmóvil, sin apartar los ojos del fuego.

—Sí —continuó diciendo luego Babalatchi, como si siguiera el curso de unos pensamientos muy íntimos que nacieran de la contemplación de la fragilidad que tienen las grandezas terrenales—, sí; ha sido rico y fuerte, y ahora, en cambio, vive de limosnas. Viejo, débil y ciego, no tiene otra compañía que la de su hija. El rajá Patalolo suele darle arroz, y su hija, esa muchacha pálida y aceitunada, se lo adereza, porque el antiguo guerrero no tiene siquiera un esclavo que le sirva.

—Yo la he visto de lejos —comentó desdeñosamente Lakamba—. Una perra con dientes muy blancos, como las mujeres de Orang-Putith.

—Eso, eso —asintió Babalatchi—; pero usted no la ha visto de cerca. Su madre era una mujer de Bagdad, de las que se tapan el rostro. Ahora lo lleva descubierto, como nuestras mujeres, porque es pobre y él está ciego, y nadie se acerca a ellos, por miedo a su cólera o a la justicia implacable del rajá. ¿No ha estado usted por aquella parte del río?

—No. Hace mucho tiempo que no he ido por allí.

—Pues yo sí; yo voy por allí a menudo, yo solo, y miro y escucho. Y sé muchas cosas, porque las he visto.

Lakamba se encogió de hombros y comentó en tono despectivo:

—¡Tonterías...! ¡Historias de chicos!

—No lo crea usted. Yo he estado allí muchas veces y he visto muchas cosas...

—A ver, ¿qué cosas?

—Cosas tristes, muy tristes, que casi han hecho que desease la muerte y comprendiera que la tierra es país de ingratos y traidores... He oído cosas abominables, y también las he visto. Desde que el rajá Laut permitió que otro hombre blanco se estableciera aquí, en Sambir, la hija del ciego Omar el Badavi habla con él. Ya no soy el de antes para ella...

—¿Cómo? ¿Un blanco habla con la hija de un pordiosero ciego? —preguntó Lakamba en tono incrédulo.

—Sí, sí. Yo lo he visto...

—¿Tú? ¿Tú lo has visto? ¿Qué has podido ver tú, si eres tuerto? —estalló el otro brutalmente.

—Pues yo lo he visto, lo he visto. Muchas veces, cuando aún no ha salido el sol y el campo está todavía cubierto de rocío, ese extranjero blanco se desliza por la estrecha senda que conduce a la casa del ciego; y yo lo he visto hablar con la muchacha, con la hija, la de los grandes ojos y la tez pálida. ¡Una mujer! ¡Pero una mujer sólo por la forma del cuerpo, porque su alma es varonil y ruda como la del hombre más valiente! No conoce el miedo ni la vergüenza. Y yo la he oído hablar a ella también.

Hubo una larga pausa, mientras los dos hombres miraban pensativos los bosques que se hallaban enfrente, en la orilla. Debajo de ellos, las aguas de la ensenada de Lingard cantaban dulcemente entre los árboles de las riberas. Una casita, sobre una plataforma de bambú, se elevaba cerca. Y el bosque impenetrable tenía aquí y allá grandes claros que eran campos de arroz ya secos. Ni la más leve brisa agitaba las quietas ramas, y un silencio infinito descendía desde el cielo estrellado. La Luna iluminaba débilmente el paisaje, pero a veces una nube, que cabalgaba con lentitud en el azul del cielo, tapaba su rostro pálido, y entonces el campo se sumía en una noche negra, profunda. Algún pez saltaba en el agua, produciendo al caer un ruido sordo, que turbaba por un momento el silencio solemne del bosque.

Lakamba daba cabezadas, mientras el vigilante Babalatchi se golpeaba sin cesar el torso desnudo, espantándose los encarnizados y furiosos mosquitos. La Luna, prosiguiendo su senda silenciosa, había alcanzado su mayor altura, y en aquellos momentos caía a plomo sobre ellos, deshaciendo las sombras. Babalatchi atizó la lumbre y luego sacudió rudamente a su compañero, que despertó asustado, bostezó y se puso a gruñir entre dientes, al tiempo que tiritaba.

Babalatchi habló de nuevo de un modo lento, monótono, bajo, semejante al ruido que produce un torrente al deslizarse por un lecho de piedras, destruyendo por su misma constancia todo lo que se opone a su paso. Lakamba escuchaba en silencio, interesado en el relato. Eran dos aventureros malayos, hombres ambiciosos de aquel país y aquel tiempo, que no se resignaban a una vida monótona, vulgar y oscura.

Algo así como los bohemios de su raza. En los primeros tiempos de la colonia, antes de que el gobernador Patalolo hubiera sacudido el yugo y rechazado la obediencia al sultán de Koti, Lakamba había aparecido en la ría con dos pequeños buques mercantes. Había perdido ya la esperanza de encontrar algo que se pareciera a una organización política entre los varios pueblos indígenas que obedecían las órdenes de Patalolo *el Viejo*, pero se estableció en el país. Él mismo se decía oriundo del Este, donde los hombres blancos no tenían poder alguno ni habían intentado nunca gobernar, y afirmaba pertenecer a una familia ilustre, de sangre real. Y, en verdad, tenía todas las dotes de un príncipe expatriado: era de carácter descontentadizo, ingrato y turbulento; un hombre envidioso, rencoroso y vano, pronto a aceptar y a realizar todas las intrigas, llenos siempre los labios de promesas. Era obstinado hasta cierto punto, con una obstinación algo pueril, que no le dejaba llegar nunca a la meta de sus deseos. Recibido fríamente por el suspicaz y desconfiado Patalolo, insistió, con permiso o sin él, en construir, a unas catorce millas de Sambir, río abajo, una casa, que fortificó con una alta empalizada. Como tenía muchos adictos y su carácter más bien era indolente y despreocupado, el viejo rajá no creyó oportuno someterlo por la fuerza, y le dejó hacer. Pero una vez establecido allí comenzó a intrigar en la sombra. La lucha entre Patalolo y el sultán de Koti fue fomentada por él, aunque no llegó a dar el resultado apetecido a causa de no poder el sultán ayudarlo a tan gran distancia. Humillado por aquel fracaso, pronto organizó un pequeño ejército de indígenas *bugis* y sitió al rajá en su propia residencia, estando a punto de obtener una victoria decisiva. Pero entonces apareció en la ría el capitán Lingard con su bergantín armado, y esto bastó para enfriar el ardor del terrible guerrero. A partir de entonces, nadie molestó al rajá, y Lakamba, con momentánea resignación, se convirtió mitad en agricultor y mitad en traficante, disimulando su cólera y su enojo y aguardando la ocasión para poder llevar a cabo sus propósitos. Todavía fiel a sus principios de príncipe pretendiente, no quería reconocer a las autoridades de la colonia, recibiendo siempre con palabras y gestos terribles a los cobradores de tributos que enviaba el rajá, y diciéndoles que fuese el rajá en persona a cobrarle el impuesto de sus campos, si se atrevía. Por consejo del capitán Lingard, el rajá había renunciado a obligarle por la fuerza a pagar, no obstante sus modos y sus palabras insolentes, y durante muchos meses Lakamba vivió feliz y tranquilo entre sus mujeres y sus criados, acariciando la dulce esperanza de que llegarían tiempos mejores para él, tal como sueñan todos los príncipes expatriados.

Pero los días pasaban, pasaba el tiempo, y aquella hora de grandeza y de desquite tan esperada no llegaba. La loca esperanza había ido debilitándose poco a poco en su alma, y la antigua llama era ya un leve rescoldo entre un montón de cenizas, hasta que la suerte llevó a Babalatchi por aquellas tierras. Éste había sido algo así como el huracán que reaviva la muerta hoguera. Había penetrado en el río, llegando hasta los parajes donde estaban la casa y las tierras de Lakamba, en busca de un refugio seguro para salvar su vida, poco honrosa en verdad. Era un verdadero vagabundo de las

costas, un pirata, que vivía de asaltar los buques y del saqueo, ganando su sustento con penosos y arriesgados trabajos. Había recorrido infinidad de islas a la cabeza de varias bandas de piratas, y, pasando por todos aquellos archipiélagos, había llegado a la India, donde conoció los esplendores y las riquezas de Bombay; luego formó parte de una inmensa muchedumbre de peregrinos, para tener la gloria de besar con sus labios la Piedra Sagrada de la Ciudad Santa. Llenó su espíritu de experiencia y sabiduría en muchos países, y después de afiliarse al bando de Omar el Badavi, fingió una gran religiosidad, convirtiéndose incluso en peregrino, aunque le era imposible leer las inspiradas palabras del Profeta. Era un hombre valiente y sanguinario, aunque sin jactancia, que odiaba a los hombres blancos enemigos de los degüellos, del comercio de esclavos, de los procedimientos guerreros a ultranza y de las quemas de las viviendas de los enemigos, únicas ocupaciones verdaderamente dignas de un hombre de mar. Llegó a ser uno de los hombres de confianza de su jefe, el indomable Omar el Badavi, cabecilla de los piratas *brunei*, al que Babalatchi había seguido con perruna fidelidad durante aquellos largos años de pillaje feliz. Y cuando aquella larga carrera de robos, asesinatos y violencias terminó con una completa derrota que les infligieron los blancos. Babalatchi, que no abandonó ni por un instante a su jefe, presenció impasible, entre una lluvia de granadas que estallaban alrededor, la voladura de sus chozas y el incendio de sus hogares, entre los gritos de las mujeres y el llanto desolador de los niños. Sus ojos contemplaron el fin de todo lo que él había considerado siempre preciso y necesario para ser feliz en la tierra. Pero su corazón no sintió miedo ni un solo momento. En medio de la espantosa carnicería, Babalatchi concentró todas sus fuerzas en el empeño de salvar a su jefe. Y cuando sobrevino la terrible explosión de los barriles donde ellos guardaban la pólvora, Babalatchi encontró a su jefe, medio muerto y ciego, sobre un charco de sangre, junto a su hija Aissa; sus otros hijos habían muerto en el curso de la batalla, lo mismo que casi todos sus guerreros y adictos. Entonces, Babalatchi, ayudado por Aissa, llevó a su jefe hasta una barca, y pudieron huir.

Durante algún tiempo, Omar había soñado con la venganza. Pero su sueño se disipó un tanto ante la fría y casi hostil acogida que les dispensó el sultán de Sulú. Mientras Omar era curado cariñosamente por su hija. Babalatchi hablaba sin cansarse al sultán, intentando ganar su simpatía para efectuar una correría en campo enemigo. Pero el sultán montó en cólera y repuso: «¡Bah, bah! Yo los conozco a ustedes, amigo mío, los hombres del Oeste. Usted habla de conquistas, cuando lo que quiere es vengarse de sus enemigos. ¡No, no!».

Todo era inútil. No se podía hacer nada. Los tiempos habían cambiado, evidentemente. Tan cambiados estaban que, cuando apareció ante la isla una fragata española y envió un ultimátum al sultán para que les entregara a Omar y a sus compañeros, Babalatchi no se sorprendió al oír decir a las gentes de la Corte que eran víctimas de las circunstancias y que no podían negarse a las demandas de aquella fragata española. Entonces comenzó otra odisea para el viejo Omar y su pequeño

ejército de adictos, aquel grupo de bravos que logró huir con su jefe, escapando de la catástrofe. Babalatchi y la hija del pobre jefe ciego, ayudados por aquel puñado de valientes, consiguieron escapar, perseguidos por la lluvia de bombas que les enviaba el buque de guerra español. La odisea fue espantosa. La mayoría de ellos perecieron; pero el jefe, la hija y Babalatchi, con algún otro, lograron escapar y sobrevivir a la catástrofe. Y todavía los marineros, los piratas, los soldados, los comerciantes, los campesinos y los isleños de aquellos archipiélagos hablan de la huida de Omar y de los suyos como de una aventura prodigiosa que eleva el alma y el espíritu de la raza.

Los fugitivos llegaron a Sambir tripulando un bergantín de cierta importancia. Nadie pudo averiguar nunca cómo Babalatchi, que se había pasado la vida tripulando humildes canoas, poseía, al llegar a la madurez, un buque con ciertas comodidades y no poca riqueza. Pero éste es uno de los muchos secretos del mar que quedan ocultos. En realidad, nadie hizo en la isla una investigación a fondo. Corrieron rumores, sí, de que un bergantín que pertenecía al sultán de Menado se había perdido, pero nadie supo nada cierto. Babalatchi contó una historia que, por cierto, no fue creída. Pero cuando el sultán del país llamó a su presencia al glorioso tuerto, Babalatchi le dijo, con la calma de un hombre justo, que dos hombres, uno de ellos ciego, y una pobre mujer no podían haberse apoderado de nada de este mundo por la violencia. La caridad es una de las virtudes más recomendadas y ensalzadas por el Profeta, y el sultán acabó por encogerse de hombros. A partir de aquel día, Babalatchi creyó prudente ponerse y poner a su antiguo jefe y a la hija de éste bajo la protección de Lakamba.

No obstante la hábil defensa y las mentiras de Babalatchi, el sultán se incautó del bergantín dejando a aquél solamente un bote, que era el que había remontado el río y que luego comenzó a pudrirse bajo la lluvia y el sol, siendo por último utilizada para combustible casi toda su obra muerta. Sólo su casco permanecía aún en el agua, y Babalatchi se complacía en soñar a menudo sobre aquel cascarón de nuez. En cuanto al ciego Omar y a su hija, la linda Aissa, habían quedado bajo la tutela del rajá del país.

Por lo demás, Babalatchi se sintió bien pronto como en su propia casa en el establecimiento de Lakamba. Tenía la flexibilidad moral de los verdaderos vagabundos que se adaptan pronto a todos los ambientes, y con su gran experiencia de la vida y su firmeza de carácter, a un tiempo duro y flexible por extraña paradoja, no tardó en apoderarse de la vacilante voluntad de Lakamba, cuyo único credo era el eterno descontento de su condición. Babalatchi supo mantener vivo aquel descontento de Lakamba, encendiendo de nuevo en éste la ambición que iba muriendo poco a poco, a la vez que calmaba la natural impaciencia del desterrado por alcanzar una alta y lucrativa posición. Babalatchi, el hombre de la violencia, condenó —por el momento, claro está— el uso de la fuerza, ya que se daba perfecta cuenta de lo difícil de la situación. Por la misma causa, él, que era el hombre que más odiaba a los blancos en este mundo, comenzó a hablar a Lakamba de que quizá fuera político y

prudente admitir la protección de las autoridades holandesas. De todos modos, no debía hacerse nada con precipitación. Todo cuanto Lakamba —al que llamaba a cada instante su jefe y maestro— pensara o proyectase, era aceptado por Babalatchi a ojos cerrados. El aventurero y Lakamba habían hablado de la conveniencia de llegar incluso a envenenar al viejo sultán Patalolo cuando llegara la ocasión. Pero era necesario esperar. Mientras la influencia de Lingard fuese allí tan grande, y mientras Almayer, el representante del capitán, fuera el primer comerciante de la colonia, no había que pensar en fundar un nuevo Estado. Asesinar a Almayer y a Lingard era tan difícil y arriesgado que podía considerarse imposible. Lo que ellos necesitaban, pues, era una alianza. Una alianza con alguien muy poderoso que, al mismo tiempo que protegiese a Lakamba, pudiera ponerse al habla con las autoridades holandesas. Un comerciante rico: éste era el personaje que ellos necesitaban. Así, les sería muy fácil destronar al viejo rajá, o asesinarlo, si no había otro remedio. Y el apoyo de un comerciante rico sería también la mejor manera de llegar a entenderse pronto con las autoridades holandesas de Batavia. Claro está que lo primero que tenían que hacer para encontrar semejante aliado era inducir a algún hombre rico a que se estableciese en Sambir. Un hombre blanco no los ayudaría, desde luego. Era preciso buscar a un comerciante influyente en las islas, y nadie mejor para el caso que un comerciante árabe. Pero lo malo estaba en que Sambir era poco conocido y en que los celos de Lingard opondrían una furiosa resistencia a cualquier comerciante poderoso que intentara establecerse allí. Pero, en fin, también lo arreglarían...

Tal era la línea de conducta que Babalatchi aconsejaba a su ambicioso protector. Lakamba asentía a todo, no oponiendo otra objeción a los planes de su segundo que la de que aquello necesitaba un trabajo muy lento y paciente. En su loco deseo de ser pronto rico y poderoso, el ignorante y rudo desterrado hablaba a veces de unirse a la banda de cualquier aventurero, cuya ayuda pudiera serle útil más tarde, y Babalatchi tenía que hacer grandes esfuerzos para moderar y contener los violentos impulsos de su jefe. Sería un acto torpe e impolítico permitir que en Sambir se dejase sentir la influencia de cualquier otra persona; podían fracasar, y entonces la venganza del capitán Lingard sería segura y contundente. No había que correr ningún riesgo. Lo mejor era esperar.

Mientras tanto, Babalatchi recorría la colonia, visitando pueblos, caseríos y cabañas aisladas, pulsando siempre el estado de la opinión y hablando infatigablemente a los indígenas acerca del abandono en que se tenía a Sambir. Por las noches solía muchas veces coger la diminuta canoa de Lakamba y hacer misteriosas visitas a su viejo jefe, al otro lado del río. Omar vivía como un santo, bajo la vigilancia y los cuidados de Patalolo. Entre la valla de altísimos bambúes, que cercaban las casas del rajá y la floresta salvaje había una plantación de plátanos, y a un lado, a orillas de un arroyo que se precipitaba cantando en el río, veíanse dos casitas construidas junto a un bosquecillo de hermosos árboles frutales. En una de aquellas casitas vivía Omar. El rajá estaba muy impresionado por la piedad ostentosa

del ciego, por su gran sabiduría, sus muchas desgracias y la gran fortaleza con que sobrellevaba su infortunio. A menudo el viejo gobernador de Sambir visitaba sin pompa ni aparato al árabe ciego, y pasaba varias horas en silencio, escuchando las sensatas palabras del prisionero. También Babalatchi iba muchas noches a visitar a Omar, y entonces los dos hombres se sentaban ante la lumbre y hablaban largamente. Aissa, desde lejos, contemplaba a su padre y al antiguo y fiel amigo, sin oír la conversación que los dos hombres sostenían en voz baja. Luego, Babalatchi llevaba al viejo hacia la casa y se marchaba. Pero en vez de alejarse, Aissa le veía muchas veces volver a la lumbre, que ella misma solía encender en una explanada de la Floresta, y permanecer largo rato pensativo e inmóvil. ¿En qué pensaba?

La llegada de Willems a Sambir había alarmado extraordinariamente a Babalatchi. Le parecía que una nueva manifestación del poder de los hombres blancos se establecía en el país. Luego cambió de opinión. Una noche había encontrado a Willems en la senda que conducía a la casita de Omar, y advirtió con cierta sorpresa que el ciego no parecía enterado de las visitas del hombre blanco a los alrededores de su morada. Puesto en guardia desde entonces, días después, al llegar inopinadamente al bosque que rodeaba la casita de Omar, descubrió que la chaqueta del hombre blanco colgaba de un árbol, al fondo del arroyo. Poco después pudo comprobar que Aissa se dirigía también hacia el sitio donde debía de esperarla el hombre blanco. Entonces huyó a buscar a Lakamba, y al llegar la noche le dijo que tal vez hubiese llegado el momento de realizar sus sueños. Lakamba, asombrado, le rogó que le contase lo que ocurría, y entonces Babalatchi le explicó su plan: había pensado valerse de Willems para destruir la influencia de Lingard en la isla.

—Yo conozco a los blancos, *tuan* —terminó Babalatchi—. Los he visto en muchos países, y sé que son esclavos de sus deseos y de sus pasiones, y que siempre están prontos a entregar su fuerza y su razón en manos de cualquier mujer. Y ahora ocurrirá igual, Lakamba. Un hombre blanco nos servirá de instrumento para destruir a sus hermanos de raza...

Y dicho esto, se tumbó ante el fuego cuan largo era, cerró su único ojo y fingió dormir. Lakamba, que no estaba convencido, ni mucho menos, permaneció inmóvil durante largo rato. Y la Luna, declinando más allá de los bosques, parecía abandonar a la tierra, como esos amantes que, cansados, se resignan a volver a la morada para reclinar su cabeza en el amoroso regazo de la mujer que los espera...

VI

—Esta noche, Almayer, quisiera que me dejase usted su rifle, para ver si mato algún ciervo cuando salga la Luna —dijo Willems de pronto.

Acababan de cenar, y una lámpara humeante y triste alumbraba la estancia.

La mesa se hallaba un tanto revuelta.

Almayer, que estaba sentado frente a él, sonrió largamente sin contestar.

—Bueno, dígame usted sí o no —apremió Willems.

—¿Y qué quiere usted que le diga? —repuso al fin Almayer sonriendo irónicamente—. Usted sabe dónde está mi rifle, puede cogerlo si quiere. ¡Un ciervo...! ¡Sí, sí! Lo que usted intenta cazar es... una gacela, que no es lo mismo. Lo he notado desde el día que vino. Siempre está usted con los indígenas... ¡Bonita ayuda supone para mí su compañía!

—Usted tiene el defecto de beber demasiado, Almayer —dijo Willems, disimulando a duras penas su rabia—. Siempre ha tenido usted mala cabeza... Recuerdo que ya era usted así cuando estábamos en Macasar. Bebe usted mucho.

—Yo bebo lo que quiero, lo que debo beber —murmuró Almayer, mirándole con ojos centelleantes.

Ambos se levantaron. Almayer se dirigió a la veranda y, despojándose de sus pantuflas, se encaramó a la hamaca que colgaba entre dos soportes de madera, para disfrutar de los soplos de brisa tan raros en aquella estación seca y abrasadora, mientras Willems, después de permanecer unos instantes indeciso, bajó las escaleras de la veranda y, atravesando el jardinillo rústico, se dirigió a la orilla del río, donde había unas cuantas canoas sujetas con cadenas. Saltó a una de ellas, muy pequeña, soltó las amarras y se dejó arrastrar por la corriente, ayudándose apenas con los remos.

Almayer, incorporándose levemente en la hamaca, pudo ver a Willems saltar a la canoa y alejarse río abajo.

Entonces, sin poderse contener, gritó con todas sus fuerzas:

—Ya sé dónde va usted. Así, no quiere coger mi rifle, ¿no es eso? ¡Claro! ¿Para qué?

Y una carcajada brutal rompió el silencio de la noche.

Luego, como si aquel desahogo le hubiera tranquilizado súbitamente, volvió a su hamaca y se quedó adormecido, con una amplia sonrisa en los labios.

Hacía tres meses que Lingard había desembarcado a Willems en Sambir, dejándolo al cuidado de Almayer. El capitán había tenido que partir inmediatamente. A decir verdad, los dos hombres blancos no se llevaban muy bien. Almayer, que recordaba los tiempos en que ambos estaban al servicio de Hudig, cuando Willems, por ser su jefe, le trataba con dureza y despego, sentía un profundo rencor hacia su huésped. No, no le era nada simpático. Sentía al mismo tiempo cierta envidia ante el favor y la protección que el capitán Lingard había ofrecido a Willems de un modo tan

desinteresado. Almayer se había casado con una muchacha malaya que el viejo marino había adoptado en uno de sus momentos de incomprensible generosidad, y como el matrimonio estaba muy lejos de ser feliz, el hombre soñaba con llegar a ser el heredero de Lingard y creía tener derecho a la fortuna del capitán, como una especie de compensación a sus desventuras domésticas. La aparición de aquel hombre, que parecía ejercer cierto ascendiente sobre Lingard, llenó a Almayer de profunda inquietud, tanto más cuanto que el viejo marino no quiso contarle al marido de su hija adoptiva la historia de Willems ni decirle sus proyectos acerca del porvenir de aquel aventurero. Desconfiando desde el primer instante, Almayer hizo fracasar a Willems en sus intentos de ayudarlo en sus negocios, y trató al recién llegado con una frialdad y un silencio cada vez más hostiles. La situación había llegado a ser tan intolerable que ambos deseaban el retorno de Lingard para poner fin a ella. Willems esperaba que cualquier día ocurriera un milagro que rompiera la insoportable monotonía de aquella situación, y echaba de menos la perdida actividad comercial, cuando estaba al servicio de Hudig. Pero aquel pasado lleno de gloria y de triunfos le parecía ya irremisiblemente perdido. Vagaba durante horas enteras por los alrededores de la casa de Almayer, entre los bosques, mirando desde lejos las canoas que descargaban productos indígenas o cargaban arroz u otras mercancías con destino a Europa, en el pequeño muelle de Lingard y Compañía. A pesar de que los terrenos que pertenecían y rodeaban a la casa de Almayer eran muy extensos, Willems experimentaba la sensación de que allí faltaba espacio para él. El hombre que durante muchos años se había acostumbrado a creerse indispensable a los demás, experimentaba entonces una sorda rabia y una profunda amargura al verse ocioso y al darse cuenta de su inutilidad; le irritaba sobre todo descubrir el odio, la envidia y la antipatía en cada mirada del único hombre blanco, del único hombre de su misma raza que había en aquel perdido rincón del mundo. Le irritaba también ver que los días pasaban y que él tenía que compartirlos con aquel hombre odioso y de carácter duro y altivo. Su ociosidad se le hacía insoportable. Todo cuanto había en torno suyo se movía, vivía: las cosas, los animales, los hombres. Hasta los mismos salvajes de la isla luchaban y trabajaban, aunque sólo fuera para prolongar una miserable existencia. ¡Sólo él estaba fuera del concierto del mundo y de la creación, en una insoportable inmovilidad, como si fuera un maldito!

La floreciente y próspera colonia de Sambir había sido antiguamente una isla pantanosa e insana; las casas de bambú se elevaban casi siempre a orillas del mar o de los ríos, sostenidas por troncos de árboles entre los que el agua cantaba monótonamente.

Willems dirigió su barca hacia la otra orilla de la ría. Allí existían numerosas cabañas de indígenas, los cuales miraban a aquel hombre blanco con una especie de rencor silencioso. Un bosque espesísimo se extendía por toda la ribera, detrás del caserío, cuyas viviendas se adentraban en el agua, sostenidas, según la antigua costumbre del país, por troncos de árboles. El bosque virgen era casi impenetrable, y

muy peligroso, además, debido a que lo poblaban los rebaños de búfalos importados por los colonos *bugis* y porque los enormes animales se acercaban a la costa a revolcarse en el cieno que las crecidas del río originaban en las depresiones del suelo. Un solo camino se hundía en la espesura, y eran muy pocos los que se atrevían a transitar por él. Sin embargo, a Willems le gustaba internarse en el bosque de vez en cuando, con gran asombro de los indígenas. Pero un día un pequeño rebaño de búfalos, asustado de sus disparos, invadió unos campos de arroz, y el hombre blanco se vio perseguido por numerosos indígenas, teniendo que refugiarse rápidamente en la casa de Almayer. Desde entonces no había vuelto por el poblado ni se había internado de nuevo en el bosque.

Willems cogía una de las muchas canoas de Almayer, y cruzando el brazo principal del Pantai buscaba un sitio solitario y tranquilo donde entregarse a sus melancólicas reflexiones. Escogía con preferencia los sitios donde crecían las grandes palmeras, cuyas anchas hojas parecían extenderse sobre su pobre cabeza con una dulce piedad por el ocioso vagabundo. Se internaba en la espesura huyendo de la orilla, yendo a parar las más de las veces a algún claro del bosque. Luego volvía lentamente, con una amarga y triste sensación de melancolía.

A veces se aproximaba al lugar donde se alzaba, rodeada de enormes árboles seculares, la gran casa del rajá de la isla. Un dulce arroyuelo se deslizaba cerca, yendo a verter mansamente sus claras aguas en el río.

Un día, al desembarcar en aquel sitio, seducido por su belleza, había tenido un encuentro singular: entre la maleza se extendía una senda que parecía muy frecuentada, y al seguirla encontró a una mestiza, una joven de color cobrizo, con una negra y hermosa cabellera. La muchacha, que llevaba dos cubos de agua, los dejó en el suelo y volvió la cabeza sonriendo de un modo dulce y extraño. Willems se detuvo también y permaneció unos instantes mudo e inmóvil ante la graciosa aparición. Un instante después pasó ante la joven, que, con un movimiento muy femenino de coquetería, se había echado su espesa, negra y suelta cabellera sobre los hombros y alrededor del rostro. Willems experimentó una extraña sensación de aturdimiento, una impresión irreprimible. ¿Por qué? No pudo comprenderlo. Lo cierto es que, en cuanto anduvo unos pasos, sintiendo que los ojos de la mujer estaban fijos en él, volvió la cabeza y vio que la joven seguía inmóvil, devorándole con sus ojos de fuego, unos dulces ojos de gacela.

Sin embargo, la muchacha había cogido ya sus cubos y se disponía a reanudar la marcha. Un rayo de sol que se filtraba por la arboleda acariciaba su rostro cobrizo y sus torneados y esculturales brazos, haciendo relucir como luceros en la noche sus grandes ojos negros.

Willems quedó en estática contemplación, sintiendo esa dulce caricia que es para el alma el nacimiento de un amor muy puro, emoción de lágrimas que invade el corazón hasta convertirse en una herida, emoción de dulces sensaciones que despiertan en nosotros, haciendo nacer en el fondo del pecho nuevas esperanzas,

nuevos anhelos, nuevos temores, al mismo tiempo que un irresistible deseo de huir de nosotros mismos.

La mujer dio un paso, pero se detuvo de nuevo. Y Willems continuó su camino, después de lanzar un hondo suspiro, el suspiro que lanza el soldado antes de entrar en batalla, el suspiro de un amante antes de caer en los brazos de la mujer querida, el suspiro que templea el alma para arrostrar todos los peligros y todas las amenazas, las pasiones, las luchas, las tempestades de la vida y la misma muerte.

¿Quién era aquella mujer? ¿De dónde había salido?

Desde aquel momento, Willems encontró interesante y adorable aquella naturaleza, de incomparable hermosura, desde luego, pero que hasta entonces le había parecido hostil y bárbara y entre la que él se movía con un sordo e impotente sentimiento de odio y de inutilidad. El paisaje había cambiado: todo era dulce, amable, acogedor... Aquella mujer era semejante a un ensueño, a una dulce aparición que surgiera para encantar su vida, para reconciliarle con el mundo.

Y entonces se produjo el milagro. Fue ella, ella misma, la que avanzó hacia Willems, llevando en sus labios una sonrisa encantadora... Mil pensamientos cruzaron la mente del hombre blanco, que se sorprendió al fin al oír su propia voz que preguntaba:

—¿Quién es usted?

—Soy la hija del ciego Omar —contestó la joven en voz baja, pero con tono firme y sereno—. ¿Y usted? Usted es el señor que ha venido hace poco y que está ayudando al comerciante de la colonia, ¿verdad?

—Sí —repuso Willems, que tenía que hacer un gran esfuerzo para hablar—, sí, yo soy..., yo soy el blanco que ha venido a ayudar al comerciante de la colonia... Pero... —añadió en un tono de voz que no le pareció la suya—, pero yo soy el vagabundo de mi raza.

La mujer le escuchó gravemente. Durante unos instantes, los dos se miraron a los ojos. Una sombra pasó por el rostro de Willems, que se dispuso a hablar, a dar rienda suelta a los sentimientos que le embargaban. Pero se contuvo, y sólo murmuró con voz muy dulce:

—¡Es usted muy bella!

La muchacha se estremeció al oír las palabras del hombre blanco, y todo en ella pareció sonreír al sonreír sus labios. Luego, bajó los ojos, y un relámpago de alegría brilló en su rostro de color de cobre, que se iluminó súbitamente como si lo alumbrara una divina luz interior.

VII

Hay momentos de nuestra vida que no dejan lugar a los recuerdos y hacen que se borre de nuestro corazón todo lo que no sean nuestros sentimientos. Momentos privilegiados, en que todo desaparece de nuestra vista, de nuestros sentidos, para no dejar paso más que al supremo placer de *sentir*. Momentos en que hasta la misma muerte, si nos sorprendiera, sería para nosotros un raro favor, como una alta y suprema gracia destinada a los afortunados...

Willems no podía recordar cómo y cuándo se había separado de Aissa. Se sorprendió al ver ante sus ojos el caserío indígena, mientras su canoa se deslizaba entre las últimas cabañas, de regreso a la casa de Almayer. Sólo después de tener de nuevo conciencia de la realidad, experimentó como un vago temor, mía sensación extraña de que algún peligro desconocido le acechaba, de que una fuerza misteriosa y oculta había tomado posesión de su corazón. Su primer impulso fue de rebeldía. ¡Nunca más volvería al sitio donde acababa de encontrar a la hermosa mestiza! ¡Nunca! Pero ¡ah! Sus ojos descubrían entonces el mundo que le rodeaba y en el que nunca se había fijado hasta aquel momento. El río le parecía más ancho y majestuoso; el cielo más alto y más puro; sus mismos brazos remaban con una fuerza quintuplicada. Contemplaba los árboles de las orillas, y tenía la sensación de que si quisiera podría abatir aquellos troncos seculares sin gran esfuerzo y precipitarlos en la corriente. Su cabeza ardía. Volvió a hundir una de sus manos en el río, bebiendo con delicia aquella agua turbia y fangosa.

Era muy tarde cuando llegó a la casa de Almayer; pero atravesó con paso ligero el rústico jardincillo que rodeaba al bungalow, sin tropezar en las piedras ni en las matas, a pesar de la oscuridad que reinaba, como si le alumbrara alguna luz misteriosa. El dueño de la casa le recibió con un monosílabo seco, y él se sentó a la mesa, procurando hablar en tono alegre y ligero. Pero al terminar la cena, y después que los dos hubieron fumado un cigarro en silencio, Willems experimentó de pronto un inexplicable disgusto, algo así como un cansancio inmenso, una extraordinaria lasitud, una tristeza infinita, como la que experimentamos después de alguna pérdida irreparable. Luego le invadió una cólera irrazonable, y sintió deseos de gritar, de blasfemar... Hubiera querido batirse con Almayer por el menor pretexto. Sin querer, miraba a Almayer con ojos furiosos y el ceño fruncido. El otro fumaba pensativamente, reflexionando sin duda en los trabajos del día siguiente. Aquel silencio le pareció a Willems un insulto imperdonable. ¿Por qué aquel idiota no hablaba como las otras noches?

Se retiraron temprano, pero, a media noche, Willems, lanzando un juramento, saltó de su hamaca y bajó al jardincillo. Los dos indígenas que guardaban la casa durante la noche se hallaban sentados junto a una débil lumbre, y levantaron la cabeza para mirar con asombro al hombre blanco de rostro descompuesto que cruzó silenciosamente junto a ellos como si no los viera. El resplandor del fuego iluminó un

instante la faz desencajada de Willems, el cual se perdió por una de las sendas, al fondo del jardín.

Pero al poco rato volvió a aparecer ante los ojos de los indígenas, los cuales, temerosos y después de cambiar unas cuantas palabras en voz baja, acabaron por levantarse y desaparecer prudentemente, evitando la vecindad de aquel blanco que parecía enloquecido.

Desde las sombras, con sus ojos de fiera que veían en las tinieblas, observaron a Willems durante largo tiempo, hasta que los resplandores de la aurora despertaron el bungalow de Almayer a la vida y al trabajo del nuevo día.

Willems se marchó en cuanto pudo pasar inadvertido, cruzando el río con una canoa precisamente en dirección al sitio en donde habría de encontrar a Aissa. Se sentó sobre el césped y aguardó con el oído atento, seguro de que no tardaría en percibir el leve ruido de los pasos de la joven. El sol bañaba ya la floresta con sus rayos de oro, y en las ramas cantaban los pájaros, borrachos de luz y de perfume. Puntos de luz como chispas de sol perforaban la arboleda, encendiendo de oro las hojas de los árboles o trazando inquietos lunares rojizos sobre la superficie del agua del arroyo. Y un olor de madera que se pudre, de flor que se abre, de hierbecillas olorosas, se mezclaba con la respiración gigantesca del bosque, que trascendía a charca, a moho y a cieno al mismo tiempo que a violetas silvestres y a extrañas flores de intensos y exóticos perfumes.

Willems, como sumergido en aquel baño intenso y rudo de Naturaleza virgen, sentía que su interior se desdoblaba. Ya no experimentaba ninguna tristeza por su pasado ni temor alguno por su porvenir. Aquel cálido ambiente anulaba sus tristezas, sus esperanzas, sus cóleras, todas las angustias y todas las miserias de su corazón. Y permanecía allí inmóvil, en dulce quietud, en el tibio y perfumado refugio de los bosques, sintiendo sobre él los ojos de Aissa, recordando el tono de su voz, el perfume de sus labios temblorosos, la gracia de su sonrisa ingenua, fresca y suave.

La muchacha fue, naturalmente. Para ella, él era algo nuevo, desconocido y extraño. Él era el más grande, el más fuerte y el más atractivo de todos los hombres que había visto hasta entonces, diferente de todos los que había conocido. Pertenecía a la raza victoriosa y dominadora de los blancos. Al recordar la gran catástrofe de su existencia, cuando su padre quedó ciego y ellos tuvieron que abandonar el suelo natal, Willems se le aparecía como algo enorme y peligroso a la vez, que la atraía con el encanto del peligro. Aquellos hombres hablaban con voz firme de dominadores y miraban a los otros hombres con ojos duros, a veces terribles. ¡Y ella había hecho que uno de aquellos hombres le hablase con voz dulcísima y la mirara con ojos llenos de ternura!

Aissa no comprendía todas las palabras del hombre blanco; pero los fragmentos de conversación que podía entender le habían hecho adivinar que era un hombre grande entre los suyos, valeroso y desgraciado, un bravo fugitivo que soñaba también en vengarse de sus enemigos. Todo esto le rodeaba de una aureola que le embellecía

más y más ante los ojos de la muchacha.

Pero lo que más parecía haberla atraído hacia él era el presentimiento de que aquel hombre, de voluntad fuerte y poderosa, podía llegar a ser su esclavo. Constituía para ella una profunda alegría comprobar esto conforme los días pasaban. Le causaba un legítimo orgullo ver cómo se rendía ante sus miradas y sus sonrisas, y sentía en los labios una dulzura de miel al hablar con el hombre blanco. Él se echaba a sus pies y la miraba o hablaba sin hacer el más leve movimiento, porque ella se asustaba y huía en los primeros días de su trato. Y él se quedaba inmóvil, con todo el ardor de su deseo vibrando en su voz y asomando a sus ojos... Aissa permanecía en pie mientras él hablaba, rozando con su cabecita las ramas bajas de los árboles.

Conforme transcurría el tiempo, la muchacha, que perdía el miedo, se iba acercando más y más a Willems. Éste observaba a la mujer, que parecía rendirse poco a poco al encanto de sus palabras de amor y de pasión. Era el eterno milagro del acercamiento de los seres, que se repite desde el principio de la Creación y que sólo terminará cuando no haya sobre la Tierra labios que besen ni oídos que oigan... El hombre le decía que era bella y atractiva, y día tras día le repetía estas frases como una oración. Y día tras día también iba viendo Willems cómo la mirada de la joven se hacía más dulce, más confiada, cómo la sonrisa apenas se borraba de sus labios, y cómo una expresión de encanto y de ensueño iluminaba su rostro cobrizo con creciente ternura.

Willems se olvidaba del mundo entero cuando estaba junto a la muchacha. ¡La mirada de ella, la sonrisa de ella! ¡Nada en su vida antes ni después de Aissa! Su existencia estaba limitada, reducida, concentrada íntegramente en aquel presente glorioso que era la joven que iba a escucharle, a mirarle y a sonreírle cada día entre el bosque encantado. Y luego, al quedarse solo, se sentía débil y desamparado como un niño perdido. Él, que había vivido siempre sin otra preocupación que sus propios trabajos y su propia carrera, desdeñosamente indiferente a toda influencia femenina, lleno de desprecio hacia los hombres, incluso hacia aquellos que pretendían someterle; él, tan fuerte, tan superior y tan intransigente, tan firme incluso en sus errores, comprendía al fin que su verdadera personalidad, su fuerza, su voluntad, todo lo que era él, le había sido arrebatado tal vez para siempre por la mano de una mujer. ¿Dónde estaban la seguridad y el orgullo de su destreza, la fe en el triunfo que siempre le había acompañado, su cólera ante la derrota, su firme deseo de rehacer su fortuna, la certidumbre de que había de sonar para él una hora de gloria todavía? ¡Todo había desaparecido, todo se había borrado de su alma! Todo lo que suponía una fuerza o una voluntad en su corazón le había abandonado, y sólo quedaban dentro de su pecho aquel corazón lleno de inquietudes extrañas, un corazón que se turbaba, agonizaba, se estremecía o lloraba por una mirada o una sonrisa, por una palabra o una promesa.

Al fin, cuando un día Aissa, sentada en el césped junto a él, se decidió a poner una mano sobre las suyas, Willems se estremeció intensamente, con la misma

emoción de aquel a quien despierta el hundimiento de la casa en que duerme. Fue lo mismo que si hubiera recibido un balazo a traición. Rechazó brutalmente aquella mano y se quedó jadeando, con la vista fija en el suelo, conteniendo dolorosos suspiros. Pero la muchacha no manifestó ni temor ni sorpresa ante la extraña actitud del hombre blanco. Sus dedos acariciaron el pelo de sus sienes, se deslizaron luego lentamente a lo largo de sus mejillas y por último se detuvieron en una de las guías de su bigote. Y mientras él permanecía bajo la influencia de aquella terrible impresión que le oprimía el pecho. Aissa se levantó y desapareció como una sombra entre la arboleda, llevando en sus labios una sonrisa llena de luz.

Willems se levantó al fin penosamente y se dirigió a la orilla del río. Pensaba, con una amargura que se le hundía en las entrañas, que aquél era el fin lógico de su aventura.

Desde la canoa contempló fijamente aquella parte del bosque, como si quisiera despedirse de un sitio lleno de dulces recuerdos. Al volver a la casa de Almayer se había hecho el firme propósito de no intentar ver más a Aissa. Iba a rectificar. La dureza de su carácter y su antigua rigidez aparecerían de nuevo, y él las aplicaría a dominar su pasión por completo. Tenía la sensación de ser prisionero de Almayer; pero su situación iba a cambiar. Durante la comida —la última que iban a hacer juntos—. Willems, sentado frente a Almayer, procuraba mostrarse sereno y tranquilo.

Pero ¡ah...!

A medida que pasaba el tiempo, un deseo, una idea, un sentimiento, leves al principio, más fuertes y más irresistibles después, rotundos y dominadores al fin, fueron creciendo en su alma...

La imagen de Aissa, tan dulce, tan sumisa, tan adorable, apareció ante sus ojos y su pensamiento, dominando por completo todos sus sentidos, imponiéndose por último a su voluntad.

¡Sí, verla, verla! ¡Verla en aquel mismo momento, aquella misma noche! ¡Verla sin falta alguna!

Sentía la rabia de las horas perdidas, la tristeza de los minutos que iban transcurriendo sin que él la contemplase, sin que oyera su voz, sin que pudiera tocar sus manos... ¡Verla, verla!

Pero ¿cómo? Quería marcharse de aquella casa quizá para siempre; pero con un temor muy humano, con un humano sentimiento de asegurarse la retirada, quiso emplear los medios suaves en vez de marcharse bruscamente. Entonces se puso a pensar... ¿Qué hacer? ¿Qué podía hacer? Él no había salido nunca de noche del bungalow de Almayer... ¿Qué diría éste? ¿Qué pensaría?

Hubo un largo silencio, durante el cual el dueño de la casa continuó fumando pensativamente.

Al fin, Willems creyó haber encontrado la excusa oportuna... Le pediría el rifle a Almayer, diciéndole que iba a ver si cazaba algún ciervo entre los árboles. Había luna. Y él conocía algunas aguadas a las que solían ir a beber los ciervos...

Es verdad que esto era un solemne embuste, pero no le remordía la conciencia. Estaba harto de engañar a Almayer y de decirle mentiras a cada instante. ¿Por qué no?

Entonces Willems habló. La respuesta de Almayer le demostró lo inútil de su mentira. Se encogió de hombros. En el fondo, le daba igual... Ya no quería ver a Aissa. Deseaba únicamente ir al claro del bosque donde había estado con ella por la tarde.

Y en aquellos momentos, con el sonido de la carcajada de Almayer resonando todavía en sus oídos, Willems remaba con todas sus fuerzas mientras la barca se deslizaba río abajo.

Sí, quería ir a aquel lugar del bosque donde se encontraban cada día, mirar el árbol bajo el cual se habían sentido juntos, pisar la misma hierba que había sostenido el cuerpo de la joven cuando se sentó junto a él.

Quería llegar allí, permanecer unos instantes y marcharse. ¡Nada más!

Pero cuando su pequeña barca se hundió en el barro de la orilla y él saltó a tierra, en el bosque que era para él sagrado, le ocurrió un pequeño y lamentable incidente: en su prisa se olvidó de coger la cuerda de amarre, y la ligera embarcación fue arrastrada por la corriente y desapareció bien pronto entre las sombras.

Willems se quedó aterrado. Ya no podría escapar de allí, a menos que llamara en su ayuda a las gentes del rajá. ¡Y para ello tendría que pasar precisamente ante la casa de Aissa y de su padre!

Comenzó a andar entonces hacia el claro del bosque, y al llegar a él se detuvo, mirando sin ver hacia la casa del ciego Omar y aguzando el oído como si quisiera oír la voz de su destino. Luego se retorció las manos con desesperación, y su frente se cubrió de sudor. Un silencio infinito envolvía al bosque encantado, por entre cuyo espeso follaje no se filtraba ni un rayo de luna.

El desdichado miró alrededor en medio de la oscuridad, como si buscase un apoyo, una ayuda. Aquel silencio, aquella soledad infinita que le rodeaba, le parecieron al pobre vagabundo las más crueles y duras manifestaciones de su miseria y de su triste condición. No podía contar con nadie en el mundo más que con él mismo, ¡y él podía tan poco, era tan poco, suponía tan poco! Sólo veía dentro de sí la imagen de aquella mujer.

Entonces tuvo un instante de lucidez, de esa lucidez que disfrutaban en ciertos momentos hasta los más infelices y desgraciados, y sintió vergüenza y piedad de sí mismo.

El hombre ambicioso, el hombre que hasta entonces había experimentado el orgullo de la lucha, del trabajo y del triunfo, había encerrado su existencia en una sola idea, en un solo sueño, en un solo deseo: aquella mujer... Y aquella mujer era una indígena, una salvaje y, además, una...

En vano intentó decirse en seguida que aquello no tenía importancia. Al fin bajó la cabeza y quedó confundido, vencido, anonadado.

Le parecía haber entregado lo mejor de su alma, la parte más pura y alta de su vida, de su raza y de su civilización, a un ser salvaje y bestial que se había refugiado dentro de su pecho. Willems no razonaba esto, pero tenía la noción de estar perdido entre un caos de cosas peligrosas y horribles. Y en vano intentó luchar contra el fantasma de aquel vencimiento, de aquella derrota absoluta.

Al fin, abatiendo los brazos, que cayeron pesadamente a lo largo de su cuerpo, inclinó la cabeza sobre su pecho y lloró, perdido en medio de la noche oscura, en el silencio del bosque inmenso y perfumado.

SEGUNDA PARTE

I

El sol, un sol de fuego, caía a plomo sobre la colonia, sobre el pequeño caserío y sobre los bosques, inundándolo todo con su luz deslumbradora, con su fuego y su respiración irresistibles. La tierra permanecía silenciosa e inmóvil, brillando por doquier bajo la caricia ardiente de aquel sol abrasador que parecía destruir todos los sonidos y detener todos los movimientos.

Bajo aquel cielo purísimo, sin una nube, los únicos seres que se atrevían a dar señales de vida eran las mariposas, esas hijas predilectas del sol, caprichosas tiranas de las flores, que volaban, como flores aladas también, sobre los verdes bosques o los prados silenciosos y solitarios.

Y el único sonido que se lograba escuchar en aquella naturaleza abrasada era el leve rumor del agua del arroyo, que zigzagueaba dulce y tímidamente sobre la tierra sedienta, corriendo presurosa, como si buscara el fresco refugio del mar.

Almayer, que había despedido a sus trabajadores por el resto de aquella calurosa jornada, atravesó el jardincillo rústico de su bungalow llevando a su hijita en brazos, y fue a depositarla en un sillón de la veranda; luego, cogiendo una almohada de su propia hamaca, la colocó bajo la cabeza de la niña medio dormida y permaneció en pie, contemplando a la pequeña con ojos llenos de ternura. Al fin, la niña despertó y miró a su padre con los ojos aún llenos de sueño. Estaba sudorosa y cansada. Almayer cogió una gran hoja de palmera y comenzó a abanicar a la criatura, que sonrió dulcemente. Pero a los pocos instantes se durmió de nuevo, sin que la sonrisa desapareciera por completo de sus labios.

Almayer se sentó en un sillón y contempló el río, sobre cuyas aguas bailaba dulcemente la luz de la luna. El silencio infinito de los bosques envolvía al bungalow, y su dueño sentíase como transportado a otro mundo más bello.

De pronto, una voz sonó abajo sorda y dulcemente:

—¡Almayer!

Éste se puso en pie rápidamente y contestó:

—¿Qué? ¿Quién es?

—Aquí. Almayer, aquí... ¡Baje usted!

—¿Para qué?

—Para decirle algo muy importante. ¿O prefiere usted que suba yo?

—Pero ¿para qué?

—Ya le he dicho que para hacerle saber algo muy importante.

—¡Bah, no lo será para mí!

—Sí, sí, para usted, para usted.

—¡Bah! Ya le conozco... Siempre fue usted un embustero, un farsante audaz... Nunca creía a los que decían que era usted un hombre hábil e inteligente. Nunca pude creer en usted, Mr. Willems.

—Bien, reconozco que tiene usted una inteligencia muy superior a la mía —

contestó Willems desde abajo en tono impaciente—, pero escúcheme. Le es a usted absolutamente necesario oírme ahora. Se arrepentirá si no lo hace.

—Me hace usted reír. Pero, en fin, suba. No haga ruido, que la niña duerme... A lo mejor viene usted herido... Si así fuese, lo sentiría, porque no quiero tragedias en mi casa. ¡Suba pronto!

Willems subió, y Almayer no pudo reprimir un movimiento de sorpresa y de espanto. Parecía un espectro. Su chaqueta estaba sucia y rota por mil partes; llevaba las piernas enfundadas en una especie de falda deshilachada y hedionda; había perdido el sombrero, y sus desgredados cabellos le caían sobre la frente y los ojos formando una espesa maraña; la barba parecía brotar de aquellas mejillas hundidas como una maleza inculta. Willems tendió hacia Almayer una mano pálida y temblorosa. La boca, en otros tiempos firme y serena, era un agujero negro; la mandíbula inferior pendía como un colgajo muerto. Iba descalzo. Almayer le examinó lentamente, disimulando a duras penas su infinito espanto ante aquella ruina humana.

—Bueno, usted dirá —exclamó al fin Almayer con cierta dureza y sin querer estrechar la mano del vagabundo, que cayó sin fuerzas a lo largo del cuerpo.

—He vuelto —comenzó Willems a decir.

—Ya lo veo —repuso Almayer con una sutil sonrisa de sarcasmo—. Podía usted haberme evitado este espectáculo y este disgusto. Si mal no recuerdo, hace cinco semanas que se marchó de esta casa. Le advierto que lo paso muy bien sin usted... Y ahora vuelve en un estado lamentable.

—Déjeme hablar, por favor.

—Bien, pero no grite de ese modo. No crea que está en medio del bosque con sus amigos. Ésta es la casa de un hombre civilizado, ¿comprende?

—He venido aquí —continuó diciendo Willems— por su bien y por el mío.

—Por las trazas, parece que a lo que viene usted aquí es a comer bien y nada más —dijo Almayer con voz cortante—. Por lo visto, sus amigos del bosque no le tratan bien ni mucho menos —continuó en tono de tranquila zumba—. Aquel ciego bribón debe de estar encantado con su compañía, ¿no? Supongo que ya sabrá usted que es el ladrón y el asesino más grande que ha habido por todos estos mares. ¿Qué? ¿No le habla a usted con toda confianza? Y puesto que hablamos de esto, dígame usted con entera franqueza, amigo Willems: ¿es que mató usted a alguien en Macasar, o que robó, sencillamente?

—Ni lo uno ni lo otro, Almayer —repuso Willems con firmeza—. Solamente pedí dinero prestado, dejé ciertas deudas... Eso es todo. Aquellas gentes mentían, mienten siempre. Y yo...

—¡Chist! —le interrumpió el dueño de la casa, lanzando una mirada de inquietud a la niña dormida—. Así, usted confiesa que robó, desde el momento en que debe dinero allá, y aquí ha vuelto usted a robar.

Por primera vez, Willems levantó los ojos y miró a su interlocutor cara a cara.

—¡Oh, usted no me ha entendido, Almayer! Yo no he robado nada.

—¿Ah, no? ¿Y esa muchacha? Ya sabe usted a quién me refiero... Y usted no le paga nada al ciego por su hija.

—¡Eh, alto ahí, Almayer!

El tono de la voz del vagabundo hizo que Almayer se interrumpiese.

—Almayer —continuó Willems—, escúcheme, por favor. Si tiene usted un poco de corazón, me comprenderá. Sufro horriblemente por culpa de..., de esa mujer.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir? ¿Está usted loco?

—No, no —prosiguió Willems con tono lastimoso—. Ella... se ha ido. Se ha ido hace dos días, y no sabemos dónde está.

—¿Cómo? No sabía nada. ¡Qué estupidez! ¿Es que se ha cansado de usted tan pronto? ¡Caramba! Comprendo que esto le humille y le disguste, ilustre compatriota.

Como si no le oyera, Willems se apoyó en una de las columnas de la veranda y miró triste y silenciosamente hacia el río. Luego murmuró como si hablase consigo mismo.

—No sé si mi vida era antes como una visión del cielo o del infierno, pero había algo en ella que valía la pena de ser vivido. Desde que esa mujer se ha marchado, se ha hecho la noche y la oscuridad en mí.

—Venga usted a vivir de nuevo a esta casa —acabó diciendo Almayer fría e indiferentemente—. Después de todo, Lingard, al que yo quiero y respeto como a un segundo padre, le puso a usted bajo mis cuidados. Usted se marchó de aquí por su gusto. Bien. Vuelva usted. Y conste que no lo hago por usted, ¿eh?, sino por Lingard.

—¡Volver aquí! —exclamó Willems en tono apasionado—. ¿Volver aquí y abandonarla a ella? ¡Ah!, no sé si estoy loco, pero no puedo vivir sin ella. ¡Pensar que ella se mueve, vive, respira, va de acá para allá, habla, llora o ríe, lejos de mí, fuera de mi vista...! Siento celos del aire que la acaricia y la envuelve en estos instantes, de la tierra que pisan sus pies, del sol que la alumbra en estos momentos, mientras yo estoy aquí sin haberla visto desde hace dos días, ¡dos días, Dios mío!

El doloroso acento de la voz del vagabundo conmovió un tanto el duro corazón de Almayer, pero se esforzó para que el otro no se diera cuenta de nada.

Luego dijo:

—Si tanto sufre usted por ella, ¿por qué no ha ido usted a buscarla, en vez de venir aquí? ¿No sabe usted dónde está? No puede andar muy lejos.

—No, no está muy lejos. Yo sé dónde está.

—¿Ah, sí?

—Sí. Está en la hacienda de Lakamba.

—¿Cómo? ¿Allí? ¡Me extraña! Y digo esto porque Patalolo me hubiera avisado, y no lo ha hecho. Pero, en fin, si usted lo afirma de modo tan rotundo... ¿Y qué? ¿Tiene usted miedo de aquella gente?

—Sí, tengo miedo.

—En ese caso, su nobleza le obliga a ir allí inmediatamente y tratar de poner a

salvo a su amada —dijo Almayer con perversa intención—. Yo sé que tiene usted un alma noble.

Hubo un corto silencio. Luego, Willems se atrevió a decir con acento tranquilo, pero que encerraba un terrible rencor:

—¡No diga usted tonterías! ¡Merece usted que le pisotee!

—¡Oh!, está usted demasiado débil para ello, amigo mío —contestó Almayer sin aterrorizarse ante la amenaza—. Está usted muerto de hambre.

—Es verdad —confesó Willems con altivez—. Hace dos días, tal vez más, que no como nada. Además, mire usted; tengo el cuerpo lleno de picaduras de insectos.

Y descubriendo un brazo y luego el pecho, dejó al aire un sinfín de llagas y heridas.

—¡Qué espectáculo tan desagradable! —comentó Almayer venenosamente—. Parece usted un verdadero montón de basura.

—Un montón de basura, ¿eh? ¿Y me dice eso a mí? ¿Usted, que vendió su alma por los treinta dineros de Judas?

—Se equivoca usted, amigo mío. No la vendí por tan poco. Además, no he sido tan tonto como usted, que tiró su porvenir por la ventana, perdiendo un empleo magnífico, para venir a enamorarse como un colegial de esa salvaje que le matará a usted tarde o temprano con su amor o con su odio. Y usted, al decir que yo he vendido mi alma por los treinta dineros, se referirá al dinero de Lingard, ¿no es así? Pero, de todos modos, aunque yo me hubiese vendido, y no importa por qué precio, tengo la satisfacción de ver que no he descendido a ser lo que usted: un vagabundo, una escoria humana, sin hogar, sin patria y sin ley, lo último de la Tierra. Estoy seguro de que si le viera ahora el capitán Lingard, ese hombre tan bueno, no querría acercarse a usted ni a cien leguas, ni le cogería siquiera con unas tenazas.

Hablaba enardecido, conteniendo a duras penas su furia, fulminando al otro con una mirada tan dura como el acero.

Willems sostuvo su mirada durante largo rato; luego murmuró de un modo sombrío:

—Usted sabe que yo vine aquí a ayudarle en sus trabajos como comerciante... Ahora, en vista de que usted dice que me quede aquí, quiero decirle que voy a trabajar. Pero para ello necesito una casa, tal vez algún dinero...

—¡Ah! ¿Nada más que eso necesita usted? —le interrumpió el dueño del bungalow casi fuera de sí—. ¿Nada más que eso? ¿O acaso necesita usted también mi chaqueta, mis botas...?

Y Almayer hizo ademán de despojarse de las prendas que iba nombrando.

Hubo un silencio. Willems había bajado la vista. Con su flaca figura y su rostro pálido y macilento, parecía uno de esos creyentes fanáticos cuando recitan sus oraciones. Luego dijo como un iluminado que siguiera el curso de sus sueños, sin parar mientes en el creciente asombro de Almayer:

—Comprenda usted que tengo que hacer algo por ella. Es preciso que trabaje, que

encuentre una posición para ofrecérsela... Y luego, cuando pueda, me la llevaré muy lejos de aquí, a un sitio donde ella no conozca a nadie... Y allí forjaré su alma, la adoraré, haré que su carácter se amolde al mío y se dulcifique, y llegaré a ser el mundo entero para ella.

Después, en un tono más sereno, adoptando el aire de un hombre entendido en negocios, añadió:

—Claro está que pagaré todo lo que debo. No necesito hacerle a usted la competencia. Comerciaré con los indígenas, lejos de aquí, si usted quiere. Tengo ideas y planes que desarrollaré con el tiempo, y que estoy seguro que el capitán Lingard aprobará. Después de todo, lo que yo pretendo es un préstamo, y usted cobrará lo que me dé con los intereses que estipule.

—¿Está usted seguro de que el capitán Lingard lo aprobará? —interrogó Almayer, que había escuchado ya más sereno las últimas palabras del vagabundo—. ¿Está usted seguro?

Había dicho esto conteniendo a duras penas su despecho, al pensar que Lingard pudiera favorecer a aquel hombre por el que tanta antipatía experimentaba.

—Sí, estoy seguro, Almayer. Y le aseguro también que tengo excelentes mercados donde colocar todos los productos.

—¡Mentira! Es usted un cínico redomado, amigo mío. ¡Mercados seguros! ¡No los tengo yo, a pesar de conocer esto desde hace tanto tiempo!

—Cálmese usted. No tomo en cuenta sus insultos. Vengo a decirle también que su situación aquí no es tan segura como usted supone. Un rival le echaría abajo su negocio y le arruinaría en un año. Ahora, la larga ausencia del capitán Lingard da alas a ciertos individuos... Incluso han llegado a proponerme algunos planes... Y usted solo en esta casa... Hasta el mismo rajá Patalolo...

—¿Qué me importa a mí el rajá de la isla? ¡Yo soy aquí el amo, el dueño de esta casa y de esta hacienda!

—Pero, amigo Almayer, ¿no ve usted que...?

—Sí —le interrumpió Almayer, enardecido de nuevo—, veo a un misterioso asno ante mis ojos. ¿Qué quiere usted decir con sus veladas amenazas? ¿Cree usted que no le comprendo? Hace mucho tiempo que estoy enterado de lo que ocurre en torno mío. Esa gente espía e intriga desde hace años, y nunca ha ocurrido nada. Los árabes fueron empujados hacia esta isla, y, sin embargo, yo sigo siendo aquí el amo, el único comerciante en grande, aun después de la invasión de ese pueblo mercader por naturaleza. ¿O es que me trae usted una declaración de guerra? ¿Es eso acaso? Pero si así es, será usted el único que me la declare. Conozco de sobra al resto de mis enemigos. Por supuesto, igual que a usted. Pero por lo mismo que le conozco tanto le diré que ni siquiera me defenderé de usted a tiros: cogeré un palo y le haré huir como se hace huir a los reptiles. ¿Me ha oído?

La voz de Almayer, que en aquel momento gritaba con todas sus fuerzas, acabó por despertar a la niña, que rompió a llorar desconsoladamente.

Entonces Almayer se precipitó sobre su hija, la cogió en brazos, tropezó con Willems, que por poco no cayó al suelo, y gritó señalando la escalera de la veranda:

—¡Fuera de aquí! ¡Pronto! ¡Fuera de aquí, digo! —Willems intentó hablar, pero la voz furiosa de Almayer se dejó oír de nuevo.

—¡Salga usted, salga usted de aquí! ¡Márchese ahora mismo! ¿No ve usted que se asusta la niña, imbécil? ¡Váyase ya, digo...! No, querida mía —continuó, dulcificando la voz y besando a su hija en una mejilla—, no tengas miedo, encanto. ¡No llores! ¡Mira cómo el hombre malo se va! ¡Tiene miedo de tu papaíto! ¡Asqueroso, malo, no vuelva usted más por aquí a asustar a mi niña...! ¡Regrese usted al bosque, a su casa inmunda...! Y si vuelve por aquí, el papá de la nena le matará. ¿Quieres que lo mate, alma mía?

Y dio un furioso puñetazo en la barandilla de madera del bungalow, para demostrar a la niña cómo mataría a Willems si se atrevía a presentarse otra vez en la casa.

Luego, sosteniendo a la pequeña contra su pecho, añadió, señalando a la figura del visitante, que se alejaba entre las sombras del jardincillo:

—Mira cómo se va, querida. Míralo... Dile «¡Cerdo, más que cerdo!». ¡Ay de ti como vuelvas a asustar a mi niña!

Entonces, la pequeña, mirando con sus grandes ojos todavía llenos de lágrimas hacia el jardín en sombras, gritó con su vocecilla dulce, semejante al trinar de un pájaro:

—¡Cerdo, cerdo, cerdo!

II

Un soplo de viento llegó de pronto de los anchos mares, asaltando la costa con un litúrgico ruido de ramas y de hojas.

Los hombres que habían estado dormitando durante las horas de calor insoportable comenzaron a incorporarse, y se oyeron voces, risas, toses y bostezos, a los que se mezclaban saludos en voz alta.

Los grupos que se encontraban cerca de las cabañas reanudaron su charla interminable. Aquellos hombres rudos, hombres de los campos y del mar, hablaban y hablaban incansablemente, sin agotar jamás un tema, porque la charla, la palabra, es para aquellas gentes todo el Arte, toda la Historia, la única diversión. Hablaban de guerras, de travesías peligrosas, de hazañas magníficas, de conquistas, de mil cosas que les hacían repetir a cada instante las palabras *vida* y *muerte*, las palabras del odio salvaje o del amor trágico y bestial.

Lakamba salió a la veranda de su casa y se sentó en un sillón, a la sombra de una gran rama de árbol que avanzaba río adentro, como un inmenso toldo perfumado y verde. Hasta él llegaba el rumor de la conversación que sostenían sus mujeres en el interior del edificio, sentadas ante sus telares. Aquellos de sus secuaces que por su nacimiento, su devoción o su fidelidad tenían el privilegio de alojarse en la casa del jefe, dormitaban tumbados sobre esteras alrededor del sillón del dueño de la casa. Otros jugaban sobre tableros rojos a un ajedrez fantástico.

Por los ángulos de la veranda, entre hileras de lanzas, se veían filas de sandalias colgando de la barandilla de madera. Los pechos de muchos guerreros relucían bajo los últimos rayos de un sol que se quebraba en sus arcos militares.

Un muchacho de unos doce años, el más fiel de los servidores de Lakamba, algo así como su corneta de órdenes, estaba sentado a los pies del jefe y alargó a éste una caja llena de provisiones. Después de atarla concienzudamente, Lakamba llamó:

—¡Babalatchi!

Todo el mundo levantó la cabeza, y el que estaba más cerca del jefe repitió la llamada, que circuló luego de grupo en grupo.

Al fin, una voz lejana dijo algo, y el primero que había hablado cerca de Lakamba se volvió hacia éste y murmuró:

—Babalatchi está con el ciego Omar.

Lakamba contestó algo entre dientes, mientras los otros reanudaban el juego. Después, el jefe se recostó en su sillón, entornó los ojos y pareció quedar adormecido, olvidado de cuanto le rodeaba.

En efecto, Babalatchi había ido aquella tarde a ver al ciego Omar. La amistad del viejo pirata y de su hija le hacía olvidar todos los demás asuntos y no prestar atención a nada, hasta el punto de que con su conducta estaba disgustando a su jefe y protector Lakamba. Aquel día, al abandonar su cabaña de bambú, situada también dentro de la hacienda de Lakamba, muy cerca de la casa de éste, experimentaba una profunda

ansiedad y una gran tristeza, pensando que su intriga y sus planes pudieran fracasar. Anduvo despacio, con su aire desconfiado y receloso de siempre, mirando a todas partes hasta salir de la cerca de cañas que rodeaba la casa del jefe, y se dirigió hacia otra próxima, donde Lakamba había dispuesto alojamiento para el ciego Omar y Aissa. Lakamba hubiera querido alojar al antiguo jefe pirata en su propio palacio, si tal podía llamarse a aquella enorme casa construida en la ribera, pero tras una larga discusión con Babalatchi y otros jefes se convino en que lo mejor era dejar allí al ciego y a la muchacha, ocultándolos del rajá y sus secuaces. Y seguidamente se procedió a convencer a Omar y a Aissa de que debían huir de la casa del rajá Patalolo, y si no secuestrarlos..., que era lo que se había hecho en realidad.

La huida era imposible, porque la casa en que habían sido escondidos Omar y su hija no tenía más salida que el rústico jardín que rodeaba la casa del jefe, siempre lleno de gente armada. Por detrás, además de tres altas empalizadas, imposibles de saltar, se extendían unos bosques espesísimos, más allá de los campos de arroz de Lakamba.

Babalatchi atravesó la puerta y luego cerró cuidadosamente tras él. Ante la casa se extendía una gran explanada de tierra endurecida, en cuyo centro crecía un árbol gigantesco, un árbol olvidado allí sin duda cuando se aclaró el suelo talando el bosque centenario. A la derecha y a alguna distancia de la casa se veía una gran empalizada de cañas cubierta de esteras, donde se había dispuesto una especie de lecho rústico para el viejo Omar, que, por estar ciego, tenía alguna dificultad en subir las escaleras que rodeaban la rústica vivienda, construida, como todas las del país, sobre soportes de madera y rodeada por una veranda.

Al oír los pasos de Babalatchi, una mujer que vigilaba algo en el fuego salió a la veranda y miró al recién llegado. Era una mujer vieja, quizás alguna de las parientas de las mujeres de Lakamba, a la que éste había puesto al servicio de Aissa y de su padre.

Babalatchi preguntó a la mujer algo en voz baja, y ella extendió una mano hacia el interior de la casa. Entonces Babalatchi penetró en ella, gritando desde la veranda:

—¡Oh, *tuan* Omar...! ¡Soy yo, Babalatchi!

Un leve murmullo, semejante a una queja doliente, salió de la casa, y Babalatchi desapareció por la puerta. Al cabo de un rato volvió a salir, sirviéndole de lazarillo al ciego. Babalatchi ayudó al anciano a que se sentara apoyado en el tronco del enorme árbol, y Omar lo hizo lanzando un suspiro de alivio. Los últimos rayos del sol poniente iluminaron el rostro arrugado y rojizo y las cuencas muertas del pobre ciego.

—Se va a poner el sol, ¿verdad? —inquirió Omar con voz triste.

—Sí, muy pronto —repuso Babalatchi.

—¿Dónde estoy ahora, Babalatchi, dónde estamos? ¿Por qué me han sacado del sitio aquel que ya conocía, en el que podía moverme sin temor alguno? Además, ¿dónde está mi hija? No he oído sus pasos desde esta mañana, y, en cambio, una mano extraña me ha servido ya dos veces la comida. ¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Dónde

está mi hija? ¡Dímelo tú, Babalatchi!

—Aissa está cerca de aquí —repuso éste.

—¿Y él? ¿Dónde está él? —continuó el ciego con ansiedad y un tono lloroso—. ¿Dónde está él? Porque aquí no está...

Y el desdichado volvía la cabeza a un lado y a otro, como si sus ojos pudieran verlo.

—No, no está aquí —repuso Babalatchi a media voz—. Pero no tardará en volver.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Que va a volver? ¿El granuja ése? Yo lo he maldecido tres veces.

Y la voz del ciego temblaba de cólera al pronunciar estas palabras.

—Sí, es un maldito —asintió Babalatchi con serenidad—. Y, sin embargo, me consta que pronto volverá por aquí.

—Pues yo te digo que tú eres también infame y desleal conmigo, Babalatchi. Tú eras una sombra, no eras nada cuando yo te conocí. Y ahora, que podías haberme ayudado...

—Muchas veces luché por usted con todo mi corazón, Omar —repuso tranquilamente Babalatchi.

Hubo una pausa, que rompió el ciego para decir con mal contenida cólera:

—Pero ¿por qué ha de volver aquí ese hombre? ¿Por qué ha de venir a corromper el aire que yo respiro, a burlarse de mi desgracia, a envenenar el alma de mi hija y robarme su cuerpo? Mi hija ya no es la misma para mí. Ahora es dura de corazón, cruel, altiva, desobediente... Ha permitido que yo pasara hambre y frío. Me ha dejado solo, sin importarle que yo sufriera... ¡Ah, si mis otros hijos viviesen! Pero todos han muerto... Nadie viene a mi lado. En cambio, por un castigo del cielo dices que va a volver ese hombre odioso, que es como un perro, que es peor que un perro lleno de tña. ¿Cómo sabes tú que va a venir? ¿Es que le habéis enseñado el camino?

—¡Oh, *tuan* Omar, el camino lo encontrará él sin que nadie se lo diga! Pero escúcheme usted, Omar: durante mucho tiempo he estado pensando en la manera de vencer a ese hombre, de vencer a nuestros enemigos. Y ahora creo haber encontrado el arma que necesitábamos. Y si acierto, no volverá usted a pasar más hambre ni más frío; volveremos a ser lo que fuimos, y usted y todos nosotros nos veremos cubiertos de gloria y de riquezas.

El ciego movió la cabeza con desaliento y contestó amargamente:

—¡Bah, Babalatchi! Todo eso no reza conmigo. Yo voy a morir pronto.

—¡Quién sabe! La muerte sólo baja del cielo, y nuestro destino está escrito desde el principio del mundo, *tuan* Omar.

—¡No dejéis venir a ese hombre! —siguió diciendo el ciego tras una breve pausa.

—Eso también está escrito. Ese hombre volverá aquí... Y su vida estará pronto en nuestras manos, porque conozco la forma de enfrentarle con el otro blanco de la colonia. Los dos hombres lucharán entre sí, y ellos mismos se destrozarán.

Por el rostro del ciego pasó una sombra de pesar, y murmuró:

—¡Y vosotros podréis ver eso, mientras que yo...!

—Es verdad, *tuan* Omar. Su vida es una eterna sombra.

El ciego se incorporó para decir:

—No, Babalatchi, te equivocas. Mi vida es ahora una eterna llama que arde siempre ante mis ojos muertos. Es la llama que los abrasó el último día que vi. ¡Aún la veo, y aún oigo la explosión de la granada que me dejó ciego! ¡Y pensar que vivo para ser el juguete de un idiota! ¡Maldición...!

—No se desespere, *tuan* Omar —repuso en voz baja Babalatchi con su calma habitual—. Usted es un hombre superior; es mi maestro y mi amo, mi jefe todavía... Es inteligente y sabio, y con su peculiar sabiduría hablará a Syed Abdulah cuando venga aquí... Y le hablará en el sentido que le indique yo, su fiel criado, el hombre que luchó junto a usted durante años y que le siguió lealmente a todas partes. He oído decir al mensajero enviado por Syed Abdulah que su amo vendrá aquí esta noche, quizá muy tarde; pero hay que guardar el secreto, a fin de que el hombre blanco que vive junto al río, el comerciante, no descubra nuestros planes y pueda sospechar... Usted sabe que Syed Abdulah le debe la libertad a Lakamba, y le está muy agradecido. El mensajero nos ha dicho que el barco de su amo está anclado fuera del río, y que Syed Abdulah vendrá sin falta alguna.

Hablaba con su único ojo fijo en el suelo, y no se enteró de la presencia de Aissa hasta que terminó de hablar. La muchacha se había acercado tan silenciosamente que ni siquiera su padre oyó el leve rumor de sus pasos.

Aissa abría ya la boca para hablar, al tiempo que miraba a los dos hombres con ojos asombrados, cuando un rapidísimo ademán de Babalatchi la detuvo. Aissa permaneció, pues, silenciosa, mientras su padre, que parecía absorto en sus pensamientos, murmuraba con voz débil:

—¡Bueno, bueno, Babalatchi! Escúchame. Yo quisiera que fueses tú el que hablara con Syed Abdulah cuando venga, y que le explicases lo que ha pasado con mi hija y con ese hombre blanco. Yo soy muy viejo, y estoy ciego y débil. ¡Ah, esos hombres blancos...! Explícale tú a Syed Abdulah qué gente son los de la colonia. ¡Hijos de brujas y demonios...! ¿Cuántos hombres blancos hay aquí ahora, Babalatchi?

—Ahora hay dos, *tuan* Omar. Pero yo haré que esos dos hombres se maten como perros rabiosos después de luchar entre sí.

—Pero aunque esos dos mueran, otros quedarán, ¿verdad, Babalatchi?

—Desgraciadamente, *tuan* Omar. Los blancos infestan estos mares y estas islas... Pero al menos veremos sufrir y llorar o morir a dos de ellos. Y no hay nada que alegre tanto el alma ni le infunda tanto valor como ver la caída de un enemigo.

—Pero, dime, Babalatchi, ¿estás seguro de que morirán esos dos blancos?

Aissa hizo un movimiento, como si fuera a hablar. Pero de nuevo un vivo ademán de Babalatchi la contuvo.

—Claro que morirán los dos —repuso en voz baja y tranquila, mirando a la

muchacha con su único ojo y haciéndole señas para que tuviera calma.

—¡Oh, sí, que mueran, que mueran los dos pronto, y que yo tenga la alegría de poder tocar sus rostros fríos cuando Alá los haya hecho descender al infierno y sus cuerpos estén ya rígidos!

—Usted podrá tener esa alegría, *tuan* Omar, si el Muy Alto quiere. ¡Alá es grande!

Un golpe de tos estremeció al viejo, que se inclinó hacia delante llevándose ambas manos al pecho. Babalatchi y Aissa le contemplaban en silencio.

Luego, el anciano volvió a apoyarse en el árbol, quedando como exhausto.

—Estoy solo, estoy solo —dijo luego el ciego, moviendo las manos en el vacío—. ¿Hay alguien...? Tengo miedo de estar aquí, en un lugar que no conozco.

—Estoy yo, amo mío, su fiel Babalatchi —repuso éste, tocando ligeramente al ciego en un hombro—. Estoy yo, que no le abandonaré nunca, que le llamaré y le reconoceré siempre por jefe, como en los días en que ambos éramos jóvenes y fuertes y llevábamos siempre las armas en la mano.

—¡Ah, apenas recuerdo aquel tiempo tan dichoso, Babalatchi! Cuando yo muera, nadie recordará mi valentía ni mi grandeza; ninguno de mis hijos conocerá mis hazañas. Solamente una mujer, ¡una mujer! ¡Y ella me ha abandonado, para seguir a un hombre más impuro y despreciable que un perro! ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza!

Luego, apaciguado repentinamente, preguntó en otro tono:

—¿Se ha puesto el sol, Babalatchi?

—Ahora está en la línea del horizonte.

—Bien. Es la hora santa de las oraciones.

Babalatchi levantó a su jefe, y los dos se dirigieron lentamente a la casa. Allí, el ciego se detuvo junto a la escalera de la veranda y dejó subir a Babalatchi, que entró y volvió a salir casi inmediatamente con el viejo libro de oraciones. El ciego bebió en un vaso de latón el agua absolutoria, y cuando Babalatchi hubo bebido a su vez ayudó al anciano a arrodillarse en una esterilla que había extendido previamente. Cuando Omar quedó embebido en sus oraciones, Babalatchi se volvió hacia Aissa, que durante todo aquel tiempo había permanecido inmóvil y silenciosa.

Los dos se miraron fijamente durante unos instantes. Luego, la mujer, cogiendo por un brazo a Babalatchi, que parecía violento y nervioso, dijo, señalando el disco rojo de un sol ya sin vida, que desaparecía en el horizonte:

—¡El tercer crepúsculo, Babalatchi! El tercer día termina, y ese hombre no ha venido, como tú me habías prometido. ¿Qué has hecho de él, infame, qué has hecho, hombre sin fe?

—Es verdad; confieso que he faltado a mi palabra —repuso muy seriamente Babalatchi—. Esta mañana, Bulangi, que es gran amigo nuestro, fue a buscarle en una canoa, pero él no apareció. Luego, a primera hora de la tarde, he enviado otra canoa con cuatro hombres, y tampoco lo encontraron. Yo lamento, ¡oh, hija de *tuan* Omar!, que tengas que esperar tanto por el hombre blanco, pero...

—¡Pero él no ha venido! —le interrumpió Aissa, furiosa—. Lo esperé ayer, lo he esperado hoy todo el día, y mañana tendré que volver a esperarlo igualmente...

Babalatchi se dijo entre dientes: «¡No lo verás vivo otra vez!».

Luego, en voz baja, añadió:

—Pero él vendrá, vendrá a tu lado. ¿Cómo puedes dudarlo? Él te adora por encima de todo, y ante sus ojos eres más hermosa que las huríes del séptimo cielo. ¡Él es tu esclavo, Aissa!

—Los esclavos huyen a veces, y en ese caso es el amo el que tiene el deber de ir a buscarlos.

—Pero ¿irías a buscarlo? ¿Necesitas acaso tener a tu lado a un mendigo? —preguntó Babalatchi con impaciencia.

—¿Qué me importa que sea un mendigo? —repuso la muchacha casi fuera de sí.

Levantó tanto la voz que Babalatchi miró asustado hacia el sitio donde el viejo Omar seguía orando, y dijo:

—¡Calla, por Dios, Aissa! Pero ¿te figuras acaso que ese hombre querría vivir contigo como un pordiosero?

—¡Calla, calla, Babalatchi! —murmuró Aissa con vehemencia—. Tú no lo conoces. Ese hombre es grande, muy grande; tiene un alma inmensa. ¡Lo desprecia todo, todo! ¡Te digo que es grande, Babalatchi!

Babalatchi sonrió furtivamente y luego dijo:

—Bien, bien, Aissa. Pero recuerda que ayudar a ese hombre en estos momentos, intentar verlo, quererlo como tú lo quieres, es una... infamia y una locura.

Hubo un silencio, durante el cual los dos miraron al suelo.

Luego, Babalatchi prestó oídos a un rumor procedente del jardín que rodeaba al palacio del jefe, un tumulto de voces que fue creciendo poco a poco y cesó luego de repente.

Casi en seguida se oyeron gritos de mujeres, lamentos, y de nuevo un griterío ensordecedor.

Aissa y Babalatchi se estremecieron, pero el tuerto cogió a la muchacha del brazo y murmuró al ver que se disponía a echar a correr:

—¡Espera!

Entonces se abrió la puerta que comunicaba el jardinillo de la casa de Omar con el palacio de Lakamba, y éste apareció en el umbral con el rostro descompuesto, los ojos feroces y respirando trabajosamente. Llevaba una espada desenvainada en la diestra. Su turbante casi se había desenrollado de su cabeza y le colgaba por la espalda hasta barrer el suelo. Antes de hablar hizo dos o tres hondas aspiraciones y al fin dijo con voz tonante:

—Él ha venido... Ha llegado en el bote de Bulangi, y se ha dado maña para deslizarse hasta donde yo estaba, cayendo sobre mí como una catapulta... Y con la terrible cólera de los blancos, ha intentado ahogarme. Me he visto en un gran apuro... Al fin ha logrado golpearme el rostro. ¿Oyes, Babalatchi? Por suerte, hemos logrado

sujetarlo, y ahora lo vigilan seis hombres y...

Un nuevo griterío interrumpió a Lakamba. Se oyeron voces llenas de cólera que exclamaban: «¡Sujetadlo!», «¡Dale, dale a ese canalla!», «¡Rompedle la cabeza!». Luego, el griterío cesó como si hubiera sido una sola voz y alguien apretase la garganta del que vociferaba. Y entonces se oyó a Willems, que maldecía y blasfemaba en malayo, en holandés y en inglés.

—¿Oís? —dijo Lakamba con labios temblorosos—. ¿Oís cómo blasfema contra su propio Dios? ¡Es una fiera! ¿Y vamos a poder dominarlo y sujetarlo siempre? ¡No, habrá que matarlo, tendremos que matarlo!

—¡No diga locuras, Lakamba! —murmuró Babalatchi mirando furtivamente a Aissa, que presenciaba la escena con los dientes y los puños apretados y sus hermosos y negros ojos casi fuera de las órbitas—. Ya ves cómo he cumplido mi palabra —añadió volviéndose hacia la muchacha, que seguía sujeta por un brazo—. Al tercer día ha venido ese hombre... Y ahora, si quieres, vete con él.

Silenciosa y rápida como una flecha, la muchacha desapareció por la puerta que separaba los dos huertos. Babalatchi y Lakamba la vieron salir y oyeron el tumulto que se reanudó inmediatamente al otro lado de la valla de bambúes. Luego percibieron la voz de Aissa, que dominaba todos los otros ruidos, todas las demás voces:

—¡Dejadlo, dejadlo os digo! ¡Dejadlo!

Entonces, antes de que se reanudara el tumulto y el griterío, la voz del hombre lanzó al aire el nombre de Aissa con todas sus fuerzas, como un grito de triunfo y de victoria.

El viejo Omar se había desplomado en su esterilla y lanzaba débiles lamentos. Lakamba miraba hacia la puerta con ojos extraviados por el miedo. Sólo Babalatchi, sonriendo levemente, empujó con dulzura a Lakamba hacia la valla de bambúes, y los dos hombres atravesaron la puerta, que Babalatchi cerró con viveza.

La vieja que servía a Omar y a su hija, llena de miedo, echó entonces a correr y se escondió tras el tronco del árbol de la explanada. La puerta se abrió violentamente a impulsos de un furibundo puntapié, y Willems apareció en el umbral llevando a Aissa en brazos, como una fiera que huye con su presa. El hombre atravesó el huertecillo como una exhalación, oprimiendo a la mujer contra su pecho y sin importarle que los cabellos de Aissa casi arrastrasen por el suelo, y desapareció al fondo.

Se hizo un silencio terrible y solemne, y el pobre Omar, que continuaba sobre la esterilla, gritó de pronto:

—¿Qué pasa, Dios mío? ¡Socorro! ¡Levantadme!

Y el infeliz se debatía, extendiendo las manos y moviendo la cabeza hacia todas partes, como un loco o un hombre atormentado por una horrible pesadilla.

La vieja, con los ojos muy abiertos y sin prestar atención a los gritos del ciego, contemplaba la puerta por la que acababan de desaparecer Willems y la muchacha. Omar se dejó caer de nuevo sobre la esterilla como un fardo.

La brisa del crepúsculo movía las ramas y las hojas del árbol gigante, que susurraba dulcemente. Y la noche se extendió sobre la tierra.

III

Durante más de cuarenta años, Abdulah había vivido como un santo. Hijo del rico Seyd Selim Ben Sali, el gran mercader mahometano conocido en todos los archipiélagos y mares de Oriente, hizo su primer viaje a los diecisiete años, formando parte de la tripulación de uno de los buques que su padre fletaba de continuo para llevar peregrinos a Arabia, y se incorporó a una numerosa multitud de creyentes que iban a visitar la Ciudad Santa.

Durante aquel viaje, los ojos del muchacho se abrieron a las maravillas de muchas tierras, y se consideró feliz por haber formado parte de aquella expedición de peregrinos, ya que de este modo podía decirse que iba a ser uno de los seres escogidos por Alá para realizar grandes cosas en la Tierra.

Más tarde había podido convencerse de que el libro de su vida iba a contener muchos capítulos destinados a viajes y aventuras. Estuvo en Bombay y en Calcuta, viajó varias veces a través del golfo Pérsico, conoció el mar Rojo y el canal de Suez y la mayoría de las islas del sur de la India. Tenía veintisiete años cuando, por estar escrito así en el libro de su destino, recibió de la mano temblorosa y moribunda de su padre las riendas de los negocios del riquísimo mercader, los cuales se extendían por todo el inmenso archipiélago, desde Sumatra a Nueva Guinea y desde Batavia a Palawán. Pronto su habilidad, su talento mercantil, su tenacidad y su rectitud en los negocios hicieron que le reconocieran por jefe principal todos los individuos de su familia, cuyos miembros y ramificaciones se extendían por todos los rincones de aquellos mares: un tío aquí, un cuñado allá, un hermano en Batavia, otro cuñado en Palembang y un diluvio de primos establecidos en las ciudades de mayor importancia, amén de los que comerciaban en cualquier sitio donde existía riqueza o cualquier producto susceptible de dejar algún beneficio. La gran familia formaba algo así como una red del trabajo, del comercio y de todas las actividades humanas de aquellos mares.

Aquella familia de opulentos mercaderes prestaba dinero a los príncipes y a los municipios de las ciudades más poderosas y ricas, y hacía frente, si llegaba el caso, a los gobernadores blancos, que tenían bajo el filo de millares de espadas las tierras y los mares de aquella parte del mundo. Y todos los miembros de ella sentían un gran respeto, una gran deferencia y una gran admiración por Abdulah; escuchaban siempre sus consejos, seguían sus instrucciones y le informaban de sus asuntos y de sus proyectos, porque era sabio, virtuoso y afortunado.

Era, además, caritativo, porque la caridad es una de las virtudes que más agradan al Altísimo. Por eso, siempre que salía de su casa —un verdadero palacio de piedra construido en las afueras de Penang—, Abdulah se encontraba a cada instante con gentes de su raza que se arrodillaban cuando él pasaba y pretendían besarle la mano o las rodillas, pronunciando frases suplicantes o llenas de gratitud por las mercedes recibidas. Y el generoso príncipe los rechazaba a todos amablemente, alargando luego

su mano para estrechar como un igual las que se tendían hacia él.

Era tan bello y arrogante que las gentes se volvían en la calle para mirarlo. Su pequeña cabeza siempre erguida, sus grandes cejas, su recta nariz, su boca de labios finos y su noble expresión daban a su rostro el aspecto de los nobles y puros de su raza. Su barba negra resaltaba sobre su tez rojiza y terminaba en una punta redondeada y elegante. Sus ojos, también negros, de una negrura de ébano, miraban con inmensa dulzura. Su aspecto era sereno. Tenía una fe en su propia prosperidad que nada de este mundo podía quebrantar.

Inquieto como todos los hombres de su raza, raramente permanecía durante muchos días en su espléndida casa de Penang. Propietario de muchos buques, viajaba a menudo a bordo de ellos, atravesando en todas direcciones el campo en que se extendían sus numerosas actividades.

En todos los puertos tenía o casa y almacenes propios, o bien un representante que solía ser la persona de más dinero, prestigio y autoridad de la ciudad y muchas veces del país.

En todas partes era recibido con demostraciones de entusiasmo, de alegría y de consideración. En todos los puertos recibía las visitas de los hombres más influyentes, y le esperaban mil negocios distintos y numerosas cartas que le eran entregadas por sus agentes. Una inmensa correspondencia, encerrada en sobres de seda —una correspondencia que no pasaba jamás por las manos de los administradores de correos coloniales, sino que llegaba a las suyas por extraños aunque siempre segurísimos caminos—, esperaba por él en todas partes. Los que le entregaban aquellas cartas eran gentes de su raza, piratas, pescadores o simples negociantes en pequeña escala, que se retiraban siempre de su presencia bendiciéndole e invocando sobre su cabeza todas las gracias de Alá. Abdulah correspondía a todos con espléndidas recompensas. Y las noticias que recibía eran siempre buenas; todos sus deseos se colmaban, todos sus planes obtenían éxito y se desarrollaban serenamente con orden perfecto, y el feliz príncipe sólo oía un coro de alabanzas alrededor.

Era un hombre feliz. Y su felicidad era tan completa que el genio del bien, que había presidido la estrella de su nacimiento, por un extraño refinamiento de benevolencia raramente alcanzado por un ser terrenal, hizo también que Abdulah sintiera un deseo difícil de satisfacer y tuviese un enemigo casi invencible. La envidia de los éxitos políticos y comerciales de Lingard le amargaba, pues el humano deseo de sobresalir en todas las actividades del comercio constituía el sueño más alto y constante de su vida, algo así como la sal de su existencia.

Durante los últimos meses, Abdulah había estado recibiendo misteriosos mensajes de Sambir, incitándole a que interviniera con urgencia en la política de allí. Dos años antes había visitado el estuario del Pantai, aunque sin querer remontar el río, por temor que el buque encallara. Y aunque conocía al rajá Laut, ignoraba quiénes eran sus secuaces de Sambir, aquellos que le llamaban tan obstinadamente y

a los que se limitaba a contestar de vez en cuando dándoles esperanzas y diciéndoles que alguna vez iría.

Tal era el hombre al que Lakamba y Babalatchi esperaban por primera vez en su vida la noche en que Willems volvió junto a la dulce Aissa.

Babalatchi, que durante tres días había sufrido lo indecible pensando que pudiese fracasar su pequeño complot, se sintió entonces seguro en lo que se refería al odioso hombre blanco. Feliz y satisfecho, ultimaba bajo las órdenes de Lakamba los preparativos para recibir al joven príncipe de su raza. Se habían dispuesto ya numerosas antorchas que se encenderían al desembarcar Abdulah, y desde el desembarcadero hasta la explanada que se hallaba frente al palacete de Lakamba se había extendido una larga alfombra con numerosos cojines de seda. La recepción se celebraría al aire libre, y todos estaban de acuerdo en que resultaría magnífica por el gran número de prosélitos de Lakamba que se habían reunido, los cuales, vestidos con túnicas de inmaculada blancura, llevando puñales y alfanjes al cinto y con lanzas en la mano muchos de ellos, formaban pequeños corrillos, discutiendo las formalidades y el orden de la ceremonia.

Dos o tres hogueras acababan de ser encendidas en los extremos de la explanada, y Babalatchi, que iba de acá para allá, se detenía de vez en cuando, levantaba la cabeza y miraba hacia el río con su único ojo, como si intentara percibir el más leve ruido procedente de las aguas. No había luna, y como la brisa de la tarde se había calmado, el calor formaba sobre el río una leve niebla que impedía ver con toda claridad la corriente.

De pronto, se oyó un grito en la dirección del río, después otro, y al fin dos pequeñas canoas se acercaron al desembarcadero. Y antes de que nadie, excepto Babalatchi, que había bajado con precipitación las escaleras, pudieran darse cuenta de lo que ocurría, dos de los principales personajes de Sambir, Daoud Sahamin y Hamet Bahassoen, que habían sido invitados confidencialmente a asistir a la recepción de Abdulah, desembarcaron, y después de saludar a Babalatchi comenzaron a subir las escaleras que conducían hasta la explanada situada ante el palacete.

Transcurrió una hora después del bullicio originado por la llegada de los dos personajes.

Babalatchi subía y bajaba sin cesar las escaleras del desembarcadero, donde ya esperaba una multitud armada.

Por último, se oyeron varias voces, procedentes del río, que anunciaban la llegada del príncipe. Entonces se encendieron numerosas antorchas, y su resplandor permitió ver tres largas canoas tripuladas por remeros. Los remos se hundían rítmicamente en el agua con un ruido suave y grato.

Una voz fuerte y varonil gritó de pronto:

—¡El gran señor Seyd Abdulah Ben Selim está aquí!

Babalatchi se adelantó y contestó:

—¡Larga vida al gran señor Abdulah! ¡Alá deje caer sobre su cabeza todas sus

bendiciones! ¡Nuestro corazón se llena de alegría! ¡Desembarcad, príncipe!

Abdulah saltó a tierra, extendiendo la mano para apoyarse en la que Babalatchi le ofrecía. En el breve momento que el gran señor tardó en saltar de la canoa a tierra, los dos hombres se miraron fijamente y cambiaron este corto diálogo:

—¿Quién es usted?

—Soy Babalatchi, el amigo de Omar y protegido de Lakamba.

—¿Eras tú acaso el que me escribía?

—Sí, gran señor, yo mismo.

Abdulah subió entonces las escaleras entre las dos filas de hombres que sostenían en una mano una lanza y en la otra una antorcha, y Lakamba salió a su encuentro. En la explanada ardía un gran fuego, cuyas llamas crepitaban alegremente. Lakamba estrechó las manos al recién llegado, y ambos se abrazaron. Luego, el dueño del palacete condujo al ilustre huésped hasta cerca de la hoguera, donde estaban dispuestos los asientos para el recién llegado, Lakamba y la comitiva de ambos personajes.

Babalatchi seguía a Lakamba, y Abdulah iba acompañado de dos altos dignatarios de su séquito. El huésped, como sus compañeros, iba vestido impecablemente de blanco, y en sus muñecas se veían gruesas pulseras de oro. Calzaba sandalias bordadas, que parecían acariciar sus pies desnudos. De su brazo derecho pendía un gran collar de cuentas de madera de mil colores.

Se sentó lentamente en el sitio de honor, se quitó las sandalias y escondió los pies bajo la túnica.

El asiento de honor, constituido por un diván improvisado compuesto de numerosos cojines de seda, formaba un semicírculo alrededor de la hoguera. Cuando los altos personajes se hubieron sentado, la gran explanada comenzó a llenarse de gente armada, secuaces de Lakamba. Casi al mismo tiempo, la veranda que rodeaba al palacete se llenó de mujeres, en su mayoría esposas de los guerreros fieles al dueño de la casa. Babalatchi se había sentado humildemente a los pies de su señor en una esterilla.

Se hizo un silencio solemne. Abdulah miraba alrededor con una expresión a la vez dulce y llena de curiosidad. Luego se fijó en Babalatchi, el cual, irguiéndose un poco, comenzó a hablar en tono suave y persuasivo. El entusiasta prosélito de Lakamba comenzó por hacer historia de los orígenes de la colonia de Sambir, refiriendo las contiendas del gobernador Patalolo con el sultán de Koti, y las consecuentes luchas que terminaron con el levantamiento de los colonos *bugis* bajo la dirección de Lakamba.

A cada momento, Babalatchi se volvía y preguntaba mirando a Sahamin y a Bahassoén:

—¿No es verdad?

Y los dos personajes asentían con furia, diciendo con voz firme:

—¡Es cierto, es cierto! ¡Así es, así es!

Enardeciéndose poco a poco, Babalatchi continuó luego el relato de los sucesos relacionados con Lingard y la intervención de éste en el crítico momento por que atravesaba la colonia. Su voz adquirió una inflexión más dura. ¿Qué derecho tenía aquel hombre de aspecto feroz y terrible para gobernar en la colonia? ¿Era acaso un gobernador? Y si así era, ¿quién le había nombrado? Ejercía una influencia nefasta sobre Patalolo, que por consejo de Lingard se mostraba duro y cruel con los indígenas y con los *bugis*. Aquel hombre incrédulo deseaba la ruina y la perdición de todos los creyentes, y llegaba en su indirecta opresión hasta lo insoportable. Ellos habían comerciado con él, aceptando todas las condiciones que impuso a cambio de sus mercancías, que exigía se pagaran religiosamente cada año.

—¡Es verdad, es verdad! —exclamaron a una Sahamin y Bahassoén.

Entonces Babalatchi, después de cambiar otra mirada con los dos personajes, se volvió de nuevo hacia Abdulah y continuó en tono persuasivo:

—Escuchad a estos hombres, ¡oh protector de los oprimidos, príncipe generoso y dulce de nuestra raza! ¿Qué podemos hacer si Lingard nos sigue dominando de ese modo? Nuestros mercaderes no pueden comerciar. La competencia con ese maldito acabará por arruinarnos y perdernos a todos. ¡Y él quiere ser el único en la colonia, no quiere que nadie comercie más que él, que nadie viva más que él!

Sahamin se puso en pie, y después de inclinarse tres veces ante el príncipe, comenzó a hablar con gran énfasis.

—Nosotros estamos aburridos y cansados ya de pagar nuestras deudas a ese blanco, que es hijo del rajá Laut. Ese hombre blanco (¡ojalá pudiera ser profanada y violada la tumba de su madre!) no se contenta con tener en sus manos nuestras vidas y haciendas. Y ahora, no satisfecho con eso, quiere nuestra muerte. Él comercia con los *dyaks* y otras gentes de los bosques, que son más impuros que el cerdo, y les compra sus productos, mientras nosotros nos morimos de hambre. Hace dos días solamente fui a ver a su representante en Sambir y le dije cortésmente, pues así tenemos que hablarles a esos hijos del diablo: «*Tuan* Almayer, tengo tales y cuáles mercancías para vender. ¿Quiere usted comprármelas?». Y él me contestó rudamente, sin la menor cortesía, pues ésta no la conocen esos hombres blancos, más inmundos que los perros. Me dijo con el mismo tono con que se habla a un esclavo: «Amigo Daoud, es usted un hombre feliz... Así, ¿tiene usted algunas mercancías para vender? ¡Perfectamente! Pues ahora me las traerá en seguida como pago de la anualidad que me debe». Y el muy perro sonrió y aún tuvo el valor de darme unas palmaditas en la espalda. ¡Malditos sean él y toda su descendencia!

—¡Es preciso vencerle! —dijo entonces el joven Bahassoén con vehemencia—. Nosotros, todos nosotros, estamos dispuestos a luchar con él y a vencerlo con tal de que alguien se preste a ayudarnos. ¡*Tuan* Abdulah, necesitamos un jefe! ¿Quieres tú, el más ilustre de los príncipes de nuestra raza, ser ese jefe que necesitamos?

Abdulah no contestó en seguida. Sus labios se movieron un poco, mientras se acariciaba la barba con sus dedos largos y aristocráticos.

Todos guardaron un respetuoso silencio.

Al fin, el príncipe habló de esta manera:

—Yo sería vuestro jefe y vendría en vuestra ayuda si mis buques pudiesen penetrar en este río.

—Vuestros buques entrarán, príncipe —exclamó Babalatchi apasionadamente—. Hay aquí un hombre blanco que...

—Quisiera ver a Omar el Badavi y a ese hombre blanco sobre el que tú me escribías tanto —interrumpió Abdulah.

Babalatchi se puso en pie vivamente, y varios mensajeros salieron en dirección a la casa del ciego Omar. Las mujeres de la veranda se movieron como un cañaveral agitado por el viento, y en la gran explanada se iniciaron varias conversaciones en voz baja, originando un extraño rumor. Mientras volvían los guerreros enviados en busca de Omar y de Willems. Lakamba, Babalatchi y Abdulah hablaban también en voz baja. Sahamin mascaba betel silenciosamente, mientras Bahassoén, con una mano apoyada en el mango de su alfanje, se paseaba cerca de la hoguera, entre la admiración o la envidia de los secuaces de Lakamba.

El mensajero que había ido a buscar al ciego regresó, mirando a Babalatchi desde lejos.

Éste salió a su encuentro y preguntó:

—¿Qué dice Omar?

—Me ha dicho que le dé la bienvenida a Seyd Abdulah, el gran príncipe, y que los espera.

Babalatchi hizo una señal y luego se acercó a Abdulah y a Lakamba, que hablaban de la próxima lucha.

—Vamos. Cuando queráis, príncipe —dijo—. Omar el Badavi nos espera, y así veremos también a ese hombre blanco tan fuerte y hábil. ¡Venid por aquí!

Lakamba dejó pasar delante a Abdulah y se creyó en el deber de advertirle:

—¡Mucho cuidado, príncipe! ¡Mucho cuidado, *tuan* Abdulah! ¡Ese hombre, que está sucio como un cerdo, parece furioso!

—Yo respondo con mi cabeza de que a *tuan* Abdulah no le ocurrirá nada malo, como tampoco a usted —se apresuró a decir Babalatchi.

Y tocando respetuosamente en un codo al príncipe, que sonreía, los guió a todos hacia la puertecilla que separaba los dos huertos.

Dos árabes de la escolta de Abdulah cerraban la comitiva.

Cuando ya iban a entrar, Babalatchi creyó oportuno decir dirigiéndose al príncipe:

—Ahora veréis a los dos... El hombre blanco era esclavo del otro, de ese *tuan* Almayer de que antes hablábamos, y yo me propuse hacerle nuestro esclavo, sabiendo que es la forma de vencer al que era su jefe. Al principio no me hacía caso. Pero un día... se enamoró, y entonces yo vi claro nuestro triunfo. Hice venir aquí a Omar y a la mujer que él ama, y el hombre vagó durante tres días por los bosques como una pantera hambrienta. Esta tarde ha venido al fin, y aquí está.

Abdulah asintió en silencio, mientras Babalatchi añadía:

—Es un hombre fuerte e inteligente, muy sabio y astuto, y él guiará el buque de Vuestra Alteza río arriba, y dirigirá la lucha si es preciso. Y si resulta algún muerto..., le acusaremos a él de ser el autor. Una vez a bordo se le puede armar con un fusil, por ejemplo...

—Sí, sí —repuso Abdulah—, pero...

Hubo un silencio, y luego el príncipe, en voz muy baja, continuó:

—Pero Omar es lejano pariente mío, pertenece a nuestra religión, mientras que el otro es un cristiano que no puede vivir a mi lado. ¡Sería una mancha para mí, una mancha eterna! Además, ¿cómo puede vivir a mi lado, y precisamente con una mujer de nuestra raza, de nuestra religión? ¡Sería un escándalo, una abominación sin nombre! —Movi6 la cabeza y las manos vivamente, y añadió—: Y cuando ese hombre haya hecho todo lo que nosotros queramos y nos haya servido, ¿qué haremos con él?

Hubo un silencio. Lakamba se había marchado un momento antes, y en aquel instante le vieron de nuevo sentado junto al fuego, mientras sus secuaces hablaban animadamente alrededor de las hogueras.

Al fin una ráfaga de vientecillo más fresco, que subió del río y agitó un instante las ramas de los árboles, pareció sacarlos de su abstracción, y Abdulah dijo:

—Bien, abra usted y pasemos. ¿No hay peligro?

—Le juro a Vuestra Alteza que no. Ahora está satisfecho, como el sediento que después de atravesar un largo y seco arenal puede beber al fin el agua que quiere.

Y al decir esto sonrió de un modo tan significativo que Abdulah experimentó una inmensa repugnancia por aquel perro cristiano enflaquecido en el pecado.

Babalatchi comprendió lo que sentía el príncipe en aquellos momentos, y se apresuró a decir en voz muy baja mientras cruzaban el umbral:

—No os preocupéis, Alteza. Después que nos haya servido, quizás encontremos un veneno infalible. ¡Quién sabe!

IV

Babalatchi vio a Abdulah atravesar el umbral de la casa del ciego, y después de escuchar los saludos del príncipe y de Omar llegó hasta sus oídos esta frase, pronunciada por Omar en un tono lloroso:

—Hubiera llevado con paciencia todas las desgracias del mundo, príncipe, ¡pero ésta! ¡La vista...! ¡Ah!

Los dos árabes del séquito de Abdulah se habían sentado junto a la puerta a una indicación de su señor, y Babalatchi se puso a vagar por el jardín.

Luego se sentó al pie del gran árbol. Hasta él llegaba el murmullo de la conversación que sostenían los dos hombres en el interior de la casa, pero no podía percibir las palabras claramente. Abdulah hablaba muy bajo, y Omar le contestaba en un tono lloroso que hacía imposible comprender lo que decía.

Babalatchi, mientras esperaba la salida del príncipe, pensaba en la empresa que iban a llevar a cabo. Estaba ya casi seguro del triunfo. Desde el momento en que vio a Abdulah, comprendió que aquel hombre era el que ellos necesitaban: valiente al mismo tiempo que sereno, audaz, seguro de sí mismo, poderoso, fanático de su religión, sin llegar a los límites de lo estafalario o lo insensato... Y, sin embargo...

Una sombra pasó por el rostro de Babalatchi. Aquel príncipe tan poderoso, ¿no exigiría luego, en pago de su ayuda, una sumisión absoluta de los que iban a recibir sus favores y mercedes? Y Babalatchi conoció, en la víspera misma de su triunfo, esa gota de amargura y de dolor que acompaña a todos los éxitos y a todas las alegrías de la vida.

De pronto oyó ruido de pasos, y al levantar la cabeza vio a Willems que bajaba de la veranda al jardín. La luz del interior de la casa se filtraba a través de los intersticios de los tablones, y Babalatchi pudo distinguir de este modo a Aissa, que salía también tras su amante. Pero casi en el mismo momento desapareció.

Babalatchi se puso en pie de un salto, y en el acto la voz del hombre blanco gritó desde arriba:

—¿Dónde está Abdulah?

Babalatchi señaló la casa de Omar. Las voces habían cesado un momento antes, pero en aquel instante se oyeron de nuevo. Willems dijo:

—¡Avive esa lumbre! ¡Quiero verle a usted el rostro, saber quién es!

Babalatchi echó unos leños al fuego medio apagado que se veía bajo el árbol inmenso, y la llama brilló intensamente, iluminando al tuerto, que miraba a Willems con su único ojo.

Y cuando Babalatchi buscaba de un modo instintivo la empuñadura de su alfanje entre los pliegues de su jaique, tuvo que sonreír al ver fijos en él los ojos extraviados de Willems. Turbado, murmuró:

—¡Ya veo que está usted bueno, señor, a Dios gracias!

—Sí, sí —contestó Willems con voz ruda y fuerte y en un tono que hizo

estremecer a Babalatchi—, estoy bien... ¿Y usted?

Y al decir esto dio un salto y se acercó al tuerto, poniéndole ambas manos sobre los hombros. Babalatchi vaciló unos instantes, pero su rostro permaneció tan sereno como cuando estaba sentado ante el fuego. Después, de un vigoroso empujón, Willems lo arrojó a unos pasos de él, y acercándose a la hoguera extendió sus manos hacia las llamas. Babalatchi dio unos cuantos traspiés, y luego, recobrándose, se encogió de hombros de un modo a la vez rencoroso y admirativo, mientras pensaba:

«¡Qué hombre, Señor, qué hombre! ¡Fuerte, valeroso, terrible! ¡Un hombre así...! —Hizo una pausa mental y continuó—: ¡Un hombre así podría, si quisiera, levantar y derribar las montañas! —Permaneció un rato inmóvil, con los ojos fijos en la espalda de Willems, y luego continuó pensando—: Pero ¿por qué se muestra irritado conmigo? ¿Conmigo, precisamente, que sólo he buscado hasta ahora su bien? ¿No le ofrecí yo refugio a Aissa en mi propia casa? Porque ésta es mi casa, sí, mi propia casa».

Sin darse cuenta fue elevando la voz, hasta dirigirse al hombre blanco, que permanecía inmóvil:

—Dígame, ¿por qué se muestra usted irritado conmigo? Yo sólo he buscado y deseado su bien. Yo le he brindado refugio a Aissa en esta casa, que es mi propia casa. Y yo hice esto por propio impulso, sin esperanza de recompensa, sólo porque comprendía que la infeliz necesitaba un sitio donde guarecerse. Y ahora usted y ella podrán vivir aquí. ¿Quién sabe lo que piensa una mujer, y mucho menos una mujer como Aissa? Supe que se quería marchar, y como no soy más que un pobre criado de Omar, me limité a decirle: «Si quieren que mi corazón se llene de alegría, vengan a mi casa». Y aquí han venido. ¿He hecho bien?

—Voy a decirle a usted algo que no debe olvidar nunca —repuso Willems sin cambiar de postura—: si Aissa hace algo o da un solo paso para marcharse de aquí, le haré a usted responsable de su fuga o de su desaparición, y le retorceré a usted el cuello en menos que lo digo.

—Cuando el corazón está lleno de amor, no hay sitio en él para lo que es justo o razonable —continuó Babalatchi con profunda dulzura, hablando en metáfora, como hacía casi siempre—. ¿Por qué me amenaza con matarme? Usted conoce, *tuan*, los deseos y las ilusiones de ella mejor que nadie. Sueña con un espléndido destino, como sueñan todas las mujeres. Usted ha sido ofendido y humillado por sus compatriotas, que le consideran un vagabundo. Ella lo sabe. Usted es valiente, fuerte..., un hombre, en toda la extensión de la palabra. Y, sin embargo (y esto se lo dice un hombre que tiene muchos más años que usted, y, por tanto, mucha más experiencia), ella le domina a usted por completo. Esto ocurre con frecuencia con los hombres fuertes y de carácter firme; dijérase que es su destino... Ella es de noble nacimiento, y no puede vivir como una esclava. Usted la conoce bien, y como se conoce a sí mismo, sabe perfectamente que ella lo domina... Ahora es usted igual a esos pobres pajarillos que cazamos con liga. Naturalmente, su fuerza se rebela; pero

(y acepte el consejo de un hombre que ha vivido y visto mucho) ríndase, no intente luchar, si no quiere que...

Y calló, después de pronunciar las últimas palabras de un modo vago y vacilante, como el que balbucea.

Willems, sin moverse, siempre con las manos extendidas hacia el fuego, sonrió de un modo débil y lúgubre, y preguntó:

—Si no quiero ¿qué?

—¡Oh!, que ella se marche de nuevo. ¡Quién sabe!

Willems se puso en pie de pronto, y Babalatchi retrocedió unos pasos instintivamente.

—Si ella llegara a marcharse, usted lo pasaría muy mal, Babalatchi —dijo el blanco en tono amenazador—. Ya le he dicho que le haré responsable, y en ese caso...

Entonces, Babalatchi habló desde la sombra con suave desdén:

—¡Sí, sí! Ya me lo ha dicho usted antes. Si ella se marcha, yo seré el responsable... Pero si llegara a irse, ¿cree que volvería, *tuan*? Y en ese caso... ¡Bueno!, yo no dejaré de vigilar, y por mí no se irá, téngalo por seguro, pero si a pesar de todo se marchase, usted tendría que vivir sin ella.

Willems lanzó una exclamación ahogada y retrocedió dos pasos, como un caminante que descubre de pronto un abismo a sus pies. Babalatchi se acercó a él con la cabeza algo inclinada, para mirarle con su único ojo. Y Willems murmuró:

—¿Acaso me amenaza usted?

—¿Yo, *tuan*? —repuso Babalatchi con leve ironía y como si estuviese dolido—. Usted habla de la muerte, mientras que yo sólo le hablo de la vida, de la vida que tendría que llevar si se quedara solo: una larga vida, como yo le deseo.

Permanecieron silenciosos, teniendo entre ambos el fuego, que se consumía lentamente. Los dos estaban pensativos, con la vista fija en las llamas. Babalatchi se abandonaba al fatalismo de su raza, que todo lo fía al azar, al «¡Estaba escrito...!». Sin embargo, una idea grata danzaba en su mente. Al mirar a Willems pensaba que era una gran suerte para él manejar y disponer a su antojo del hombre blanco. Sería un buen piloto para Abdulah... y una víctima para aplacar la cólera de Lingard, en caso de que fracasaran los planes de sus jefes. De todos modos, él sabría hacer que los blancos se enemistasen y lucharan unos contra otros. ¡Ah, cómo los odiaba! Le parecían unos dioses triunfadores y fuertes, cuya sabiduría los llevaba siempre al triunfo. Pero en aquella ocasión, él juraba salir victorioso.

Mientras tanto, Willems medía mentalmente la inmensidad de su degradación y de su hundimiento. Él, un hombre blanco, el hombre admirado por sus compatriotas y por los otros blancos, se veía ayudado por aquellos salvajes, a punto de convertirse en su instrumento y su juguete. Sentía por aquella gente el odio innato de su raza, de su moral y de su inteligencia. Al pensar en su situación, no podía evitar un sentimiento de horror y de piedad por sí mismo. ¡Esclavo de una mujer, y de una mujer como

aquella! Había oído contar historias terribles de hombres dominados por mujeres, pero hasta entonces le habían parecido siempre mentira. Sin embargo, era verdad; había que rendirse a la evidencia... Pero su esclavitud le parecía la más completa, terrible y definitiva de todas, ya que no vislumbraba por ninguna parte ni la más leve luz de redención. Le parecía una iniquidad que la Providencia hubiera permitido que él llegase al estado en que se hallaba, y aún le parecía más injusto e infame que esa misma Providencia permitiese vivir, y vivir bien, a seres tan inmundos y abyectos como Almayer. Él había cumplido con su deber yendo a ver a Almayer. ¿Por qué éste le había rechazado con tanta dureza? Los hombres le parecían locos o niños. Él había querido servir a Almayer, y éste le rechazó con brutalidad. Willems cerró los ojos y apretó los puños al pensar en Aissa. En fin de cuentas, por ella había ido a ver a Almayer. Quiso, o, mejor dicho, intentó arrebatar a la muchacha de entre los suyos. Y, sin embargo, tenía que reconocer que él no podría vivir sin ella. El pensamiento le llenó de terror.

Era algo a la vez dulce y terrible. Willems evocó los primeros días en que se vieron, el instante en que él la encontró en medio del bosque, su sonrisa clara e ingenua, sus ojos tan hondos, sus palabras... Es verdad que era una mujer salvaje, pero ¡la adoraba hasta tal punto!

Tanto era así que Willems podía pensar en todo con serenidad, menos en aquellos tres días que había estado alejado de Aissa, en las horas insoportables y terribles de la separación. Bien. Entonces, esto significaba que no podía vivir sin ella, y, lo que era peor, que él lo reconocía de un modo absoluto. Así, pues, ¿qué podía hacer? Si no lograba arrebatar a la muchacha de entre las gentes de su raza, él se iría con ella, se dejaría arrastrar por la fuerza de los acontecimientos. ¡Todo antes que separarse de su Aissa adorada!

Entonces experimentó una especie de alegría salvaje, al pensar que ya no podría deshacerse lo que había hecho. Se sentía orgulloso de ello, y estaba dispuesto a hacer frente a no importa qué peligros, a no importa quién, para defender su derecho al amor de aquella muchacha... Nadie ni nada le importaba ni le preocupaba. Se sentía audaz, atrevido, arrojado, aunque en realidad estaba como impregnado del veneno de su gran pasión.

Extendió de nuevo las manos hacia el fuego, miró en torno suyo y llamó en voz alta:

—¡Aissa!

La muchacha no debía de andar muy lejos, porque apareció inmediatamente y se acercó a la hoguera. Llevaba la cabeza cubierta con un velo, que descansaba en sus hombros por una parte, mientras que por la otra caía sobre su frente hasta las cejas; unos pliegues le cubrían la boca y la nariz, dejando sólo al descubierto sus ojos, negros y brillantes como los luceros del verano.

Al ver aquella figura extraña, aquella mujer embozada, Willems se sintió invadido por una honda desesperación, aniquilado, aterrado. ¿Y aquella era la mujer

amada, la mujer adorada hasta la locura? En aquellos momentos le parecía un paquete de algodón como los que se apilaban en los almacenes de las islas. Willems sintió que le recorría un estremecimiento de locura. Aissa se había disfrazado de aquella manera porque los hombres de su raza estaban cerca, porque había llegado aquel príncipe. En vano le había advertido que no le gustaba verla vestida como las mujeres de su tribu; Aissa no le obedecía. En cambio, ¿es que él iba a aceptar alguna vez, andando el tiempo, su moral, sus ideas, quién sabe si sus costumbres? ¡Quién sabe! Aissa, por lo menos, no cambiaría nunca ni de ideas, ni de indumentaria, ni de sentimientos. Aquella manifestación de su sentido de la propiedad, que a Willems le atormentaba a la manera occidental y civilizada, era otro de los grandes obstáculos que se alzaban entre ellos. Un grado más que él descendía.

Sí, ¡eran tan diferentes! ¡Él estaba tan civilizado! Ni un pensamiento, ni un sentimiento: nada tenían en común, nada compartían. Y, no obstante, el hombre comprendía que no podría vivir sin ella.

Willems acabó lanzando un débil suspiro, semejante a un gemido de impotencia. Aquel pequeño detalle, el hecho de que Aissa no le hubiera obedecido en su ruego de que no se vistiese como las mujeres de su raza, le hería de un modo hondo y doloroso. Aumentaba su certidumbre de que era esclavo de su pasión, precisamente de lo que él siempre había despreciado porque le parecía propio de los hombres que no tienen ni voluntad, ni dominio sobre sí, ni inteligencia clara y alta. Y su voluntad, su energía, todos sus deseos, todo, todo lo que él era, se había desplomado por la sola sonrisa de una mujer salvaje... Él no era ya nada, no suponía nada: vivía pendiente de ella, de lo que ella quería, de lo que ella mandaba, de lo que ella pensaba y deseaba.

Naturalmente, Willems no podía discernir con claridad la causa de su inmensa miseria. Pero ningún hombre es tan ignorante o tan simple que deje de sufrir y padecer bajo el impulso de encontradas pasiones. El ignorante siente y sufre por la complejidad de sus apetitos lo mismo que el sabio, aunque no acierte a descubrir el remedio de sus males. Willems sufría, sufría como un loco, pero era incapaz de remediar sus sufrimientos. Estaba allí, inmóvil, observando a la mujer amada y observándose a su vez a sí mismo. Temblaba de pies a cabeza, como un azogado.

Sin embargo, sonrió de pronto; pero su sonrisa parecía el reflejo de una alegría pálida y muy lejana.

Al otro lado del fuego, allí donde comenzaban las sombras, la fuerte voz de Babalatchi se elevó, atropellada y jadeante, para decir:

—¡Aquí está *tuan* Abdulah! ¡El Altísimo sea con él!

V

Tan pronto como salió de la casa de Omar, Abdulah vio a Willems. Él esperaba, desde luego, encontrarse con un hombre blanco, pero en modo alguno con aquél, a quien tan bien conocía. Todos los que comerciaban en las islas y tenían algún trato o negocio con Hudig conocían a Willems. Durante los dos últimos años de su estancia en Macasar, el empleado de confianza de Hudig había sido el verdadero director de los negocios locales, con una ligera inspección por parte de su jefe. Así, pues, todos conocían a Willems, y Abdulah más que nadie, aunque el príncipe ignoraba la desgracia de aquél. Esto no era extraño, ya que mucha gente ignoraba en realidad lo ocurrido a Willems, y en el mismo Macasar muchos esperaban su regreso, creyendo que estaba realizando algún viaje o alguna importante misión por cuenta de su principal.

Sorprendido, Abdulah vaciló al cruzar el umbral de la casa. Esperaba encontrarse frente a frente a algún hombre de mar, tal vez algún antiguo oficial de Lingard, un hombre vulgar en todo caso, con el que sería difícil entenderse. Y, en cambio, se encontraba frente a aquel individuo, cuya sagacidad en los negocios conocía perfectamente. ¿Cómo y por qué estaba allí aquel hombre? Rehaciéndose al fin de su sorpresa, Abdulah avanzó con la lentitud y la dignidad de los príncipes orientales, y se acercó al fuego, fijos sus ojos, que se clavaban como dardos, en el rostro de Willems. Al llegar a dos pasos de éste, se detuvo y levantó la mano derecha, en cordial y grave saludo.

Willems se inclinó ligeramente y dijo al cabo de un instante con indiferencia:

—Nosotros nos conocemos hace tiempo, *tuan* Abdulah.

—En efecto, hemos tenido relaciones —repuso el príncipe—; pero era lejos de aquí.

—Razón de más para que podamos tenerlas aquí también.

—Desde luego. El lugar no importa. La inteligencia despierta y el corazón lleno de buena fe y de verdad son lo que se necesita en los negocios.

—Así es, *tuan* Abdulah. Mi corazón está abierto para usted, lo mismo que mi pensamiento. Por eso voy a decirle por qué estoy aquí.

—¡Bah, bah! ¿Qué importa eso? Ya sabe usted que viajando se aprende a conocer el mundo y a los hombres. Usted viaja mucho... Viajar es ya un éxito y una victoria en nuestra existencia. Así volverá usted allá con más sabiduría.

—Yo no volveré *allá* jamás —le interrumpió Willems—. He roto para siempre con mi familia. Soy ahora un hombre sin hermanos. Ya sabe usted que la injusticia destruye la felicidad.

Abdulah demostró su sorpresa enarcando las cejas, al tiempo que hacía un rápido y leve ademán con la mano derecha, indicando que su interlocutor tenía razón.

Hasta aquel instante, Abdulah no se había dado cuenta de la presencia de Aissa, que estaba sentada ante el fuego. Pero entonces, aprovechando la pausa en la

conversación de los dos hombres, la mujer habló con una voz que el velo hacía apagada, saludando al príncipe, a quien llamó cariñosamente «primo». Abdulah lanzó a la muchacha una rápida mirada, y luego, con perfecta educación oriental, inclinó la cabeza y fijó los ojos en el suelo. Ella entonces alargó al príncipe una mano cubierta con una punta de su extraño velo, y Abdulah la estrechó dos veces entre las suyas, volviéndose luego hacia Willems. Aissa miró con fijeza a los dos hombres, y después, con paso rápido, desapareció entre las sombras como tragada por la noche.

—Yo sé a lo que ha venido aquí, *tuan* Abdulah —siguió diciendo Willems entonces—. Me lo ha dicho aquel individuo —continuó, al tiempo que señalaba a Babalatchi—; pero hay un obstáculo...

—¡Alá todo lo hace fácil y posible! —dijo Babalatchi desde el otro lado de la hoguera.

Los dos hombres se volvieron ligeramente hacia el sitio donde había salido aquella voz. Luego, continuaron hablando en voz más baja:

—Cuando era joven pasé con él varios años en el mar —decía Willems—. Y, desde luego, he podido observar la forma de entrar las embarcaciones en el río... La última vez, sobre todo, me fijé muy bien.

Abdulah asintió y murmuró:

—La seguridad del hombre depende siempre de su experiencia.

Babalatchi no oyó más. Se dirigió hacia el gran árbol, se sentó en el suelo y se apoyó en el tronco.

Los dos hombres paseaban lenta y majestuosamente por el patio. Babalatchi los miraba desde la sombra. Abdulah, muy delgado, erguido, arrogante y majestuoso, retorció maquinalmente los cordones de su túnica inmaculada; Willems, alto, barbudo, mirando como desde una colina a su acompañante, el cual parecía una gran azucena que se moviera de un modo lento a su lado, accionaba mucho, gesticulaba con vehemencia y se inclinaba para mirar más cerca el rostro de Abdulah.

Pasaban una y otra vez ante Babalatchi, que los veía con toda claridad cada vez que se situaban entre él y la hoguera. A veces ambos se detenían un instante: Willems, hablando pomposamente y con énfasis; Abdulah, escuchando con rígida atención, y luego, cuando el otro callaba, asintiendo en silencio de un modo leve, como si consintiera en alguna demanda o admitiese alguna propuesta de su acompañante. Babalatchi apenas si podía escuchar una palabra suelta, el final de una frase rota por el vientecillo de la noche y la distancia. Al fin, impulsado por la curiosidad, se ocultó tras el tronco del árbol cuando los dos hombres se aproximaban, y entonces pudo oír a Willems, que decía:

—Usted pagará ese dinero tan pronto como yo suba a bordo. ¿Qué debo hacer luego?

Cuando volvieron a acercarse, Babalatchi oyó de nuevo la voz de Willems:

—Ahora, mi vida está en sus manos, príncipe... El bote que me llevará a bordo de su barco traerá el dinero a Omar. Debe usted tenerlo preparado en un saco, con sellos

de lacre o plomo...

Otra vez se hizo el silencio. Pero los dos hombres, en vez de continuar paseando, se habían detenido ante el fuego. Hubo una larga pausa. Luego, Babalatchi miró fijamente a los dos hombres y pudo ver que los labios de Abdulah se movían de un modo casi imperceptible. Después, Willems estrechó la mano del príncipe, mientras Babalatchi lanzaba un hondo suspiro de alivio. La conferencia había terminado, y de la mejor manera posible, según parecía.

Babalatchi se levantó entonces y se atrevió a acercarse a los dos hombres, que al verle guardaron silencio.

Willems le miró de un modo indiferente, tal vez reconcentrado ya en sí mismo, según su costumbre, altivo y desdeñoso. Abdulah dio unos pasos, mientras Babalatchi miraba al príncipe con ojos interrogadores.

—Bien, yo me marchó —murmuró Abdulah—. Le esperaré a la orilla del río, *tuan* Willems, hasta que se ponga el sol. Ya sé que usted no tiene más que una palabra.

—Una sola —contestó Willems con firmeza.

Abdulah y Babalatchi salieron juntos del huerto, dejando solo a Willems ante el fuego.

Los dos árabes que habían precedido al príncipe pasaron al otro lado de la valla, confundándose con la multitud. Abdulah se detuvo un momento, obligando a su compañero a que le imitase, y le dijo en voz baja:

—Todo marcha perfectamente. Hemos hablado de muchas cosas. Y él está conforme en todo.

—¿Cuándo empezaremos entonces? —inquirió Babalatchi con impaciencia.

—Dentro de dos días. Así lo he prometido. Y cumpliré mi palabra.

—Vuestra mano está siempre abierta, ¡oh, generoso príncipe!, para ayudar a los buenos creyentes. Y espero que no olvidéis a vuestro criado, que os ha llamado aquí. ¿No he dicho la verdad? Ella ha logrado encender una hoguera en su corazón.

Con un rápido movimiento de su mano, Abdulah pareció rechazar la última frase de Babalatchi, y dijo lentamente y acentuando las palabras:

—Él debe estar aquí completamente seguro, ¿comprendes? Completamente seguro, como si estuviera entre gentes de su misma raza, hasta...

—¿Hasta cuándo, Alteza? —murmuró Babalatchi vivamente.

—Hasta que yo diga —repuso Abdulah—. Lo mismo que Omar.

Vaciló un momento y luego añadió con voz apenas perceptible:

—Omar está muy viejo.

—¡Oh, sí! —repuso Babalatchi con súbita melancolía—; viejo y enfermo.

—Me ha suplicado que matara al hombre blanco. Incluso me ha llegado a rogar que lo matase inmediatamente —comentó Abdulah, reanudando la marcha.

—Siente la impaciencia de los que ven acercarse la muerte, príncipe.

—Omar vivirá conmigo de aquí en adelante, cuando... Pero, bueno, eso es

secundario. Debes recordar mis órdenes, que son terminantes. Ese hombre debe estar aquí en completa seguridad, ¿comprendes?

—Le respetaremos como si fuera la sombra de Vuestra Alteza, señor —contestó Babalatchi en tono solemne. Y llevándose una mano a la frente, se inclinó para dejar al príncipe que pasara delante.

Al aparecer en la gran explanada, los murmullos cesaron y todos los rostros se volvieron hacia el príncipe, que avanzaba con majestuosa lentitud. Lakamba se aproximó a él, pero sus ojos estaban fijos en Babalatchi, que le tranquilizó con una leve inclinación de cabeza.

Lakamba, con una amplia sonrisa, preguntó a Abdulah si prefería tomar algún alimento o retirarse sencillamente a descansar. Señalando la casa, no se cansaba de repetir que Abdulah podía disponer de todo cuanto en ella había. Pero el príncipe le cogió la mano derecha, se la llevó al pecho y le dijo en un imperceptible murmullo que sus costumbres eran castas y que su temperamento le inclinaba a la melancolía.

No; no deseaba descansar ni tampoco tomar ningún alimento. Tenía prisa por marcharse, y aunque esto disgustaba a Lakamba, la exquisita urbanidad del jefe oriental supo disimular su enojo, y comenzó a dar órdenes.

Pronto se notó una gran actividad a orillas del río. Hasta la explanada llegaron voces de mando, gritos y órdenes. Las antorchas, despidieron más humo que claridad, brillaron entre la arboleda, y el propio Babalatchi, congestionado por la carrera, subió a decir que los botes estaban dispuestos y esperaban a Su Alteza.

Abdulah descendió las escaleras precedido por varios guerreros y seguido de Lakamba y su estado mayor. El príncipe, envuelto en su inmaculada túnica, semejaba una aparición. Al llegar al desembarcadero se detuvo un instante para despedirse de Lakamba y de sus amigos. De sus labios brotaron mil palabras deseando felicidad, salud y contento a todos sus aliados y fortaleciéndolos en la esperanza. ¡El triunfo los aguardaba! Después, ya en la barca, se inclinó hacia la orilla para hablar en voz baja a Lakamba y a Babalatchi: «Antes de que el sol se levante dos veces en el horizonte nos volveremos a encontrar, hermanos míos, y mi buque habrá remontado las aguas de este río...».

Luego, el príncipe se sentó en una especie de trono hecho de cojines de seda, y los remos hendieron el agua.

En el desembarcadero quedaron Lakamba y los suyos con el corazón henchido de esperanza. Abdulah había prometido el triunfo, y el príncipe, que era a la vez un gran comerciante, no conocía ni la derrota ni los fracasos. Alá estaría con ellos.

Las barcas de Abdulah bogaban río abajo, en busca del mar, donde esperaba al príncipe su buque, el *Señor de las Islas* (antiguamente de Greenock, pero entonces registrado como de Penang), anclado en una ensenada de Tanjonk Mirrah, en espera de la marea favorable para levar anclas en cuanto estuviese su dueño a bordo.

Lakamba, Sahamin y Bahassoen permanecieron durante algún tiempo contemplando el río en sombras por donde habían desaparecido las barcas que se

llevaban al príncipe y a su comitiva.

Luego, dos de los huéspedes principales de Lakamba se pusieron a hacer alegres planes para el porvenir, un porvenir que les parecía más risueño y amable que nunca. El venerable Sahamin, como ocurre a los hombres que alcanzan su avanzada edad, encontraba el placer supremo en futuras y provechosas especulaciones, a las cuales se iba a lanzar inmediatamente con entusiasmo. Compraría botes y faluchos, y enviaría las expediciones por el río, ensanchando su comercio, y, apoyado por el capital de Abdulah, se haría inmensamente rico en unos cuantos años. ¡En muy pocos años! Mientras tanto, proyectaba hacer algo muy útil y conveniente para él: al día siguiente iría a ver a Almayer, y, aprovechándose del último día de prosperidad que iba a disfrutar el hombre odioso, se daría maña para obtener de él algunas mercancías a crédito. Sahamin tenía la certeza de que aquello iba a ser para él un negocio excelente, ya que al advenimiento de la revolución que preparaban todas las deudas quedarían borradas y suprimidas automáticamente.

Lakamba, que subía las escaleras del desembarcadero en medio de sus dos lugartenientes, escuchaba al anciano con rostro impenetrable. Su cuello de toro estaba cubierto de sudor, y sus grandes ojos negros miraban ante él con orgullo y majestad.

De pronto, Sahamin hizo una pausa, y su colega Bahassoen comenzó a hablar lleno de entusiasmo. Pero su entusiasmo era distinto del que hacía estremecer al anciano Sahamin. El comercio era algo excelente, pero mejor y más grande era apoderarse por la violencia de los bienes de los otros, humillar a los enemigos, someter a los hombres blancos.

Excitándose gradualmente, elevaba la voz cada vez más y, apoyando la diestra en la empuñadura de su espada, amenazó, furioso, a los enemigos de su raza, hablando de terribles degüellos, de incendiar, arrasar y exterminar cuanto perteneciera a los blancos aborrecidos, y proclamando el valor indomable de los antecesores de su estirpe.

Babalatchi permaneció tras ellos, solo con sus pensamientos. El sagaz político de Sambir dirigió una mirada desdeñosa a su protector y a los amigos de éste, y permaneció un momento abstraído, recordando la imagen del hombre que acababa de marcharse, del príncipe del que los otros parecían tan seguros. Babalatchi, más experimentado o más sagaz que ellos, desconfiaba siempre. Al fin se decidió a abandonar la orilla del río y siguió una senda solitaria que se alejaba de las escalerillas del desembarcadero, yendo a situarse lejos de la explanada central, donde ardían pequeñas hogueras que brillaban semejantes a estrellas caídas del cielo maravilloso y sereno. Luego pasó por la puertecilla que comunicaba la gran explanada con el huerto donde estaba la casa de Omar, y subió la veranda, desde donde miró a la casita del ciego, ante cuya puerta brillaba aún la hoguera mortecina. Luego se puso a entonar a media voz una canción monótona y terrible, que hablaba de un naufragio y de dos hermanos que se mataban después de disputarse una vasija de agua. Los pájaros nocturnos lanzaban extraños graznidos entre el follaje del árbol,

y se oía un tenue batir de alas. Babalatchi distinguía ante el fuego las figuras de un hombre y de una mujer. ¿Quiénes eran? Seguramente, Willems y Aissa... Luego Babalatchi tuvo un leve acceso de tos, que le obligó a callar. Por último se marchó en busca del descanso, ya que no del sueño reparador y dulce.

VI

Tan pronto como Abdulah y sus compañeros salieron del huertecillo que rodeaba la casa de Omar, Aissa se acercó a Willems y se sentó a su lado.

Willems no se dio cuenta de la actitud expectante de la muchacha hasta que ella le tocó dulcemente en un brazo. Entonces se volvió furioso hacia su amada y, levantándose, le arrancó el velo que cubría su rostro y se lo pateó como si hubiera sido el peor de sus enemigos. Ella le miró con una débil sonrisa de paciente curiosidad, con la intrigada curiosidad de la ignorancia, como si estuviera contemplando la maravillosa marcha de una máquina nunca vista.

La joven se había levantado también, y Willems, después de desahogada su furia, permaneció en pie, de cara al fuego. Sólo cuando Aissa le acarició la nuca, el rostro de Willems adquirió una expresión menos sombría, sus ojos relucieron y sus labios temblaron un instante. Luego, sonrió levemente, con una sonrisa de ironía que le torció la boca, avanzó unos pasos, abrió los brazos y estrechó con rudeza a la muchacha contra su pecho. Después la soltó con tal rapidez que Aissa retrocedió dando un traspiés. La joven lanzó al fin un leve suspiro y dijo en tono de amable reproche:

—¡Loco! Si me llegas a matar entre tus brazos, ¿qué hubieras hecho?

—Tú quieres vivir, marcharte de nuevo lejos de mi lado —murmuró él dulcemente—. Dime la verdad: ¿es eso lo que quieres?

Ella se acercó entonces a él con la cabeza un poco ladeada, las manos en las caderas y balanceando rítmicamente su cuerpo ondulante: un acercamiento seductor más que una huida. Él la contempló ansioso, seducido, encantado. Y ella habló de nuevo con tono de chanza:

—¿Y qué le puedo yo decir a un hombre que ha estado tres días lejos de mí? ¡Tres! —repitió la joven levantando de un modo jugueteón tres dedos y poniéndolos ante el rostro de Willems.

Él intentó cogerle una mano, pero ella se retiró vivamente y dijo:

—¡No, no! No quiero que me cojas. Iré yo misma hacia ti, pero por mi propia voluntad. Tú estate quieto. ¡No me cojas con tu mano, niño mío!

Mientras decía esto había continuado avanzando hacia su amado. Willems permaneció inmóvil. Aissa llegó al fin junto a él, y, poniéndose de puntillas para mirarle a los ojos, le contempló con una expresión dulce, acariciadora y llena de promesas. Aquella mirada de Aissa se apoderó por completo del alma de Willems, de cuyo rostro desapareció la más leve chispa de razón, para ser remplazada por una expresión de beatitud y bienestar que se acercaba al éxtasis: éxtasis en el que parecieron desvanecerse y borrarse al fin todos los dolores, las angustias y las dudas de Willems en aquellos últimos días de prueba. Completamente inmóvil, respirando apenas, permaneció largo rato aspirando con inmensa delicia el perfume de aquel exquisito contacto.

—¡Acércate, acércate! —murmuró al fin.

Ella levantó lentamente los brazos, los apoyó en los hombros de Willems y cruzó las manos en la espalda de éste. Luego inclinó hacia atrás la cabeza, sus párpados se entornaron y su espeso cabello quedó colgando como una masa de ébano que brillara al resplandor del fuego. Él permaneció inmóvil bajo el abrazo, tan firme como uno de los grandes árboles del bosque que los rodeaba en aquel momento; sus ojos miraban su barbilla, el contorno de su rostro, las bellas líneas de su seno, con la misma expresión hambrienta de un vagabundo que contemplase un montón de víveres o un humeante plato de comida. La muchacha se ciñó aún más a él, y luego apoyó la cabeza en su pecho. Willems suspiró. Entonces Aissa, con las manos apoyadas todavía en los hombros de él, levantó la vista al cielo tachonado de estrellas y dijo:

—La noche acabará pronto. Nosotros pasaremos el resto de ella al lado de este fuego. Y al lado de este fuego tú me irás contando todo lo que le has dicho a Seyd Abdulah y lo que él te ha propuesto. Y así, escuchándote, olvidaré estos tres días, porque soy muy buena. Dime, ¿no soy muy buena?

Él afirmó lenta y dulcemente, y entonces la muchacha se alejó hacia la gran casa del fondo.

Poco después regresó llevando sobre la cabeza un rollo de estera. Entretanto, Willems había reavivado el fuego y ayudó a la joven a arreglar una especie de lecho rústico cerca de la cabaña. Ella se sentó después con un gracioso movimiento, y Willems lo hizo a sus pies inmediatamente, como si temiera que alguien pudiese disputarle aquel sitio. Aissa le hizo apoyar la cabeza en sus rodillas; y cuando él sintió que las manos de ella le acariciaban el rostro y que sus dedos jugueteaban con su pelo, le pareció que volvía a tomar posesión de la mujer amada, y experimentó una sensación de pez, de descanso y de felicidad casi absoluta. Sus manos rodearon el cuello de Aissa, y, atrayéndola hacia él, murmuró cuando sus rostros estaban muy juntos:

—¡Quisiera morir así, ahora, en este momento!

Ella le miró con sus grandes ojos sombríos, en los que no brilló la luz de una respuesta comprensiva. El pensamiento del hombre estaba tan apartado de la capacidad de comprensión de Aissa que las palabras de Willems pasaron inadvertidas, como el susurro del viento, como el brillo fugitivo de una nube en el cielo. A pesar de ser mujer, no podía comprender, en su simplicidad, la enorme importancia de aquella frase, de aquella flor nacida en el alma del hombre, de aquel susurro de mortal felicidad, tan sincero, tan espontáneo, salido rectamente del corazón de Willems. Era como una exclamación de locura, el ansia de un hombre que se horroriza ante la idea de perder la dicha sin la cual la vida se le hace odiosa y aborrecible hasta el último límite.

Con el ceño levemente fruncido, concentrado en la realización de sus propios deseos, la joven dijo al fin:

—Bien, ahora cuéntamelo todo. Todo lo que hablasteis tú y Seyd Abdulah.

—¿Cómo? ¿Todo qué?

La voz de la muchacha parecía haber despertado a Willems, como advirtiéndole del paso del tiempo. ¡Ah! Cada uno de los minutos que transcurrían era una flor robada del jardín de su felicidad... Y, sin embargo, cada uno de aquellos minutos marcaba un paso en el camino de su perdición. Willems no comprendía, no se daba cuenta de esto. No obstante, experimentó de pronto una sensación muy extraña, una impresión confusa, algo así como la amenaza de un peligro oculto, el leve dolor, apenas perceptible, que nos avisa que se acerca una enfermedad, un sentimiento inexplicable, hecho a la vez de temor y de placer, de resignación y de rebeldía... Estaba avergonzado del confuso estado de su mente. Después de todo, ¿por qué aquellos temores? ¿Qué era lo que le causaba aquella sensación de miedo, aquellos escrúpulos que impedían hablar? ¿Por qué aquella vacilación para pensar o decir lo que proyectaba hacer? Los escrúpulos son propios de los imbéciles, de los simples. El deber más claro y primordial del hombre es ser dichoso. ¿Acaso le había hecho él algún juramento de fidelidad a Lingard? No. ¿Entonces? ¿O es que tal vez pisaba un terreno falso? Porque... ¡Ah, ser feliz...! Pero ¿cómo? La felicidad significa dinero, mucho dinero. Al menos, esto había pensado siempre, hasta experimentar aquellas nuevas sensaciones que...

La voz de Aissa, que repetía su pregunta con impaciencia, interrumpió sus pensamientos. Willems levantó la cabeza y miró el pálido rostro de la muchacha, que relucía al resplandor del fuego. Entonces, obediente a la voz de la mujer querida, empezó a hablar lenta y penosamente, como un soplo levísimo. Aissa, inclinada sobre él, con el rostro muy cerca de sus labios, escuchaba absorta, interesada en grado sumo, en una inmovilidad absoluta. Los ruidos que llegaban de la gran explanada, al otro lado de la valla, iban muriendo uno a uno, porque el sueño hacía callar todas las voces y cerraba los ojos de los indígenas. De pronto, una voz gutural comenzó a canturrear las estrofas cadenciosamente. Willems se movió, intranquilo. Aissa le puso una mano en la boca, obligándole a callar súbitamente. Se oyó una leve tos; luego, un murmullo de hojas secas, y al fin se hizo el silencio, un silencio frío, lúgubre, profundo, parecido a la muerte. Tan pronto como ella quitó la mano de su boca, Willems se apresuró a seguir hablando, pues le era insoportable aquel profundo silencio, en el cual sus pensamientos parecían cantar al ritmo de una extraña marcha fúnebre.

—¿Quién hacía ese ruido? —preguntó.

—No sé —repuso Aissa evasivamente—. Ya se ha marchado. Dime, ¿verdad que no volverás a tu patria sin mí? Y si te marchas, me llevarás. ¿Me lo prometes?

—Ya te lo he prometido. Por lo demás, yo no tengo patria. ¿No te he dicho ya que tú eres todo para mí?

—Sí, sí, ya lo sé —contestó la muchacha lentamente y con voz apenas perceptible—, pero me gusta oírte de nuevo, cada día, a cada instante, siempre que yo te lo pregunte... Y no quiero que te disgustes porque te lo repita una y mil veces. Tengo

miedo de las mujeres blancas, que son descaradas y audaces y que miran con ojos altivos y feroces.

Frunció levemente el ceño, mirando a Willems con sus ojos hondísimos, como si quisiera adivinar lo que sentía. Luego preguntó:

—¿Son muy hermosas vuestras mujeres?

—No sé —contestó Willems pensativo—. Pero si lo hubiera sabido, si me hubiesen parecido hermosas, mirándote a ti las habría olvidado.

—¡Olvidado! ¡Y tú dices eso, cuando durante tres días y dos noches me has olvidado a mí también! ¿Y por qué? ¿Por qué te pusiste tan colérico la primera vez que te hablé de *tuan* Abdulah, cuando vivíamos a orillas del torrente? Sin duda tú recordabas a alguien entonces, a alguien de tu país. ¡No me mientas! Yo conozco tu corazón. Tú, a pesar de ser blanco, odias a los de tu raza, tienes el pecho lleno de rencor. Yo te conozco bien. Por eso no puedo creerte cuando dices que me quieres. Y tengo miedo.

Willems, sintiéndose halagado y molesto al mismo tiempo por aquellas palabras, y extrañado, además, de la vehemencia con que había hablado la muchacha, contestó:

—Bueno, olvídale todo. Ya ves que ahora estoy a tu lado. He vuelto. Tú fuiste la que te marchaste. No temas ya nada.

—Cuando tú ayudes a *tuan* Abdulah a luchar contra el rajá Laut, ya no temeré nada.

—¡Te amo, Aissa! No tienes que temer nada. Mi corazón está lleno de amor por ti. Y yo quiero que me creas cuando te juro que no ha habido ninguna mujer en mi vida antes que tú.

Ella le interrumpió con voz apasionada y de un modo impulsivo:

—Dime, Willems, ¿de dónde viniste? ¿Cómo es tu patria, esa tierra que está al otro lado del gran mar? Me figuro que es una tierra llena de mentiras y desgracias, una tierra de donde sólo vienen tristezas y calamidades para nosotros, que no somos blancos. ¿No me decías al principio que querías que me marchara allí contigo?

—Ya no te lo diré nunca más.

—Dime, ¿no te espera allí ninguna mujer?

—¡No! —repuso Willems con firmeza.

Entonces ella se inclinó hasta rozar con su pelo las mejillas de Willems, y murmuró:

—¿Cómo decías que quieren las mujeres de tu país? Así, ¿no es eso?

—¡Así! —repuso Willems también en voz baja y con un ligero temblor de impaciencia. Entonces, de pronto, Aissa unió sus labios a los de él, que cerró los ojos en un éxtasis de delicia.

Hubo un largo silencio. Ella acariciaba suavemente la cabeza de Willems. Pero la inmensa felicidad de éste se veía turbada por una visión angustiosa: un hombre que paseaba por una larga avenida flanqueada de árboles; y aquel hombre, una especie de enano, era él mismo... Le asaltó el ansia extraña, que suele embargarnos durante las

pesadillas, de despertar, de ver desvanecerse su propia y extraña imagen... Se estremeció de pronto y abrió los ojos, sorprendiéndose de verse allí, junto al fuego, después de haber estado tan lejos, en el remotísimo país de los sueños, del que había vuelto con la rapidez del relámpago. ¡Había soñado! Durante unos instantes había estado dormitando en los brazos de la mujer querida. ¡Y entonces despertaba! Pero durante su sueño había experimentado una extraña sensación que aún persistía: se había visto alejándose de Aissa con una especie de satisfacción, como el que se libera de un gran peso... Se sintió indignado. Tuvo la misma sensación del hombre que quebranta un juramento, del prisionero que se evade después de dar su palabra de honor... Y su indignación se mezclaba con una especie de inmenso asombro ante sus propios sentimientos.

La joven le sintió temblar, y comenzó a murmurar una letanía de dulces palabras, mientras estrechaba la cabeza de Willems contra su pecho. Aquel abrazo tan suave, tan tierno, hizo que Willems sintiese de nuevo la inmensa paz que invadía su espíritu cuando estaba al lado de Aissa. Era una sensación sedante y dulcísima. Y murmuró:

—Aissa, debes de estar cansada.

La joven contestó en voz tan baja que parecía un suspiro:

—Esperaré hasta que tú te duermas, amor mío.

Willems permaneció entonces inmóvil, con la cabeza apoyada en el pecho de ella y escuchando el latido del corazón de la mujer amada. Era un sonido ligero, rápido, persistente. Y aquel ruido que resonaba contra su mejilla le daba a Willems la sensación de una propiedad absoluta. Indiscutible, fortaleciendo su creencia de que poseía a aquel ser humano tan firme, tan fuerte, que hacía pensar en la felicidad de los hombres futuros o de los que vivieron en la Edad de Oro. Willems ya no sentía dudas, ni dolores, ni vacilaciones. ¿Los había sentido alguna vez? El recuerdo de sus angustias pasadas le parecía algo vago, lejanísimo, que se desvanecía entre las brumas de un sueño. La angustia, los sufrimientos y la lucha de los pasados días, la humillación y la cólera de su terrible caída, todo aquello no era ni más ni menos que una espantosa pesadilla, el producto de un sueño quimérico y horrible que se había alejado sin dejar rastro, para dar paso a la única verdad de su vida, que era ésta: la suave inmovilidad con que su cabeza reposaba en el pecho de la mujer amada, en aquel corazón cuya marcha tenía un ritmo tan firme y tan sereno.

Willems estaba completamente despierto, en esa especie de desvelo que sigue a los instantes de breve sueño irresistible, y sus ojos, muy abiertos, miraban de un modo distraído la puerta de la casa de Omar. Los rojos muros de adobes relucían bajo el resplandor de la hoguera, cuyo humo formaba círculos y espirales que se perdían luego en el cielo de la noche.

De pronto Willems se estremeció, pero tan ligeramente que ni siquiera Aissa se dio cuenta de ello. En aquel instante le había parecido a Willems descubrir algo extraño entre las sombras: una cabeza que salía de la oscuridad, una cabeza sin cuerpo. Pálida, con los ojos cerrados, la tez curtida y llena de arrugas y una larga

barba blanca que debía de llegar al pecho invisible de su dueño. La cabeza iba de un lado a otro silenciosamente, más allá del círculo de luz que trazaban las llamas. Luego pareció acercarse lenta y sigilosamente. Willems creyó hacer un nuevo descubrimiento no menos turbador: detrás de aquella cabeza, que no levantaba más de un palmo del suelo, y que se arrastraba hacia él, creyó vislumbrar un cuerpo sumido en las sombras. El rostro ciego de aquel anciano se acercaba, se acercaba... Y Willems sintió que se le erizaban los cabellos: aquello no era sueño; aquel rostro era el del ciego Omar, el padre de Aissa. Pero ¿a qué iba allí y en aquellos instantes?

Pero ¡ah!, la felicidad de Willems era tan grande, el abandono a su dicha tan absoluto, que no podía contestarse a esta pregunta. Rechazó la idea y continuó escuchando con sublime deleite el ritmo cadencioso del corazón amado, que parecía llenar el majestuoso silencio de la noche. Al mirar hacia arriba vio la cabeza de Aissa inmóvil, sus hermosos ojos fijos en él con un leve brillo de ternura, y sus largas pestañas que proyectaban una suave sombra en sus mejillas. Bajo la caricia de aquella mirada, todos los terrores y todas las inquietudes de Willems parecieron borrarse de un modo repentino, y se sintió como sumido en un tibio sueño de dulzura y de serenidad, igual al que experimentan los que toman una fuerte dosis de opio.

Un instante después, Willems se movió un poco, y al cambiar de postura pudo ver con más claridad la aparición que tanto le había preocupado e intrigado poco antes. En aquellos momentos estaba más cerca, inmóvil y silenciosa, como si escuchara. Tenía una mano apoyada en una rodilla, y adelantaba la cabeza, con el rostro vuelto hacia el fuego. Podía ver con todo detalle aquella faz macilenta y pálida, la piel curtida y brillante, los pómulos salientes y las dos pinceladas blancas de las cejas sobre las cuencas de los ojos sin luz. ¿Qué impulso, qué pasión eran los que habían lanzado al ciego fuera de su casa, haciéndole arrastrarse silenciosamente hacia la hoguera? Willems lo contempló largo rato como fascinado; pero aquel rostro, con sus trazos cambiantes de luz y de sombra, era inexpresivo, impenetrable y rígido como una puerta cerrada.

Omar se incorporó a medias, con las manos extendidas hacia delante. Willems salió de su doloroso aturdimiento y pudo ver que el ciego llevaba algo entre los dientes, una especie de barra extraña que le cruzaba el rostro como una sombra. Pronto descubrió que era un cuchillo por el brillo de las llamas, que se reflejaban en él como en un espejo. Entonces un frío intensó recorrió su espina dorsal, y un miedo invencible le embargó. Le pareció que era la muerte, su propia muerte, la que se acercaba a él en aquel momento. Willems pareció adivinar... Tal vez quisiera el ciego vengar en él, en el hombre blanco que le había robado el amor de su hija, la inmensa desgracia de una vida llena de dolor, de una vejez triste y miserable. En aquellos momentos le pareció a Willems que el anciano era un símbolo del destino ciego. Y mientras él, paralizado de espanto, miraba al padre, de la muchacha, que había reanudado su lentísimo avance, escuchó con febril ansiedad el corazón de la hija, que latía acelerado, rápido y con firmeza junto a su oído.

Se hallaba prisionero de la garra del miedo, de un miedo cerval, hondísimo, que le había quitado en un instante toda voluntad y todo poder de pensar, de resistir, de moverse... No era precisamente el miedo a la muerte lo que le había paralizado de un modo tan absoluto, ya que antes había afrontado grandes peligros; era la forma particular de aquella muerte. No, no era el miedo a la nada o al peligro, ya que sabía muy bien que un leve movimiento, un solo paso, bastaría para ponerle fuera del alcance de la torpe mano del ciego, de aquella mano que entonces se deslizaba cautelosamente sobre la tierra, creyéndose invisible, buscando el cuerpo de Willems... Era el miedo que no razona, y que nacía de vislumbrar, como a la luz de un vivísimo relámpago, infinidad de cosas, de sentimientos, de impulsos y motivos que hasta entonces habían estado ocultos para él en el fondo del corazón de aquellos hombres a los que tanto había despreciado y junto a los que había vivido tanto tiempo sin comprenderlos y sin conocerlos. No era el miedo a la muerte lo que le llenaba de espanto: era la idea de una vida como la que había llevado en los últimos tiempos, de hombre extraviado, sin rumbo, sin norte; una vida en la que no se comprendía nada, en la que no comprendía a nadie, ni a sí mismo; una existencia lamentable de paria en aquel país hostil y odioso.

Willems sintió un golpecito en un costado. Aquel contacto, ligero como la caricia de la mano de una madre en la mejilla de un niño dormido, tuvo para él la fuerza de un golpe terrible. Omar se había acercado hasta situarse junto a Willems. En una de sus manos esgrimía el puñal, mientras que con otra intentaba palpar el cuerpo de su enemigo. El rostro del ciego, con su eterna inmovilidad de piedra, estaba vuelto hacia el fuego. Haciendo un gran esfuerzo, Willems levantó entonces un poco la cabeza y miró a Aissa. La joven estaba inmóvil, como si fuera un árbol más, una planta más del bosque inmenso que los rodeaba. Pero de pronto las manos de la muchacha aprisionaron rudamente los brazos del hombre, sujetándolo con fuerza. ¿Qué era aquello? Por un segundo, el asombro paralizó al infeliz. Luego experimentó un dolor horrible, agudísimo, espantoso, al comprender la verdad: ¡ella, Aissa, estaba ayudando a su padre...! Sintió que el corazón se le hacía pedazos; cerró los ojos y apoyó la cabeza en las rodillas de la mujer amada, experimentando un dolor tan grande que le parecía no sentir nada. ¡Nada! Era como si Aissa hubiese muerto, como si el corazón de la muchacha se hubiera esfumado en la noche, abandonándole a él, indefenso y solo, en un mundo desierto.

Luego se sintió rodar por el suelo, como un fardo, y permaneció boca arriba, sin ver la lucha, pero oyendo los gritos del viejo, que se mezclaban con las palabras coléricas que la muchacha pronunciaba en voz muy baja. Cuando al fin se levantó vio a Aissa arrodillada junto a su padre, que se retorció como si aún buscara la presa que se le había escapado de las manos. Su hija parecía luchar con él, y Willems no pudo adivinar si lo hacía para calmarle o para ayudarle en sus siniestros propósitos.

Willems dio un paso hacia ella; pero Aissa, volviendo el rostro, que tenía una expresión salvaje, gritó fuera de sí:

—¡Quita! ¡No te acerques, no te acerques!

Willems se detuvo de pronto, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, como si las palabras de la mujer le hubieran petrificado. Luego, Aissa, como si estuviese arrepentida de su violencia, comenzó a luchar con su padre. Willems miraba la escena con los ojos muy abiertos, horrorizado y aturdido. ¿Cómo definir la conducta de aquella mujer, que entonces parecía defenderle? Willems contemplaba la lucha con una especie de alegre ferocidad, con una siniestra satisfacción interior. Estaba a la vez horrorizado y agradecido, pronto a ayudar a la muchacha y a huir. Al principio no había podido moverse, y ahora que podía dudaba... Le inmovilizaba una fuerza misteriosa, pues quería ver lo que sucedía, cómo terminaba la lucha. Y pudo ver cómo Aissa, haciendo un gran esfuerzo, levantaba el cuerpo inanimado de su padre, que parecía sin vida, cargaba con él y se lo llevaba hacia la casa. Willems permaneció inmóvil, con los ojos llenos aún de la terrible imagen de aquella cabeza que colgaba de un hombro de la muchacha con la mandíbula inferior colgante, la boca entreabierta y el aspecto de un cadáver.

Al cabo de algún tiempo oyó la voz de la joven, que hablaba en un tono brusco, en el interior de la casa. Otra voz le contestaba, también ásperamente, hasta que Aissa exclamó a gritos:

—¡No! ¡No, nunca!

Willems oía la voz de la joven, que hablaba con inusitada violencia.

Y tras un quejumbroso murmullo de súplica, proferido por alguien que hacía un esfuerzo supremo para hablar, se oyó un hondo suspiro. La voz de la muchacha añadió con firmeza:

—¡Nunca, nunca! Antes me dejaría matar...

Después, Willems la vio aparecer de nuevo en el umbral, detenerse un momento, jadeante, y al fin acercarse otra vez al fuego. Tras ella, atravesando la oscuridad como dardos invisibles, llegó de la explanada una serie de maldiciones, llamando todas las cóleras del cielo sobre la cabeza de la muchacha, en tono cada vez más alto, con gritos penetrantes, repitiendo la maldición una y otra vez, hasta que la voz se rompió en un grito apasionado, que terminó a su vez en un ronco murmullo, como un largo suspiro. La muchacha se situó frente a Willems, con una mano en la espalda y la otra levantada imponiendo silencio: y en aquella actitud, inmóvil y con la cabeza algo ladeada, escuchó hasta que se hizo el silencio y todo quedó en calma dentro de la casa. Entonces continuó avanzando hacia Willems, mientras su mano descendía lentamente en el aire.

—Todo son desgracias —murmuró en un tono extraño, como si hablara consigo misma—: todo son desgracias para los que no somos blancos.

La cólera y la excitación habían desaparecido por completo de su rostro, que tenía una expresión serena. Sus ojos, fijos en Willems, le miraban de un modo muy triste.

Willems, haciendo un gran esfuerzo, se recobró y logró decir en un tono atropellado y violento:

—¡Aissa...! ¿No comprendes que no puedo vivir aquí? ¡Créeme, cree en mí! ¡Vámonos de este sitio maldito, lejos, muy lejos! ¡Vámonos..., tú y yo!

No se preguntaba a sí mismo cómo y de qué manera podrían escapar de allí, y dónde podían marcharse. Le espoleaba un odio secreto, el odio de su raza contra los hombres de otra raza, de su sangre contra la sangre de aquellos hombres de color, falsos como el mar, con las almas y los corazones más negros que las noches oscuras de invierno. Aquel sentimiento de repulsión dominaba por completo sus sentidos, haciéndole ver con toda claridad que le sería imposible vivir entre aquella gente. Por eso tenía prisa en hacer comprender a Aissa que los dos debían huir. Él sabía que necesitaba a la joven para ser feliz y dichoso, pero la necesitaba lejos de aquellos indígenas salvajes, de aquella raza de esclavos inmundos de los que ella descendía. Él necesitaba a aquella mujer, pero lejos, lejos de allí, en una soledad propicia y callada. Conforme iba hablando, su cólera y su desprecio por aquella raza le hacían olvidar todas las prudencias y gritaba cada vez más, accionando como los locos, en un impulso irresistible e ilógico de confesar lo que sentía.

De pie, a algunos pasos de él, precisamente en el punto en que el resplandor del fuego moría en un círculo de sombra, de aquella sombra de la que parecía haber salido. Aissa escuchaba, con una de sus manos en la espalda y la otra entreabierta y extendida hacia delante, como para coger aquel torrente de palabras apasionadas, amenazadoras, implorantes o doloridas, pero todas llenas de sufrimiento y dolor, con la precipitación de la angustia que roía el pecho del hombre, de aquel pobre ser tan desgraciado.

Y entonces el alma de la muchacha experimentó un proceso complicado y penoso. Mientras escuchaba con el corazón palpitante aquella especie de llamada de socorro de Willems, le pareció que todo el edificio de su amor se derrumbaba con estrépito, y que todos sus afanes, desde que conoció a aquel hombre, los destruía él en un instante con su falsedad y con su miedo. Su memoria recordó entonces los días pasados junto al torrente, cuando él le hacía promesas y le hablaba de un modo tan distinto, con otras palabras, con otros pensamientos; pensamientos, promesas y palabras que salían de los labios de aquel hombre al mandato de los ojos o la sonrisa de ella... ¿Es que Willems ocultaba en su corazón algo que ella desconocía, algo además de la imagen de ella? ¿Albergaba en su pecho otros deseos que el deseo de su amor, otros temores que el temor de perder su amor y su ternura? ¿Era posible aquello? ¿Acaso se había vuelto fea y vieja en un momento? Estaba aterrada, sorprendida y colérica a la vez, por aquella inesperada humillación... Y sus ojos miraban de un modo fijo, duro y sombrío a aquel hombre, nacido en la tierra de la violencia y de la maldad, de donde no salían más que desgracias, horrores y humillaciones para los hombres que no eran blancos. Y él, en vez de pensar en las caricias de la joven, en lugar de olvidar el mundo entero entre sus brazos, pensaba todavía en su pueblo, en su raza lejana, en aquella raza odiosa que sólo sabía saquear todas las tierras y todos los países, hacerse dueña de todos los mares; en aquella raza

que desconocía la piedad y la misericordia para los vencidos, que sólo adoraba y acataba su propia fuerza. ¡Ah! Willems era también, como todos los de su raza, un hombre de fuertes brazos y falso corazón... ¿Y quería que ella se marchara con él a un lejano país de hombres de su raza, en el que se vería perdida entre una multitud fría e indiferente, de corazones falsos, donde, para colmo, quizá se perdiera él también? ¡No, no, nunca! Willems estaba loco, loco de miedo... Pero no le dejaría escapar. Ella le quería allí, allí mismo, convertido a la vez en su esclavo y en su dueño; allí, donde él estaría solo con ella, donde viviría para ella o moriría por ella. Tenía un derecho indiscutible a su amor, que ella había hecho nacer, que era obra suya; tenía derecho al amor que él sentía, aunque pronunciara aquellas palabras sin sentido. Y sabía lo que tenía que hacer: pondría entre él y los otros hombres blancos, los hombres de su raza, una barrera de odio. Y Willems no sólo debía quedarse allí, sino cumplir su promesa de ayudar a *tuan* Abdulah, lo que constituía, en el fondo, la seguridad de la muchacha.

—¡Aissa —siguió diciendo Willems tras un instante de silencio—, Aissa, vámonos! Teniéndote a mi lado, nada podrá vencerme. Mis manos desnudas y sin armas me bastarán para derribar todos los obstáculos y vencer a todos nuestros enemigos. Mañana mismo estaríamos a bordo del buque de Abdulah, y si el barco no se hiciera pronto a la mar, robaríamos una canoa y huiríamos nosotros solos... A ti no te da miedo el mar, ni a mí tampoco. En el mar encontraríamos nuestra libertad para siempre.

Willems se había ido acercando a la joven con los brazos abiertos, mientras las palabras brotaban de sus labios de un modo incongruente y veloz. Entonces, Aissa retrocedió, calculando la distancia que los separaba, mirando al hombre cara a cara y gozándose en fomentar a la vez sus anhelos y esperanzas y el disgusto por aquella huida de la mujer amada, envolviéndolo en una mirada hondísima de sus ojos inmensos y negros como el ébano... Así llegaron a un sitio en donde las sombras parecieron tragarse a Aissa, ocultándola con su manto protector. Willems la veía de un modo vago, gracias sólo a su túnica blanca. Él la siguió paso a paso, hasta que por último ambos se detuvieron, quedando frente a frente bajo el gran árbol del huerto. El solitario del bosque, como un desterrado, grande, inmóvil y solemne en su abandono, aislado por el paso de los años de todos aquellos pigmeos que habían ido brotando a sus pies, se elevaba, alto y fuerte, sobre sus cabezas. Parecía contemplarlos, desapasionado e imponente, desde su solitaria grandeza, extendiendo sus grandes ramas en un ademán de sublime protección, como si quisiera esconderlos en el sombrío refugio de sus innumerables hojas, como si, movido por una despectiva compasión de su fuerte naturaleza, por su desdeñosa piedad de viejo gigante, quisiera ocultar a la curiosidad y a la vista de las estrellas, que relucían en un cielo muy puro y muy alto, la lucha secreta, a la vez dulce y terrible, de dos corazones humanos.

Las apasionadas y delirantes palabras de Willems, que imploraba clemencia y trataba de convencer a la joven, vibraron bajo el dosel sombrío, estremeciendo a los

pájaros que dormían en las altas ramas y muriendo luego en una especie de eco lejano. No podía ver el rostro de Aissa, pero oía sus suspiros y el tenue murmullo de ciertas palabras que la muchacha pronunciaba temblando. Al fin calló, conteniendo el aliento, y entonces pudo oír que Aissa decía:

—¿No has oído a mi padre? Me ha maldecido porque sabe que te quiero. Ya me has visto luchar con él, aunque tú, ingrato, creíste al principio que estaba de su parte. Pero no me interrumpas. Él me ha maldecido. Y ahora tú quieres que me vaya de aquí contigo, a un país lejano, donde te perdería a ti, donde tal vez perdería la vida, porque tu amor ahora es toda mi vida. ¿Qué existencia íbamos a llevar allí? ¡No, no! ¡No nos marcharemos! ¡Calla, no me digas nada! ¡Toma esto y duerme en paz!

Willems vio que la muchacha hacía un vago movimiento con su brazo derecho, y en el mismo instante algo indefinible, un objeto silbante, pasó a su lado, yendo a chocar contra el suelo cerca del fuego. Instintivamente, el hombre se volvió para mirar. Entonces pudo ver un cuchillo curvo, una especie de cimitarra pequeña sin funda, que relucía junto a las cenizas que rodeaban la hoguera. Sin pensar en lo que hacía fue a recoger el arma; pero luego se detuvo, con el lamentable y humilde movimiento de vacilación de un pordiosero que recibe una limosna a orillas de un camino. ¿Era aquélla la respuesta a su ruego tan ardiente, a las cálidas y fogosas palabras salidas de lo más profundo de su corazón? ¿Contestaba Aissa a aquellos suspiros de su alma, a aquellas frases encendidas, con un arma, con una cosa material, despreciable, un objeto de madera y de acero? Al fin lo cogió por la hoja y lo contempló largo rato, arrojándolo luego a sus pies. Después, girando en redondo, quedóse pensativo, con la vista perdida en la sima negra de la noche, una noche inmensa, profunda y callada: un mar de tinieblas en el cual había desaparecido la mujer querida sin dejar rastro.

Por último avanzó unos cuantos pasos, extendiendo ambas manos hacia delante, con la angustia de un hombre repentinamente cegado.

—¡Aissa! —exclamó a media voz—. ¡Ven conmigo! ¡Ven en seguida!

¡Ah, poder estrechar el cuerpo querido, poder hablar con ella mientras sus brazos la apretaban dulcemente contra su pecho, bajo la mirada de sus ojos negrísimos, cerca, muy cerca su rostro del de ella! Su inmensa ternura por la muchacha hacía que la buscara obstinadamente, venciendo su miedo, deseando hablarle en el único lenguaje que les era común a ambos, aquel dulcísimo lenguaje sin palabras que era el lenguaje de los sentidos, seguro de que entonces le entendería y podría obtener de ella la satisfacción de todos sus deseos... Y de nuevo llamó, alzando más la voz, que entonces tenía un leve temblor de ansiedad y de impaciencia:

—¡Aissa!

Escudriñó las tinieblas, mirando a un lado y a otro, aunque sin ver nada, sin oír nada.

Al cabo de unos instantes, la oscuridad pareció rasgarse un tanto ante sus ojos, como una cortina que permitiera ver los movimientos pero no la forma exacta de las

cosas, y Willems pudo oír unos pasos ligeros y luego el ruido seco y breve de la puerta que comunicaba el huertecillo con la gran explanada de la casa de Lakamba. Entonces avanzó hacia allí, y al llegar a la valla oyó estas palabras, pronunciadas con voz casi imperceptible:

—¡Pronto, pronto! ¡Vamos!

Luego se oyó el ruido seco de la tranca que aseguraba la puerta al otro lado.

Willems sintió que su corazón se rompía. Y apoyando ambas manos contra la empalizada de madera, murmuró con voz ahogada a través de una grieta de los tablones:

—¡Aissa, Aissa! ¿No me oyes? ¡Ven, ven a mí! ¡Yo haré todo lo que tú quieras, todo lo que tú me digas, aunque me ordenes que prenda fuego a todo Sambir y lo apague luego con sangre! ¡Pero ven conmigo, vuelve a mí! ¡Vuelve ahora, en seguida! ¿Estás ahí? ¿No me oyes? ¡Ah, Aissa querida!

Al otro lado de la valla se oyeron murmullos asustados de mujeres; luego, una risotada súbitamente interrumpida y una voz femenina que decía:

—¡Muy bien dicho!

Después de un corto silencio, la voz de Aissa gritó:

—¡Descansa en paz, porque pronto vas a marcharte! Ahora tengo miedo de ti. Me da miedo tu terror. Cuando vuelvas con tuan Abdulah, tú serás grande. Y entonces me encontrarás aquí. Y sólo tendré amor para ti. ¡Sólo amor! ¡Amor siempre! ¡Hasta que nos muramos!

Willems sintió el rumor de las pisadas que se alejaban precipitadamente al otro lado de la valla, y anduvo dando traspiés hasta apoyarse en otro tablón, unos metros más allá, enmudecido de espanto, lleno de cólera contra aquella mujer salvaje y encantadora que se había apoderado de su corazón. En aquel instante, la tierra, el cielo, el aire mismo, parecieron faltarle, y sintió la angustia insoportable de los momentos en que el suelo se hunde bajo nuestros pies, como si fuéramos a morir. Odiaba la vida, y odiaba a aquella mujer que tanto le hacía sufrir. Pero no tenía fuerzas para apartarse de aquella puerta a través de la cual había pasado la mujer querida. Al fin se alejó, vacilando, pero volvió otra vez junto a la valla, de la que no podía separarse por el secreto hechizo que sobre él ejercía, misteriosamente, la mujer adorada. Hizo otro esfuerzo para huir y se alejó unos pasos, pero volvió de nuevo al mismo sitio, mudo, obediente y furioso. Y bajo las ramas enormes y protectoras del árbol gigante y solitario, Willems comenzó a agitarse locamente, como un grano de polvo arrastrado por el vendaval; y así estuvo, cayendo y levantándose, durante mucho tiempo, siempre cerca de aquella puerta por la que había desaparecido la mujer amada. Al fin, en el silencio solemne de la noche, sólo se oyeron los golpes leves y secos que producía el cuerpo del infeliz, el cual, obstinado y sin esperanza, se alejaba y volvía una y otra vez a aquella valla y a aquella puerta, como un hombre embrujado, fascinado, que no pudiera salir de la órbita de un terrible círculo mágico.

TERCERA PARTE

I

—Sí, sí, no me diga usted nada: un gato, un perro, un animal cualquiera, por dañoso y perjudicial que fuese, lo haría a usted feliz y dichoso. Y si encontrara a un tigre medio muerto sería usted capaz de cuidarlo, criarlo y atenderlo como a una persona. ¡Vamos, por Dios! A usted no le importan las consecuencias con tal de proteger a cualquier animalucho, a cualquier pobre diablo... ¡Deje usted que los despedacen o que se los coman, hombre de Dios! Su piedad por las víctimas de no importa qué catástrofe o desgracia no reconoce límites, capitán. Y no se puede ser así, no se debe ser así. Su tierno corazón se impresiona y sangra por cualquier criatura que sufre. Yo maldigo el día en que puso sus bondadosos ojos sobre ese hombre. ¡Yo lo maldigo, se lo aseguro!

—¡Ah!, pero entonces no era así —murmuró Lingard.

Almayer, que había hablado ahogándose, congestionado y nervioso, dio un largo suspiro y continuó:

—¡Siempre ha sido así, capitán! ¡Siempre! Desde que yo le conozco. ¿No recuerda aquel perro medio muerto de hambre que llevó usted en sus propios brazos a Bangkok, a bordo de su buque? Al día siguiente rabió... Supongo que no dirá que ha olvidado ese episodio, ¿verdad? Y ahora, otro. ¿Y qué alega? ¡Que si las mujeres y los hijos de esos pescadores...! Y usted desvía la ruta de su barco, y se expone a un percance serio, para recoger a esos pescadores chinos de un junco con averías en el estrecho de Formosa. ¡Bonito negocio! Ya conoce a esos individuos, casi todos los cuales son piratas o bandidos peligrosos. ¡Un mal negocio, se lo digo yo! Antes de cuarenta y ocho horas esa gente le habrá jugado a usted una mala pasada. Si no hubieran sido un hatajo de canallas, no habría tenido necesidad de exponer su barco para salvarlos. Y usted ha arriesgado su buque, y la vida de su tripulación y su propia vida, por esos bergantes. ¿No es eso una locura, capitán?

»Además, no ha obrado con entera lealtad. Imagínese por un instante que usted y su gente hubieran perecido en el trance. ¿Y entonces...? Entonces yo me hubiese visto metido en un callejón sin salida, aquí, solo con su ahijada. Su deber era pensar primero en nosotros. Yo me casé porque usted prometió que me ayudaría a hacer fortuna. Usted lo recordará lo mismo que yo. Y luego, a los tres meses, se mete en este negocio, en este mal paso, mejor dicho, por esa caterva de chinos, esas gentes inciviles. ¡Chinos! Eso no es tener moralidad. Y yo me veré arruinado a causa de esa pandilla de granujas, que, después de todo, debía haber sido arrojada de cabeza al agua por los hombres de su barco. ¿Es eso un negocio honrado?

—¡Bueno, bueno! —murmuró Lingard nerviosamente, mascando la colilla de su cigarro y tirándolo luego, al tiempo que miraba a Almayer con ceño fruncido.

Almayer, que golpeaba con un pie el suelo de la veranda, miraba al capitán como miraría un pastor a su oveja favorita que de pronto se hubiese vuelto rabiosa y rebelde. Parecía desconcertado y daba muestras de una cólera desdeñosa, al mismo

tiempo que se sentía divertido y un poco ofendido y molesto. Tenía una expresión entre zumbona y grave.

De pronto, cruzando los brazos sobre el pecho e inclinando el cuerpo hacia delante, Almayer añadió:

—¿No llevo razón? ¡Usted piense, piense! Yo me habría encontrado entonces en un mal paso, y todo a causa de su famoso salvamento. Y, sin embargo, yo no le guardo rencor, capitán. Conozco su debilidad. ¡Pero cuando pienso en ello! Y lo cierto es que ahora estamos arruinados, completamente arruinados. ¡Mi pobre Nina! ¿Qué será de ella?

Se dio una terrible palmada en un muslo, luego dio unos pasos desordenados y al fin cogió una silla, la puso ante Lingard y se sentó, mirando al capitán con ojos feroces. El capitán, sosteniendo la mirada con firmeza, rebuscó en sus bolsillos, encontró al fin un puro, lo encendió lentamente, mordiéndolo y arreglando la punta entre sus dientes de lobo de mar, y luego, sin apartar ni un segundo sus ojos de Almayer, lanzó una nube de humo espeso y oloroso y dijo:

—¡Ah, ah! Si usted se hubiera visto en los trances en que me he visto yo, amigo mío, no se pondría así. He estado arruinado más de una vez, y, sin embargo, aquí me tiene usted.

—Sí, sí, ya le veo, ya le veo —repuso Almayer con inmensa ironía—. Pero me tiene sin cuidado. Si hubiera estado aquí hace un mes, me habría podido servir de algo, pero ahora... Por mí, podría usted estar a mil millas...

—Habla y refunfuña usted como una pescadera borracha —comentó Lingard serenamente.

Al decir esto, el capitán se acercó lentamente a la barandilla del bungalow. El piso de madera y la casa toda se estremecieron bajo sus pisadas. Por unos instantes contempló el río y los campos vecinos, dando la espalda a Almayer; luego, volviéndose hacia el dueño de la casa, dijo en otro tono:

—Todo esto está muy solitario, ¿verdad?

—¡Ah!, lo nota usted, ¿eh? ¡Ya lo creo que está solitario, capitán Lingard! Hoy es como un día de fiesta en Sambir. Además, aquí ya no nos quieren. Hace un mes, este bungalow había estado lleno de gente procedente de los sitios más apartados de la isla, y hubiéramos visto a esa gente haciendo mil reverencias ante usted y ante mí. Pero nuestra hora ha pasado, amigo mío, y no por culpa mía, precisamente. No puede usted acusarme de ello. Todo se lo debemos a ese pillo que era su favorito. ¡Ah, si le hubiera visto al frente de aquella multitud infernal! ¡Entonces sí que se hubiese sentido orgulloso de él, capitán!

—Ese hombre es muy listo —murmuró Lingard pensativamente.

Almayer dio un respingo y dijo casi a gritos:

—¡Vaya! Eso es todo lo que se le ocurre decir, ¿no? ¡Que ese hombre es muy listo! ¡Oh, Dios!

—No pretendo hacer un retrato exacto de él, Almayer. Sentémonos. Podemos

hablar con toda calma. Quiero que me diga usted todo lo que ha hecho ese individuo, conocer todos los detalles. Así, ¿era él quien dirigía a las turbas?

—¿Él? ¡Ya lo creo! Él era el alma de todo. Él pilotaba el barco de Abdulah y mandaba a unos y a otros, dirigiéndolo todo —contestó Almayer, sentándose de nuevo con aire resignado y triste.

—¿Y cuándo fue eso exactamente?

—El día 16 llegaron a mí los primeros rumores de que el barco de Abdulah había entrado en el río, cosa que, la verdad, me resistí a creer al principio. Pero al día siguiente ya no pude dudarlo: me enteré de que en la casa de Lakamba se estaba celebrando una gran asamblea pública, a la que concurrían todos los personajes y la mayor parte de las gentes de Sambir. El día 18, el *Señor de las Islas* estaba anclado ante Sambir, casi a la vista de mi misma casa. Así, pues, es fácil calcularlo... Sí, hoy hace exactamente seis semanas.

—¿Y todo eso ocurrió así, de repente? ¿No había oído usted hablar antes de nada, no tuvo ningún aviso, ninguna noticia, aunque fuera confidencial? ¿No sospechó, Almayer, que se tramaba algo en la sombra?

—¿Cómo? ¿Que si había oído algo? ¡Claro que había oído! Todos los días se oían aquí mil historias. La mayor parte eran mentiras y fantasías, las cuales abundan en Sambir.

—¡Ah! Si es así, las cosas varían. No debió usted creer que eran mentiras y fantasías lo que decía la gente del país, Almayer. ¡Ahora resulta que se ha dejado usted engañar como un chiquillo!

Almayer se removió en su silla y repuso:

—Ese granuja, ese canalla, apareció aquí un día. Cuando vino, hacía cinco semanas que se había ausentado de la casa. Había estado viviendo con esa mujer. Yo sólo supe de él lo que me dijeron las gentes de Patalolo... Pero, como le digo, un día, alrededor de las doce, cuando íbamos a comer, apareció en el huertecillo que rodea mi bungalow. Tenía un aspecto horrible, como si acabara de salir de los mismísimos infiernos..., donde debió de nacer.

Lingard, que escuchaba con atención, se quitó el puro de la boca y lanzó una lenta nube de humo a través de sus gruesos labios. Almayer continuó tras una corta pausa, sin dejar de mirar al suelo pensativamente:

—Miraba de un modo tan terrible y extraño que pensé que tenía la malaria o cualquier otra fiebre. La orilla izquierda del río es muy insana; solamente la parte alta es más habitable...

Entonces, desviándose del tema, se entregó a una profunda reflexión acerca de las condiciones sanitarias de la orilla izquierda del río, como si de pronto hubiera olvidado sus pesares. Lingard aprovechó aquel momento para lanzar al aire una enorme bocanada de humo, arrojando luego la colilla del puro por encima de un hombro.

—Siga usted —dijo después de una breve pausa—. Decía que él vino a verle...

—Sí, él vino a verme aquí. Y ya ve usted lo que son las cosas; a pesar de lo insanas que son estas tierras, no pudieron acabar con ese canalla. Como le iba diciendo, aquí se presentó, con toda su desvergüenza. Quiso meterme miedo, amedrentarme, e incluso llegó a amenazarme, aunque de un modo vago. Quería asustarme. ¡A mí, capitán! Llegó en su desfachatez a decirme que usted aprobaría todo lo que él hiciese. ¡Usted! ¿Concibe un descarro más grande? Yo no pude adivinar exactamente lo que se traía entre manos. De haberlo sospechado siquiera le hubiese roto la cabeza. Pero ¿cómo quería que yo adivinara que aquel hombre fuese capaz de pilotar un buque a través de ese estrecho tan peligroso? Yo podía haberme puesto de acuerdo con las gentes de aquí, pero luego vino el barco de Abdulah, que está armado. Dicen que lleva bastantes cañones, doce o quince morteros y más de treinta hombres de tripulación. ¡Y qué tripulación! Mendigos e indeseables de Delhi y de Atyeh, gente que nada tiene que perder, desde luego, acostumbrada a luchar todos los días.

—Sí, ya sé, ya sé —le interrumpió Lingard en tono impaciente.

—Naturalmente, ellos entonces estaban envalentonados, después de haber anclado el buque frente a nuestro muelle. Willems había hecho anclar el barco en el mejor sitio del fondeadero. Desde aquí mismo, desde esta veranda, podía ver al canalla al frente de todos, dirigiendo las maniobras de amarre. Aquella mujer estaba también allí, muy cerca de él. Oí decir a algunos que la habían recogido a bordo en casa de Lakamba. Willems dijo que no continuaba río arriba sin ella. Parece ser que llegaron poco menos que a pelearse, y que Abdulah tuvo que intervenir. La muchacha parece que salió sola en una canoa, y en cuanto llegó a la cubierta del buque se arrojó a los pies de Willems con los brazos abiertos, abrazándose luego a sus rodillas, llorando, gimiendo e implorando perdón. ¿Por qué? Nadie ha podido averiguarlo, y yo tampoco. En Sambir no se habla de otra cosa, como usted comprenderá, y todo el mundo dice que no recuerda haber visto ni oído nada igual en su vida. Yo sé todas estas noticias por Alí, que estaba cerca de la hacienda de Lakamba cuando ocurrió aquello, y vino a contármelo. Nunca he sabido a ciencia cierta lo que ocurría con ese hombre y esa muchacha, aunque por aquí todo el mundo los mira con algún recelo, como si fueran locos o maniáticos. Vivían solos, en una casa de éste, con una vieja sirvienta, y parece que todo el mundo los respetaba, o, mejor dicho, los temía mucho. En fin, sea como fuere, lo cierto es que ese individuo vino aquí. Es un hombre muy violento, y la muchacha no vive más que para él. No se aparta de su lado ni un solo momento. De todos modos, corren otros rumores por aquí: se dice que Lakamba y Abdulah están cansados de él, y hay quien añade que se pretende hacerle marchar en el *Señor de las Islas* cuando el buque leve anclas en dirección al Sur, enviándole Dios sabe dónde como un agente más de Abdulah. Pero, de todas formas, él es quien debe de dirigir el buque, pues el segundo de a bordo parece que aún no tiene la pericia necesaria.

Lingard, que había escuchado hasta entonces atentamente, comenzó a pasear con

lentitud por la veranda. Almayer cesó de hablar, y siguió con la mirada al capitán, que se movía con rítmico balanceo, como si estuviera todavía a bordo, sin cesar de retorcerse su blanca barba de un modo distraído y pensativo.

—Así, ese hombre vino a verle antes de que ocurrieran los sucesos, ¿no es así, amigo mío? —preguntó Lingard sin detenerse.

—Sí, eso es. Vino aquí antes. Quiso que yo le diera dinero o mercancías, ¡qué sé yo! ¡El muy cerdo! Quería que yo le considerara como a un comerciante honrado de la isla. Al ver que yo le negaba lo que pedía, pateó su sombrero ahí, en ese huertecillo, y luego se marchó. Desde entonces no volví a verle, hasta que supe que se había aliado con Abdulah. ¿Cómo iba yo a adivinar que podía hacernos daño, y de qué forma? Con mis hombres y con la ayuda de Patalolo, yo hubiera podido reprimir fácilmente cualquier levantamiento local.

—¡Bah! ¡Patalolo! —exclamó el capitán—. No me fío de él. ¿Confiaba usted en Patalolo?

—¿Y por qué no iba a confiar? —exclamó Almayer—. Yo fui a verle el día 12. Me acuerdo perfectamente. Fue cuatro días antes de que Abdulah penetrara con su barco en el río. Parece ser que, a su vez, Willems quiso verme a mí ese día. Yo me sentía ya algo inquieto, la verdad, por las cosas que se decían. Pero Patalolo me tranquilizó, asegurándome que no había nadie en Sambir que no sintiera por mí afecto y respeto sinceros. Me aconsejó que no diese crédito a las mentiras del populacho que vive en la desembocadura del río. Patalolo aludía particularmente a un hombre llamado Bulangi, que vive cerca del mar, el cual había venido a asegurarme, bajo palabra de honor, que había un buque anclado cerca de la costa, cosa que yo, naturalmente, repetí a Patalolo. Pero él no lo creyó, y sin cesar de mascar betel, refunfuñó varias veces: «¡No, no, no!», como si fuera un loro viejo. Yo observé en él algo extraño, algo que no podía explicarme. Me pareció como si sintiera impaciencia por verme marchar. Bien. Al día siguiente, Babalatchi, ese malhechor tuerto que vive con Lakamba, apareció por aquí. Vino alrededor del mediodía, como por casualidad, y estuvo aquí, en esta misma veranda, hablando de mil cosas distintas. Luego preguntó cuándo le esperábamos a usted. Y cuando iba a marcharse habló como incidentalmente de que él y su amo estaban hartos de un hombre blanco, «mi amigo», según él, que sólo parecía vivir pendiente de la voluntad de la hija de Omar. Me pidió que le aconsejara. Habló con mucha deferencia y respeto. Yo le dije que aquel blanco no era amigo mío, y que podían librarse de él dándole sencillamente un puntapié sin consideración alguna. Al fin, el tuerto se marchó, murmurando palabras de amistad y jurando que su amo sentía por mí un gran respeto y veneración. Naturalmente, ahora comprendo que el miserable vino aquí a espiar y a ponerse de acuerdo con algunos de mis hombres. En efecto, ocho de ellos faltaron a la lista aquella misma noche. Entonces, como es lógico, di la voz de alarma. No me atreví a dejar mi casa desguarnecida, pues como usted sabe, tengo en ella a mi familia, y como era tarde y no quería llevar conmigo a mi pequeña, pensé que lo mejor era mandarle un aviso a

Patalolo, diciéndole que queríamos consultarle algo con urgencia y que en la colina corrían rumores y una inquietud muy sospechosa. ¿Sabe usted lo que me contestó Patalolo?

Lingard se detuvo un momento delante de Almayer, que continuó con creciente animación al cabo de una pequeña pausa:

—Alí me trajo este recado del sultán: «El rajá me ha dicho que le envía un saludo cordial y amistoso, pero que no ha comprendido su mensaje». ¡Así, ni más ni menos! Alí no pudo arrancarle a Patalolo ni una sola palabra más. Yo me di cuenta de que Alí venía aterrado. Andaba de un lado para otro, empezando muchos trabajos y sin terminar ninguno. Luego, cuando ya se iba a retirar, me dijo que la puerta principal del palacio del rajá estaba cuidadosamente cerrada y vigilada, aunque en el interior había poca guardia. Por último, me dijo que le había extrañado encontrar el palacio a oscuras, aunque estaba seguro de que nadie dormía allí aquella noche, y que había oído muchos llantos y lamentos de mujeres. Muy pintoresco, ¿no le parece? Pues le juro a usted que al oír a mi criado sentí que un escalofrío me recorría la espina dorsal como una corriente eléctrica. Luego, Alí salió a la veranda y estuvo ahí, precisamente, escuchando los gritos y la algazara de toda la colonia, que parecía estar revolucionada. El tumulto llegó a ser tan grande como si se celebraran veinte bodas. Esto debía de ocurrir poco después de media noche.

Almayer se calló de nuevo, como si hubiera dicho cuanto tenía que decir, y Lingard se detuvo ante él, mirándole silenciosa y pensativamente. De pronto, un enorme moscardón nocturno penetró zumbando de un modo terrible en la veranda del bungalow, y voló como un dardo entre los dos hombres. Lingard le atacó furiosamente con su sombrero, mientras Almayer se apartaba con prudencia. El capitán dirigió al insecto otro golpe igualmente inútil, al tiempo que Almayer se ponía en pie agitando los brazos alrededor de la cabeza como las aspas de un molino. El moscardón redobló la velocidad de su vuelo y su zumbido se hizo aún más amenazador, obligando a los dos hombres a saltar sin tregua y a mover sin cesar los brazos en todas direcciones. Pero de pronto el zumbido se alejó y se perdió en la clara serenidad de la mañana, dejando a los dos hombres jadeando y tambaleándose de un modo lamentable.

—¡Bueno! —dijo Lingard—. ¡Gracias a Dios que se fue!

—Son muy peligrosos —repuso Almayer—. La orilla del río está plagada de esos insectos. Esta casa está muy mal situada; siempre está llena de mosquitos, de abejorros venenosos y de otros insectos a cuál peor. Uno de ellos picó a Nina la semana pasada, y la pobre chiquilla estuvo mala cuatro días. Me gustaría saber para qué sirven esos bichos tan asquerosos.

II

Hubo un largo silencio. Almayer se acercó a la mesa y se sentó ante ella, apoyando la cabeza entre las manos. Lingard, que había reanudado sus paseos a lo largo de la veranda, tosió ligeramente y preguntó:

—¿Qué estaba usted diciendo?

—¡Ah, sí! Debía haber visto la colonia aquella noche. Estoy seguro de que nadie logró dormir. Yo bajé y pude verlo todo. Habían encendido una gran hoguera en la explanada del bosque, y la animación y las conversaciones continuaron hasta la mañana siguiente. Cuando volví, a altas horas de la noche, me encontré tan terriblemente solo que cogí a mi hija y, sacándola de su camita, me la llevé a mi hamaca. De no haber sido por ella creo que me hubiera vuelto loco: tan solo y desamparado me encontraba. Recuerde que hacía cuatro meses que no tenía noticias de usted, e incluso no sabía si vivía o había muerto. Patalolo no quería hacer nada por mí, y mis hombres habían desertado, abandonándome como ratas que vieran a un gato. Fue para mí una noche terrible, capitán Lingard. Me mataba la angustia de no saber lo que iba a ocurrir, y temía que aquella gente tan excitada prendiera fuego a mi casa, abrasándonos vivos. Fui por mi revólver y lo dejé cargado sobre la mesa. Los gritos continuaban. Pero, a pesar de la terrible algarabía, mi hija seguía durmiendo, y al verla tan hermosa y tan tranquila me sosegué algo. Ya comprenderá, capitán, que aquella noche no había en Sambir gobierno ni leyes que se acatasen. Aquellas gentes no respetaban nada. La misma autoridad del rajá Patalolo había desaparecido. Yo me veía abandonado por mis trabajadores y sirvientes, y sabía que si aquellos energúmenos querían, se apoderarían de todos mis bienes, incluso de mis cosechas. Conozco a los indígenas, y sé que ignoran lo que es la gratitud, así como otra virtud cualquiera. ¡Cuántas veces he salvado yo mismo a la colonia de la miseria, de una negra miseria! Aún no hace tres meses repartí muchos sacos de arroz a crédito. La gente no tenía nada que llevarse a la boca, ni siquiera un grano de arroz o de mijo. Vinieron a pedírmelo de rodillas. Puede estar bien seguro, capitán, de que no hay un solo hombre en Sambir, por grande o pequeño que sea, que no le deba algo a Lingard y Compañía. ¡Ni uno solo! Puede estar satisfecho. Y aunque usted decía siempre que teníamos a la Policía de nuestra parte, lo cierto es que no me sirvió de nada cuando la llamé, porque ni siquiera acudió.

—Podía haber insistido —dijo Lingard, que a medida que Almayer iba hablando había ido apresurando sus pasos; y como la veranda del bungalow estaba cubierta de un polvo pegajoso, que se levantaba en tenues nubecillas bajo los pasos del viejo marino, Almayer tosía incesantemente—. Además —continuó el capitán—, ¿no tenía usted hombres armados?

—Sí, tenía doce. Pero ninguno de ellos servía para apretar el gatillo de un fusil —contestó Almayer, enrojeciendo intensamente.

Lingard se dejó caer en una silla, apoyando una mano en la mesa y la otra en el

respaldo de su asiento. El sol surgió por encima del follaje de los bosques vecinos e inundó la terraza de luz y de alegría. Almayer se levantó y, acercándose a la baranda, comenzó a tablear en ella.

—¡Puf! ¡Qué calor vamos a tener hoy! —murmuró Lingard.

Almayer bajó el toldo, y el capitán prosiguió:

—Hace bien, muchacho, pues de lo contrario nos achicharraríamos.

Almayer volvió a sentarse y continuó hablando con toda calma:

—A la mañana siguiente fui a ver a Patalolo. Naturalmente, llevé a la niña conmigo. Me encontré cerrada la puerta principal, y tuve que dar un rodeo y entrar por otro sitio, andando a campo traviesa. Patalolo me recibió en una habitación con todas las ventanas cerradas, y no pude obtener nada de él. Me dijo que usted debía de haber muerto, que Lakamba contaba con la ayuda de los cañones y las fuerzas de Abdulah, las cuales avanzaban con ánimo de pasar a cuchillo a todos sus enemigos, y que esperaba que tuviesen piedad de él, porque era muy viejo. Me dijo también que, como no había tenido herederos, su único deseo era emprender una peregrinación a La Meca y morir allí en olor de santidad; que estaba cansado de la ingratitud de los hombres, y que pensaba rogar a Abdulah que le permitiera ir a La Meca a hacer aquella peregrinación. Luego se puso a censurar a Lakamba, y también un poco a usted. Decía que usted le había prohibido pedir protección a ningún país, el cual le hubiera amparado en caso necesario (en esto tenía cierta razón), y así, ahora que sus enemigos eran fuertes, él se veía débil e imposibilitado, y en cambio usted no estaba aquí para ayudarlo, como tantas veces le había prometido. Cuando intenté animarle diciéndole que tenía cuatro grandes cañones (recordará usted los morteros que dejó aquí el año pasado), que yo le daría pólvora y que quizás uniéndonos los dos pudiéramos hacer frente a Lakamba, Patalolo se llevó las manos a la cabeza, gritando y protestando. En medio de su furia y de su indignación, gritaba que no le importaba lo que ocurriese, y que los hombres blancos sólo querían su muerte, mientras él sólo aspiraba a ir a La Meca, como humilde y pobre peregrino, y a vivir y morir en paz. Mi creencia es —añadió Almayer tras de una corta pausa y mirando fijamente a Lingard— que el viejo rajá estaba enterado de antemano de todo lo que ocurría, y que le horrorizaba que usted o yo pudiéramos siquiera sospecharlo. Además, y por eso precisamente, no quería hacer nada. ¡Otra de sus manías de siempre! No, no ha tenido usted suerte en elegir a tal amigo.

Lingard dio un puñetazo en la mesa, que crujió como si se rajara. Almayer dio un respingo, y luego, con una leve sonrisa, comentó:

—¡Caramba, capitán, que no sabe usted la fuerza que tiene! Además, esta mesa está completamente podrida. Es lo único que he podido salvar de mis antiguos muebles. Poco a poco me voy a quedar en la miseria, y tendré que dormir en cuclillas en el suelo, como los indígenas.

—¡Bueno, bueno! —murmuró Lingard con una sonrisa bondadosa—. No me censure como una mujer a su marido borracho. —Poniéndose luego serio, añadió en

otro tono—: De no haber sido por la pérdida del *Relámpago*, yo hubiese estado aquí hace tres meses y todo se habría arreglado. No hable usted a nadie de esto; dentro de poco tiempo tendremos aquí otro buque.

—¿Cómo? Supongo que no querrá usted decir que piensa arrojar de aquí a Abdulah por la fuerza, ¿verdad?

—No, no —repuso Lingard—. Es otra cosa lo que temo, una cosa que hace que me inspiren lástima los indígenas de este país. Porque yo sé lo que va a ocurrir ahora. Sé que Abdulah va a oprimirlos hasta lo inverosímil, para cobrarse su ayuda. Y tanto siento lo que se les viene encima, que si tuviera aquí mi barco intentaría ayudarlos por la fuerza. Pero ya es inútil; el pobre *Relámpago* ha desaparecido para siempre. ¡Pobre barco mío! Usted hizo uno o dos viajes conmigo a bordo del *Relámpago*, ¿verdad, Almayer? ¡Ah!, lo quería lo mismo que se quiere a una mujer. Nunca nos peleábamos. ¡Y pensar que ha terminado de ese modo! ¡Pensar que se ha quedado en aquellos bajíos traidores, y que ahora es juguete del agua! Bien, todos los hombres nos equivocamos y hacemos a veces malos negocios y cosas tristes en la vida. Pero la verdad es que es duro, muy duro...

Y el capitán movió tristemente la cabeza, con los ojos fijos en el suelo.

Almayer le contempló unos instantes con creciente indignación. Luego dijo con voz dura:

—Le juro que me parece usted egoísta y apocado, casi cobarde, capitán. A mí no me consta que su barco haya encallado o se haya estrellado contra esos bajíos. En todo caso, aunque así sea, eso supone la pérdida total del buque, o, lo que es lo mismo, su ruina y la mía, la de mi hija. ¿Qué será de mí y de ella? ¿Qué será ahora de mi Nina adorada? ¡Eso es lo que quisiera saber! Usted me trajo aquí y me hizo su socio, y ahora, cuando por culpa suya, como usted mismo será el primero en reconocer, todo se ha ido al diablo, habla de su buque, de su buque... Usted puede comprar otro y seguir comerciando y viviendo; pero yo... Aquí las cosas están perdidas; todo se ha venido abajo, nuestro negocio sobre todo, y eso gracias a Willems, a su querido Willems, capitán.

—Ese hombre no debe importarle a usted. Ya le veré luego —dijo el capitán con severidad—. Y en cuanto al negocio, no se apure usted tampoco, hombre. Yo haré que rehaga su fortuna. Nunca es tarde. No tenga miedo. ¿Qué tiene ahora en la casa?

—En el cobertizo hay bastante caña de azúcar —repuso Almayer—, y en las bodegas tengo unas ocho toneladas de *gutá*. En cuanto a lo que repartí entre esa gente, correspondiente a la última cosecha, espero cobrarlo alguna vez —añadió con amargura.

—Bueno, bueno. Así, pues, no le han robado, ¿verdad? No ha perdido nada hasta ahora. Y en ese caso, lo que debe hacer... ¿Qué le pasa?

Almayer se puso en pie, alzó los brazos con desesperación y murmuró:

—¿Robarme? ¡Sólo faltaba que me hubiesen robado, capitán!

Y como si estuviese a punto de sufrir un ataque, cayó en una silla, rojo como la

púrpura y con los labios temblorosos.

Cuando se recobró vio a Lingard ante él con un objeto en la mano.

—¿Qué le ha pasado, amigo mío? Creí que le daba un ataque.

—No, no... Es el recuerdo de lo sucedido aquella noche... Usted no puede figurarse, capitán...

Lingard colocó sobre la mesa el objeto que tenía en la mano y se acercó a Almayer mirándole fijamente.

Almayer continuó al cabo de un instante:

—Cuando me acuerdo de aquella noche me hierve la sangre en las venas, capitán. Ya le he dicho que el barco de Abdulah ancló en el río, frente a esta casa, pero en la otra orilla, cerca del desembarcadero del palacio del rajá Patalolo. El buque estaba rodeado de barcas, y eran tantas que algunas veces daban la impresión de que el agua había desaparecido como en un banco. Toda la gente importante de Sambir estaba allí. Con mis gemelos distinguía perfectamente el rostro de las personas que había a bordo, y así pude ver en la popa a Abdulah, a Willems y a Lakamba. El viejo Sahamin, ese granuja adulador, estaba también allí. Podía verlos con absoluta claridad. Todos hablaban y discutían acaloradamente. Al fin vi que desde el buque echaban un bote al agua. El bote, que iba tripulado por varios marineros árabes, se dirigió hacia el desembarcadero del palacio del rajá Patalolo. Según dicen ellos, les negaron la entrada. Pero mi opinión es que no abrieron lo suficientemente de prisa las compuertas del estadio acuático del palacio. De todos modos, vi volver el bote en seguida, y casi al instante descubrí a Willems y a unos cuantos más que iban en otros botes hacia el desembarcadero de Patalolo. La mujer estaba también con él. ¡Ah, esa mujer!

Almayer jadeaba y parecía a punto de sufrir un ataque nervioso; pero haciendo un poderoso esfuerzo pudo continuar:

—De pronto, ¡pum!, los cañones del buque comenzaron a disparar, después que Willems y algunos otros parecieron dar órdenes y hubieron regresado de nuevo al buque. Como usted comprenderá, yo estaba aterrado. Presencí todo el bombardeo, que duró largo rato. No tengo que decirle que las compuertas del estadio del palacio saltaron hechas añicos, y luego los restos se incendiaron. Más tarde comenzó un festín en la popa del barco. Abdulah estaba sentado entre ellos, como un ídolo, y aunque no comía parecía presidir la fiesta. Willems se apartó de la multitud y comenzó a mirar hacia aquí, hacia mi casa, con el catalejo de a bordo. Yo no pude contenerme y le enseñé el puño.

—Muy bien hecho —aprobó Lingard con ironía sutil—. Era lo único que podía hacer. Cuando uno no puede luchar con un enemigo, lo menos que puede hacer es expresarlo.

Almayer se encogió de hombros de un modo ambiguo, y continuó:

—Piense usted lo que quiera; pero yo sé lo que sentí en aquellos momentos. Willems me vio y sin apartar sus ojos del catalejo, levantó un brazo como si

contestara a un saludo. Yo pensé que me había llegado el turno de ser bombardeado, y entonces icé la bandera en el mástil de mi tejado, ya que no tenía otra protección. No contaba sino con tres hombres, además de Alí, tres inválidos, en realidad, que más bien servían de estorbo que de otra cosa. A pesar de ello, yo hubiese decidido luchar con aquellos miserables que nos amenazaban de no haber sido por mi hija. ¿Qué hacer con ella? Podía enviarla río arriba, con su madre, pero usted ya sabe que no confío gran cosa en el valor de mi mujer, ni en el de mujer alguna. Entonces decidí permanecer aquí, para impedir que alguien desembarcara en nuestra orilla. Siendo propiedad privada, me asistía toda la razón, ya que nuestro desembarcadero es particular. La mañana era muy hermosa, y las horas iban transcurriendo tranquilas. Los enemigos parecieron dispersarse, y a bordo del buque de Abdulah sólo quedaron los personajes principales. Alrededor de las tres de la tarde, Sahamin cruzó solo el río en una pequeña canoa. Cogí el revólver y bajé a nuestro desembarcadero a hablar con él, pero sin dejarle desembarcar. El viejo hipócrita me dijo que lo enviaba Abdulah para saludarme y decirme que quería hablar conmigo de negocios, y me invitó a subir a su barca. Yo me negué, como es lógico. Le dije que Abdulah podía escribirme y que yo le contestaría, sin necesidad de que nos entrevistásemos ni a bordo de su buque ni en tierra. Le advertí, además, que si alguien intentaba desembarcar en mi hacienda haría fuego sobre él, fuera quien fuese. Al oír estas palabras, el repugnante viejo levantó los brazos hacia el cielo, escandalizado, y comenzó a hacer protestas de amistad. Luego remó hacia el buque. Una hora después vi a Willems desembarcar de una canoa en las escalerillas del palacio de Patalolo. Todo seguía en calma. No se había vuelto a repetir el fuego, y sólo se escuchaba alguno que otro grito. Las gentes de Abdulah y de Willems habían tenido muy buen cuidado de arrojar al agua los morteros y cañones que usted le regaló al rajá Patalolo el año pasado. Como usted sabe, el canal es muy profundo por allí, y las aguas corren con ímpetu por aquella parte. Alrededor de las cinco, Willems regresó a bordo, y le vi acercarse a Abdulah, que estaba junto al timón, en la cubierta. Hablaron un rato, durante el cual pude ver que Willems accionaba mucho, señalando a veces mi casa y luego a la corriente. Por último, poco antes del oscurecer, levaron anclas y fueron a echarlas de nuevo a una milla aproximadamente del sitio en que convergen los dos brazos del río, donde está ahora, como usted mismo ha podido ver.

Lingard asintió en silencio, y Almayer continuó:

—Aquella tarde, al oscurecer (y esto ya lo sé por referencias), Abdulah desembarcó por primera vez en Sambir. Se alojó en la casa de Sahamin. Yo envié a Alí al pueblo por noticias, y cuando mi criado volvió, alrededor de las nueve, me dijo que Patalolo estaba también en casa de Sahamin, sentado a la izquierda de Abdulah, y que celebraban una gran asamblea. Según Alí, el rajá Patalolo estaba prisionero, y aunque su aspecto era serio y grave, no se trataba más que de una superchería para engañar a las gentes del país. Antes de media noche todo estuvo arreglado. Patalolo volvió a su casi destruido palacio escoltado por una docena de botes, cuyos marineros

llevaban antorchas. Parece ser que después de rendirse había rogado a Abdulah que le permitiera ir a bordo del *Señor de las Islas* hasta Penang, desde donde pensaba trasladarse a La Meca. ¿Comprende usted? El bombardeo del palacio y del estadio acuático no fue más que una comedia para disimular el rendimiento de Patalolo. Éste no había pensado jamás en resistir. Así es que se marchará en cuanto zarpe el buque de Abdulah. La prueba de ello es que volvió a bordo a la mañana siguiente, acompañado de tres de sus mujeres y de media docena de individuos tan viejos como él, y que allí ha estado viviendo desde entonces, hace cinco semanas. Por orden de Abdulah se le hicieron las salvas debidas a su categoría, o sea, siete cañonazos. La verdad es que yo no sé si saldrá vivo del río, aunque lo que sí podría jurar es que no llegará vivo a Penang. Lakamba se apoderó de todos sus bienes y mercancías, dándole un cheque contra la casa de Abdulah, pagadero en Penang. Pero le digo que tengo la seguridad de que no llegará vivo a Penang. Ya lo veremos.

Almayer hizo una nueva pausa y luego continuó:

—Naturalmente, hubo algunas riñas y escándalos durante la noche. Varios indígenas cogieron la ocasión por los pelos para vengar antiguas ofensas. Yo pasé la noche en esa silla, dormitando a ratos. De vez en cuando se oía un gran tumulto, y los gritos y las voces me obligaban a ponerme en pie vivamente, con el revólver en la mano. Sin embargo, no hubo ningún muerto. Sólo unos cuantos heridos. Muy temprano Willems ordenó algo que me llenó de sorpresa.

Tan pronto como las primeras luces del alba comenzaron a alumbrar la tierra, las gentes de Abdulah, a las órdenes de Willems, levantaron una especie de pedestal rústico en la plazuela que hay al otro lado del pueblo, donde Abdulah construye ahora varias casas, y encima del pedestal pusieron un mástil con una bandera. Poco después comenzó a congregarse allí la gente. Todo el mundo se dirigió hacia la plazuela, y Willems, al pie del mástil, se mostraba con esa mujer que siempre le acompañaba, apoyando incluso una de sus manos en un hombro de ella. Habían llevado un gran sillón del palacio de Patalolo, y Lakamba se sentó a la derecha del viejo rajá, que pronunció un discurso. Todos los habitantes de Sambir estaban allí: mujeres, esclavos, niños: todo el mundo. Patalolo comenzó diciendo que, por especial merced del Muy Alto, iba a llevar a cabo una peregrinación, realizando así el más ferviente deseo de su corazón de creyente. Luego, volviéndose hacia Lakamba, le rogó que gobernase con justicia y se encargara del gobierno de la colonia durante su ausencia. Aquello fue una comedia lamentable. Lakamba repuso que él era indigno de la honorable tarea, y Patalolo insistió. ¡Pobre rajá, pobre viejo fantoche! El trance debió de haber sido muy amargo para él. ¡Tener que rogar a un bandido que le despojara de su autoridad, y en público! Al fin, y como Patalolo insistiera de nuevo, según lo convenido de antemano, claro está, Lakamba acabó por aceptar. Entonces Willems dirigió la palabra a la multitud. Dijo que en su viaje hacia el Oeste, el rajá (se refería a Patalolo) vería al Gobernador General blanco en Batavia, y obtendría de él la protección para Sambir. Mientras tanto, continuó diciendo Willems, él, un

hombre blanco también, y su amigo, izaban aquella bandera, a cuya sombra todo el mundo podía estar confiado y seguro. Y al decir esto izó una bandera holandesa. La bandera había sido hecha a toda prisa durante la noche, de tejido de algodón, y como era muy pesada rompió el mástil. Alí me contó que la multitud lanzó una especie de largo suspiro, pero que nadie se atrevió a pronunciar ni una sola palabra. Entonces Lakamba se adelantó y dijo en voz alta que todo el que pasara durante aquel día por la plazoleta debía descubrirse e inclinarse ante la bandera.

—¡Pero, diablo —exclamó Lingard—, si Abdulah es inglés!

—Sí, pero Abdulah no estaba allí, ni mucho menos. No había desembarcado aquel día. Sin embargo, Alí, que es muy vivo y sagaz, pudo darse cuenta de que la plazoleta donde se celebraba la ceremonia, la asamblea aquella, estaba bajo el alcance de los cañones del *Señor de las Islas*. Parece ser que estaban dispuestos a bombardear a la multitud en caso de resistencia; pero nadie pensó oponer resistencia en Sambir. Cuando la gente salió de su sorpresa, hubo un ligero conato de chanza, y Bahassoen insultó violentamente a Lakamba, hasta que uno de los hombres de Lakamba le asestó a aquél un terrible golpe en la cabeza. Dicen que el golpe fue mortal, y que, como es lógico, ocasionó un escándalo enorme. No obstante, el incidente tuvo la virtud de hacer que todo el mundo se pusiera serio. Mientras tanto, Patalolo se había marchado, y Lakamba se sentó en el sillón al pie del mástil, pues éste había sido arreglado como mejor se pudo. De pronto se oyó un gran ruido tras el sillón de Lakamba. Era la mujer que siempre acompañaba a Willems. Parece ser que se había ausentado durante la ceremonia, y que en aquel momento iba a buscar al blanco. Alí dice que parecía una fiera, pero Willems la cogió por las muñecas y la hizo rodar por el suelo. Nadie sabe exactamente lo que había ocurrido. Algunos dicen que la disputa fue originada por la bandera, pero no se sabe nada a ciencia cierta. Poco después, Willems la hizo subir en una canoa y la llevó a bordo del buque de Abdulah. Después de esto, Sahamin fue el primero que se inclinó ante la bandera. Otros le imitaron, y todo el mundo al fin. Antes del mediodía, todo estaba tranquilo en la colonia, y Alí vino a contarme cuanto acababa de ocurrir.

Almayer lanzó un hondo suspiro.

Lingard murmuró:

—Siga usted.

Almayer pareció luchar un instante consigo mismo, pero al fin dijo:

—¡Ah! Aún no le he contado lo más terrible. Fue un ultraje horrendo, una humillación espantosa. Verá usted...

III

—Bueno, pero cuéntemelo usted todo, hombre de Dios... Yo no puedo adivinar lo que ha ocurrido —dijo Lingard tras un breve silencio.

—¡Qué va usted a adivinar, capitán! ¡Si es horrible! Verá usted... Cuando Alí volvió sentí cierto alivio. Entonces parecía que en Sambir reinaba una tranquilidad casi absoluta. Yo seguía teniendo izada la bandera de mi país sobre el techo de la casa, y comenzaba a sentirme seguro. Algunos de mis hombres volvieron por la tarde. No les hice ninguna pregunta, y los mandé a trabajar como si nada hubiera ocurrido. Al caer la tarde (debían de ser las cinco y media) me encontraba en nuestro desembarcadero con mi hija cuando oí unos gritos que parecían provenir de muy lejos, del otro lado del pueblo. Al principio no les concedí gran importancia. Pero luego Alí se acercó a mí y me dijo: «Amo, deme usted a la niña. Parece ser que en la colonia hay un motín muy grave». Le confié a la pequeña y volví a la casa, cogí el revólver y salí luego al huertecillo. Cuando bajaba las escaleras observé que las muchachas que trabajaban en mis tierras se habían refugiado en el cobertizo del fondo, y oí una terrible algarabía al otro lado del foso que rodea a nuestra hacienda. Era una muchedumbre. No podía verla, porque me lo impedían los matorrales que crecen a lo largo del foso, pero comprendía que aquella multitud estaba colérica y perseguía a alguien. Cuando me preguntaba lo que podía ocurrir vi aparecer a Jim-Eng... ¿Conoce usted a ese chino que vino a colocarse aquí hace dos años?

—Claro que lo conozco —respondió el capitán—. ¡Como que lo traje en mi barco! Es un chino muy culto.

—¡Ah!, fue usted quien lo trajo aquí, ¿verdad? Lo había olvidado. Pues bien, ese chino, Jim-Eng, saltó el foso como una bala y fue a caer en mis brazos, por así decirlo. Me dijo jadeando que le perseguían porque no había querido descubrirse ante la bandera. El chino no parecía muy asustado, sino más bien indignado y lleno de cólera. Le sobraba razón para ello, ya que no bajarían de cincuenta sus perseguidores (todos ellos partidarios de Lakamba, naturalmente, pero él no se arredraba. Decía que era un ciudadano inglés, y no tenía obligación ni quería descubrirse ante ninguna bandera del mundo, aparte de la inglesa. Procuré calmarlo, mientras la multitud seguía gritando al otro lado del foso. Le dije que lo mejor que podía hacer era coger una de mis pequeñas canoas y cruzar el río, permaneciendo un par de días en la otra orilla. Pero él no quiso. Me contestó que era un ciudadano inglés y que se sentía con fuerzas para pelear contra todos sus perseguidores. Luego añadió: «Ellos son negros, indígenas salvajes, mientras nosotros (se refería a él y a mí) somos blancos, y podemos muy bien luchar con todo el mundo en Sambir». Parecía enloquecido de orgullo patriótico. La multitud calló por un instante, y yo pensaba ya que podría ocultar a Jim-Eng sin gran riesgo cuando de repente oí la voz de Willems, que me gritó en inglés: «¡Deje usted entrar a cuatro de mis hombres en su hacienda, para apoderarse de ese chino!». Yo no contesté, y le dije en voz baja a Jim-Eng que

tampoco respondiera. Al cabo de unos instantes, Willems gritó de nuevo: «¡No intente usted resistir, Almayer...! Le doy un buen consejo. Estoy conteniendo a estas gentes, pero no lo conseguiré durante mucho tiempo». La voz de aquel mendigo me sacó de mis casillas, y sin poderme contener grité a mi vez: «¡Es usted un traidor y un embustero!». En aquel instante, Jim-Eng, que se había quitado la chaqueta y se arremangaba la camisa, dispuesto a pelear con sus enemigos, me arrebató el revólver y disparó contra ellos. Sonó un grito agudo (el chino debió de haber herido a alguien) seguido de un terrible alarido lanzado por toda la multitud a la vez, y los indígenas, locos de furor, saltaron el foso en menos tiempo del que se lo cuento a usted y cayeron sobre nosotros. No tengo que decirle que nos arrollaron inmediatamente, y que no hubo ni la más ligera probabilidad de intentar entablar una lucha, y mucho menos de pensar en resistir. Yo caí al suelo y fui materialmente pisoteado. Jim-Eng se vio rodeado de enemigos, que le hirieron lamentablemente, y ambos nos vimos rechazados a la otra parte del huerto a la primera embestida de aquellos energúmenos. Yo tenía la boca y los ojos llenos de polvo. Había caído boca abajo, y tres o cuatro indígenas me golpeaban las espaldas sin compasión; luego se sentaron sobre mí. Pude oír al chino lanzando maldiciones no muy lejos de donde yo estaba. De vez en cuando, los bandidos debían de intentar ahogarle, porque oía el estertor del infeliz, que se debatía como una pobre res acosada. Yo sólo podía respirar haciendo un gran esfuerzo, porque aquellos miserables pesaban sobre mí como sacos repletos. Willems llegó luego corriendo y ordenó a los indígenas que me levantaran, aunque sujetándome para que no pudiera huir. Los indígenas obedecieron y me trajeron a esta misma veranda. Miré alrededor, pero Alí y mi hija habían desaparecido. Esto me tranquilizó un tanto. Pero... ¡oh, Dios mío!

El rostro de Almayer se descompuso a causa de la rabia. Lingard se revolvió en su silla, y Almayer continuó después de una breve pausa:

—Varios de aquellos canallas me tenían sujeto, sin cesar de gritarme y amenazarme. Willems cogió mi hamaca y se la arrojó a los indígenas que me sujetaban. Luego abrió el cajón de esta mesa y encontró una gran aguja, hilo de palma y algunas otras cosas. Nosotros estábamos haciendo toldos y velas para su barco, según usted nos había encargado al marchar en el último viaje, y el muy canalla de Willems sabía, naturalmente, dónde podría encontrar todo lo que necesitaba. Bajo sus órdenes, los indígenas me arrojaron al suelo y me envolvieron en la hamaca, y él mismo empezó a coserme dentro de ella, empezando por los pies, como si fuera un cadáver. Mientras me cosía en mi extraña prisión de cuerda, el granuja sonreía de un modo perverso. No tengo que decirle que le insulté con todos los adjetivos que acudieron a mi mente en aquellos momentos, y entonces Willems ordenó a los canallas que me taparan la boca y las narices con sus manos, sucias hasta lo indescriptible. Faltó poco para que me asfixiaran. Cada vez que me movía, mis verdugos me golpeaban sin piedad en el pecho o en la espalda. Willems cogía hilo siempre que le hacía falta, y luego, muy sereno, con toda calma, seguía cosiendo. Me

cosió así hasta la altura del cuello. Entonces se levantó y dijo: «Bueno, ya está. Ahora, vámonos». La mujer había estado presente durante todo el tiempo. Por lo visto, se habían reconciliado. Cuando Willems terminó, ella batió palmas con alegría. Yo estaba en el suelo, incapaz de moverme, como un fardo, mientras Willems me contemplaba con un placer inmundo y la mujer lanzaba gritos de júbilo. Todo el mundo sonreía burlescamente al contemplarme. Le juro a usted, capitán, que en aquellos instantes deseé la muerte con toda mi alma. Y todavía la deseo cuando lo recuerdo.

El rostro de Lingard expresaba una indignación profunda y una gran simpatía hacia su amigo, pero no quiso hablar. Almayer se acodó en la mesa, apoyó la cabeza en las manos y siguió hablando en aquella postura, sin mirar a su amigo, que le escuchaba absorto:

—Por último, siempre bajo la dirección de Willems, los indígenas me arrojaron en la gran silla de brazos. Yo estaba cosido y tan tieso como un madero, dentro de aquella extraña funda. Willems continuaba dando órdenes, y Babalatchi, el tuerto infernal, se cuidaba de que éstas se cumplieran. Los indígenas obedecían sin vacilar. Mientras tanto, yo estaba allí, en el sillón, inmóvil como un leño, y aquella mujer se puso a brincar delante de mí, haciendo guiños y gestos despectivos. ¡Oh, qué malas son las mujeres!, ¿no lo cree usted, capitán? Yo no conocía a aquella mujer, no la había visto nunca, y, sin embargo, ella se alegraba de mi mal y de mi dolor. ¿Puede usted comprenderlo? De vez en cuando se separaba de mí, pero luego volvía a repetir sus cabriolas y sus gestos ofensivos. Mi aliento abrasaba, y mis brazos y mis piernas estaban inmóviles. El polvo y la tierra me habían cegado, y veía con dificultad. Aquella mujer infernal arrastró a Willems frente a mi silla, y me dijo: «¡Mírame! ¡Soy como las mujeres blancas!». Y, cruzó los brazos detrás de la cabeza. Los indígenas se escandalizaron. De repente, Aissa me señaló y le preguntó a Willems: «¿Cuándo lo vas a matar?». Imagínese usted lo que yo sentía. Creo que me desvanecí. Supongo que hubo una riña, pues cuando recobré los sentidos Willems parecía muy colérico y la mujer no estaba. Supuse que la habría mandado a mi casa, a ver a mi mujer, que estaba escondida y no había aparecido desde que empezaron los sucesos. Willems me dijo entonces (aunque yo oía con dificultad su voz triste y enronquecida) que no me tocarían ni el pelo de la ropa. Yo no contesté. Entonces él añadió lentamente: «Observe usted que la bandera que ha izado en el tejado de su casa, y que, dicho sea de paso, no es la suya, ha sido respetada. Dígaselo usted así al capitán Lingard cuando lo vea. Pero que conste que usted ha sido también el primero que ha hecho fuego contra la multitud de indígenas». Entonces no pude contenerme y grité: «¡Es usted un embustero y un granuja!». Willems retrocedió humillado, y pude darme cuenta de que le contrariaba ver que no me había atemorizado a pesar de todo. Luego continuó: «De todos modos, desde su huerto se ha disparado un tiro, que ha herido a uno de mis hombres. A pesar de lo cual, su propiedad será respetada, por consideraciones a la bandera inglesa que flota sobre esta casa, a la *Unión Jack*^[1].

Además, no quiero tener ninguna cuestión con el capitán Lingard, que es su socio. Y en cuanto a usted, tengo la seguridad de que no olvidará jamás este día, aunque viviera cien años, o yo no conozco un ápice de su carácter. Usted guardará el recuerdo de esta humillación hasta el último día de su vida. De este modo le pago la amabilidad con que me trató en otra ocasión. Estamos en paz. Haré que le despojen del poder, de la autoridad y de la influencia que tenía en la colonia. Esta costa está bajo la protección de Holanda, y usted no tiene derecho a ejercer aquí dominio alguno. Existe un gobernador general, cuyas órdenes hay que respetar, como usted sabe... Y ahora, dígame dónde guarda usted la llave del almacén». Yo no contesté, y él, al cabo de un gran rato, se levantó diciendo: «Bien, usted tendrá la culpa si se le causa algún daño o perjuicio». Entonces ordenó a Babalatchi que forzara la puerta de mi despacho, y cuando Babalatchi obedeció, Willems entró en mi cuarto de trabajo y revolvió todos los cajones, pero sin encontrar la llave del almacén.

»Entonces Aissa fue en busca de mi mujer, y ésta les entregó la llave. Al cabo de un rato, los miserables fueron arrojando al río todos los barriles que estaban en el almacén. ¡Ochenta y tres quintales! Willems dirigía personalmente la maniobra, y parecía experimentar un placer inmenso al ver caer los barriles al agua. Entre los indígenas corrió un murmullo de protesta, y Babalatchi censuró el proceder de Willems, pero éste le zarandeó amenazadoramente y el tuerto se calló. Debo añadir que Willems se mostraba valiente y audaz frente a los indígenas. Luego se acercó a mí de nuevo y me dijo: “Hemos encontrado a su criado Alí y a su hija escondidos en la parte alta del río, entre los matorrales, y los hemos traído aquí. Ambos están en lugar seguro. Y quiero felicitarle a usted, Almayer, por la inteligencia de su hija, que me reconoció en cuanto me vio y me gritó con todas sus fuerzas: ¡Cerdo!, con la misma naturalidad con que usted me lo hubiera llamado. Alí se asustó y le pegó a la niña en la boca. Creo que educa usted muy mal a su hija, Almayer, pero no le guardo rencor. La verdad, tiene usted una figura tan ridícula en esa silla, atado como un salchichón, que hace que se le perdone todo. Estoy vengado”. Yo hice entonces un terrible esfuerzo para librarme de mis ligaduras y saltar a la garganta del canalla, pero sólo conseguí caer al suelo, derribando la silla sobre mí. Willems se echó a reír y murmuró con ironía. “Bueno, amigo mío, voy a llevarme la mitad de las balas de su revólver, dejándole a usted la otra mitad. Nos corresponde la mitad a cada uno, como buenos hermanos. Los dos somos blancos, y debemos prestarnos mutua ayuda. Quizá las necesite”. Yo le grité desde debajo de la silla: “¡Es usted un ladrón y un canalla!”.

»Willems no me contestó. Salió de la veranda llevando a Aissa enlazada por la cintura y apoyando la otra mano en el hombro de Babalatchi, al que, según creí comprender, le iba dictando ciertas órdenes. Al cabo de cinco minutos no había nadie en nuestra hacienda. Al fin vino Alí y me libertó cortando mis ligaduras. Desde entonces no he vuelto a ver a Willems ni a ninguno de los miserables que tomaron parte en aquellos sucesos. Me quedé solo. Ofrecí sesenta dólares al indígena que fue herido, el cual aceptó, y libertaron a Jim-Eng al día siguiente, cuando ya habían

quitado la bandera del mástil de la explanada. En señal de gratitud, el chino me envió seis cajas de opio, pero creo que aún no ha salido de su casa. Me han dicho que no corre peligro, y como ahora parece que todo está tranquilo en la colonia, yo también lo creo.

Al terminar su narración, Almayer levantó la cabeza y contempló los bambúes del techo de la veranda.

Lingard se recostó en su asiento y estiró las piernas. En la penumbra melancólica de la veranda, que tenía los toldos extendidos, ambos oyeron diferentes ruidos procedentes de los campos abrasados por un sol de fuego: un saludo que partía del río, una voz que contestaba desde la orilla, el chirrido de la polea de una barca... Luego se hizo el silencio de nuevo, un silencio solemne, como si todo el mundo hubiese muerto alrededor. Lentamente, el capitán levantó uno de los toldos y miró hacia fuera en silencio. De una pequeña goleta anclada frente al muelle de Lingard les llegó una voz:

—¡Oye! ¡Tira un poco de la verga de mesana! ¡Bueno...! ¡Ya...!

Se oyó un chirrido prolongado. Luego se hizo otra vez el silencio. Lingard bajó el toldo. El calor aumentaba, pues el sol caía a plomo. Lingard se sentó de nuevo frente a Almayer y adoptó una actitud pensativa.

—Es preciosa esa goleta, ¿verdad, capitán? —murmuró Almayer con voz cansada al cabo de un momento—. ¿La ha comprado usted?

—No —repuso Lingard—. Después de haber perdido al *Relámpago*, nos dirigimos a Palembang en nuestros botes. Allí la fleté por seis meses. Es de ese joven llamado Ford, al que usted conoce. Ford quería quedarse en tierra por algún tiempo, y yo le ofrecí fletarle la goleta. Naturalmente, a bordo van todos los hombres de Ford. Son gente extraña a mí. Yo fui a Singapur, a lo del seguro del barco, y luego me dirigí a Macasar. Tenía bastantes pasajes, pero el viaje fue pésimo, pues no sopló el menor viento. Parecía que me habían maldecido. En Macasar tuve no pocas dificultades y disgustos con Hudig, y esto me hizo perder mucho tiempo.

—¡Ah! ¿Con Hudig? ¿Disgustos? ¿Por qué? —preguntó Almayer un poco intrigado.

—¡Oh!, a propósito de... una mujer —repuso el capitán.

Almayer levantó vivamente la cabeza y miró con gran sorpresa a su interlocutor. El viejo lobo de mar acariciaba su larga barba blanca de un modo pensativo. Sus ojos, aquellos ojos que habían contemplado todos los mares y que conocían tan bien todos los rincones del planeta, se fijaron en Almayer con la expresión de una fiera escondida entre los matorrales de una selva.

—¡Qué extraño! —comentó luego Almayer—. ¿Qué tiene usted que ver con ninguna mujer que interese a Hudig? ¡Vaya con el viejo pecador!

—¿Cómo? ¿Qué dice usted, hombre? Yo creo que es la mujer de un individuo a quien conozco...

—No le comprendo, capitán.

—Ya me comprenderá, Almayer. Se trata de la mujer de un hombre a quien usted también conoce, y creo que demasiado bien.

—Conocí a muchos hombres antes de que usted me trajese a enterrarme en este agujero —dijo Almayer con inmensa ironía—. Y si esa mujer a que usted se refiere ha tenido algo que ver con Hudig, lo siento por su marido, pero no por Hudig, al que todos conocemos.

Y Almayer se sonrojó un poco, recordando los tiempos de su primera juventud, cuando vivía en la segunda capital de las islas.

Pero el capitán Lingard extendió la mano, cortando sus recuerdos y sus reflexiones, y exclamó:

—¡No diga usted tonterías! Se trata de la mujer de Willems.

Almayer dio un respingo y miró a su interlocutor con los ojos y la boca muy abiertos.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted? —exclamó en el colmo de la sorpresa.

—He dicho que la mujer de Willems —repitió el capitán—. Supongo que no es usted sordo, ¿verdad? La mujer de Willems. Eso es. Comprendo su extrañeza. Habíamos hecho la promesa de no decir nada, pero yo no sabía lo que había ocurrido aquí.

—Bueno, pero ¿qué ha ocurrido? Apostaría a que le ha dado usted dinero a esa mujer. ¿No es cierto?

—No, precisamente, aunque creo que debí dárselo.

Almayer hizo un gesto de impaciencia, y el capitán continuó:

—El caso es... El caso es otro. Es que he traído aquí, a Sambir, a esa mujer, a la mujer de Willems.

—¡Diablo! ¿Para qué? —exclamó, Almayer, levantándose vivamente y casi derribando la silla.

Luego alzó los brazos, como escandalizado y divertido a la vez, mientras el capitán, lentamente y en silencio, asentía repetidas veces. Luego, Lingard dijo:

—Pues sí. La he traído. Está aquí. Un callejón sin salida, ¿verdad?

—¡Y tanto! Le juro que no sé lo que pretende. ¿Qué piensa hacer ahora? ¡La mujer de Willems...!

—Sí, la mujer y su hijo, un niño pequeño. Los dos están en la goleta.

Con súbita sospecha, Almayer miró al capitán con el ceño fruncido. Luego se sentó. El capitán continuó:

—El caso es que Willems se había disgustado muy seriamente con Hudig, con gran sentimiento por mi parte. Yo prometí arreglarlo todo, y lo he conseguido después de mucho trabajo. Verá usted. Hudig estaba furioso con la mujer de Willems porque ella quería reunirse de nuevo con su marido. Ya sabe usted que ella es hija de Hudig, y que Hudig es un individuo sin conciencia. Bueno, yo me propuse reconciliar al matrimonio y hacer que volvieran a vivir como Dios manda. Para ello, lo primero que hacía falta era encontrar un nuevo destino para Willems. En Palembang hablé con

Craig. Se está haciendo viejo, y desea un socio o administrador de confianza. Prometí garantizar la conducta de Willems. Lo hemos previsto y arreglado todo de antemano. Craig es un viejo camarada mío. Hemos navegado juntos muchas veces. Y ahora está esperando a Willems. ¡Una buena ensalada!, ¿eh? ¿Qué le parece a usted?

Almayer se encogió de hombros.

El capitán continuó:

—Esa mujer, contando con mi promesa de que todo se arreglaría, se ha disgustado muy seriamente con su padre. Y no me negará usted que en este caso mi trabajo es un trabajo noble: reconciliar a una mujer con su marido. El marido y la mujer deben vivir y estar siempre juntos. Además Willems es muy listo, ya lo sabe usted. No puede vivir así, como un granuja, como un perdido, como ahora vive...

Almayer sonrió con desdén y contestó:

—Willems será ahora completamente feliz. Va usted a hacer de golpe dichas a dos personas.

Y volvió a sonreír con tanta ironía que el capitán le miró con una expresión interrogativa.

Luego, como si comprendiera de pronto el sentido de la sonrisa y la ironía de las palabras de Almayer, se encogió de hombros, consternado, y añadió:

—Entonces, esta vez me he metido en un arrecife, ¿verdad? ¿Qué puedo hacer?

—Envíe usted esa mujer otra vez a Macasar —repuso Almayer sonriendo levemente.

—¿Cómo? ¿Eso es lo que me aconseja usted? ¡De ninguna manera! Yo lo arreglaré todo. Mientras tanto, usted debe alojar en su casa a esa mujer y a su hijo.

Almayer se revolvió como un reptil al que hubieran pisado:

—¿Aquí, en mi casa? —gritó descompuestamente.

—¿En su casa? También es un poco mía, ¿no es así? —repuso Lingard—. Por lo tanto, obedézcame y calle.

—¡Si lo dice usted en ese tono! —murmuró Almayer sombríamente, haciendo un ademán de asentimiento.

—No pongamos las cosas peor de lo que están —continuó diciendo Lingard, plácido y sereno—. Debe usted darme tiempo para arreglarlo todo. Comprenda, Almayer, que no puedo dejar a esa mujer todo el tiempo a bordo de la goleta. Tengo que decirle algo. Decirle, por ejemplo, que su marido no está aquí, que se marchó río arriba. Así daremos tiempo, ¿comprende?, a que las cosas se vayan arreglando. Usted puede ocultarse discretamente, mientras yo despejo por completo la situación. La vida es cruel con todos, amigo mío, y nosotros debemos sortearla como a los temporales del mar, para que no eche a pique nuestra barca. Usted debe atenerse ahora a lo que le digo —añadió con firmeza—, a menos que quiera que nos peleemos.

—No, no quiero pelearme con usted, capitán —contestó Almayer con forzada deferencia—. Sólo pretendo comprenderle. Yo sé que usted es mi mejor amigo, capitán Lingard. Lo que ocurre es que a veces no le comprendo, no puedo adivinar lo

que quiere.

Lingard lanzó una exclamación de cansancio que terminó en un hondo suspiro. Cerró los ojos y se recostó en la silla, y Almayer vio pasar por su rostro la sombra de una inmensa fatiga.

—Estoy agotado, amigo mío, completamente agotado —murmuró luego el capitán—. Me he pasado la noche en cubierta, dirigiendo las maniobras de la goleta para entrar en el río; luego, no he cesado de hablar desde que he llegado. Me acostaría de buena gana, aunque fuera en un catre o en una hamaca. Pero antes querría comer algo.

Almayer batió palmas, y al ver que nadie acudía se disponía a penetrar en la casa cuando oyeron a una niña que gritaba:

—¡Suéltame! ¡Quiero entrar sola en la casa! ¡Me enfadaré mucho! ¡Suéltame!

Una voz de hombre contestaba con dulce reconvención. Los rostros de Almayer y de Lingard parecieron iluminarse súbitamente, y el viejo lobo de mar gritó:

—¡Trae a la niña, trae a la niña!

—Ahora verá cómo ha crecido —murmuró Almayer en tono jubiloso.

En el umbral apareció Alí, llevando en brazos a la pequeña Nina Almayer. La niña había enlazado el cuello de Alí con uno de sus brazos, y con la otra mano sostenía una toronja madura casi del mismo tamaño que su cabeza. Su pequeño delantal se le había salido de los hombros, dejándolos al aire, y su pelo negro caía en cascadas sobre su piel morena; los ojos, negros también, brillaban como dos luceros.

Lingard se había levantado para ir al encuentro de Alí, y la niña, en cuanto vio al viejo marino, soltó la toronja y corrió hacia él con los brazos extendidos y lanzando un grito de alegría. Luego se puso a tirarle cariñosamente de su larga barba blanca.

—¡No me tires tan fuerte pequeña, no tan fuerte! —murmuró el marino, estrechando la cabecita de la niña contra su pecho de orangután.

—¡Coge mi toronja, rajá del mar! —dijo entonces la niña—. Ponía aquí... Alí me ha dicho que tú has luchado con muchos hombres, por ahí, en los mares inmensos, lejos, lejos, muy lejos...

Levantó su manecita, mientras Lingard la sentaba sobre la mesa, cogiendo luego la enorme toronja y colocándola al lado.

—¿Quién le ha contado a la niña todas estas cosas? —preguntó el capitán mirando a Almayer, que había estado dando órdenes a Alí.

—¡Oh!, la gente de la hacienda —repuso el padre sonriendo—. Siempre anda con los trabajadores, y no le hace ningún caso a su madre, aunque en el fondo esto me alegra. ¡Mire usted lo linda que es! Tiene mi misma naturaleza. ¡Es tan vigorosa y tan fuerte como yo!

Los dos hombres miraban a la pequeña con delectación.

—Es una mujercita —comentó luego el capitán—. Verá usted cómo logramos algo bueno de ella.

—¡Oh, tiene un genio! —dijo el padre—. No crea usted que es de las que se dejan

conducir fácilmente.

—¡Bah, bah! A esta edad no se puede decir nada —repuso el lobo de mar, cogiendo en brazos a la niña y paseando de un lado a otro—. Yo tengo mis planes. Verá usted...

Y comenzó a contar al interesado Almayer sus planes para el porvenir. Quería entrevistarse con Abdulah y Lakamba. Era preferible estar en buenas relaciones con aquellos individuos, ya que ellos tenían el poder en sus manos. Mientras hablaba, la niña, que había encontrado el silbato de órdenes que, atado con un cordoncillo de seda, pendía del cuello del capitán, se puso a silbar con todas sus fuerzas, lo que hizo sonreír a los dos hombres. Luego continuó Lingard diciendo que aquello se podría resolver fácilmente. Él era un hombre que se hacía cargo de todo; nadie sabía esto mejor que Almayer. Así, pues, intentarían realizar juntos algún negocio. Todo se arreglaría. Pero lo más importante —y al llegar aquí, Lingard bajó la voz y se detuvo, marcando una leve pausa ante el asombrado Almayer—, lo más importante de todo, era el oro que se podía extraer de las aguas del río. Él mismo se consagraría en cuerpo y alma a la tarea. Había estado antes en el interior de la isla, y conocía aquello. Existían grandes cantidades de oro en las aguas del río. Algo fabuloso. Él estaba seguro. ¿Que era un trabajo peligroso? Desde luego; pero la recompensa también era enorme. Él se encargaría de la explotación, y acabaría por encontrar oro, mucho oro. No tenía la menor duda. Había que hacer bien las cosas, fundando una compañía en Batavia o en Inglaterra, mucho mejor en Inglaterra. Y aquella niña sería alguna vez una mujer riquísima, que pasearía sus millones por todo el mundo. Él, Lingard, quizá no llegara a verlo, aunque aún se sentía bien y dispuesto a vivir muchos años; pero Almayer lo vería. ¡Él tenía aún que vivir para alguien en la tierra!

Y al decir esto, el capitán acariciaba la cabecita morena de Nina.

La niña no había cesado de gritar mientras hablaba el capitán, y éste se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Qué te pasa, mujercita?

—Yo no soy una mujercita —repuso Nina Almayer con mucha gracia—; yo soy una niña blanca, y las mujeres blancas son mis hermanas. Mis papás y Alí lo dicen así...

Almayer casi se puso a bailar de paternal regocijo:

—Sí, es verdad —comentó—. Se lo he dicho así muchas veces. ¡Qué lista es esta chiquilla, Dios mío!

—Bien, y yo soy el esclavo de la niña blanca —repuso Lingard, inclinándose con cómica solemnidad—. A ver, ¿qué quiere la niña?

—Quiero una casita, con otra casita encima, y luego otra, alta, muy alta, como las que hay en el país de mis hermanas, donde duerme el sol.

—Sí, sí, lo recuerdo todo —dijo el padre embelesado—. Quiere decir que le construya un castillo de naipes, como el que le hizo la última vez que estuvo usted aquí, capitán.

Lingard sentó a la niña en las rodillas, y Almayer comenzó a revolver en los cajones de la mesa, buscando las cartas con tanta ansia y emoción como si la suerte del mundo entero dependiera del capricho de su hijita. Al fin sacó una baraja sucia y vieja, que sólo veía la luz cuando Lingard iba a Sambir y él y Almayer jugaban alguna partida, en especial un juego chino. Este juego aburría a Almayer, pero parecía gustar con delirio a Lingard, que lo consideraba como un producto genial del talento chino, raza que admiraba hasta el último grado.

—Bueno, ahora vamos a hacer ese castillo de naipes, querida —dijo al fin el capitán, cogiendo las dos primeras cartas y poniéndolas en equilibrio sobre la mesa. Luego continuó el trabajo bajo la atenta mirada de la niña, teniendo la cabeza hundida entre los dos hombres y el rostro inclinado hacia el suelo, para que su respiración no echara abajo la obra de arte.

Mientras tanto, hablaba lentamente con Almayer:

—¡Yo sé lo que me pesco, amigo, en eso del oro! Estuve en California el año 49, y luego en Victoria, en los primeros tiempos de las explotaciones. ¡Conozco el negocio! Confíe usted en mí, amigo mío. Por lo demás, cualquiera podría confiar en mí para un caso de éstos. ¡Bueno, niña, estáte quieta, si no quieres que se nos venga al suelo la casita de naipes! Ya tenemos dos pisos. Ahora haremos otro encima. Pues, como le iba diciendo, querido Almayer, usted no tiene que hacer otra cosa que estarse aquí quieto, y recogerá luego el oro a montones, como si fuera tierra... ¡Bueno, pequeña, ya está listo el tercer piso! ¡Vaya una casa! ¿Eh? ¿Qué me dices?

Se recostó en su silla, mientras con una mano acariciaba la cabeza de la niña y accionaba con la otra al hablar con Almayer:

—Una vez en el lugar donde se halla el oro, no tendríamos más trabajo que recogerlo bonitamente. Lo enviaríamos a Europa. La niña podría recibir una educación esmeradísima, y nosotros seríamos ricos. Aunque ricos no es la palabra. Allá, en Devonshire, de donde soy oriundo, había un individuo que hizo una casa como un transatlántico. Yo era chico, y aún me acuerdo. La gente decía que había sido pirata, pero la verdad era que tenía su fortuna en los países del oro. Una fortuna fabulosa, querido Almayer.

La niña comenzó a gritar en aquel instante:

—¡Más alta, más alta!

Y al decir esto tiraba de la blanca barba del lobo de mar, que repuso besándola:

—¡Que me haces daño, bribonzuela! ¿Qué quieres? ¿Otro piso más? ¡Bien, lo intentaremos, lo intentaremos!

La niña contempló fijamente al marino, que añadió otro piso a la casa de naipes. Luego, cuando el trabajo estuvo terminado, Nina palmoteo y lanzó un grito para expresar su alegría.

—¡Oh, mira! —exclamó entonces Almayer, dando un leve golpe en la mesa.

El castillo de naipes se derrumbó, y la niña comenzó a gritar colérica y desesperadamente.

—¡Bueno, basta ya, hija mía! —dijo cogiendo a su hija en brazos—. El capitán está muy cansado. Vente conmigo.

Lingard le dio un beso, y el padre se la llevó. El viejo marino, lanzando un suspiro de alivio, se recostó en la silla, cerró los ojos un instante y murmuró para sí:

«La verdad es que estoy cansado como un perro de pastor».

IV

Consciente o inconscientemente, los hombres se muestran orgullosos de la firmeza de sus designios, de la rigidez de sus principios y de la seguridad del rumbo que cada cual imprime a su vida. Van rectos hacia sus deseos, sin una vacilación, aunque esos deseos los conduzcan a veces al crimen. Y recorren el camino de su vida orgullosos de no desviarse de la ruta, esclavos en realidad de sus apetitos, de sus pasiones o de sus instintos.

El hombre de voluntad, sobre todo, no vacila jamás. Sabe adónde va y a lo que va. Y ningún obstáculo le detiene, teniendo al fin la alegría de alcanzar la meta y recoger la recompensa de su sano y elevado optimismo.

Lingard era un hombre de voluntad, un hombre que jamás había vacilado en el camino de su vida. Era un hombre de suerte. Comerciante afortunado, triunfador en sus luchas y en sus empeños, gran navegante, podía estar satisfecho de sí mismo. Conocía todos los mares del orbe; todo el mundo le respetaba y le alababa; y bien podía considerarse un hombre feliz. Apenas leía nada. Muy pocos libros habían caído en sus manos, y, además, todo su tiempo estaba ocupado en sus largas travesías, en el comercio, en todas las manifestaciones de una actividad desbordante y fecunda. Su mayor placer había sido siempre socorrer y guiar a los hombres de vida aventurera y descarriada. Recordaba su ciudad natal, en la bahía de Falmouth, donde se formó su alma inocente y cándida; los lejanos días del colegio; al sacerdote que todos los domingos iba a enseñarles la doctrina y a darles nobles y prudentes consejos. Luego, un día, siendo aún muy joven, pero estando ansioso de ver mundo, abandonó el rincón natal en aquel bergantín en que recorrió por primera vez los mares a los que iba a dedicar su vida entera y donde haría su fortuna. Cuando pensaba en su carrera —primero comandante de buque, luego armador y, al fin, hombre adinerado, respetado por doquier y elevado casi a la categoría de rajá, hasta el punto de que él mismo estaba asombrado y casi aterrado de su propia suerte, que le parecía lo más maravilloso que se había visto jamás—, el capitán se henchía de legítimo orgullo. Su experiencia le parecía inmensa y definitiva, mostrándole con toda claridad la lección sencilla de la vida. En la tierra, lo mismo que en el mar, sólo había para los hombres dos caminos que seguir: el de la rectitud y el de la infamia, la maldad y la deshonra. Pero el sentido común indica con toda claridad a un hombre honrado el camino recto del deber. El otro era el camino de los locos y de los insensatos, que sólo conduce a la pérdida del dinero, al descrédito, a la ruina y a la muerte. Por lo demás, aunque él había escogido desde el principio la senda del deber y de la virtud, no por eso se mostraba altivo ni duro con los desgraciados, ni siquiera con los pillos o los descarriados en su camino, mostrando para todas las debilidades humanas una noble y amplia tolerancia. Y como era un hombre inteligente y afortunado, le gustaba interesarse por la vida y la suerte de los otros, gozando en mezclarse incluso en la vida y en los asuntos de la gente de su tripulación. Era entrometido y oficioso hasta la

exageración, aunque siempre con prudente tacto y noble modestia, gozándose en decir a cada momento que toda su sabiduría la había adquirido a fuerza de dolor y de trabajo. Y como siempre tenía a flor de labios el consejo prudente y desinteresado, la palabra consoladora, la solución humana y generosa para todos los problemas y todos los dolores, se le escuchaba en todas partes con una atención y un cariñoso respeto que aumentaban su autoridad. De este modo, el capitán Tom había navegado de isla en isla por todos aquellos mares, apareciendo de un modo imprevisto aquí o allá, alegre, ruidoso, repartiendo consejos y contando anécdotas, simpático y comunicativo, pronto a arreglar todos los asuntos no importa de quien fuesen, y siempre recibido en todas partes con los brazos abiertos.

Sólo desde que regresó a Sambir conoció el viejo lobo de mar la duda y algo así como la desgracia. La pérdida de su buque, el *Relámpago*, que una hermosa mañana encalló para siempre en un arrecife al norte del estrecho de Gaspar, le entristeció de un modo terrible; y las tristes y asombrosas noticias que recibió a su llegada a Sambir no eran precisamente las que podían aliviar sus pesares o calmar sus angustias. Ya hacía bastantes años que, empujado por su amor a las aventuras, Lingard había encontrado con no pocos trabajos la desembocadura de aquel río, donde, según los informes que le dio un marinero indígena, se estaba formando una nueva colonia de malayos. Es evidente que en aquel tiempo Lingard no pensaba sino en sus beneficios personales y en las ganancias que pudiera obtener de la colonia recién descubierta; pero, recibido cordialmente por el rajá Patalolo y por los indígenas, el lobo de mar no tardó en sentir un sincero cariño por el rajá y por su pueblo, ofreciéndoles sus consejos y su ayuda y soñando para aquel rincón del mundo —él, que no conocía la Arcadia— una felicidad arcádica. Se propuso, pues, hacer felices a aquellas pobres gentes, y lo consiguió durante muchos años, pues sus negocios con Sambir llevaron una gran prosperidad y una paz firme y sólida al joven Estado.

Contemplaba orgulloso su trabajo. Con el paso de los años, el capitán había ido sintiendo un cariño creciente por aquel país, por aquellas gentes, por aquel río podía decirse que descubierto por él y en cuyas aguas hubiera querido que no flotase otro buque que su amado *Relámpago*. Había explorado las márgenes del río, encontrando extensas plantaciones de arroz que constituían una enorme riqueza. Llegó a conocer como nadie a todos los colonos establecidos en ambas orillas del río, entre el mar y Sambir; conocía a sus mujeres, a sus hijos, a todos los individuos de diferentes razas que vivían en chozas asentadas sobre frágiles plataformas de caña, y que agitaban los brazos cariñosamente y le gritaban palabras amables cuando su buque remontaba el río. Y por conocerlo todo, conocía perfectamente los rincones de aquellos bosques de árboles inmensos que flanqueaban las riberas por muchos sitios, donde el follaje parecía moverse con dulzura, como si murmurase una dulce y melancólica bienvenida al protector del país.

Amaba profundamente todo aquello: los paisajes de oro brillante, bajo la cúpula de verdes esmeraldas y vivísimos zafiros que la luz del sol mentía por todas partes; el

murmullo de los grandes árboles; el silbido de la brisa en las anchas hojas de las palmeras, que en las noches de luna parecían querer decirle todos los secretos de los bosques del interior de la isla; amaba los densos perfumes de la floresta, de los matorrales, de la tierra cenagosa y de las charcas olvidadas; el aliento de vida y de muerte que envolvía a veces a su buque en las cálidas noches tropicales; las ensenadas y las calas que formaba aquel brazo de mar, en muchas de las cuales nunca penetraba el sol por lo tupidas que eran sus riberas; las alegres tropas de monos que saltaban y chillaban en las ramas de los árboles, alborotando y como profanando la quietud majestuosa de los bosques; los enormes caimanes que dormitaban al sol con cómica indiferencia, como grandes piedras cubiertas de musgo; todo, todo lo de aquel país, animado e inanimado, lo amaba el capitán Lingard con noble, profunda y generosa ternura.

¡Su río! ¡Cómo lo amaba! Para él no sólo era una fuente inmensa de riquezas, sino también algo lleno de un interés inagotable. Esto hacía que el capitán Lingard fuera ante los ojos de los indígenas de aquella isla un hombre extraño, inmensamente simpático y completamente distinto de los otros comerciantes con los que a veces tenían que traficar los malayos, a pesar de la especie de monopolio que el marino ejercía sobre toda la comarca. Y Lingard, que amaba al río y a la isla entera con tan profunda delicia, con tan honda ternura, se daba cuenta entonces, después de aquella desgracia, de lo que había representado en su existencia, de lo que suponía en su vida, el cariño hacia aquel país encantador.

Después de su conversación con Almayer, Lingard regresó a bordo de la goleta, envió a Joana a tierra y se encerró en su camarote, sintiéndose realmente enfermo. Hizo saber su indisposición a Almayer, que fue a verle dos veces en aquel mismo día. El capitán, más que sentirse enfermo, lo que buscaba era un modo de ganar tiempo para pensar y reflexionar en su conducta. Se sentía colérico contra sí mismo y contra Willems. Le irritaba lo que éste había hecho y también lo que había dejado de hacer. El vagabundo, por no ser nada, no sabía siquiera ser un auténtico canalla. La concepción de su plan había sido perfecta, pero desastrosa la ejecución. ¿Por qué? Él, en el caso de Willems, le hubiera cortado la cabeza a Almayer, habría quemado luego la casa y la hacienda entera y hubiese aventado las cenizas. ¿Por qué no lo hizo así Willems, ya que había adoptado aquella actitud de franca rebeldía? Le dolía y le humillaba el manifiesto atentado a su autoridad perpetrado por aquel pillastre, y al mismo tiempo casi sentía que Willems no hubiese llevado a cabo más abiertamente su rebeldía, porque, de este modo, él, Lingard, habría tenido pretexto para ejercer ciertas represalias contra los indígenas y hasta contra el mismo Willems. Lo más lógico, lo más recto y fácil en dicho caso, habría sido fusilar a Willems. Sin embargo, ¿cómo hacerlo? ¿Con qué pretexto? Si Willems hubiera resistido, si hubiese presentado batalla con los indígenas, o sencillamente huido, o bien sólo hubiera mostrado deseo de causar algún daño a la hacienda de Almayer y Lingard, se habría podido encontrar natural y lógico el fusilamiento. ¡Pero así! Para que su actitud fuera

completamente desconcertante, Willems había enviado un mensaje al capitán, diciéndole que quería verle. ¿Para qué? Era inexplicable. ¿Una traición a sangre fría, con premeditación? No, esto no era admisible. Entonces, ¿para qué le llamaba? El viejo marino, en la soledad de su camarote, se hizo infinidad de veces esta pregunta en voz alta, al tiempo que se golpeaba la frente con la mano.

Durante los cuatro días que duró su reclusión, el capitán Lingard había recibido dos mensajes de aquel mundo extraño, de aquel mundo de Sambir que se le había escapado tan inesperadamente de sus fuertes manos. Uno de ellos eran unas palabras de Willems, escritas rápidamente con lápiz en un pedazo de papel; el otro estaba cuidadosa y esmeradamente escrito en una larga hoja de papel satinado y magnífico y enfundada en un espléndido sobre de seda. El capitán no había logrado entender ni descifrar el primer mensaje, o sea, el de Willems. Decía así: «Venga usted a verme. Yo no tengo miedo. ¿Y usted? W». El capitán rompió furiosamente el papel, pero antes de que los pedazos hubieran llegado al suelo su cólera fue sustituida por la curiosidad. Inclínándose, recogió los pedazos y los reunió sobre un mueble, contemplando con asombro el misterioso escrito, que encerraba un insulto tan extraño a su autoridad. En cambio, había leído la carta de Abdulah lenta y detenidamente, guardándosela luego en un bolsillo con un ademán de cólera que terminó en una sonrisa medio resignada y medio divertida. ¡Bien! Ya vería lo que habría de hacerse. Él, como buen hombre de mar, era precavido y previsor. Le complacía repetir a menudo esta frase: «El lugar más seguro es siempre la cubierta, aun en los mayores desastres, mientras el buque flota». Y si se hundía, si se venían abajo sus trabajos de tantos años... En fin, lo mejor era esperar los acontecimientos.

Estuvo pensativo y preocupado varias horas, y cuando Almayer fue a bordo por la noche, el capitán le tendió la carta de Abdulah sin hacer comentario alguno.

Almayer la leyó, la releyó, se la pasó sucesivamente de una mano a otra y luego, apoyándose en una jarcia —los dos hombres estaban en la cubierta de la goleta—, dijo sin levantar los ojos del suelo:

—Ésta es una carta muy aceptable, amigo mío. Abdulah se entrega a usted, o poco menos. Ya le decía yo que esas gentes empiezan a sentirse cansadas de él. ¿Qué piensa hacer?

Lingard tosió levemente y abrió la boca como si fuera a contestar, pero guardó silencio durante unos instantes. Al fin murmuró:

—¡Qué me ahorquen si lo sé todavía!

—Me gustaría que se decidiese usted a obrar pronto.

—¿Cómo? ¿Por qué esa prisa? —le interrumpió Lingard—. Él no puede marcharse. Y mientras esté aquí se encuentra a mi merced.

—Sí —dijo Almayer pensativamente después de un corto silencio—, y por cierto que se merece muy poca merced. Por lo que adivino a través de todos los cumplidos de su carta, lo que se propone Abdulah es desembarazarse de Willems y luego repartir con nosotros el comercio de la colonia.

—¿Cree usted? —preguntó el capitán desdeñosamente.

—Desde luego. No dude usted que por algún tiempo seguiremos nosotros monopolizando el comercio de la colonia como antes, pero en cuanto Abdulah pueda arrebatárnoslo... Bueno, ¿qué piensa usted hacer?

Almayer levantó la cabeza y se sorprendió al ver el rostro descompuesto del capitán.

—¿No se encuentra usted bien? ¿Le duele algo? —preguntó con sincera solicitud.

—No, no, gracias. Estos días no me he encontrado bien, pero en realidad no estoy enfermo. —Se palpó el pecho repetidas veces, tosió ligeramente y continuó—: No, no me duele nada. Aún estoy duro para algunos años. Pero le aseguro que todo esto me afecta mucho.

—Debe usted cuidarse, amigo Lingard —dijo Almayer. Y tras una breve pausa añadió en otro tono—: Así, verá usted a Abdulah, ¿no es eso?

—No sé, no sé todavía lo que haré. Tengo tiempo para pensarlo —repuso Lingard con impaciencia.

—Pues yo quisiera que hiciese usted algo, capitán —apremió Almayer—. Como usted sabe, esa mujer es muy peligrosa para mí, lo mismo que su hijo. Mi casa parece una lobera. Ayer, el niño se peleó con mi hija y le arañó toda la cara. ¡Un completo salvaje! Como su honorable papá. La mujer se lamenta y se inquieta por su marido de la mañana a la noche, como un alma en pena. Y cuando no llora, está furiosa conmigo. Ayer, por ejemplo, estuvo atormentándome durante varias horas, para que yo le dijese cuándo se marcharían, y lloraba, gritaba y protestaba por verse envuelta en este asunto. Yo le dije que no debía atormentarse por ello y que todo acabaría por arreglarse, pero ella se revolvió contra mí como un gato furioso, y me insultó, llamándome bruto, hombre rudo y sin corazón, y afirmando que su «querido Peter» había expuesto su vida por mí, mientras que yo no había querido tomarme el menor interés por él; que yo me había valido de su carácter bondadoso y abierto para meterlo en este atolladero; que él era veinte veces más digno que yo de llegar y vencer; que le iba a hablar a usted, para abrirle los ojos sobre la clase de hombre que era yo; que si la había alojado en mi casa era sólo por consideración a usted... ¡Qué sé yo las cosas que me dijo! Me tiene loco. Hágase usted cargo, capitán. Yo no he robado nada a nadie, como esa mujer quiere hacer ver, pues también me ha acusado de ladrón o poco menos —continuó Almayer con ironía—; pero usted debe tener piedad de mí. Esto no es vivir, se lo juro. Ella está siempre como fuera de sí. Usted ha convertido mi casa en un refugio de locos y maniáticos. Le juro que no es nada agradable. Cuando le da una de sus pataletas, se pone horrible y ridícula, y a mí me pone los pelos de punta. Mi mujer no ha podido resistirlo, y se ha marchado de la casa, yendo a refugiarse en una de mis cabañas, junto al río. Pero mi paciencia también va acabándose. Además, yo me pregunto por qué he de aguantar a un huésped tan molesto dentro de mi casa. Esta misma mañana, sin ir más lejos, creí que me iba a arañar. Pretendía ir al pueblo, afirmando que había oído decir algo sobre su

marido, pero yo se lo prohibí, haciéndole ver que era peligroso que saliese de nuestra hacienda. Entonces se lanzó contra mí, dispuesta a despedazarme con las uñas y gritando: «¡Es usted un miserable! ¡Su casa es la que no está segura, como nada de lo que la rodea, como ese río, por el que usted ha enviado a mi marido para que no pueda volver nunca! Y si él llegara a olvidarme, el cielo le castigará a usted por su crimen...». ¡Mi crimen! A veces me pregunto si todo esto no es un sueño. Estoy seguro de que enfermaré. Por lo pronto, ya he perdido el apetito.

Se quitó el sombrero, mesándose los cabellos con desesperación. Lingard le observó unos instantes con interés y simpatía.

—¿Pero qué quiere decir esta mujer con todo eso? —preguntó al fin el capitán.

—¿Qué me quiere decir? ¡Está loca, se lo aseguro! Y yo también terminaré loco si esto dura mucho.

—Un poco de paciencia, querido Almayer —dijo Lingard—. Uno o dos días más, y creo que todo estará arreglado.

Consolado o cansado por su violento discurso, Almayer pareció quedar más tranquilo. Comenzó a abanicarse con el sombrero y continuó diciendo en otro tono:

—Estos disgustos hacen envejecer a un hombre, capitán. Desengañese usted. En cuanto a la actitud de Abdulah, le aseguro que no la comprendo. Abdulah dice sencillamente y con toda claridad que si usted se aviene a pilotar su buque hasta el mar libre y a instruir al mestizo que hace las veces de capitán en la nave, él abandonará a Willems a su suerte y será para siempre amigo de usted. Yo le creo sin ninguna duda en lo que se refiere a Willems; pero lo de ser amigo suyo, eso ya es otro cantar. De todos modos, debe decirle que sí a Abdulah y desentenderse de Willems. —Hizo una pausa y añadió al fin con calma feroz—: Deje a Willems de mi cuenta. Yo sabré lo que hacer con él.

Lingard sonrió débilmente y contestó:

—No merece que lo fusilemos. Hay que pensar que él no ha sido el que ha organizado el motín.

Almayer levantó la cabeza vivamente y contestó con inmenso sarcasmo:

—¿Cómo? ¡Eso creerá usted! Pero yo, que me vi cosido dentro de mi hamaca y fui el hazmerreír de toda esa colección de salvajes, no pienso lo mismo, capitán. No podré mirar a nadie cara a cara mientras ese canalla esté vivo. Déjelo de mi cuenta, le digo. Yo lo arreglaré.

—No creo que quiera usted causarle mal alguno —dijo el capitán.

—¿Cómo? ¿Acaso cree usted que le tengo miedo?

—¡No, por Dios! ¡De ninguna manera! Le conozco a usted bien y no dudo de su valor. Es por usted mismo, por su razón, por lo que yo me intereso verdaderamente.

—¿Quiere decir que estoy loco?

—¡No, hombre, no, tampoco! —repuso el capitán irritado. Comenzó a pasearse por la cubierta y añadió entre dientes—: ¡Qué hombre, caramba! Es preciso pensar mucho las cosas, y eso que usted dice...

—¡Bueno, bueno! —exclamó Almayer interrumpiéndole—. ¡Cómo está usted, amigo Lingard! ¡Lleva unos días que no se le puede hablar!

Dio unos pasos hacia la pasarela en actitud airada, pero luego se detuvo, pareció dudar y al fin regresó, deteniéndose ante Lingard y obligando a éste a hacer lo mismo.

—Naturalmente, usted hará lo que quiera —dijo—. Ya sé que no escucha usted nunca un consejo, pero déjeme decirle, que no será honrado ni noble dejar que ese granuja escape de aquí. Si no lo impide, ese canalla se marchará a bordo del buque de Abdulah, el cual se servirá de él para hacerle a usted daño; a usted... y a otros muchos. Willems conoce perfectamente todos nuestros negocios, los de usted sobre todo, y podrá causarle enormes perjuicios. Recuerde lo que le digo. ¡Enormes perjuicios! Piense en ello, capitán. Esto es lo que quería decirle. Nada más. Ahora debo marcharme, pues tengo un trabajo abrumador. Empezaremos a cargar la goleta mañana a primera hora. Todos los fardos están listos. Si me necesita para algo, no tiene más que izar cualquier cosa a guisa de bandera en el palo mayor. Y por la noche, dos disparos me avisarían. —Haciendo una leve pausa, añadió en tono amistoso—: ¿Quiere usted cenar conmigo en mi casa? No puede ser bueno para usted estar tanto tiempo a bordo, capitán.

Lingard no contestó. Las palabras de Almayer, aquella descripción de Willems recorriendo las islas y sembrando en ellas el desorden, la discordia y la violencia, le habían dejado pensativo y taciturno. Al cabo de unos momentos, Almayer se dirigió como de mala gana hacia la pasarela y bajó lentamente los escalones que le conducían a su bote. Lingard, que había estado mirándole de un modo distraído, se acercó a la borda y gritó:

—¡Eh, Almayer! Espere un poco.

Almayer hizo una seña al remero para que detuviera el bote, y levantó la cabeza.

—Escuche —siguió diciendo entonces el capitán—; necesito una buena canoa con cuatro hombres para hoy mismo.

—¿La quiere usted ahora? —inquirió Almayer.

—No, no —repuso el capitán, mientras el bote de Almayer se acercaba de nuevo a la goleta—. ¡Cuidado! Cojan ustedes esta cuerda —siguió diciendo Lingard mientras arrojaba a la canoa un rollo de cuerda—. No, el sol es demasiado fuerte para mí. Además, me gusta llevar a cabo los negocios con discreción y seguridad. Mándeme esa canoa, con cuatro remeros, ¿comprende?, y su silla extensible de brazos. Envíemelos al caer la tarde. ¿Me oye?

—¡Muy bien, capitán! —contestó Almayer amablemente—. Enviaré a Alí en busca de un buen piloto, y le mandaré a mis cuatro mejores remeros. ¿Nada más?

—Nada más, muchacho. Que no vengán muy tarde.

—Supongo que no acostumbra usted a decir adonde va —añadió Almayer, sin poder contenerse—, porque si va usted a ver a Abdulah, yo...

—No voy a ver a Abdulah. Hoy no. Esta vez no puede usted venir conmigo.

Lingard observó cómo se alejaba la canoa y agitó la mano contestando al saludo de Almayer. Luego, se dirigió al puente, sacó la carta de Abdulah y comenzó a leerla de nuevo. Después, sus puños se crisparon, como si estrechara ya entre sus dedos la odiada garganta de Abdulah. Y ya se disponía a guardar de nuevo el papel cuando, cambiando de pensamiento, hizo una pelota con él y lo arrojó al mar.

CUARTA PARTE

I

La noche era muy oscura. Por primera vez desde hacía muchos meses, toda la costa Este permanecía invisible bajo una espesa capa de nubes, que el monzón había acumulado, empujándolas hacia aquel sitio, durante todo el día. Al caer el sol, las nubes, bajísimas, se encendieron un momento y luego quedaron como prendidas en las copas de los altos árboles, henchidas de lluvia, amenazadoras y terribles.

Babalatchi salió de su cabaña de bambúes, aspiró el aire pesado y cálido, miró alrededor y luego permaneció unos momentos inmóvil, como intimidado por el extraño y profundo silencio que rodeaba la casa de Lakamba. Cerró por un instante su único ojo, y al volverlo a abrir había recobrado la vista tan por completo que podía ver con toda precisión los contornos de los grandes árboles, las casas abandonadas y los matorrales de la ribera, en la oscura lontananza de la noche negra. Babalatchi atravesó la gran explanada de la casa de su jefe y amo, bajó hasta la orilla del río y se detuvo, escuchando el susurro del agua invisible que corría a sus pies, el dulce murmullo, grato como una caricia, de la canción del agua.

Su pecho parecía dilatarse al oír aquel susurro. Era el río que tanto conocía, las aguas que corrían veloces, interminables, siempre hacia el mar, portadoras de penas o de alegrías, de triunfos o de derrotas; las aguas oscuras, que podían llevar o traer amigos o enemigos, nutrir el amor o el odio en su fondo, salvar la vida o dar la muerte; en una palabra: allí estaba el gran río, que era a la vez la libertad, la prisión, el refugio o la sepultura.

El malayo volvió a suspirar, mirando con su único ojo la negra corriente del Pantai. El bárbaro político había olvidado el reciente éxito de su conspiración para hundirse en una profunda melancolía que le hacía ver la noche más negra, el aire más pesado, la triste soledad de aquel sitio más indicadora de tormentos y amenazas que de paz y dulzura. Había pasado la noche anterior al lado del cadáver de su amo, Omar, y a las veinticuatro horas, su memoria parecía volver a aquella casita, donde podía decirse que se habían venido al suelo sus ideales, tanto tiempo sostenidos por su espíritu de venganza contra los blancos odiosos y egoístas.

Babalatchi se sentía descorazonado. Durante algunos minutos, un terrible pesimismo se apoderó de su ánimo. Después lanzó un profundo suspiro, un suspiro amargo, de hombre colérico, impotente, solo y desengañado. Y se tuvo que contener para no lanzar un grito de rebeldía y de infinita desesperación.

Luego miró al cielo, y poco a poco se fue serenando, alentándose a sí mismo, diciéndose que quizá sus planes triunfarían al fin plenamente.

De pronto, aguzó el oído.

La noche, por silenciosa que sea, siempre deja oír algún rumor para un oído atento y agudo. En aquel momento, Babalatchi creyó percibir algo más que el susurro de las aguas y el leve silbido de los remolinos del río. Volvió la cabeza a derecha e izquierda y permaneció alerta. Luego, miró hacia atrás como si fuese a ver el alma de

su jefe difunto que llegara flotando hasta él. No vio a nadie. Sin embargo, había oído un ruido, un ruido extraño. ¿Algún aparecido? Escuchó aún, pero no oyó nada. Entonces, tranquilizado, Babalatchi dio algunos pasos en dirección a su casa. Pero, de pronto, oyó una tos seca y se detuvo. Se encaminó entonces hacia la orilla del río, escuchando sin ninguna emoción y procurando atravesar la bruma y las tinieblas con su único ojo. No pudo ver nada. Sin embargo, había alguien en el río, en una canoa, y muy cerca, por cierto, porque Babalatchi pudo oír perfectamente este diálogo, sostenido en tono normal:

—Yo creo que es aquí, Alí. Pero no veo nada.

—Debe de ser cerca, *tuan* —contestó otra voz—. ¿Nos acercamos a la orilla?

—No, no. Deja ir el bote a la deriva. Si nos acercáramos a la orilla podríamos encallar en algún banco o estrellar la barca contra un tronco de árbol o una roca. Hay que tener mucho cuidado. Aquí parece existir un claro en el bosque. Ya veremos la luz de cualquier casa. ¿No hay muchas casas en la hacienda de Lakamba?

—Muchas, *tuan*. Sin embargo, no se ve ninguna luz.

—No, no se ve nada —añadió la primera voz, casi frente a Babalatchi, que permanecía inmóvil y silencioso.

Pero unos segundos después volvió la cabeza para mirar a su propia casa, por cuya puerta entreabierta se filtraba una luz vaga y difusa, como una pupila de la noche. El malayo pensó entonces que los hombres que iban en la canoa debían de estar tan ocultos en la espesura de la orilla que no veían su casa. No sabía si llamar a los desconocidos. Y mientras permanecía indeciso volvió a oír las voces de los ocupantes de la canoa, algo más abajo de donde él estaba en aquellos momentos:

—Nada, nada. Y, sin embargo, estoy seguro de que estamos cerca. Déjalos que remen, Alí.

Esta orden fue seguida del ruido de los remos al hundirse en el agua. De pronto, Babalatchi oyó exclamar en tono de triunfo:

—¡Eh, atención! ¡Veo una luz, veo una luz! Ya sé dónde podemos desembarcar, *tuan*.

Se oyó el ruido del agua al chocar violentamente contra los remos inmovilizados de golpe para contrarrestar la marcha de la pequeña embarcación, y luego otra vez el chapoteo de la madera en la superficie líquida. La canoa se acercaba a la orilla.

—Llama —gritó muy cerca una voz, que a Babalatchi se le antojó la de un hombre blanco—; llama, y quizá venga alguien con una antorcha. No veo nada.

Sonó un grito, lanzado casi al lado mismo de Babalatchi, el cual seguía silencioso e inmóvil en la oscuridad. Para cubrir las apariencias, el malayo retrocedió en silencio, y cuando llegó al centro de la gran explanada gritó mientras se aproximaba de nuevo lentamente a la orilla:

—¿Quién hay en el río?

Su voz denotaba una sorpresa bien fingida.

—Un hombre blanco —contestó Lingard desde la canoa—. ¿No hay una antorcha

en la hacienda de Lakamba para alumbrarnos mientras desembarcamos?

—No hay antorchas ni hombres aquí. Estoy solo —contestó Babalatchi, en tono vacilante.

—¿Solo? —exclamó Lingard—. ¿Quién es usted?

—Un criado de Lakamba. Pero pueden ustedes desembarcar, *tuan*, y venir hacia aquí. Ésta es mi mano. Aquí estoy. No, por este lado, *tuan*. Están ustedes en lugar seguro.

—¿Y está usted solo aquí? —inquirió Lingard, que había desembarcado y se acercaba a Babalatchi—. ¡Qué oscuro está esto, caramba!

—Sí, estoy solo. ¿Decía usted algo? No le he entendido bien.

—No, no era nada. Es que esperaba encontrar aquí... Pero ¿dónde ha ido esa gente?

—¿Qué importa dónde pueda estar? —repuso Babalatchi—. ¿Ha venido usted a ver a mis amos? El último de ellos ha muerto y me ha dejado solo. Y yo me iré también mañana mismo.

—Pues yo venía en busca de un hombre blanco —continuó diciendo el capitán, mientras avanzaba con lentitud hacia la casa—. ¿Se ha marchado?

—No, no se ha marchado. Ya sé a quién se refiere usted.

Habían llegado a la veranda de bambúes de la casita de Babalatchi, y la luz del interior les dio a ambos en plena cara. Los dos se detuvieron, examinándose mutuamente con curiosidad.

—¿Está aquí? —preguntó el capitán en voz baja señalando la casa de Lakamba.

Babalatchi, que miraba fijamente a su interlocutor, no contestó en seguida.

Al fin dijo con solemne lentitud:

—No, no está aquí, aunque no andará muy lejos. ¿Quiere usted descansar en mi cabaña? Quizás encontremos arroz y pescado, y tengo agua muy fresca de un manantial cercano.

—No, no, gracias —repuso el capitán haciendo un gesto evasivo—. No tengo apetito, ni he venido aquí para descansar. Guíeme usted hasta donde está el hombre que busco, y pronto. No tengo tiempo que perder.

—La noche es muy larga, *tuan* —murmuró Babalatchi con una leve sonrisa. Y en su simbólico lenguaje oriental añadió misteriosamente mientras miraba al cielo—: Sí, la noche es muy larga, y luego vendrán otras noches y otros días, largos, muy largos también. ¡Cuánto tiempo tarda un hombre en morir, oh, rajá Laut!

Lingard se estremeció.

—¿Cómo? ¿Me conoce usted?

—¡Oh, sí! Hace muchos años le vi a usted y estreché su mano. Usted no se acuerda, pero yo no le he olvidado. Es natural, *tuan*, es natural; hay muchos hombres como yo, y, en cambio, sólo hay un rajá Laut.

Al decir esto, comenzó a subir la estrecha escalera que conducía a la veranda de su cabaña, invitando al capitán a hacer lo mismo.

Lingard le siguió después de un momento de duda.

El piso de bambúes se combó un poco bajo el peso del capitán, que miró hacia el interior de la cabaña de Babalatchi, llena de humo espeso. A la luz de la antorcha, Lingard pudo ver unas esteras sucias y rotas y el ángulo de una tosca cómoda, la mitad de la cual quedaba sumida en las tinieblas. En una esquina se veía una escopeta, y de las paredes pendían platos, cacerolas y otros útiles caseros. El techo estaba lleno de humo, y casi desaparecía tras aquella nube densa y azulada. Un indescriptible y complicado hedor, en el que se mezclaban los olores de la tierra endurecida y podrida, el del pescado putrefacto y los de Dios sabe qué materias condimentadas por el indígena en el fogón, envolvió a Lingard en cuanto traspasó el umbral de la cabaña. Se sentó en una especie de silla rústica y permaneció en actitud pensativa.

Babalatchi se dirigió entonces al fondo de la cabaña, hablando en voz baja a una o dos personas cuyas formas apenas se dibujaban en la sombra. Se oyó luego un levísimo ruido de pasos, una palabra dicha casi en voz alta y sofocada con un suspiro, y al fin se hizo el silencio, en medio del cual Lingard percibió con toda claridad la respiración de varias personas. Sin moverse, miró con disimulo hacia el fondo, y entonces vio algunas formas humanas que se acercaban casi hasta el límite de la luz y luego se retiraban y desaparecían en la sombra.

Babalatchi se aproximó al fin, extendió a los pies del capitán una alfombra algo menos mugrienta que las que había en la estancia y dijo:

—¿Quiere usted comer un poco de arroz y tomar sagú? He despertado a mi familia.

—Amigo mío —murmuró Lingard con énfasis, sin mirar siquiera al tuerto—, cuando yo vengo a ver a Lakamba o a alguno de los criados de Lakamba, no tengo nunca ni hambre ni sed. Además, ¿no decía antes que aquí no había nadie?

Y al decir esto se puso en pie y miró a Babalatchi con dureza. Pero el malayo, con el aire más cándido del mundo, contestó:

—¡Eh, eh, *tuan!*, ¿por qué me lo pregunta usted en ese tono?

—Porque sí, amigo mío —siguió diciendo Lingard—. Yo he vivido mucho, y...

Con ademán distraído, cogió la escopeta y comenzó a examinarla detenidamente. Luego comentó a media voz:

—Es una buena arma. El gatillo funciona bien. Sólo que el modelo es muy antiguo...

Babalatchi repuso con viveza:

—¿Muy antiguo? No lo crea usted, *tuan*. En mi juventud se la arrebaté a un árabe, a un árabe muy valiente. Me ha servido a maravilla más de una vez. Puede usted creerlo.

—¡Ya, ya! —asintió Lingard en el mismo tono distraído—. Pero, de todos modos, me extraña que la deje usted enmohecerse así —añadió, y se sentó de nuevo, con la escopeta entre las rodillas.

—Pues enmohecida y todo es una escopeta excelente. Llévela donde quiera y se convencerá. Naturalmente, esto es mejor... —repuso Babalatchi.

Y Babalatchi tocó ligeramente la culata de un revólver que asomaba de un bolsillo de la americana blanca del capitán.

—¡Quite usted, hombre! —exclamó Lingard en tono festivo.

Sonriendo, Babalatchi se apartó un poco.

Hubo un largo silencio. Lingard, con el ceño fruncido, miraba a Babalatchi fijamente, mientras el malayo trazaba con un dedo líneas misteriosas en la estera en que se había sentado. Del exterior llegaban las voces y las risas de los remeros, que habían encendido una hoguera en la gran explanada de la casa de Lakamba y se agrupaban alrededor del fuego.

—Bueno, ¿qué hay de ese hombre blanco? —preguntó al fin Lingard.

Babalatchi pareció no oír la pregunta. Siguió trazando signos misteriosos en la esterilla, y al fin dijo:

—¡Ah, el hombre blanco! Ya sé. Aunque no importa quién sea. Ése u otro hombre blanco le inspiran... ¿No es usted marino?

—Si lo sabe, ¿por qué me lo pregunta? —repuso Lingard en voz baja.

—¡Sí, sí, ya sé! Usted es marino, como nosotros lo somos en el fondo. Y, como nosotros, los malayos, no siente gran simpatía por los otros blancos.

—Se equivoca, amigo mío. Yo siento sincera simpatía por los blancos. Lo que ocurre es que no me gusta hablar más de lo preciso para expresar mis sentimientos y mis deseos, ¿comprende? He venido aquí a ver a ese hombre blanco que ha ayudado a Lakamba a levantarse contra Patalolo, porque Patalolo es mi amigo y aliado. Dígame dónde está ese hombre. Tengo que hablar con él.

—¿Cómo? ¿Hablar con él nada más, *tuan*? La noche es muy larga, y la muerte sólo es cuestión de unos momentos —repuso Babalatchi, hablando en su simbólico lenguaje—. Eso lo sabe usted, que ha tratado y comerciado con tantos hombres de mi raza. Yo mismo luché contra usted hace muchos años, con las armas en la mano. ¿No lo recuerda? Fue en Carimata, muy lejos de aquí.

—Yo no puedo recordar a todos los vagabundos que he encontrado en mi camino —repuso el capitán, seria y gravemente.

—Pues sí —continuó Babalatchi—. Hace ya muchos años, muchos. Entonces tenía usted la barba rubia, mientras que ahora parece espuma de mar.

El capitán sonrió y no contestó. Hacía muchos años que vivía entre los malayos, y los conocía demasiado bien para que pudiera extrañarse del lenguaje de su interlocutor. Tal vez aquella noche su paciencia fuese mayor que de costumbre. Estaba dispuesto, si no a escuchar con atención a Babalatchi, por lo menos a dejarle hablar. Esperaba que en el curso de la conversación el malayo aludiera a Willems, a la vida y a la conducta de éste en Sambir, lo cual le permitiría formarse una idea para la estricta aplicación de la justicia.

Porque Lingard sólo quería hacer justicia. Nada de venganzas. Era su deber hacer

justicia, y hacerla precisamente por su propia mano.

El malayo seguía hablando, y el capitán le miraba de un modo distraído, oyendo apenas su voz y siguiendo el movimiento de sus labios gruesos y sucios. Por la imaginación de Lingard desfilaban, como llamados por las palabras del indígena, todos los recuerdos de su larga vida de marino: sus luchas en Carimata, los difíciles tiempos en que empezaba a comerciar por aquellas islas y por aquellos mares; en fin, mil pequeños detalles y anécdotas de su existencia aventurera y nómada, entre los que descollaba el encuentro de aquel vagabundo medio muerto de hambre que una noche recogió en la rada de Samarang.

Se acordaba de la impresión que le causó Willems desde el primer momento. Todo le había agradado en él: su confianza en sí mismo, su energía, su gran deseo de mejorar de suerte y de trabajar con firmeza y con paciencia, su buen humor, que le hacía estar alegre en medio de la desgracia, su carácter igual y amable. Hasta sus defectos se le habían hecho agradables, porque le recordaban los suyos. Lingard había procurado desde el principio ayudar a aquel hombre. Había sentido por él idéntico interés al que sentía en aquellos momentos en que parecía que todo iba a terminar entre ellos para siempre. Al pensar en esto, el capitán frunció el ceño. Y sus ojos se perdieron en las sombras a través de la puerta entreabierta, en la hermosura de la noche tropical, como si quisieran interrogar al porvenir sobre los sucesos que iban a desarrollarse.

II

Babalatchi cesó de hablar. Lingard se movió lentamente en su asiento. El indígena le había relatado a su manera los sucesos ocurridos en Sambir, mientras el marino se iba formando su composición de lugar.

—Bien —murmuró Lingard al fin, cuando el malayo guardó silencio—, sus gentes han hecho lo que usted me ha contado; pero pronto se arrepentirán, y usted lo sentirá por ellos. El mismo Abdulah hará que el gobernador holandés venga a Sambir y se apodere de la colonia.

Babalatchi señaló la puerta de la casa, y dijo:

—Usted sabe que todo eso son bosques, ¿verdad? Lakamba gobierna ahora el país. Y, sin embargo, *tuan*, ¿puede decirme si los grandes árboles de esos bosques conocen el nombre del gobernador? No. Esos árboles, esos campos admirables, nacen, viven y mueren sin saber nada, sin sentir nada tampoco. Son hijos del suelo, hijos de Dios.

—Sin embargo, un árbol muy grande puede caer bajo los golpes de un hacha muy pequeña. Y recuerde usted, amigo mío, que las hachas las hacen las manos de los hombres blancos. Usted comprenderá el sentido de mis palabras cuando haya izado la bandera holandesa sobre el tejado de estas casas.

—¡Ah! Parece que está escrito que toda la tierra ha de pertenecer a los hombres de su raza, que tienen bello el rostro, pero duro y feo el corazón. Sin duda, el gran rajá de Batavia es muy fuerte, pero también es posible que le engañemos. No olvidemos que cuando se está muy lejos no se puede ejercer una autoridad eficaz y firme sobre nadie. Tendría que hablar muy alto para que le oyéramos aquí. En cambio, si nosotros gritamos, él no sólo oirá nuestras voces, sino que vería cómo acudían otras gentes en nuestro auxilio.

—Si yo le hablara a Patalolo lo haría para bien de todos —repuso Lingard con la mejor buena fe.

—¡Ésas son palabras de un verdadero hombre blanco! —murmuró Babalatchi amargamente—, pero yo los conozco bien. Dicen eso mientras cargan los cañones y afilan las espadas; y cuando están armados hasta los dientes, entonces se vuelven hacia los débiles y les dicen: «¡Obedéceme y sé feliz... o mueres!». ¡Ah, sí, yo conozco a los blancos! Ustedes creen que sólo su sabiduría, su virtud y su felicidad son las verdaderas. Y lo único que ocurre es que son fuertes, pero no sabios. Un tigre sabe cuándo tiene hambre y cuándo no la tiene; conoce la diferencia que hay entre él y los seres que hablan, los hombres. En cambio, los blancos no comprenden la diferencia que hay entre ustedes y nosotros..., que somos hombres también. Tal vez sean ustedes inteligentes y grandes, pero en el fondo siempre serán unos locos.

Como un iluminado, levantó ambas manos con tanta violencia que la nube de humo que ocultaba el techo se estremeció, como si hubiese entrado una bocanada de aire. Lingard le miró con curiosidad.

—¡Vamos, vamos! —repuso con dulzura—. ¿A quién he matado yo aquí? ¿Dónde están mis cañones o mis sables? ¿De qué diablos está usted hablando, hombre? ¿A quién he devorado yo, vamos a ver?

Babalatchi pareció calmarse y contestó con calculada cortesía:

—Usted es marino, y nos quiere. Pero no me arrepiento de lo que acabo de decir que es todo lo que hay en mi corazón. Además, usted es un hombre fuerte y noble. Solamente una vez ha sido el mar más fuerte que usted, rajá del mar.

—¿Cómo? —preguntó Lingard con asombro—. ¿Acaso sabe usted que...?

—¡Oh, sí! Hasta nosotros llegaron las noticias de lo que le había ocurrido a su barco, y algunos se alegraron mucho de ello. Yo, no. Entre los blancos, que son demonios, usted es al menos un hombre.

—¡Gracias, amigo, gracias!

Babalatchi sonrió ligeramente. Luego, su rostro adquirió una expresión grave y triste.

—Si hubiera usted venido un día antes, *tuan*, habría visto morir a un enemigo. Le hubiese usted visto morir pobre, ciego, desgraciado, más miserable que nadie, sin dejar un hijo que cave su sepultura y hable eternamente de su valor y de su sabiduría. Sí; habría visto al hombre que un día luchó contra usted en Carimata, entonces fuerte y poderoso; le habría visto morir aquí solo, abandonado por todos menos por mí, un amigo noble y leal. Hubiera sido un gran espectáculo para usted.

—No, para mí no —repuso el capitán—. No había vuelto a acordarme de él hasta que usted ha pronunciado su nombre hace un momento. Usted no nos comprende: nosotros, los blancos, peleamos, vencemos y dominamos a nuestros enemigos, pero los olvidamos en absoluto.

—¡Ya, ya! —dijo Babalatchi con cortés ironía—. Los blancos son tan grandes que no quieren siquiera recordar a sus enemigos. ¡Ya, ya! Nos compadecen y desprecian tanto, que llegan a olvidarnos. Usted es muy bueno, señor, muy bueno; pero yo pienso que entre ustedes mismos hay alguien a quien usted recuerda perfectamente. ¿Verdad que sí?

Lingard no contestó. Sus hombros se alzaron de un modo imperceptible. Luego apoyó en las rodillas los cañones de la escopeta y examinó distraídamente el gatillo.

—Sí —prosiguió Babalatchi en el mismo tono triste—, ha muerto ciego, en la oscuridad más completa. Yo me senté a su lado y le cogí una mano entre las mías, pero él no podía verme. Ella, a la que el padre había maldecido por causa del hombre blanco, estaba allí también, y lloraba con el rostro oculto entre las manos. El hombre blanco se paseaba por la gran explanada, asomándose de vez en cuando al umbral, contento y alegre de que el moribundo estuviese ciego. ¿Sonríe usted? ¡Sí, se alegraba! En las primeras horas de la mañana, el ciego, tan débil, se puso en pie y murmuró unas cuantas palabras que no iban dirigidas a los oídos humanos. Yo le sostuve, pero al infeliz le había llegado la hora de comparecer ante el Justo. Las gentes de la casa me llevaron una sábana blanca, y yo le envolví en ella, y luego cavé

su fosa. Su hija lloraba. El hombre blanco se acercó a la puerta y comenzó a gritar, pero sus gritos eran de cólera. Luego cogió a la mujer por un hombro y la sacó a la fuerza de la estancia. ¿Comprende usted, *tuan*? Yo, que acababa de ver morir a Omar, vi entonces a la muchacha caída a los pies de aquel perro blanco que me había engañado, retorciéndose e implorando perdón por el dolor que le causaba la muerte de su padre. ¡Era horrible! ¡La hija de Omar, del hombre que un día fue grande y fuerte, arrastrándose a los pies de aquel esclavo de Abdulah! Por eso mis puños se crispan, como se crispan de orgullo y a la vez de cólera por el hecho de que estemos bajo la bandera holandesa y de que Abdulah pueda hablar de igual a igual al gobernador de Batavia. Nosotros no queremos tener ningún conflicto con los hombres blancos. Abdulah ha dado una orden, y yo la obedeceré.

El capitán comenzaba a comprender. Luego, disimulando sus pensamientos, dijo:
—Parece que se irrita usted, Babalatchi.

—No, no me irrito, *tuan* —repuso el indígena serenándose—. No me irrito. ¿Por qué? Yo sólo soy un pobre malayo, que ha tenido que huir muchas veces ante los hombres blancos, ante los hombres de su raza. He sido criado de unos y de otros, y he tenido a veces que trabajar y dar consejos por un puñado de arroz. ¿Por qué he de estar irritado ahora? Además, ¿de qué sirve la cólera cuando no somos fuertes para luchar? Pero déjeme decirle que ustedes, los blancos, lo han acaparado todo aquí, como en todas partes: la tierra, el mar, la fuerza para la guerra..., dejándonos a los indígenas solamente su justicia, una justicia de hombre blanco, que juzga en frío, sin apasionarse jamás.

Se levantó, se acercó un momento al umbral y miró hacia el campo dormido. Luego volvió a entrar y se apoyó en la pared. La antorcha, casi completamente consumida, ardía penosa y difícilmente, con una ligera crepitación de la llama vacilante. Lingard pensaba en Willems, al que le era preciso ver. ¿Dónde estaba? ¿Acabaría por saberlo?

De pronto, Babalatchi comenzó a hablar de nuevo en voz muy baja. Lingard parpadeó y levantó la cabeza, como si despertara.

—Y ahora, *tuan*, ya lo sabe usted todo. Lakamba vive en el antiguo palacio de Patalolo. Abdulah ha empezado a construir varios almacenes y casas en Sambir, de piedra, por cierto, y como el pobre Omar ha muerto, yo no me marcharé de aquí y viviré con Lakamba como un criado más. ¡He servido a tantos amos! El mejor de ellos duerme ya para siempre en la tierra, envuelto en una sábana, sin ninguna señal sobre su tumba, excepto las cenizas de la pobre cabaña donde murió. ¡Sí, *tuan*! El hombre blanco, lleno de cólera por el dolor de la hija del muerto, destruyó la casita de bambúes, mejor dicho, la choza donde murió mi pobre amo. Sí, *tuan*; el infame, con una antorcha en la mano, penetró en la choza donde yo acababa de enterrar el cadáver de Omar y me gritó que saliera pronto, me maldijo en el nombre de su Dios y me amenazó con abrasarme vivo si no me marchaba con la rapidez que él quería. A la muchacha le dijo lo mismo. Luego le pegó fuego a la choza de bambúes.

—¡Oh, el infame! —murmuró Lingard, horrorizado—. Pero, escuche; usted sabe que ese hombre blanco es una excepción, que no es como los otros. Ese hombre es... ¡no sé cómo decirle!

Babalatchi levantó la mano con desdén. Luego sonrió con sarcasmo, mostrando dos filas de dientes relucientes y rojos de mascar betel.

—¡Ya, ya! No es como usted, ni mucho menos, *tuan*. Usted es como nosotros, aunque más sabio y fuerte. Sin embargo, él también es muy listo, y habla de usted sin respeto alguno, como los hombres blancos hablan de sus camaradas.

Lingard se estremeció como si le hubieran pinchado.

—¿Cómo? ¿Habla de mí? ¿Y qué dice, qué dice de mí?

—¡Bah! ¿Qué importa lo que pueda decir, si usted mismo reconoce que no es un hombre? Además, no está bien que yo repita las palabras que ha dicho el hombre blanco refiriéndose a otro. Él se jactaba de haber aprendido mucho de la experiencia de usted años atrás, y otras cosas que ya he olvidado. Sin embargo, *tuan*, yo he...

Lingard cortó las protestas del malayo con un rápido movimiento de su mano derecha, que se agitó en el aire unos segundos, y Babalatchi continuó en otro tono:

—Pero yo me iré, y el hombre blanco se quedará aquí, con el espíritu del muerto y con esa mujer, que se ha apoderado de su corazón. Él, siendo blanco, no puede oír las voces de los muertos. Dígame, *tuan* —añadió Babalatchi con intensa curiosidad—, ¿ustedes, los blancos, no oyen nunca la voz de los muertos?

—Nosotros no, porque aquellas personas a quienes no vemos no pueden hablar.

—¿Cómo es eso? Entonces, ¿no saben que hay maneras de hablar sin palabras? Los malayos oímos muchos rumores y sonidos extraños cerca del lugar donde hay gente enterrada. Esta misma noche he oído algo. Quizá me equivoque, pero lo cierto es que me ha parecido oír algo. No es agradable oír la voz de los muertos. El espíritu de Omar debe ser oído por ese hombre que dice que no conoce el miedo, ni el amor a los otros hombres, ni la piedad; que no conoce más que el orgullo y la soberbia.

La antorcha vaciló aún más, como si fuera a apagarse. Entonces Babalatchi se encaminó al fondo de la estancia y abrió una especie de gran ventana cuadrada, por la que entró una corriente de aire que apagó la luz por completo.

—¿Qué es eso? —dijo Lingard, levantándose sorprendido.

Babalatchi permaneció junto a la ventana recién abierta, por la que entraba la luz de las estrellas. Luego dijo señalando hacia fuera:

—Desde aquí puede usted ver el patio y la casa del hombre blanco, *tuan*.

—No veo nada —repuso Lingard, asomándose—. Está muy oscuro.

—Está usted deslumbrado. Dentro de un momento verá. Cuidado con la escopeta. Está cargada.

—¡Bah! No tiene pedernal. Y estoy seguro de que no encontrará usted uno en muchas leguas a la redonda. Es una locura cargar la escopeta en estas circunstancias.

—Tengo un pedernal que me regaló un amigo de Penang. La escopeta es soberbia. Desde aquí, el tiro llegaría a la puerta de la casa del hombre blanco.

—¿Es aquélla la casa, aquello blanco que se ve allá arriba?

—Sí —repuso Babalatchi—, ésa es la casa. Él vive ahí por orden de Abdulah, y vivirá ahí hasta que... Desde aquí se puede ver durante el día la empalizada y la explanada de la casa, y la puerta por donde el sale cada mañana como un hombre endiablado.

Babalatchi tocó ligeramente en un hombro al capitán y añadió:

—Espere un poco, *tuan*. No tardará en amanecer, aunque no creo que haya sol en el nuevo día. Pero, de todos modos, podrá usted verle.

El capitán vio que una mano de Babalatchi se alargaba en la sombra.

—¿Qué hace usted? —dijo el marino con impaciencia—. No se preocupe por la escopeta. Mejor haría usted encendiendo una luz.

—¡Una luz! Ya le dije, *tuan*, que no tardará en amanecer.

Y al decir esto volvió a alargar la mano y cogió la escopeta, que el capitán soltó al fin sonriendo levemente y encogiéndose de hombros en la sombra.

—Tal vez amanezca pronto —dijo el capitán, acodándose en el alféizar—, pero la verdad es que todavía está muy oscuro.

Babalatchi se inquietó.

—No es conveniente para usted estar aquí, desde donde puede ser visto.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—¡Oh! Seguramente el hombre blanco duerme ahora, pero es posible que se levante temprano, y como tiene armas...

—¡Ah! ¿Tiene armas?

—Sí, señor. Tiene un revólver de repetición como el suyo. Se lo regaló Abdulah.

Lingard permaneció inmóvil. No pensó que aquella arma pudiera ser peligrosa en manos de Willems. Consideraba a su antiguo protegido incapaz de una mala acción con él, a pesar de todo lo que había ocurrido en Sambir durante su ausencia.

De todos modos, una especie de leve inquietud fue creciendo en su pecho. Acostumbrado a que todos los que le rodeaban le mostrasen el respeto y la gratitud que nos inspira una persona a la que debemos buenas acciones, Lingard se estremecía un poco al pensar en la ingratitud de Willems. Y temía encontrarse frente a su antiguo protegido, sintiéndose presa de un malestar que no había experimentado en su vida. Luego comenzó a rasgarse el cielo con las primeras claridades del alba, un alba pálida, triste y gris en que apenas se dibujaban los contornos de las cosas. Luego, poco a poco, los ojos de Lingard fueron distinguiendo aquí un árbol, más allá un matorral, un poco más lejos el lindero de un bosque o un apretado grupo de árboles. Dentro de la casa, Babalatchi, que poco antes había sido nada más que una voz persuasiva y suave, se convirtió en una forma humana que apoyaba imprudentemente su barbilla en la boca de la escopeta, mirando con su único ojo a aquel mundo que despertaba. Luego, la claridad fue aumentando rápidamente, aunque en la atmósfera quedaban flotando la neblina del río y las bajas nubes que cabalgaban sobre los bosques, amenazadoras y negras.

Babalatchi tiró de la manga al capitán, y cuando éste levantó la cabeza interrogadoramente, extendió un brazo hacia la casa de Willems, ya perfectamente visible a la derecha, tras el gran árbol de la explanada, y dijo:

—Mire usted allí, *tuan*. Aquélla es su casa. Por aquella puerta va a aparecer él bien pronto, con los cabellos en desorden y la boca llena de maldiciones. Siempre maldice. Como buen hombre blanco, nunca está contento ni satisfecho, y yo creo que maldice hasta en sueños. Como puede usted observar, su puerta da frente a esta ventana, que queda oculta a sus ojos. Fíjese qué cerca está.

—Sí, sí, ya veo. Podré verle en cuanto se levante.

—Desde luego, *tuan*; le verá cuando se levante. Si usted sigue aquí, él no podrá verle a usted, lo cual es una gran ventaja. Nadie puede verle a usted. Yo me marcharé pronto en mi canoa. Soy un pobre criado, y debo ir a Sambir para saludar a Lakamba y ponerme a sus órdenes cuando despierte. Tengo que acatar las órdenes de Abdulah, que es muy fuerte y poderoso, más que usted mismo, *tuan*. Ahora, si usted permanece aquí, podrá ver perfectamente al hombre que se ha aliado con Abdulah sin dejar de llamarse amigo de usted, aunque luchando contra su aliado Patalolo. Sí; Willems tramó con Abdulah lo de la bandera holandesa en Sambir. Lakamba estaba ciego entonces, y yo fui engañado como un niño. Y usted tenga cuidado, porque le engañará también. Se jacta ante todo el mundo de engañar a quien quiere.

Apoyó la escopeta en la pared y añadió:

—Bien, yo me marchó, *tuan*. Tenga usted cuidado con la escopeta. Está cargada, y le he puesto el pedernal, que no falla nunca.

Lingard miraba hacia fuera, donde los pájaros, cada vez más numerosos, revoloteaban sobre los campos y los bosques, que empezaban a despertar. Una bandada de pájaros blancos, de esos que los indígenas llaman «pájaros del arroz» por frecuentar los arrozales, levantó de pronto el vuelo, y al llegar sobre los árboles de un bosque vecino se esparció en todas direcciones, como si fueran los fragmentos de una granada extraña y silenciosa. Aquí y allá surgían figuras de mujeres y de los primeros trabajadores del campo. Se oían voces y cánticos, y más lejos otras voces que contestaban. Babalatchi tosió varias veces y dijo aún:

—Bien, me voy. Ahora sí que me voy. ¿Quiere usted cuidar un poco de mi escopeta? No tengo más remedio que marcharme, porque soy un hombre que sabe obedecer, que obedece a todo el mundo; ya ve usted, hasta al mismo Abdulah, que me ha engañado. Si necesita mi escopeta, considérela como suya. Es de gran alcance, *tuan*, como usted habrá visto. Y le he puesto doble carga.

Lingard miraba a su interlocutor triste y distraídamente. Pero cuando el malayo pronunció las últimas palabras, el viejo lobo de mar frunció el ceño y, acercándose a Babalatchi, dijo con cierta ironía:

—Pero, bueno, ¿cree usted que he venido aquí para matar a ese hombre? ¡Hable claro!

—¿Y a qué otra cosa ha podido venir, *tuan*? —repuso Babalatchi—. Recuerde lo

que ha hecho. Él fue envenenando poco a poco nuestros oídos, hablándonos de su poderío, de lo fácil que sería vencerle a usted y a su asociado, ese señor de Sambir. Y si usted no ha venido a matarle, entonces o yo estoy loco... —Hizo una pausa, se golpeó fuertemente su pecho desnudo y terminó—: ¡O yo estoy loco, o lo está usted!

El capitán le miró con desdeñosa serenidad. Encontraba lógico, después de todo lo que le habían contado de Willems, que aquel hombre pensara que él había ido a matar al traidor. Se sintió indulgente hacia el indígena, y repuso:

—Está usted furioso contra Willems, amigo tuerto. Pero a mí me parece que tiene usted mucho que ver con lo que ha ocurrido últimamente en Sambir.

—Que yo perezca bajo su mano, ¡oh, *tuan!* —repuso el malayo con énfasis, oriental—, si le engaño. Se encuentra usted entre sus enemigos, entre sus mayores enemigos. Ese hombre, Willems, también es su enemigo, pues Abdulah no hace nada sin consultárselo... Y yo mismo, a pesar de sentir un gran respeto por usted, ¡oh, rajá del mar!, no tendría más remedio que obedecer las órdenes de Abdulah. ¡Y ahora, si quiere, máteme!

El capitán, que hasta entonces se había mostrado sereno y tranquilo, sintió que la cólera hervía en su pecho al oír las palabras del indígena. Y, avanzando hacia él con los puños cerrados, rugió:

—¿Qué dice, cerdo inmundo? ¿Que usted también es enemigo mío? ¿Usted? ¡Qué más quisiera! ¡Salga!

Y le empujó hasta el umbral, siguiéndole luego a la diminuta veranda de madera en que terminaba la escalera que daba acceso a la cabaña. Los remeros, que se calentaban alrededor del fuego, volvieron la cabeza en dirección a los dos hombres, y luego extendieron de nuevo sus manos hacia las llamas. Las mujeres que trabajaban con las herramientas en sus manos callosas, bajo los cobertizos del arroz, se detuvieron un instante para mirar al capitán y se pusieron a cuchichear luego.

—¿Es éste el camino? —preguntó Lingard a Babalatchi en voz alta, señalando la puertecita que comunicaba el huerto con el campo donde estaba la casa de Willems.

—Si busca la muerte, ése es el camino —repuso Babalatchi en voz baja y con ironía, como un hombre que ya no se emociona por nada, por monstruoso y absurdo que sea—. Como le he dicho, allí vive ese hombre, que ha sabido vencer y dominar a sus amigos, que se alegró de la muerte de mi amo Omar, adelantándola a fuerza de disgustos, y que en unión de Abdulah tramó primero un complot contra usted y luego contra mí. ¡Qué vergüenza! Yo me he dejado engañar como un niño. Pero vaya usted si se empeña.

—Yo voy donde quiero —repuso Lingard con energía y desdén—. Y usted puede irse al diablo, si ése es su gusto. Ya no le necesito. Las ideas de todos estos mares se humillarán ante mí, ante el rajá Laut, que seguirá sirviendo con la mejor voluntad a los indígenas. Pero escúcheme bien: cuando yo me vaya, no me importa lo que puedan hacer con ese hombre. Y conste que le digo esto porque soy humano y compasivo.

—¿Lo que hagamos con él? —repuso Babalatchi encogiéndose de hombros—. Yo no haré nada, ¡pobre de mí! Yo estoy al servicio de Abdulah, y ya no me preocupo de ese hombre, se lo juro. Puede tener la seguridad de que la lección me ha abierto mucho los ojos. Ya no hay hombres honrados y rectos en ninguna parte. En cuanto a ustedes, los blancos, son crueles con sus amigos, y en cambio piadosos y dulces con sus enemigos. Y eso, ¡oh rajá de los mares!, eso es lo que hacen los locos y los insensatos.

Y se marchó hacia el río, sin volver ni una sola vez la cabeza, desapareciendo pronto de la vista de Lingard, oculto por la niebla que flotaba sobre las aguas y que invadía las verdes orillas.

El capitán se volvió hacia sus remeros y gritó:

—¡Eh, vosotros! En cuanto comáis un poco de arroz, estad dispuestos con los remos. ¿Habéis oído?

—¡Está bien, mi amo! —repuso la voz de Alí, levantándose un instante junto al fuego—. Sí, amo, le hemos oído.

Lingard empujó entonces la puertecilla de madera, dio algunos pasos, ya dentro del campo donde estaba anclada la casa de Willems, y se detuvo al fin. Una ráfaga de aire más frío agitó las matas y las ramas de los árboles. Instintivamente, Lingard levantó la cabeza, con un movimiento típicamente marinero, de hombre acostumbrado a mirar al cielo a cada instante. Sobre él, las nubes, negras, espesas y amenazadoras, se apelotonaban, precursoras de una tormenta terrible.

III

—¡Cuidado!

El tono con que fue pronunciada esta palabra, proferida por una voz cascada y aguda, estremeció al capitán, que frunció levemente el ceño y miró a un lado y a otro. No veía a nadie. Los ojos agudos y vivos del marino recorrieron en un par de segundos todo el espacio del cercado de la casa de Willems. ¡No había nadie! Vio el gran árbol, las cercas de bambúes, las plantaciones abandonadas, pilas de leña, barriles y sacos vacíos de arroz.

El capitán avanzó entonces de modo que el tronco del gran árbol situado en el centro de la explanada le ocultase a los ojos de cualquiera que pudiese salir de la casa, a la que se subía, como era costumbre en el país, por una escalerilla de madera.

De pronto, Lingard vio surgir tras un montón de leña a una mujer vieja, diminuta y arrugada, que al oír sus pasos se volvió con un leve estremecimiento. La vieja se arrodilló entonces ante una hoguera medio apagada que había cerca de un bosquecillo, y comenzó a soplar las brasas. Lingard pareció vacilar un instante.

Al fin se acercó a ella y le dijo:

—¿Fue usted la que gritó?

—Le he visto entrar —repuso la vieja, sin dejar de soplar las brasas y sin levantar la cabeza—, y por eso lancé el grito de aviso. Es la orden que ella me ha dado.

—¿Y ella la oyó a usted? —inquirió Lingard, que había comprendido en seguida.

Los puntiagudos hombros de la vieja se alzaron bajo sus ropas de un blanco dudoso. Luego se levantó con dificultad y se acercó con paso trémulo a una pila de leña que se veía junto a la valla de bambúes.

Lingard miró hacia la casa, oyendo el suave ruido producido por unos pies sobre los peldaños de madera. Entonces pudo ver a Aissa, que se dirigía lentamente a la explanada. Después de dar algunos pasos precipitados hacia el gran árbol, la muchacha se detuvo como con súbito terror, y sus ojos miraron ansiosamente a un lado y a otro como si buscara a alguien.

Iba descubierta. Una especie de túnica azul abotonada en uno de sus hombros la cubría de los pies a la cabeza, y formaba a lo largo de su cuerpo una serie de artísticos pliegues. Una trenza de pelo negrísimo dividía su pecho, como una raya de hierro o un pedazo de ébano. Sus brazos desnudos habían caído a lo largo de su cuerpo; tenía las manos abiertas, con los dedos un tanto crispados. Sus anchos hombros y su hermoso pecho le daban el aspecto de una atractiva e interesante figura de teatro.

Había cerrado la puerta de la casa con sumo cuidado, procurando no hacer el menor ruido. Al verla allí, parada en medio de la senda, con los ojos muy abiertos y las manos crispadas, inmóvil, pero con una inmovilidad que tenía algo trágico, a Lingard se le antojó una figura sobrenatural, una mujer de mármol, una estatua que hubiera surgido del suelo bajo aquel cielo brumoso y amenazador, indiferente a la tormenta que se cernía sobre su cabeza y a los aleteos furiosos del viento huracanado,

que agitaban su túnica como una bandera desplegada.

Después de mirar hacia lo alto de la casa de Willems, Lingard salió de detrás del árbol y avanzó despacio hacia la muchacha.

La súbita fijeza de los ojos negríssimos y enormes de la joven y el leve temblor de sus manos, hicieron comprender al capitán que le había visto.

Al observar que él seguía avanzando en dirección a la casa, Aissa dio unos pasos rápidos y vivos y, cerrándole el camino, extendió los brazos en forma de cruz.

Sus ojos, enormemente abiertos e inmóviles, relucieron con un brillo que reflejaba a la vez el odio, el horror y la cólera. Sus labios se estremecieron un instante como si fueran a hablar, pero ningún sonido salió de su boca.

Durante un momento, ambos guardaron un silencio en el que parecía flotar una tragedia inevitable.

Un tanto turbado y violento, Lingard se detuvo y miró a la muchacha con dura y fría curiosidad. Al fin murmuró en tono sereno y respetuoso:

—Déjeme pasar. He venido aquí para hablar con ese hombre. ¿Está escondido? ¿Acaso la ha mandado a usted a mi encuentro?

La muchacha avanzó un paso y se acercó más a Lingard con los brazos extendidos. En voz muy baja, y moviendo levemente su linda cabecita, dijo:

—Ese hombre no conoce el miedo. Ha sido mi propio miedo el que me ha hecho venir al encuentro de usted. Él está durmiendo todavía.

—¡Oh! Ya ha dormido bastante —contestó Lingard en el mismo tono sereno y tranquilo—. Tengo que verle, y debe levantarse. Vaya usted y avísele, si no quiere que lo llame yo mismo desde aquí. Si yo le grito, conocerá mi voz en seguida, pues la ha oído muchas veces.

Y sin poder contenerse, el capitán apartó las manos extendidas de la muchacha, como si fuese a continuar andando hacia la casa.

—¡No vaya usted, por favor! —murmuró Aissa, cruzando las manos y cayendo de rodillas a los pies de Lingard, con tal rapidez que pareció segada por una guadaña.

Lo rápido e inesperado del movimiento hizo que Lingard se estremeciera ligeramente y diese un paso atrás.

—¿Cómo? ¿Qué es eso? —exclamó a media voz, en el colmo del asombro. Y añadió en tono duro y decidido, de mando—: ¡Levántese!

Ella obedeció inmediatamente, y permaneció inmóvil, mirándole con temor, tímidamente, temblorosa y humilde, dudando y dando a entender a Lingard, por el brillo de sus ojos de fuego, que en aquel momento relucían como dos ascuas, su propósito de no ceder aunque le costara la vida.

El capitán añadió con mayor severidad:

—¡Quítese de delante! Usted es la hija de Omar, y debe saber que cuando dos hombres tienen que tratar noble y francamente un asunto a la luz del día, las mujeres han de callar y sufrir su propio destino sin intentar ninguna violencia.

—¡Las mujeres! —contestó la muchacha con ironía y vehemencia—. Sí, es

verdad: yo soy una mujer. Ante sus ojos, ¡oh, rajá Laut!, yo soy una mujer como las otras. Pero usted no conoce mi vida, no sabe mi historia. Usted no sabe, no puede saber. Yo he asistido a cien batallas, lo mismo que usted; he oído mil veces silbar junto a mi cabeza las balas y las granadas, y he sentido caer sobre mí las ramas y las hojas de los árboles arrancadas por la metralla; he visto millares de manos coléricas que se alzaban empuñando armas llenas de sangre; he visto a los hombres caer muertos alrededor, como pobres insectos pisoteados, lanzando gritos de miedo, de horror y de rabia impotente; he velado el sueño de los fugitivos exhaustos, y he contemplado cuadros de tragedia, visiones de infierno, días tormentosos y noches largas y terribles como las pesadillas de la guerra. Y yo —añadió la hermosa muchacha con un acento a la vez triste y altivo—, yo he hecho frente a tempestades en el mar, con mi padre, en barcos miserables; he sostenido en mi regazo a los remeros muertos de sed, de fatiga o de hambre, y luego he cogido los remos y he remado por ellos, sin que muchas veces se enteraran los que iban conmigo de que había muerto un hombre y yo ocupaba su lugar. ¡Todo eso he hecho yo, y ésa ha sido mi vida! ¿Cuál ha sido la suya?

El tono de aquellas palabras y la energía con que fueron pronunciadas tuvieron la virtud de dejar al capitán inmóvil y atento, asintiendo levemente con la cabeza sin darse cuenta de lo que hacía.

Cuando la joven cesó de hablar, lanzó un largo suspiro. En sus grandes ojos negros, que entonces tenían un reborde blanco y azulado alrededor de las pupilas, brillaba una doble llama, que era algo así como el fuego de su corazón.

Después de un largo silencio, que pareció dar más énfasis y acentuar el significado de sus palabras, la hermosa muchacha añadió con leve amargura:

—¡Y yo me he arrodillado a sus pies! ¡Ah, qué horror!

—Usted —dijo al fin Lingard, siempre con su tono sereno y reposado, impregnado en aquel instante de cierto énfasis admirativo— es una mujer excepcional, cuyo corazón basta y sobra para colmar el amor de un hombre. Pero, de todos modos, usted es una mujer, y yo, el rajá Laut, no tengo que decirle nada, no puedo decirle nada de lo que tengo que decir a ese hombre.

Ella le escuchó inclinando la cabeza, en un movimiento de forzada atención. La voz del marino sonaba en sus oídos, en sus pobres oídos de mujer apasionada y enloquecida, distante e irreal, como las voces que oímos en sueños, que no podemos comprender y a las que nos es imposible contestar. ¡Aquel hombre no tenía nada que decirle, no quería decirle nada!

Entonces Aissa se retorció dolorosamente las manos, y, levantando la vista, contempló aquellas nubes indiferentes y frías, aquel cielo que había visto el nacimiento de su amor, que había oído sus palabras y sus apasionados suspiros, sus esperanzas y sus anhelos, que había sido testigo de su lucha interior, de sus deseos, de sus miedos, que había presenciado sus locas alegrías, su rendimiento y su derrota final. Y le pareció que iba a morir, abandonada de todos, abandonada de sus propias

fuerzas, porque no podía proteger con su pecho y con su amor al hombre querido.

Lingard, avanzó un paso, y aquel leve movimiento hizo prorrumpir a la muchacha en una catarata de palabras febriles y desordenadas:

—¡Espere, espere, por su Dios! —comenzó a decir con voz temblorosa—. ¡Espere! He oído hablar mucho de usted a los hombres de mi raza. Y todos dicen que usted, que es el guerrero más grande de los mares, no ha querido oír nunca la voz de piedad y de perdón de sus enemigos durante la batalla, pero que luego, en la paz, es usted piadoso, dulce y magnánimo, y que siempre escucha la voz de los niños y de las mujeres. Ellos dicen eso. Y yo, puesto que usted afirma que soy una pobre mujer, una mujer como las otras... ¡Oh, por favor!

Se calló de pronto, como si le hubiera faltado el aliento, y permaneció inmóvil ante él, tan inmóvil que Lingard creyó de nuevo tener ante sí a una estatua, a un ser irreal, ajeno al miedo, a la esperanza, a la desesperación, a la cólera, a todas las pasiones. Y en la terrible quietud en que había quedado, sólo se movían de un modo imperceptible las aletas de su nariz, como el pecho de un pájaro cogido entre las manos de un niño.

—Yo soy un hombre blanco —dijo Lingard al fin, mirando fijamente a la muchacha, con una expresión en la que la curiosidad dejaba paso a una piedad sincera y profunda—, y, por lo tanto, ajeno a lo que puedan decir de mí y de mi valor los hombres de su raza. Creo que no desoigo nunca las lógicas súplicas de una mujer, y mucho menos cuando son justas. Pero escúcheme antes de hablar. No debe usted temer nada en absoluto. Si quiere, puede incluso venir conmigo y refugiarse en la propia casa o en el palacio de Abdulah, un jefe suyo que es también un hombre de su misma religión. Y así, viniendo conmigo, aprenderá a conocerme un poco y comprenderá que nada de lo que pueda hacer o decir cambiará en un ápice mi propósito acerca del hombre que está durmiendo o escondido en esa casa.

La joven miró de nuevo al marino con aquella expresión que momentos antes había hecho experimentar a Lingard la sensación de que recibía una puñalada en el pecho. En aquella mirada no se reflejaban ni el desafío ni la cólera, sino el horror, el súbito pánico del que oye leer su sentencia de muerte. Además, había en aquellas pupilas, negras como la noche de un país montañoso, el intenso deseo de adivinar el sentido de las palabras que el hombre había pronunciado, de comprender la significación, la intención de cada letra, de cada sílaba. El hombre que en aquel momento se erguía ante ella encarnaba su porvenir, su felicidad o su desgracia, el bien o el mal, la esperanza o la desesperación. ¡Y todo dependía de que ella le comprendiese, de que ella entendiera bien el significado de sus palabras, de sus pensamientos, de sus propósitos! Aissa recordaba haber oído a Babalatchi y a los suyos pronunciar palabras espantosas y amenazadoras sobre la suerte de Willems, días antes de los terribles sucesos de Sambir; y, sin embargo, entonces no había experimentado aquel miedo horroroso, ni siquiera al oír que pensaban abandonar a Willems a su propia suerte después de haberse servido de sus conocimientos...

En aquella angustiosa situación, algo la horrorizaba tanto o más que el no comprender las palabras de Lingard: era el pensar que Willems, al que ella se había jurado no abandonar nunca, estaba cada día más lejos de ella, más ausente y con el alma más distante de su corazón. Sí, él parecía cada día más lejano, y, sin embargo, ella le seguía a todas partes, paciente, llena de esperanza, ciega de amor, firme en su ternura, a pesar de todos los desprecios y todos los desaires. A veces se sentía perdida en aquella dulce y constante persecución del hombre amado. Para ella, el explegado del viejo Hudig le parecía algo remoto y, sin embargo, imprescindible, necesario, ineludible para su vida, como el sol para las plantas, el sol vivificador, que fecunda, perfuma y crea.

Había adorado a Willems desde un principio, fascinada de amor, excitado también su temperamento pasional y violento por el peligro. ¡Y en pago, él se alejaba de ella, parecía huir, y quería estar solo, dejándola sola también! Aissa comprendía aquello, como comprendía también que el hombre adorado experimentaba un terror inocultable, un miedo a algo o a alguien que ella no se explicaba, que él no quería confesar. ¿Era el miedo a aquel hombre, a aquel viejo de aspecto venerable, duro y fuerte como un roble? Tal vez. Y si era así, ¿qué iba a pasar? ¿Qué pensaba hacer aquel anciano, aquel rajá del mar, como le llamaban las gentes de Sambir? ¿Iba a expulsarlo de allí? ¿Iba a llevarse a Willems para siempre, a Willems, que era la luz de su vida? ¡Y ella se quedaría allí, en una noche eterna, en una noche peor que la de la tumba, peor que la muerte, porque sería una noche sin esperanza, sin fe, sin fuerza, segura de no volver a ver jamás la luz del sol en el resto de su pobre vida martirizada! ¡Ah, no, no!

Incapaz de dominar su pasión y su horror, la infeliz gritó:

—¿Qué intenta usted? ¿Qué va a hacer? Usted no sabe nada de... Usted desconoce... Y yo no debo...

Lingard la interrumpió con cierta violencia, como si con su intensa mirada le hubiera contagiado sus angustias y sus horrores.

—¡A pesar de lo que usted se figura, yo sé bastante, yo sé demasiado!

La muchacha se acercó a él y, extendiendo ambas manos, las puso en los hombros del marino, que, asombrado por aquella familiaridad y por aquella audacia, abrió y cerró los ojos varias veces, sintiendo que en su interior nacía un nuevo sentimiento, una emoción desconocida y singular, que parecía brotar de las palabras de ella, del tono de su voz, de su contacto, que parecía desprenderse de aquel ser salvaje y sencillo, a la vez tierno, fuerte, delicado, tímido y audaz, que se había interpuesto entre dos vidas, entre él y Willems, entre él y aquel abominable canalla.

—¿Cómo? ¿Cómo puede saber? —continuó diciendo la joven con una voz que parecía brotar de su mismo corazón—. ¿Cómo puede saber? Yo vivo con él, estoy junto a él todos los días, y le conozco bien, le conozco como usted no puede conocerlo. Yo le conservo, le vigilo cariñosamente, observando cada una de sus miradas, cada movimiento de su cuerpo, oyendo todas las palabras que brotan de sus

labios. ¡Yo no veo nada fuera de él! Aquí no hay nadie que le quiera y que le mire como yo. Y, sin embargo, hay momentos en que tampoco yo le comprendo. ¡No le comprendo a él, que es toda mi vida, mi vida entera, que es para mí tan grande que me oculta la tierra y los mares!

Lingard permaneció erguido y serio, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta. Parpadeaba con frecuencia, pues ella le hablaba con el rostro muy cerca del suyo. Se encontraba muy violento y experimentaba un disgusto creciente a causa de la extraña situación.

Después de una breve pausa, la joven añadió:

—Hubo un tiempo en que podía comprenderle muy bien, en que le entendía. Sabía lo que pensaba mejor que él mismo. Era cuando sentía que él me adoraba, cuando me parecía tenerle dentro de mi pecho. Pero ahora se ha escapado.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted? —exclamó Lingard alarmado, confundido a causa del lenguaje simbólico en que hablaban siempre aquellos orientales—. ¿Qué dice usted? ¿Que se ha escapado? ¿Se ha ido?

—¡Se ha escapado de mí, se ha ido de mi pecho, de mi vida! —contestó Aissa como un eco doliente y lejano—. Y me ha dejado sola, completamente sola. ¡A mí, que me siento siempre junto a él, que estoy unida a él para toda la vida! ¡Y me ha dejado sola!

Sus manos resbalaron de los hombros de Lingard, y sus brazos cayeron sin fuerzas a lo largo de su cuerpo, con un movimiento de desaliento y desesperanza infinitos, como si en aquel momento se le hubiera revelado a ella —a ella, la criatura salvaje, ignorante y violenta— la terrible verdad de nuestra lejanía, de la inmensa distancia que separa a unas almas de otras, de la terrible soledad, indestructible y fatal, que rodea y envuelve a todos los seres humanos, desde la cuna a la tumba y tal vez más allá.

—¡Ah!, ya la comprendo —dijo Lingard, recobrándose y saliendo de la especie de abstracción con que observaba a aquella extraña mujer—. Willems le vuelve la espalda, se desentiende de usted, ¿no es eso? Bueno, y ahora, ¿qué piensa usted hacer?

—Yo quisiera... ¡Ah! No sé... Todo lo que ha ocurrido estos días me ha enloquecido. Han pasado cosas horribles. Willems es grande y duro como todos los blancos, colérico y terrible como todos ustedes. Pero yo ahora tengo miedo... ¡No sé...!

Hizo una pausa y añadió en un tono más patético, atropellándose al hablar:

—Escúcheme. La primera vez que vi a Willems... Aún me acuerdo. Yo vivía, o, mejor dicho, había vivido al lado de los grandes jefes de mi pueblo. Pero cuando nos conocimos, cuando nos vimos por primera vez, yo era la hija de un pobre mendigo, de un anciano ciego, indefenso y triste. Y él me habló lo mismo que si yo fuera más brillante que la luz del sol, más deliciosa y amable que el agua del arroyo que corría a mis pies, más...

Se calló. Por sus ojos pasó una luz brillante e intensa, como el relámpago fugaz de una dicha pasada, que le hizo contener el aliento un segundo. Inmediatamente prosiguió hablando con una furia espantosa y súbita, tan violenta y tan inesperada que hizo que Lingard retrocediese como si se hubiera visto asaltado por una invisible ráfaga de viento.

El capitán levantó los brazos con actitud paternal, y la muchacha se acercó más a él y gritó con terrible desesperación:

—¡Le juro que hubo un tiempo, al principio de conocernos, en que yo era todo eso para él! ¡Lo veía, estaba bien cierta de ello! Hay momentos en que hasta ustedes, los hombres blancos, dicen la verdad, y la verdad no puede negarse, no puede esconderse. Yo la veía en sus ojos, además de oírla de sus labios. La veía temblar cuando estaba cerca de mí, cuando yo hablaba, cuando mis manos tocaban las suyas. ¡Míreme usted! Usted habrá sido joven alguna vez. ¡Míreme usted a mí, rajá Laut!

La muchacha se quedó mirando a Lingard con provocativa fijeza; luego, volviendo vivamente la cabeza, lanzó una mirada llena de temor hacia la casa, hacía aquella casa que permanecía cerrada y silenciosa sobre sus pilastras de madera.

Lingard siguió aquella mirada, y a su vez contempló la casa durante largo rato.

Después de un minuto de silencio, Lingard murmuró, mirando a la joven con el ceño fruncido:

—¡Pues si no la ha oído a usted ahora, es que se ha marchado de la casa o que está muerto!

—No, él está ahí —contestó Aissa más calmada, aunque con cierto temblor en la voz—, está ahí, en la casa. Hace tres días que le espera a usted día y noche. Y yo esperaba con él también. Yo esperaba, espionando sus palabras, sus miradas, sus pensamientos, sus movimientos. Pero lo horrible para mí es que no entiendo sus palabras, que no comprendo muchas veces lo que dice, lo mismo durante el día que por la noche. Yo escucho, escucho siempre. Y él habla ahora sin cesar, paseando como un loco de un lado a otro de la casa, por esta explanada, por los campos vecinos, por el río, por los bosques. Y yo le sigo siempre. Yo quiero saber, comprender lo que dice, ¡y no puedo! Hay algo que le atormenta sin cesar y le habla en su propia lengua, pero habla para él, no para mí. ¿Qué dice, Dios mío? ¿Qué piensa hacer? ¿Es que tiene miedo de usted..., de usted o de la muerte? ¿Qué es lo que hay en su corazón? ¿Miedo? ¿Cólera? ¿Qué deseo, qué locura le embarga? ¡Él habla, habla, y yo no puedo comprenderle! Y quisiera hablarle, decirle algo, pero él no me escucha, está sordo a mis palabras. Y espío en vano lo que dice, siguiéndole a todas partes. Su pensamiento y su alma están muy distantes de mí y de esta isla, en su patria lejana. Y cuando me acerco a él y le toco en un brazo para que me atienda, se pone furioso.

La muchacha imitó el movimiento de alguien que rechaza con rudeza una mano inoportuna, y miró a Lingard con ojos llorosos e interrogadores.

Después de un corto intervalo durante el cual la joven jadeaba como si acabara de

luchar con alguien o hubiese hecho una larga caminata, Aissa continuó:

—Lo he espiado día tras día, noche tras noche, sin poder saber nada. Mi corazón se desgarró de amargura por la presencia de la muerte que vive entre nosotros, que presiento, que me parece ver entre él y yo. No podía creerlo, no puedo creerlo todavía. Al principio me parecía que él le tenía miedo a no sé qué, miedo a usted quizás... Y esta idea, la idea de que él, que es tan valiente, pudiera tener miedo de algo o de alguien, acabó llenándome de espanto. Dígame, rajá Laut, ¿conoce usted el miedo sin voz, el miedo del silencio, el miedo que llega y se apodera de nosotros cuando no hay nadie cerca, cuando no hay ni guerras, ni batallas, ni gritos, ni rostros que expresen espanto y odio, ni manos que se levanten empuñando las armas? ¿Conoce usted ese miedo del que no podemos escapar?

Se detuvo y miró a Lingard a los ojos con loca fijeza. Luego continuó cada vez más precipitadamente:

—De lo que sí estoy cierta es de que él no quiere pelear contra sus propios hermanos con la misma saña con que él quería luchar contra los míos. Pero ¡oh, qué horror!, su mano era falsa, como es falso su corazón de hombre blanco. Entonces me obedeció porque me deseaba, no porque me quisiera... Pero luego... ¡Ah, qué vergüenza! Luego todo se ha derrumbado en torno mío: mi propio pueblo me engañó, como le engañó a él, como él pretendió engañar a otros. Y Willems me ha engañado a mí también, a mí, tan pobre, tan triste, tan sola. ¿No tenía otra mujer a quien engañar en la tierra? Había de ser yo, ¡pobre de mí! ¡Y ahora no quiere ni siquiera dirigirme la palabra!

Aissa se acercó más a Lingard, como una loca que intentase susurrar al oído de alguien uno de esos secretos absurdos, una de esas frases triviales o sin sentido que pronuncian a veces los desequilibrados.

Lingard la miró con el ceño fruncido, mientras ella continuaba en voz muy baja:

—Pero ese hombre no sabe que ha llegado a serlo todo en mi vida, ¡todo, todo! ¡Mi aliento, la luz de mis ojos, el calor y la vida de mi corazón! Y usted... ¡Oh, márchese, márchese! Olvídelo a él. Ahora está vencido y no intentará hacerle a usted más daño, y yo, ¡pobre de mí!, he perdido todo el poder que tenía sobre él. Márchese y olvídelo. Déjeme a mí con él. Él era antes un hombre bueno y útil, y yo haré que vuelva a serlo alguna vez. Usted es bueno y es grande, y nadie puede oponérsele. Ya lo sé... ¡Se lo pido a usted de rodillas si es preciso! ¡Déjeme a Willems y márchese!

Hablaba con una pasión avasalladora, entre suspiros que agitaban su pecho, como las olas de un mar embravecido que se estrellara contra los acantilados.

Lingard, que, con los ojos fijos en la casa, la escuchaba con aparente impasibilidad, sintió que le recorría un estremecimiento al oír las palabras de súplica de la infeliz. Y experimentó ese sentimiento complejo y extraño que nos invade siempre ante el dolor ajeno, ante un dolor atroz y terrible, y que, sin embargo, no consigue hacernos sentir lo que siente la persona que llora ante nosotros.

Luego, sin dejar de mirar hacia la casa, que parecía haberle fascinado, contestó:

—¡Marcharme yo! Él quería que yo viniese, él mismo lo ha querido. Es usted la que debe marcharse. Usted no sabe lo que me pide. Mire esos campos abandonados, arruinados. Ésa es la obra de Willems, la obra que él ha realizado contra el propio pueblo de usted. Y si yo le dijera a él ahora que no es más que un...

Calló, mirando a la muchacha con unos ojos llenos de cólera. Luego vaciló, como si buscara la palabra adecuada, y exclamó:

—¡Bien! ¡Basta ya!

Aissa retrocedió con los ojos bajos, apretándose las sienes con ambas manos; luego levantó éstas hacia el cielo, en un movimiento de infinita desesperación, y dijo en un tono trágico y vibrante:

—¡Dígale al arroyo que no corra hacia el río! ¡Dígale al río que no corra hacia el mar! ¡Y dígaselo a gritos, con voz colérica! Tengo la seguridad de que no le obedecerían, de que no le podrían escuchar ni entender. El arroyo que nace en lo alto de la colina debe correr siempre hacia el río, y éste hacia el mar, irresistiblemente. En vano gritaría, alborotaría y amenazaría usted; todo sería inútil. Y eso me pasa a mí: ¡no puedo, rajá Laut, no puedo obedecerle!

Lenta, humildemente, se acercó de nuevo a Lingard, como si la empujara una mano invisible y tenaz, y añadió con palabras que parecían brotar, más que de su boca, del nimbo de dolor que la envolvía en aquellos instantes:

—¡Yo no pude obedecer en eso ni a mi propio padre, rajá Laut! ¡Ni por él lo hice, cuando me lo pidió en su agonía! Hubiera preferido... ¡Ah, no sé...! Usted no sabe lo que yo he hecho... Yo...

—No tema nada. Usted no sufrirá el menor daño —le replicó Lingard vivamente—. En cuanto a él...

Los dos callaron, contemplándose mutua y fijamente. La muchacha pareció calmarse de pronto y Lingard experimentó algo así como la sensación de una derrota. Sin embargo, no era derrota. Una vez pasado el primer momento de cólera, no pensó nunca en matar a Willems.

Luego, los largos días de sorpresa habían ido desvaneciéndose en él la furia, dejándole tan sólo una amarga indignación y un amargo deseo de hacer justicia plena y absoluta.

Por eso se sentía descontento y sorprendido en aquel instante, al ver que alguien —una mujer, para mayor sarcasmo— hacía vacilar su línea de conducta ya trazada previamente.

De todos modos, en el fondo de su pecho crecía aquella fuerza que había formado siempre el verdadero carácter del capitán. Él seguiría su línea de conducta, recto hasta el fin, sin vacilaciones ni tropiezos. ¿Qué le importaba aquella mujer? Sin embargo, la voz de su conciencia pareció elevarse en el centro mismo de su pecho, y se dijo que si ella había cometido algún grave delito, algún crimen horrible, por el miserable que estaba dentro de la casa, aquel miserable debía morir inmediatamente. La misma Aissa debía de saber que para los hombres como Willems no puede existir ni gracia

ni perdón.

—Comprenda usted —dijo Lingard rompiendo el silencio— que si yo le perdono la vida a ese hombre no es por piedad sino como castigo.

Aissa se estremeció. Tenía los ojos fijos en los labios del marino, como si bebiera sus palabras.

Una lágrima enorme, una sola, grande como una monstruosa gota de agua, y que parecía haber descendido del cielo encapotado, resbaló por las mejillas de la infeliz y cayó al suelo. Luego, Aissa se retorció las manos con una expresión de terror y de angustia infinitos, y dijo con agonía:

—¿En castigo? ¿Qué castigo? ¿Es que se lo van a llevar? ¿Va usted a alejarlo de mí? ¡No, no, eso no puede ser! ¡Escuche! ¡He sido yo la que...!

—¡Ah! —exclamó Lingard, que había vuelto rápidamente la cabeza hacia la casa.

—¡No la crea, capitán Lingard! —gritó en inglés la voz de Willems desde lo alto de la escalera de la casa, donde acababa de aparecer con los párpados hinchados y casi desnudo.

Permaneció allí durante un instante, con las manos apoyadas en el marco de la puerta, mirando con ojos de fuego a los dos personajes, como si le hubieran crucificado.

Luego dio un pequeño salto y comenzó a bajar las escaleras con rapidez, haciendo crujir los peldaños bajo sus pies, con un gemido doloroso de las maderas medio podridas.

Aissa oyó su voz.

Un ligero estremecimiento recorrió su cuerpo, y las palabras que estaban ya a flor de labios quedaron en el fondo de su pecho, aprisionadas y palpitantes, como palomas que no se atrevieran a emprender el vuelo; quedaron aprisionadas allí, dentro de ella, entre el cieno, las piedras y las flores que hay en el fondo de todo corazón.

IV

Cuando sintió la tierra firme bajo sus pies, Willems detuvo su loco impulso y continuó avanzando con más lentitud.

Andaba con movimientos pausados, como medidos, mirando a Lingard con una fijeza terrible, sin apartar los ojos del rostro del marino.

No miraba a derecha e izquierda; sus pupilas estaban clavadas en el rostro de Lingard, lo mismo que si en el mundo sólo existiese aquella cara curtida por el sol y el aire de los mares, aquella cabeza de blanco cabello, aquellos ojos que le miraban con una expresión de misterio indescifrable.

Tan pronto como los pies de Willems pisaron la tierra se hizo un silencio absoluto en la explanada, un silencio que parecía caer del cielo brumoso, ese silencio que envuelve a la tierra cuando va a estallar una tempestad.

Willems avanzó hacia Lingard, sintiendo a cada paso que daba como si un muro o unas manos se opusieran a su pecho, ofreciendo una resistencia invencible.

Al fin se paró a unos seis pasos de Lingard.

Se detuvo, sencillamente, porque le era imposible continuar avanzando. Había empezado a bajar la escalera con el firme propósito de abrazar a Lingard y darle unas palmaditas en la espalda. Pero en aquellos momentos le pareció el capitán mucho más corpulento, fuerte e imponente que el hombre que él recordaba.

Por un instante tuvo la sensación de que era la primera vez que veía a Lingard.

Haciendo un esfuerzo, comenzó a decir:

—No creía que...

Un golpe de tos cortó sus palabras, un golpe de tos terrible, que le estremeció de la cabeza a los pies, congestionando su rostro y haciéndole llevarse las dos manos al pecho.

Lingard le observaba con el ceño fruncido y los ojos llameantes.

Cuando terminó de toser, el capitán pudo ver que la nuez de su garganta se movía de un modo precipitado, como el que teme ahogarse y tiene que tragar gran cantidad de saliva. Luego se hizo el silencio, un silencio trágico y terrible.

Lingard lo rompió para decir:

—Bueno, verá usted...

Pero con estas palabras terminó el marino su extraño y breve discurso.

Con la mano derecha hundida en el bolsillo de su chaqueta, el capitán acariciaba la culata de su revólver y pensaba en lo pronto y lo fácil que sería suprimir para siempre a aquel bandido, que se había portado con él tan traidoramente.

No podía soportar la idea de que el villano escapara al castigo; y tanto era así que ni siquiera quiso aceptar la idea de matarlo en aquel mismo momento, porque entonces la muerte le liberaría del dolor de los remordimientos, de la angustia de tener que cumplir con su deber, del miedo al castigo que se merecía...

¡No, no lo mataría, no lo mataría, al menos por lo pronto!

Estaba en sus manos. Y no debía hacerlo desaparecer para siempre tras la nubecilla azulada de un pistoletazo.

Su cólera, que era la cólera del hombre pacífico que no reconoce límites cuando se inflama, comenzaba a estremecerle de pies a cabeza. El marino sentía que una mano de hierro y de fuego le había tocado en el corazón, en el mismo corazón, no en la carne de su pecho, que comenzó a arder con una llama invisible y devoradora.

Lingard lanzó una especie de suspiro contenido.

Ante sus ojos veía el pecho desnudo de aquel hombre, que jadeaba intensamente.

El capitán miró luego a un lado, y entonces vio el pecho de Aissa, que subía y bajaba viva y rápidamente, levantando a cada instante su mano, que, con los dedos combados, como si intentara abrazar una flor demasiado grande, tenía apoyada sobre sus amplios senos.

Los tres, inmóviles bajo el cielo brumoso y triste, parecían los personajes de una tragedia griega respirando el mismo aire, el aire pesado y caliginoso que apenas se movía y hedía a charca olvidada, a río manso, a bosque mohoso y espeso.

Así pasó casi un minuto, uno de esos minutos terribles y sombríos, semejantes a pequeñas islas deshabitadas y hostiles en el inmenso océano del Tiempo, uno de esos minutos Cuya voz es el silencio, mientras los pensamientos se revuelven en la estrecha cárcel del cerebro como pájaros enormes encerrados en una leve jaula, aleteando en vano.

Durante aquel minuto de silencio, la cólera de Lingard continuó aumentando, semejante a las olas del Pacífico, que se arrastran miles de millas creciendo a cada instante.

El capitán oía el rugido de aquella ola que parecía que iba a hacerle estallar la cabeza.

Miró de nuevo al hombre que tenía ante sí, inmóvil y rígido, a aquella cosa miserable y despreciable, a aquel ser inmundo que estaba a unos pasos de él, semejante a una estatua, sin alma y sin espíritu. Por un segundo, Lingard creyó que el villano estaba muerto y que se mantenía en posición vertical por un milagro.

Willems parpadeó, y el rápido movimiento de aquellos párpados, que revelaban que el infame vivía, exasperó a Lingard como un nuevo ultraje. ¡El canalla se atrevía a moverse! ¡Se atrevía a pestañear, a respirar: a existir, en una palabra!

Entonces, la mano que empuñaba la culata del revólver se separó de ella paulatinamente. Al crecer su odio y su furia contra aquel miserable, comprendía que no era con su revólver con lo que debía castigarlo; era preciso emplear otra arma; su furia exigía otro género de satisfacción. ¡Nada de revólver ni de puñal! Las manos desnudas, frente a frente. Unas manos que pudieran asirle por el cuello, golpear sus mejillas inmundas, cruzar su rostro; unas manos que pudieran sentir toda la desesperación de su resistencia, de su vencimiento, y la violenta delicia de un contacto lento y prolongado, furioso y brutal.

Acabó de soltar el revólver, sacó la mano del bolsillo y dio un paso precipitado

hacia delante. En seguida, todo desapareció de su vista; ya no vio al hombre, ni a la mujer, ni a la tierra, ni al cielo; no vio nada, como si hubiese dejado a sus espaldas todo el mundo visible y palpable y acabara de penetrar en un espacio desierto.

Casi inmediatamente oyó gritos alrededor, unos gritos agudos y penetrantes, como los que lanzan los grandes pájaros marinos que viven en los acantilados desiertos del océano. Luego, un rostro surgió a pocos centímetros del suyo, dibujándose de un modo extraño en aquella horrible oscuridad.

¡Era el rostro de aquel hombre odioso y vil!

Después... ¡Ah! Después sintió Lingard una cosa viscosa entre los dedos de su mano izquierda: era la garganta del traidor, que se convirtió bien pronto en algo inerte, sin vida, como un reptil repulsivo y frío. Lingard vio cómo los ojos de su enemigo se tornaban blancos, de una blancura de espuma; su boca, que se torcía con un dolor sobrehumano, mostraban por entre los pálidos labios los dientes sucios, que brillaban al resplandor mortecino del día. Su mano derecha se levantó en el aire, a la vez que aquellos gritos extraños, como los de los misteriosos pájaros marinos, se volvían a oír en el silencio solemne de la triste mañana. En aquel momento, algo se enredó a las piernas del capitán. Debía de ser aquella mujer endemoniada. Entonces, ciego de ira, golpeó el rostro y el cuerpo de su adversario, dos, tres, muchas veces...

Al fin se dio cuenta de que estaba pegando a un ser inerte, blando, abandonado, como indefenso.

Entonces, rechazando al hombre vil y miserable, abrió rápidamente la mano izquierda, temeroso de tener que acusarse de haber matado a un hombre impotente y cobarde. Pero con enorme sorpresa vio que Willems retrocedía dando traspiés y cubriéndose el rostro con la manga de su chaqueta. Luego se preguntó cómo había podido hacerse un espacio tan amplio entre los dos. No comprendía cómo habían estado tan cerca unos segundos antes...

Al fin pareció recordar lo que acababa de ocurrir ¡Él le había abofeteado, le había golpeado, y Willems no intentó ni siquiera luchar, ni resistir, ni defenderse! ¡Era un cobarde, sin duda alguna, además de ser un canalla! Lingard estaba amarga y profundamente asombrado y humillado, y experimentaba la misma desolación que debe de sentir un niño cuando le roban un juguete.

Al fin gritó:

—¿Quiere usted seguir siendo un miserable, un hipócrita y un canalla hasta el fin?

Ansioso, con una impaciencia que parecía levantar sus pies del suelo, aguardó a que Willems contestara.

Esperó como uno que supiera que su muerte o su desgracia van a decidirse en un solo segundo, según las palabras del otro.

Miraba a su enemigo con la seguridad de que acabaría por descubrir en él, aunque no hablase, algún signo, algún estremecimiento involuntario, que, a pesar suyo, le indicara lo que Willems sentía.

Pero todo fue en vano.

Solamente dos ojos brillaban intensamente frente a él, bajo la manga sucia de aquella chaqueta. Luego vio cómo aquel brazo se separaba del rostro de su enemigo y caía a lo largo del cuerpo.

Sólo entonces se pudo dar cuenta de que la manga de Willems estaba manchada de sangre. En la mejilla izquierda tenía una gran herida que sangraba; la nariz le sangraba también. La sangre goteaba poco a poco, resbalando por los pelos hirsutos del bigote y cayendo al suelo después de mancharle la barbilla. Algunas gotas se sostenían entre el bigote, brillaban un poco y se deslizaban luego a los pelos inmediatos, como insectos diminutos que buscaran un sitio a propósito para esconderse. La blanca piel de Willems se llenaba de manchas rojas que formaban por doquier ríos bermejos.

El marino contempló largamente a su enemigo, viendo gotear aquella sangre y experimentando una especie de satisfacción y de alivio ante su obra.

Pero al mismo tiempo le asaltó la sombra de un remordimiento, de un remordimiento inevitable. Aquello no se parecía mucho a un acto de justicia pura. Él hubiera querido que aquel hombre le insultara, que hablase, que dijera alguna palabra que justificase los golpes y la brutalidad con que él acababa de tratarle.

Intentó dar un paso.

Entonces se dio cuenta de que algo se enredaba a sus piernas por encima de las rodillas. Instintivamente dio una fuerte sacudida; pero entonces el extraño reptil abrazó una sola de sus piernas. Lingard comprendió: aquello eran unos brazos humanos. Miró hacia abajo. Entonces vio que la joven le sujetaba las piernas como un enorme trapo azulado y blancuzco. La muchacha estaba boca abajo, pegada a su pierna como una ventosa. Vio su cabeza, cuyo cabello negrísimo se enredaba a sus pies, los cuales desaparecían bajo aquella mata de ébano; escuchó sus lamentos, sus suspiros, el largo y hondo jadeo de su pecho, y se imaginó el rostro invisible de la infeliz pegado a sus talones. Con un pequeño golpe sobre aquel rostro se vería libre; pero no se atrevió a moverse, limitándose a gritar:

—¡Apártate, apártate!

El único resultado de sus gritos fue un aumento en la presión de los brazos que le retenían.

Con un tremendo esfuerzo intentó levantar el pie izquierdo, consiguiendo libertarlo; pero el otro continuaba prisionero. Oyó el golpe seco y sordo del cuerpo de la mujer al caer al suelo; pero al ir a libertar el otro pie de aquella mata de pelo y de aquellas manos que aún se arrastraban cerca de él como reptiles obstinados, Lingard oyó una voz viva y firme que decía:

—¡Cuidado, capitán Lingard, cuidado!

Los ojos del marino se volvieron entonces rápidamente hacia Willems, y quedó inmóvil, sintiendo que dentro de su pecho despertaban unos recuerdos y unas emociones muy intensas de un pasado dichoso. ¡Ah, aquella voz, pronunciando

precisamente aquellas palabras! Lingard recordó las largas travesías, sus correrías por todos los mares, cuando Willems le acompañaba como un amigo fiel e inteligente. Entonces, en ocasiones en que el barco de Lingard se aventuraba por parajes peligrosos, Willems, que tenía una enorme sangre fría en todos los peligros, gritaba: «¡Cuidado, capitán Lingard, cuidado!». Luego, en poblaciones populosas o en humildes enseñadas muertas, al fondo de las cuales sólo existían colonias nacientes y míseras, el marino, en su comercio o trato con los indígenas, se dejaba llevar a veces de su genio vivo, que, sin embargo, ocultaba, como ya sabemos, un excelente corazón, pero que le habría ocasionado más de un disgusto de no llevar junto a sí a Willems, que sabía repetir en el momento crítico u oportuno: «¡Cuidado, capitán Lingard, cuidado...!».

El rajá Laut miró a su enemigo con abierta admiración. ¡Ah, qué listo era aquel hombre! Le había desarmado, le había vencido. Había sabido pronunciar las palabras mágicas, la frase exacta y acertada para desarmar por completo su brazo.

Al fin, saliendo de su abstracción, le gritó a Willems:

—Dígale que me deje marchar, o de lo contrario...

Oyó que Willems pronunciaba algunas palabras en el idioma indígena y esperó unos momentos.

Luego miró al suelo. Al ver que la muchacha, con su negra cabellera extendida a sus pies, continuaba inmóvil, experimentó una intensa cólera.

—Willems, dígame usted que me deje marchar, que se aparte. ¡Basta ya!

—Muy bien, capitán Lingard —contestó la voz serena de Willems—. Ella le dejará a usted. Quite el pie de su pelo. Estoy seguro de que no puede moverse.

Lingard apartó vivamente el pie.

Entonces vio que la mujer se sentaba con un movimiento no menos rápido y se cubría el rostro con las manos.

Lingard giró sobre sus talones y miró a Willems. Éste, que había avanzado unos pasos, retrocedió entonces como un hombre ebrio que intenta recobrar el equilibrio. El capitán, después de mirarle durante unos momentos con ojos impregnados de rencor y de cólera, gritó:

—¿Qué tiene usted que decir, qué puede decir en su defensa?

Willems avanzó lentamente hacia el marino, como temeroso.

A cada paso se detenía un instante, como si vacilara, y luego continuaba andando.

De pronto se llevó una mano a la mejilla izquierda, la acercó a los ojos y la contempló largamente, como si en la palma de la mano tuviese algún objeto (pequeño que quisiera examinar con detenimiento. Luego se pasó por la cara un extremo de la chaqueta, viendo que se manchaba de sangre.

Entonces murmuró vivamente:

—¡Hombre, esto sí que está bien!

Se detuvo a muy pocos pasos de Lingard palpándose la mejilla herida; y cada vez que retiraba la mano se manchaba de nuevo la chaqueta con huellas terribles y

monstruosas, como si correspondieran a las manos de un gigante.

Lingard se limitaba a mirarle en silencio.

Por fin, Willems dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y contempló a su verdugo. La sangre seguía corriendo por su rostro y comenzaba a coagularse en algunos sitios. El desdichado, completamente inmóvil, parecía haber sido colocado allí por el feroz jefe de una tribu indígena para que sirviera de escarmiento a sus enemigos.

Hablando con dificultad, repitió con reproche:

—¡Esto sí que está bien!

—Después de todo —contestó Lingard amargamente—, es lo que usted se merecía. Tenía de usted una opinión demasiado buena.

—Y yo de usted —repuso Willems—. ¿No comprende que de haber querido yo, el loco de su socio hubiera sido asesinado, y toda la hacienda reducida a cenizas y aventada? Si yo lo hubiese deseado, habría usted encontrado un montón de cenizas. Y, sin embargo, no he querido hacerlo.

—¿Que no quiso? ¡No pudo, que no es lo mismo! ¡No se atrevió, a pesar de ser usted un canalla! —rugió Lingard.

—¡Ah! ¿Encima me insulta usted?

—¡Un canalla! —repitió el marino, como si disparase la palabra al rostro de su enemigo—. No hay palabras bastante bajas y viles para expresar lo que es usted.

Hubo un corto silencio.

Aissa se levantó al fin del suelo, donde había estado como abandonada, en una actitud de terrible dolor y desesperación, y se acercó a los dos hombres.

Miraba a uno y a otro con una expresión ansiosa e interrogante. Sus pupilas se fijaban sobre todo en los labios de los dos hombres, estudiando sus movimientos, con la esperanza de comprender alguna palabra, pues Lingard y Willems hablaban en inglés desde el principio. La joven fruncía el seño, y se adivinaba en la luz sombría de sus ojos y en la expresión de inmensa angustia de su rostro el esfuerzo brutal que hacía su cerebro para comprender el significado de aquellas palabras pronunciadas en una lengua extraña.

Willems no contestó a las últimas palabras del capitán. Hizo un ademán evasivo, como rechazándolas, y murmuró:

—¡Usted me ha golpeado, me ha pegado! ¡Me ha insultado!

—¡Insultarle! —repuso Lingard con inmensa ironía—. ¡Insultarle! ¿Quién puede insultarle? ¿Qué palabra puede ser un insulto para usted?

Colérico y lleno de furia, el marino dio un paso hacia Willems.

—¡Cuidado, capitán Lingard, cuidado! —repuso Willems lentamente y con voz completamente serena—. Le juro que no intentaré defenderme si me pega de nuevo... Usted lo comprendió antes muy bien, ¿no es así? Bien. No levantaré ni un dedo.

Conforme hablaba, acentuando y puntualizando cada palabra, Willems miraba a su enemigo, con el ojo derecho abierto normalmente y el izquierdo empequeñecido y

medio cerrado a causa de la enorme hinchazón de la mejilla, que daba a su rostro la apariencia de esas caras que se miran en un espejo convexo.

Ambos permanecieron así un gran rato, contemplándose fijamente y en silencio, como dos fieras que antes de saltar miden y calculan el terreno que las separa.

Willems continuó al fin:

—Si yo hubiera deseado hacerle daño, si hubiese querido arruinarle, destruir su hacienda por completo, me hubiera sido muy fácil. Estuve a la puerta de la hacienda el tiempo suficiente para haber podido suprimir a su socio..., y usted sabe que tiro bien.

—En ese caso hubiera usted errado el tiro —repuso Lingard con serenidad—. Aunque ustedes los malvados no lo crean, hay en la tierra una secreta justicia que protege a los hombres buenos y honrados.

El sonido de la palabra justicia en sus labios hizo callar a Lingard, el cual cruzó los brazos sobre el pecho. La cólera de su orgullo ultrajado, la cólera de su ultrajado corazón, parecía haber desaparecido con los golpes que había asestado a su enemigo. En aquel momento sólo persistía en él la sensación de alguna inmensa infamia, de algo vago, insoportable y terrible, que parecía rodearle por todas partes y revolotear sobre su cabeza como una bandada de aves carniceras que se dispusieran a devorarlo... ¿De verdad había en la tierra algo parecido a la justicia de los cielos, a la justicia de un Dios bueno y equitativo? Al pensar en esto, contempló con tal fijeza al hombre que tenía ante sí que creyó ver a través de su cuerpo, como si Willems se hubiera transformado en una especie de neblina sutil que conservara la forma humana. Si él intentaba golpearle de nuevo, ¿encontraría el vacío ante su puño levantado, ante su violencia? Lingard pensaba, además, que su brazo, por un extraño azar, había llegado a ser algo así como la Providencia vengativa, la espada divina que debía castigar a aquel canalla. Y se preguntaba con creciente angustia si era justo que individuos como Willems tuvieran, como los otros hombres, manos, brazos y sentidos. Aquellos miserables sólo empleaban sus labios para mentir, sus sentidos para sembrar el mal, su cerebro para trazar planes terribles de miseria y de traición... Él, él mismo, Lingard, el hombre justo y recto, experimentó entonces una inmensa vergüenza al mirar al hombre que tenía ante sus ojos. Sintió el peso de su responsabilidad si permitía que aquel miserable siguiera viviendo. Y hasta llegó a decirse que no le extrañaría que en aquel instante una fuerza ciega e invisible redujera a cenizas a aquel hombre, aplastándole y deshaciéndole en mil pedazos.

La voz de Willems hizo que se estremeciera profundamente, como si despertase de un sueño. Willems decía:

—Yo he llevado siempre una vida virtuosa. Usted lo sabe. Siempre me ha alabado por mi conducta, por mi hombría de bien y por mi firmeza en el trabajo. Esto también lo recordará usted. Usted sabe que nunca he robado nada..., si es eso lo que está usted pensando en estos momentos o a lo que ha querido referirse antes. Pedí dinero prestado, y ya sabe que luego lo devolví casi en su totalidad. Hubo un grave error al

juzgarme; pero, en fin, ya está hecho. Hay que tener en cuenta mi situación en Macasar. Tuve un pequeño desastre en mis asuntos particulares, y por eso contraí aquellas deudas. ¿Podía resignarme a verme humillado ante toda aquella gente que me envidiaba...? Pero, en fin, eso, como le digo, no tiene nada que ver. Lo esencial es que se me juzgó con excesiva dureza. Mi castigo fue demasiado severo, casi terrible.

Lingard, completamente inmóvil, escuchaba en silencio.

Sus ojos se fijaron en los pies descalzos y sucios de Willems. Luego murmuró con una ironía sutil:

—¡Se le juzgó a usted con excesiva severidad!

—Sí, sí —repuso Willems vivamente. Y continuó con mayor animación cada vez—: Como le decía a usted antes, he llevado siempre una vida virtuosa. Más que el viejo Hudig, más que usted. Sí, más que usted. Bebía un poco, jugaba a las cartas... Ésas eran todas mis distracciones. ¿Hacía mal? Pero, en el fondo, yo era un niño. ¿Se ríe usted? Sí, era un niño. Los negocios son los negocios, y a pesar de que los de estos países son muy complicados, como usted sabe, siempre supe llevarlos bien. Hudig decía siempre que yo no era tonto... En fin, todo se habría arreglado si no hubiera estado rodeado de personas que eran locas además de ignorantes y malas. Fui víctima de ellas, en particular de las mujeres, de mi propia mujer. Ahora las odio a todas...

Sacó la lengua, una lengua puntiaguda y roja, y se la pasó por sus pálidos labios, como si fuese una parte viva e independiente de su cuerpo.

Luego se palpó lentamente la mejilla herida y la comparó con la otra, como para apreciar mejor la importancia del mal.

Al fin siguió hablando con una voz lenta y monótona que vibraba de un modo extraño, como si ocultara bajo las palabras una intensa emoción:

—Cuando vuelva a Macasar pregúntele a mi mujer si tengo o no razón para odiarla. No era nadie, y yo la he convertido en Mrs. Willems. ¡Una mestiza! Pregúntele, pregúntele usted... Pero, en fin, dejemos esto. Lo cierto es que usted me trajo aquí, a este desierto, descargándome como un fardo inútil, y me dejó en esta isla, sin ocupación, sin empleo, sin tener nada que hacer, sin poder recordar siquiera algo dulce y amable, como un condenado. Me dejó aquí, a merced de ese idiota de Almayer, que desde un principio sospechó de mí. ¿Qué sospechaba? Yo mismo no lo sé. Pero ésa es la verdad: desde un principio sospechó de mí y me odió. Supongo que sería porque estaba enterado de que usted me había protegido y era mi amigo. Por suerte, yo leía en su rostro como en un libro abierto. No es muy profundo ni listo su socio de Sambir, capitán Lingard. Luego pasaron los meses. Yo creo que me habría muerto de tristeza, de aburrimiento y de desesperanza, a no ser por... Un día...

Calló y dio un paso hacia Lingard. En el mismo instante, como si la moviera la misma fuerza que al hombre amado, el mismo instinto, el mismo deseo, Aissa se acercó a ellos.

Formaron así un pequeño grupo, tan cerca uno de otro que los dos hombres

percibieron la leve caricia del aire que ella respiraba y se sintieron envueltos en la luz intensa y terrible de los ojos negros de la muchacha.

V

Willems volvió un poco la espalda a la joven y continuó hablando en voz baja:

—Mire usted a ésta —dijo, señalando a Aissa con un movimiento imperceptible de su cabeza—. ¡Mírela! ¡No la crea tampoco! ¿Qué le estaba diciendo cuando he bajado? ¿Qué? Yo estaba dormido. Tenía que dormir tarde o temprano, porque durante tres días y tres noches he estado esperándole a usted. Le encargué que vigilara y que me llamase en el momento en que usted viniera. Y ella velaba, estoy seguro. Pero usted no debe creer sus palabras, no debe creer las palabras de ninguna mujer. Es imposible saber lo que piensan. Lo único que podemos saber es que mienten siempre, que dicen todo lo contrario de lo que sienten sus corazones. ¡Ah, las mujeres! Viven junto a nosotros, a nuestro lado, y no podemos averiguar si nos aman o nos odian, si sus caricias son sinceras o si nos atormentan por locura, por maldad o por refinamiento. Mire usted a ésta..., y míreme luego a mí. ¡A mí, que soy su obra, su obra infernal! ¿Qué le estaba diciendo antes?

Su voz murió en una especie de susurro apenas perceptible.

Lingard le escuchaba con atención, con un codo en una de sus manos y apoyando en la otra su barbilla blanca, mientras sus ojos miraban al suelo pensativamente.

Después contestó sin levantar la cabeza:

—Ya que quiere saberlo, me rogaba que le perdonase a usted, que le salvara la vida, como si usted se mereciese el perdón de nadie.

—Pues ella, ¡ella!, me ha estado rogando durante tres días que no le perdonase a usted, que le matara a traición —repuso Willems vivamente y con los dientes apretados—. Durante esos tres días no me ha dejado un instante de reposo. Estaba febril, planeando constantemente emboscadas y traiciones contra usted. Se ha pasado horas enteras buscando lugares a propósito donde yo pudiera esconderme y descerrajarle un tiro cuando entrase en la explanada. ¡Es verdad! ¡Le doy a usted mi palabra de honor de que es verdad!

—¡Su palabra de honor! —contestó Lingard con terrible ironía.

Pero Willems no debió de oír o no quiso darse por aludido, porque continuó diciendo:

—¡Ah! No puede imaginárselo, pero es una muchacha feroz. ¡Es increíble! Yo intenté matar el tiempo, hacer algo, tener algo en que pensar para no volverme loco en esta soledad, para olvidar mis penas y mis angustias, mientras usted volvía a Sambir. Y... ¡mírenos! Ella se apoderó de mi alma y de mi cuerpo, de todo lo que soy, como si yo no hubiese tenido voluntad, ni fuerza, ni deseo alguno fuera de ella. Ahora me avergüenzo de pensarlo. ¡Una salvaje! ¡Y yo, un hombre culto y civilizado, un europeo, estuve a merced de ella, que es todo instinto, como los animales de la selva! En fin, lo cierto es que descubrió algo extraño en mí, y a partir de ese momento estuve perdido. Me utilizó como a un fantoche para sus planes políticos y siniestros. Al principio intenté resistir, pero sucumbí al fin. Esto me horroriza y me hace sufrir

más que nada, más que mis propios sufrimientos, a pesar de ser tan espantosos.

Lingard, asombrado y fascinado, escuchaba como un niño que oyera contar un cuento maravilloso; y cuando Willems se detuvo para lanzar un hondo suspiro, el marino no pudo evitar un golpecito en el suelo con uno de sus pies, señal que revelaba su impaciencia.

Entonces la voz casi amenazadora de Aissa se elevó en el triste silencio de la explanada:

—¿Qué dice? ¿Qué está diciendo?

Los dos hombres la miraron y luego se contemplaron mutuamente sin pestañear.

—Intenté hacer algo. Quise arrebatarse a la muchacha del lado de los suyos, de este pueblo bárbaro e ignorante, y fui a ver a Almayer; pero Almayer, no quiso siquiera escucharme. ¡Es un tonto y un loco! Luego se presentó aquí Abdulah, y la muchacha desapareció. Pero yo estaba ya cogido en sus redes... Y se produjo la catástrofe. Yo soy el primero en lamentarla, capitán Lingard. En cuanto a su dominio sobre la colonia, un día u otro tenía que acabar. No iba usted a dominar siempre a estas gentes. Y en cuanto a mí, no es precisamente lo hecho lo que me atormenta; es el porqué, es la causa de mis acciones, es la locura que me ha empujado a ellas. Y es el pensar que todo puede perderse aún y yo sea el responsable de cuanto ha ocurrido.

—Aunque así fuera —repuso Lingard con serenidad—, le prometo desde ahora que no se hará daño a nadie ni tomaremos represalias.

Willems miró al marino con el ceño ligeramente fruncido, como si no comprendiera, y luego siguió diciendo:

—Como le digo, he luchado mucho por ella. Ella me incitaba sin cesar a la violencia y al asesinato. Nadie, y yo menos que nadie, sabemos por qué. Mejor dicho, no sé si alguien sabrá el motivo; yo lo ignoro... De todos modos, ella me empujaba a la acción y a la violencia en todos los instantes, sin tregua. Por fortuna, Abdulah es un hombre sensato; de no haber venido él, no sé lo que hubiese hecho instigado por esa mujer infernal y malvada. Me dominaba, me tenía cogido como una pesadilla a la vez dulce y terrible. Pero luego otra vida fue surgiendo en mí, como una nueva conciencia. Desperté. Entonces me sorprendí terriblemente al encontrarme junto a un animal tan dañino y tan peligroso como un gato salvaje. ¡No puede imaginarse lo que he pasado en estos meses, capitán Lingard! Su padre intentó matarme, y ella estuvo a punto de matarlo a él... y no sé si de matarme también a mí. Es una mujer capaz de todo, cuyo egoísmo la llevaría al crimen con tal de triunfar en sus pasiones y en sus deseos. ¡Es una loba! Cuando veo lo que ha hecho de mí, de Willems, entonces la odio a muerte. Mañana podría necesitar mi vida, sentir el deseo de matarme porque sí, por una pequeñez, para vengar cualquier agravio tonto e insignificante. ¿Cómo puedo adivinar lo que siente ni lo que piensa una mujer así?

Hizo una pausa. Sus labios, lo mismo que todo su cuerpo, temblaban de un modo casi imperceptible. Luego añadió:

—¡Y yo, la verdad, no quiero morir en este país salvaje!

—¿No quiere usted morir aquí? —repitió Lingard pensativamente.

Willems se volvió hacia Aissa y la señaló con su índice descarnado y negro.

—¡Mírela! —dijo—. Siempre aquí, siempre cerca de mí, siempre espiándome, observándome, mirándome. Mire sus ojos tan grandes, tan vivos, que parecen traspasarle a uno cuando miran. Al dormirme, sus pupilas están fijas en mí; al despertar, lo primero que veo son sus ojos, fijos en mí todavía, como los de un cadáver. Si salgo, ella me sigue; si permanezco en casa, ella se queda. ¡Por Dios! ¡Es algo horrible! Y si se fija en sus ojos verá que son inexpresivos y mudos, que no revelan ningún sentimiento, verdaderos ojos de salvaje, de una muchacha indígena medio árabe y medio malaya. Me hacen mucho daño. Esto me humilla hasta lo infinito, al pensar que soy un blanco, un europeo, un hombre civilizado. ¡Sáqueme usted de aquí, capitán Lingard —gritó—, y lléveme usted lejos! ¡Soy un blanco!

Y alzó los brazos hacia el cielo brumoso, como si quisiera poner por testigo de su raza pura y superior a aquellas nubes sombrías. Gritaba con los brazos extendidos y los ojos muy abiertos, estremeciéndose como un loco, como un insensato, como un ser absurdo, patético, repulsivo y ridículo a la vez.

Lingard, que le había escuchado con suma atención, levantó la cabeza y le miró con el ceño fruncido.

Aissa, junto a ellos, los contemplaba con las manos cruzadas. En su rostro persistía aquella dolorosísima expresión, hija del esfuerzo brutal que hacía para adivinar las palabras de los dos hombres. Al otro lado de la explanada, la vieja se movió junto al fuego. La voz de Willems parecía haber llenado la ancha explanada durante unos instantes, y luego murió, dejando flotar en el aire una especie de silencio palpable y terrible.

Un trueno lejano rodó por encima de las colinas y se arrastró luego sobre los bosques, que adquirirían un tono negro y amenazador de noche o de muerte. El eco repitió el sonido hasta muy lejos, perdiéndose al otro lado del río. Y se hizo otra vez el silencio, un silencio absoluto, rotundo, tan completo que parecía como si no hubiera sido jamás turbado desde los primeros tiempos de la Tierra. Al cabo de un gran rato, Lingard percibió a través de este silencio la voz lejana del río, semejante al susurro de un niño dormido o a una de esas voces misteriosas y lejanas que escuchamos en sueños.

El marino experimentó una inmensa tristeza, el vacío que producen los grandes dolores, la sensación de que una parte de su pecho había quedado hueca y fría, abandonada, y que le sería imposible vivir o morir, escapar, libertarse de aquella horrenda tortura. Las palabras, la acción, la cólera, el olvido, todas nuestras pasiones, le parecieron inútiles y vanas, indignas del dolor y del esfuerzo que exigían de nosotros. Le pareció, sobre todo, que una cadena fortísima e invisible le ataba para siempre a aquel lugar, a aquella explanada triste y maldita.

Entonces, sin darse cuenta de lo que hacía, se apartó de Willems y de Aissa, pero éstos le siguieron. Después le pareció que se encontraba muchísimo más lejos de

aquellas dos odiosas personas de lo que estaba en realidad, y que si daba otro paso más los perdería de vista para siempre. ¿Deliraba acaso? Al fin se rehízo y recobró su propia personalidad, perdido en el delirio de un instante doloroso.

Como si contemplara a Willems y a Aissa desde una inmensa altura, murmuró:

—¡Le ha poseído el demonio por algún tiempo, Willems!

—Sí —repuso éste mirando a Aissa—. Un demonio que no tiene nada de hermoso, ¿verdad?

—Me habían contado algo de lo que le pasaba —continuó Lingard—. Pero yo tengo la conciencia tranquila. Hice por usted todo lo que pude, desde que le saqué poco menos que del agua como a un perro tiñoso... Lo que después hicieron por usted Hudig, Abdulah y todos los que le hayan protegido o ayudado, allá ellos, pues eso no es cuenta mía. Pero lo que me saca de quicio, lo que no puedo comprender, es lo que usted ha hecho aquí... El dinero es distinto. Además, Hudig es rico, y lo que usted distrajo o... lo que fuera, él puede volver a ganarlo otra vez; ¡pero esto, esto de Sambir! Usted sabe que atentaba contra algo mío, contra algo de mi vida.

Willems contestó rápidamente:

—No fui yo, capitán Lingard; fue el demonio que vivía en mí, como usted dice.

—Eso es muy fácil de decir —repuso el marino, levantando la voz con acento colérico—. Cuando los malvados hacen una infamia, siempre encuentran alguna disculpa. ¡Fue usted, ha sido usted el causante de todo el mal! ¿Me ha visto alguna vez mentir, robar, realizar algo abominable? A veces pienso que fue mi ruina y mi perdición haberle encontrado un día en mi camino. Pero, bueno, no importa. Le juro que no podrá volver a causar ningún mal en su vida.

Al escuchar estas palabras, Willems se acercó más a Lingard y le miró ansiosamente. El capitán continuó, acentuando las palabras:

—¿Qué pretendía decirme cuando me mandó llamar? ¿Qué esperaba de mí? Usted me conoce bien. Yo soy Lingard. Ha vivido conmigo. Sabe lo que se dice de mí. Y sabe, en fin, lo que usted ha hecho. Entonces, ¿qué esperaba?

—¿Cómo podía saberlo, capitán Lingard? —repuso Willems, mientras se retorció las manos con infinita desesperación—. Estaba solo en medio de aquella turba salvaje. Me veía como sitiado por aquellos energúmenos, por aquellas gentes feroces... Y después de lo ocurrido me encontraba tan desesperado y tan débil que hubiera llamado en mi auxilio al mismo demonio si de él hubiese esperado alguna salvación. En todo el mundo, en el inmenso mundo, sólo un hombre se había interesado y podía interesarse por mí, sólo un hombre, un hombre blanco como yo: ¡usted! El odio mismo, el verse odiado hasta la locura, es preferible a verse solo. ¡Oh, la soledad! ¡La misma muerte es mejor que ella! Y yo esperaba... No sé, no puedo decirlo: nada, en realidad. Es decir, sí; yo esperaba a alguien que me sacara de aquí, que me libertase de este infierno, que me llevara lejos, lejos, lejos de esta mujer.

Sonrió. Luego, una risa débil vibró en el aire, como si algo extraño y con vida propia se hubiera desprendido del cuerpo de aquel pobre vagabundo.

Willems prosiguió:

—¡Cuando pienso que la primera vez que le vi me pareció encontrar la felicidad! ¡Y ahora, cuando la miro...! Ella fue la culpable de todo. Puede creerlo, capitán. Yo estaba loco. Cada vez que la miro recuerdo mi locura pasada, y me horrorizo, me estremezco hasta el fondo de mi alma. Cuando pienso que de toda mi vida, de todo mi pasado, de todo mi porvenir, de toda mi inteligencia, de todo mi trabajo, sólo queda ella, esa mujer, que es la causa de mi ruina, y usted, a quien he ofendido mortalmente...

Willems escondió por un momento el rostro entre las manos.

Cuando las retiró, de su rostro había desaparecido la expresión de calma y de mansa tristeza para dar paso a una rabia salvaje que le hizo decir con los dientes apretados:

—¡Capitán Lingard, sáqueme de aquí, lléveme lejos, no importa dónde, a una isla perdida, a otra isla desierta, donde sea! ¡Yo le prometo...!

—¡Silencio! —gritó Lingard con acento terrible.

Willems calló súbitamente y abrió mucho los ojos.

La luz de la mañana se oscureció más en aquel instante. Las nubes parecían completamente negras sobre sus cabezas, y el aire se tornaba a cada momento más irrespirable. Lingard se desabrochó la chaqueta, se pasó una mano por la frente, que el sudor hacía brillar, y por fin dijo mirando a Willems con enorme fijeza, sin parpadear siquiera:

—Ninguna promesa que salga de su boca significará nada para mí. Por suerte, tengo su conducta y su destino entre mis manos. Escuche con toda atención lo que voy a decirle. ¡Es usted mi prisionero!

La cabeza de Willems se movió de un modo casi imperceptible. Luego quedó tan rígida que al mirarle parecía como si no respirara.

—Usted permanecerá aquí —continuó Lingard con energía—. Ahora no puede presentarse ante nadie. ¿Quién podría sospechar, ni adivinar, ni imaginar lo que es realmente? A mí me sería imposible. Le dejaré aquí escondido. Si le permitiera salir de aquí se iría usted a vivir entre hombres honrados y confiados, y volvería a mentir, a robar, a engañar y a estafar por un poco de dinero o por alguna mujer. No deseo siquiera fusilarle ni hacer que le fusilen, aunque comprendo que sería lo mejor. Pero no quiero hacerlo. Y no espere que le perdone. Para perdonar a alguien es preciso haber estado colérico y luego calmarse, y no hay en mí, en este instante, ni cólera, ni desprecio, ni disgusto hacia usted, que ante mis ojos no es ya el Willems que fue mi amigo y al que protegí un día con tanta bondad; no es ni siquiera un ser humano, que puede ser destruido o perdonado; usted es, para mí y dentro de mí, una cosa amarga, algo sin cuerpo, impalpable, y que debe ser escondido... ¡Es usted mi venganza!

Calló y miró alrededor. ¡Qué oscuro se tornaba todo! ¡Qué tristísima mañana! A Lingard le pareció que la escasa luz del cielo y del día iba muriendo prematuramente, y que el aire de la atmósfera había muerto ya.

De nuevo se enjugó el sudor que humedecía su frente y continuó en voz baja:

—Naturalmente, procuraré que no se muera de hambre.

—No querrá usted decir que debo continuar aquí para siempre, ¿verdad, capitán Lingard? —preguntó Willems con voz desfalleciente.

—¿Me ha oído decir alguna vez algo que no fuera lo que deseaba decir en realidad? Usted me decía antes que no quería morir aquí, ¿no es eso? Pues bien; usted no morirá aquí, pero vivirá aquí. A menos que cambie de parecer —añadió en tono misterioso. Miró a Willems con los ojos brillantes y el ceño fruncido, y luego prosiguió—: Usted está solo. Nadie puede ayudarle. Nadie puede mandarle. Aquí no será un hombre blanco ni malayo. Usted no tiene color, como no tiene tampoco corazón. Sus cómplices le han abandonado en mis manos, porque todavía soy alguien en Sambir, alguien con quien hay que contar. Usted se quedará aquí solo, pero con esa mujer. Dijo usted que hizo lo que hizo por ella, ¿no es así? Pues bien, se quedará con ella.

Willems murmuró algo entre dientes y se mesó los cabellos con infinita desesperación. Aissa, que había estado contemplando a su amado largamente, se volvió hacia el marino y gritó:

—¿Qué le ha dicho, rajá Laut? ¿Qué le ha dicho?

Una ráfaga de aire caliente agitó en aquel instante los matorrales de la orilla del río y el follaje de los grandes árboles, como un anuncio de la bárbara tempestad que se cernía sobre la comarca.

Lingard miró a la mujer con una expresión de calma, y repuso al fin en el dialecto malayo de los indígenas:

—Le he dicho que debe vivir aquí toda la vida... con usted.

La noche pareció caer sobre la Tierra. La pálida luz de las nubes pareció sumirse para siempre tras aquel cielo negro y sombrío, y las figuras de los tres personajes quedaron como flotando en una neblina azulada. Aissa miraba a Willems, que permanecía inmóvil, como petrificado en su desesperada actitud. Luego se volvió hacia Lingard y gritó con todas sus fuerzas, amenazadora y terrible:

—¡Mentira, mentira! ¡Miente usted, hombre blanco, como todos los blancos mienten! ¡Miente usted, el vencido por Abdulah! ¡Miente usted!

Gritaba como una loca, adivinando, con su perverso instinto de mujer, que sus gritos herirían y molestarían a aquel hombre, el cual se sentiría como envenenado por algo que salía de las entrañas y del pecho de ella.

Willems dejó caer sus manos y comenzó a murmurar palabras incoherentes en inglés. Lingard creyó adivinar estas palabras: «¡Bueno, bueno!», y le oyó lanzar un profundo suspiro. Luego esperó unos instantes en actitud firme y serena. Cuando Willems se tranquilizó algo, el capitán añadió:

—Por lo demás, por lo que toca al resto del mundo, su vida ha terminado, Willems. Nadie podrá echarme en cara ninguna de sus villanías; nadie podrá decirme señalándolo: «¡He aquí un canalla, un malvado, que Lingard nos trajo a la isla!».

Usted quedará enterrado aquí, como muerto en vida.

—Pero ¿cree usted que voy a quedarme, que voy a someterme a eso, a obedecerle? —exclamó Willems con furia, como si acabase de recobrar la facultad de la palabra y le fuera posible rebelarse.

—No necesita permanecer aquí, precisamente en este sitio —dijo Lingard sin perder la serenidad—. Aquí tiene los bosques, muchos kilómetros de terreno para andar, para moverse, y el río, sobre todo, donde poder nadar. Por un lado, río arriba, encontrará la casa y las gentes de mi socio; por otro, río abajo, el mar. Es preciso que escoja. —Sonrió levemente, y luego añadió con una gravedad trágica—: Hay también otro camino.

Willems se estremeció de rabia. Y, apretando los puños y echando llamas por los ojos, rugió:

—Si quiere empujarme y empujar mi alma a la desesperación para que me suicide, no conseguirá nada. ¡Se lo juro! ¡Viviré! Reharé mi vida, me arrepentiré de mis errores y los iré rectificando uno por uno. Y conseguiré huir de aquí sea como sea. Pero antes, ¡llévese usted a esta mujer, capitán Lingard! ¡Esta mujer es el pecado!

Un relámpago terrible partió en dos la oscuridad del cielo, junto al horizonte; luego se oyó el rugir del trueno, lejos, muy lejos, como si fuera la voz amenazadora de un gigante.

Lingard dijo:

—A mí no me importa lo que pueda sucederle. Pero déjeme decirle que sin esa mujer aquí su vida no valdría la pena de ser vivida, no valdría nada. Así, al menos tendrá usted a alguien a su lado, y Abdulah no se atreverá a molestarle tan fácilmente. Además, ella no querrá marcharse de ninguna manera.

Y al decir esto, el capitán giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puertecilla que comunicaba aquella explanada con la vecina.

Sin volver la cabeza adivinaba fijos en él, con una fijeza loca, los ojos del vagabundo. Apenas había traspasado el umbral de la puertecilla oyó una voz que gritaba a sus espaldas:

—¡Creo que ella tenía razón! ¡Debí matarle de un tiro! ¡No me habría visto tan mal como me veo!

—¡Todavía está usted a tiempo! —contestó Lingard sin detenerse ni volver la cabeza—. ¡Pero observe que le es imposible! ¡No tiene bastante coraje, Willems!

—¡No me provoque, capitán Lingard! —gritó Willems fuera de sí.

Lingard se volvió y se detuvo.

Willems y Aissa, que iban por la senda, se detuvieron casi en seco.

Y en el mismo instante, un relámpago siniestro iluminó la explanada, dando a los rostros de los tres personajes el aspecto de figuras de teatro.

Inmediatamente, un trueno espantoso, apocalíptico, estremeció los bosques, los matorrales, las casas, la tierra entera.

—¿Provocarle? —dijo a gritos el capitán Lingard tan pronto como se pudo oír su voz—. ¿Provocarle? ¿Cómo se le puede provocar a usted? Y en todo caso, ¿qué me importa a mí provocarle?

—Es muy fácil hablar así —repuso Willems—, sabiendo como sabe que no tengo en todo el mundo ni un solo amigo.

—¿Y quién tiene la culpa? —contestó el viejo marino.

A pesar de que ambos hablaban a gritos, sus voces parecían las de unos pigmeos, después del espantoso trueno que momentos antes había estremecido a la tierra. Los remeros de Lingard pasaron en fila, con los remos al hombro, camino del río. Allí, que cerraba la marcha, se detuvo muy tieso ante Lingard y dijo:

—El tuerto ese, Babalatchi, se ha marchado con todas las mujeres. Se han llevado los bultos, tres bultos grandes, tres cajas. —Sonrió, como si se tratara de algo chocante, y añadió señalando al negro cielo—: ¡Parece que va a caer un diluvio!

—Vamos a regresar —murmuró Lingard brevemente—. Arregladlo todo.

—¡En seguida, mi amo, en seguida! —exclamó Alí, y comenzó a andar tras de sus compañeros en dirección al río.

Alí había sido piloto y timonel de Lingard durante mucho tiempo, hasta que se quedó en Sambir de mayordomo de la hacienda de Almayer. Al seguir a los otros remeros hacia la orilla iba pensando que él era superior a aquellos pobres indígenas, incapaces de hablar con los capitanes de barco, como él hacía con Lingard.

—¡Usted me ha juzgado mal desde el principio, capitán Lingard! —gritó Willems—. ¡Nunca me ha comprendido!

—¿De veras? Perfectamente. Para mí lo interesante es entenderme a mí mismo y conocer mis sentimientos —repuso el capitán con una sonrisa de ironía.

Luego se dirigió lentamente hacia la orilla del río.

Willems fue tras él, seguido por Aissa.

Dos manos se extendieron para ayudar a Lingard a saltar a la canoa, y el capitán se sentó en la gran silla de brazos que había sido colocada en el centro.

El marino volvió la cabeza, y sus ojos se quedaron fijos en las dos figuras inmóviles que se hallaban en la orilla. En los ojos de Aissa brillaba algo así como un loco deseo de ver marchar al odiado enemigo. Los de Willems, en cambio, reflejaban una terrible cólera, y se fijaban, ora en la canoa, ora en los bosques de enfrente, solitarios y ennegrecidos por la tormenta.

—¡Bien, Alí! ¡En marcha! —murmuró Lingard.

Se oyó el cuádruple ruido de los remos que se hundían en el agua. Luego, la pequeña embarcación cortó las aguas con velocidad cada vez mayor.

—¡Nos volveremos a encontrar, capitán Lingard! —gritó Willems con voz insegura.

—¡Nunca! —repuso Lingard, volviendo a medias la cabeza para mirar a su enemigo.

Y sus ojos brillaron sin remordimiento, con una expresión de orgullo y de

serenidad.

Alí dio una orden a los remeros, para que llevaran la canoa hacia la izquierda del río.

Durante un gran rato sólo se oyó el ruido, cada vez más sordo y suave, de los remos que golpeaban rítmicamente las aguas.

Lingard, que contemplaba la orilla, vio cómo Aissa se inclinaba un instante y se levantaba luego, procurando lavar la sangre del rostro de Willems, que permanecía inmóvil como una estatua.

El capitán puso luego su atención en la canoa y estiró las piernas lanzando un suspiro.

Se sentía fatigado, pero al mismo tiempo experimentaba una especie de alivio al pensar que se alejaba para siempre de aquel miserable, de aquel hombre que sería lo único que en su vida recordaría con vergüenza y con un sentimiento de humillación.

La canoa, después de ocultarse a los ojos de Willems, desapareció lejos, empequeñecida por la distancia, en el último término visible del río. Willems podía ver aún a Lingard sentado en la silla. Durante muchos años, la imagen de aquel hombre había aparecido siempre ante sus ojos como la de un amigo bondadoso y amable que le sostenía en todas las miserias, pronto a ayudarle, a guiarle y a aconsejarle en todos los apuros, en todas las angustias, un hombre que inspiraba confianza por su fuerza, por su serenidad y por su nobleza de alma. Al verle alejarse, Willems comprendía cuánto de su propia vida pertenecía a aquel hombre y lo mucho que le debía, la parte inmensa que él había tenido y tenía en sus pensamientos, en sus creencias, en la confianza que siempre había poseído en el porvenir. ¡Y aquel hombre se marchaba, se iba para siempre! Comprendió que debía llamarle, rogarle que volviese...

Entonces gritó, gritó con todas sus fuerzas, como un hombre que pidiera auxilio porque se estuviese ahogando, porque fuera a morir abandonado. Pero sus palabras se perdían en la negra atmósfera de la mañana. Aissa intentó hacerle callar colgándose de uno de sus brazos, pero él la rechazó violentamente. Y Willems gritó y gritó, sin dejar de mirar la figura que se alejaba en la canoa.

La pequeña embarcación continuó alejándose, como si todos sus tripulantes hubieran ensordecido de repente o estuviesen separados por una red cristalina y transparente pero sólida... Los ojos de Willems veían aparecer y desaparecer la canoa entre los troncos de los árboles, como en una visión cinematográfica.

Y el pobre vagabundo, inmóvil en la orilla del río, llegó a experimentar un sentimiento atormentador y singular: le pareció que la canoa que se llevaba a Lingard y a sus hombres no era más que un símbolo de su propia vida; una canoa que se alejaba llevándose sus pensamientos, sus sentimientos, sus recuerdos, todo lo que era él, no río arriba, no hacia la hacienda de Almayer, sino en dirección a su pasado remoto, a su pasado triste y lamentable, como hacia un viejo cementerio donde yacieran sus rotas esperanzas.

El alto y espeso follaje de los árboles se estremeció de pronto con el hálito invisible de una ráfaga de viento.

Willems y Aissa se sintieron envueltos en una atmósfera más fresca, que olía va a lluvia, a tierra mojada, a polvo, a los mil perfumes del bosque.

El retumbar del trueno se intensificaba a cada instante, cada vez que una nueva ráfaga de aire sacudía la atmósfera. Luego, Willems y la muchacha se vieron envueltos en la gasa tenue de una neblina que les ocultó de la canoa, los árboles y el río.

Y, de pronto, la lluvia torrencial, la lluvia bárbara y terrible de los países tropicales, se abatió sobre la tierra como un nuevo diluvio. Estalló el cielo de repente, brillando con súbito incendio, y al mismo tiempo las nubes se abrieron en cataratas de agua, que parecían brotar de las entrañas de aquel cielo enfurecido, unas veces negro como la noche y otras rojo como el centro de una inmensa hoguera. Parecía como si a cada instante una mano oculta recorriera la cortina del cielo, abriendo la boca de un horno invisible y mostrando las entrañas de un universo que ardiera entero. Y de aquella hoguera espantosa brotaba el agua a torrentes, formando sábanas terribles que caían en forma de invisibles hachas que derribaban matas y arbolillos, doblaban el follaje de los árboles y levantaban ríos de barro y de piedras que corrían a perderse en el otro río que se deslizaba a los pies de la pobre pareja humana. El río, a su vez, había aumentado su caudal con teatral rapidez, y Willems y Aissa, inmóviles en la orilla, abrazados y azotados por la lluvia terrible, tan dura y sólida que parecía a veces estar formada por ramas o troncos de árboles, vieron con horror que el nivel de las turbias aguas desaparecía para dejar paso a un horrendo turbión compuesto de aguas fangosas y rojizas. Un ruido espantoso, algo así como el rumor producido por un apocalíptico reptil que se arrastrase sobre aquella tierra repentinamente convertida en un inmenso lodazal, estremecía los bosques, contra cuyos árboles chocaban con incesante estruendo los troncos arrancados de cuajo. El huracán, el fantástico y espantoso huracán de las tierras tropicales, azotaba a la pareja humana, como azotaba y estremecía a la tierra entera, haciendo gemir árboles y plantas, arrancando con violento impulso peñascos y maderos, haciendo volar las cosas como si las animara de pronto un alma invisible, mientras todos los perfumes del bosque y de aquella tierra virgen invadían la atmósfera y eran también empujados de acá para allá por ráfagas del furioso viento, como si fuesen la esencia y el suspiro de la isla que subían a los cielos y a los montes.

Haciendo un loco esfuerzo, Willems y Aissa pudieron huir de la orilla del río, que en unos segundos se había vuelto siniestro.

Sábanas terribles de agua, que cambiaban a cada instante de dirección, los azotaban en su huida, haciéndoles detenerse a cada paso y caer, para levantarse después cubiertos de barro. La tierra rojiza parecía que iba a convertirse en agua y en fango... Así lograron llegar a la explanada de la casa, de donde todo había sido barrido: maderos, sillas y asientos rústicos, arbolillos, piedras, matas...

No veían nada.

Los árboles, las vallas, las puertas del cercado: todo había desaparecido. Y los dos, chorreando agua y medio desnudos, parecían ser los únicos supervivientes de un nuevo y espantoso diluvio, que acabaran de salvarse subiendo de aquel río que rugía amenazador entre las negras arboledas.

Al fin, haciendo un gran esfuerzo, Willems consiguió distinguir la casa, entre las azuladas cortinas de la lluvia. Se separó de su compañera y subió las escaleras de madera podrida, que crujían bajo sus pies, enviándole al pisar cada peldaño un nuevo río de agua sucia. Por último, con un esfuerzo supremo, saltó al último escalón y se encontró resguardado del diluvio brutal y terrible, bajo el techo de bambúes de la veranda, ante la puerta abierta.

Oyó un lamento, y al volver la cabeza vio a la vieja que les servía de criada sobre un montón informe de trapos y de hojas. Se disponía a penetrar en la casa cuando dos manos se apoyaron en sus hombros.

Se volvió.

Era Aissa, a la que había olvidado en su espantosa lucha contra la tempestad.

Willems hizo un movimiento instintivo de repulsión y de horror, y la muchacha crispó los dedos sobre sus hombros como si temiera que pudiese escapársele de nuevo.

Después, los brazos de la muchacha se abrieron y se abrazó a él con todas sus fuerzas, como si Willems fuera un refugio de todas las miserias, de todos los horrores, de la misma tormenta, del miedo, de la desesperación. Fue un abrazo terrible, furioso y angustioso a la vez, en el que la joven parecía intentar cautivarlo para siempre, apoyarse en él para toda la vida.

Willems miraba en silencio los negros ojos de la muchacha, cuyas manos estaban crispadas sobre su espalda. De pronto, la cogió por las muñecas, e inclinando su hinchado y sucio rostro sobre ella murmuró con loca rabia, con una bárbara ironía:

—¡Mírame bien, mujer, mírame bien! ¡Ésta es tu obra, yo soy tu obra!

Aissa no contestó. Willems, tal vez inconscientemente, había hablado en su propio idioma, en aquel idioma que según la muchacha era el de los hombres que ignoran la piedad y la dulzura y el de las mujeres que desconocen la vergüenza. Hablaba con furia, como siempre, en aquella lengua que ella no podía comprender.

Aissa permaneció silenciosa, con doloroso asombro, mirándole con sus ojos dulces y pacientes, hasta que él la rechazó con rudeza.

—¡No entres aquí! —gritó luego Willems—. ¡No entres aquí! ¡Quiero estar solo, necesito estar solo!

Él entró y dejó la puerta abierta.

Aissa permaneció en la veranda, ante aquella puerta por la que el hombre amado había desaparecido.

¿Qué necesidad tenía de comprender las palabras de Willems, cuando habían sido pronunciadas con aquella voz tan colérica, con aquella voz que no era la suya cuando

le hablaba meses atrás, junto al arroyo claro que corría cerca de su casa, en aquel tiempo tan dichoso en que él sonreía siempre? Sus manos retorcían de un modo inconsciente sus negras trenzas, mientras su cabeza se inclinaba sobre uno de sus hombros en la desolada actitud del que escucha una voz remota y muy querida.

Los truenos se alejaban, el viento había amainado y la lluvia caía perpendicular y serena, más clara, bajo la luz nueva del cielo, que se iba rasgando poco a poco. De lejos, por encima de las arboledas, llegaba la pálida claridad de un sol anaranjado, el sol que sigue a las grandes lluvias, sin calor y casi sin vida.

Aissa cruzó las manos.

Miró a la puerta abierta de la casa, al agujero negro. ¡Él estaba allí, solo! La muchacha podía percibir el ruido leve y manso de su respiración, entre las tinieblas de la morada. ¡Estaba allí, y no hablaba! ¿Qué pensaba, entonces? ¿Qué esperanza, qué idea, qué deseo aleteaba en su corazón? ¿Por qué callaba? ¡Ya no la deseaba, ya no era el centro de su vida, el principio y el fin, como en los días en que siempre sonreía! ¿Qué pensaba? ¿Qué quería? ¿Qué esperaba? Y, sobre todo, ¿cómo saberlo?

Aissa lanzó un hondo suspiro, mientras soltaba sus trenzas, que cayeron sobre su rostro como un velo de viuda, como un manto de luto. Luego, avanzó lenta y silenciosamente unos pasos y se dejó caer junto al mismo umbral de la puerta. Allí, apoyando las manos en las piernas y el mentón en las rodillas, permaneció completamente inmóvil durante mucho tiempo, en la actitud terriblemente triste y desolada de los que lloran a un muerto, de los que lloran y gimen sobre un cadáver amado.

QUINTA PARTE

I

Almayer, sentado en la veranda de su casa, con los codos sobre la mesa, miraba los bosques y, en primer término, allá abajo, el desembarcadero de su hacienda, junto al que se veían ancladas numerosas canoas negras y sucias, sobre las cuales su gran bote blanco flotaba más alto y erguido, como si fuera la madre de aquella turba de trabajadores del río.

Luego contempló la goleta de Lingard, anclada en medio de las aguas, hasta que su pensamiento se perdió, como en sueños, en un mundo irreal y lejano.

El sol se ponía lentamente.

Una neblina azulada se extendía sobre los bosques, y en el cielo, hacia el Este, se veía un largo jirón de nubes, que un viento fuerte iba empujando.

Los ojos de Almayer se entretuvieron en seguir la mancha negra de un enorme tronco, que la corriente arrastraba hacia su sepultura en el mar.

El paisaje entero le inspiraba un odio profundo, una aversión inmensa. Odiaba al río, al cielo brillante y salpicado de nubes, a los bosques, a los campos que sus ojos habían contemplado tantas veces.

Le parecía un terrible sarcasmo que él hubiera vivido allí tanto tiempo, entre aquellas cosas, dedicándoles todos sus días, todos sus trabajos, todas sus horas, con la lejana esperanza de un porvenir glorioso, obtenido a fuerza de heroísmo y de labor silenciosa y tenaz.

Empujó la mesa con impaciencia, se puso en pie y, apoyándose en la barandilla, contempló fijamente el río, aquel río que podía haber sido el instrumento de su fortuna, de no ser por..., de no haber sido por...

—¡Qué bruto, qué abominable bruto! —dijo al fin.

Estaba solo, pero había hablado alto, como hacemos cuando una fuerza interior, una cólera sorda, nos impulsa a la acción o a la protesta.

—¡Qué bruto! —añadió aún.

El río estaba oscuro, casi negro, y sobre la línea de las aguas turbias y cenagosas se levantaba la graciosa figura de la goleta del capitán. Los rayos oblicuos del sol vespertino herían la tierra, y los campos tomaban un tono verdoso y dulce de luminosos ámbares.

Luego la luz desapareció casi instantáneamente, con la rapidez fulminante de los crepúsculos en los países tropicales. Los bosques adquirieron el aspecto sombrío y tétrico de países lunares, muertos e inmóviles. Y en el cielo comenzaron a brillar las primeras estrellas, con una intensidad de joyas nuevas.

Almayer luchaba contra su inquietud interior, contra aquel disgusto que le roía el corazón silenciosamente. A sus espaldas oía a Alí, que le preparaba la cena; el ruido seco y breve de un plato, de un cuchillo, de un tenedor o de un vaso al ser dejados sobre la mesa por su criado. Después, los pasos de Alí se acercaron, y Almayer, a pesar de su abstracción, oyó las palabras de su sirviente, claras y distintas,

pronunciadas en inglés:

—¡La cena está lista, señor!

—Muy bien —repuso Almayer, brevemente.

Sin embargo, no se movió. Continuó acodado en la baranda, volviendo la espalda a la mesa, en la que Alí acababa de poner una lámpara encendida. Pensaba en Lingard. ¿Dónde estaría en aquellos momentos? A medio camino, probablemente, a bordo del buque de Abdulah. Volvería al cabo de tres días, tal vez antes, y entonces, ¿qué...? Entonces se marcharía la goleta, y él y Lingard permanecerían allí solos, con el pensamiento puesto en aquel otro hombre, en aquel hombre que viviría tan cerca de ellos. ¡Qué idea tan extraordinaria la de Lingard de retenerlo prisionero allí para siempre! ¡Para siempre! Estas palabras encerraban una idea enloquecedora. «¡Para siempre!». ¡Lo mismo si vivía un año que si vivía diez o veinte! Willems podía vivir muy bien veinte años. Y en ese caso, ¿tendrían ellos que alimentarle, que vigilarle, que sostenerle, de un modo o de otro, durante todo aquel tiempo? ¡Qué locura! Sólo a Lingard podía habersele ocurrido una cosa así. Porque Almayer no pensaba permanecer allí más de diez años, ni creía que Lingard estuviese más tiempo. En diez años podría hacer una fortuna, y entonces se marcharía o se marcharían, primero a Batavia —sí, a Batavia— y luego ¡a Europa...! A Inglaterra, a no dudarlo. Lingard querría volver a Inglaterra. Y, en ese caso, ¿podrían ellos dejarle allí? ¿Cómo sería Willems al cabo de diez años? Estaría muy viejo, seguramente. ¡Bien, que el diablo cargara con él! En cambio, Nina, su Nina querida, tendría entonces quince, y sería muy rica, muy rica y muy bonita, además. Y él, Almayer, no sería entonces demasiado viejo...

Entre las sombras, Almayer sonrió al dulce pensamiento...

Sí, sería rico, muy rico. ¿Cómo? Él confiaba en sí mismo, y, sobre todo, en Lingard, que era un hombre inteligente y muy afortunado. Podía decirse que ambos eran ricos ya, aunque no lo bastante. El dinero llama al dinero. Aquel negocio del oro era un buen asunto, y como el capitán Lingard era un hombre de grandes dotes y larga experiencia comercial, los acompañaría el éxito, desde luego. Si Lingard había afirmado que el oro existía en cierta parte del río y del país, era que existía. Sabía lo que tenía entre manos. En cambio, Almayer no estaba conforme con los propósitos y las ideas de Lingard acerca de Willems. ¿Para qué quería dejar vivo a aquel miserable? ¿Para qué?

—¡A ese miserable, a ese canalla! —murmuró Almayer entre dientes.

De pronto, la voz de Alí sonó a sus espaldas con tono perentorio:

—¡*Tuan*...! ¡*Amo*...! ¡Es tarde!

Almayer se decidió entonces a acercarse a la mesa, y se sentó. Su rostro, iluminado por la lámpara, tenía un aspecto rojizo y fantástico. Casi en seguida se puso a comer de un modo maquinal.

Indudablemente, Lingard era un hombre tenaz, recio y duro. Apenas se hubo enterado de la traición de Willems en Sambir había planeado otro negocio, otro

asunto en el que emplear sus actividades. El gran prestigio que Lingard disfrutaba entre los indígenas de todas aquellas islas, lo mismo árabes y malayos que indostánicos, era una garantía de éxito. Las gentes decían que Lingard era rico, muy rico, y aunque en cuestiones de dinero siempre se exagera, sólo con que tuviese la mitad de lo que decían...

Bebió un sorbo de agua y luego continuó reflexionando en silencio.

Si en vez de pasar las cosas como habían pasado, Willems hubiera sabido jugar bien sus cartas, quizá los planes de los dos hombres se hubieran venido al suelo...

Alí, inmóvil, permanecía en pie detrás de su amo. La luz de la lámpara se quebraba al dar en los vasos, en la botella del agua y en el rostro de Almayer, y luego se perdía trazando un círculo en la sombra.

Almayer, masticando vivamente, se admiraba de la conducta de Lingard, pues sabía que en una ocasión fusiló a un blanco por mucho menos de lo que había hecho Willems. Almayer no sabía el motivo, pero le habían dicho que fue una pequeñez, una futilidad. Había ocurrido al regresar una multitud malaya de una peregrinación donde abundaban las mujeres y los niños. ¡Una vieja y estúpida historia! Cuando Lingard volvió a entrevistarse con el culpable, hablaba duramente de su prisionero. Pero luego se fue amansando, dulcificando... ¿Qué le había dicho Willems? ¿Qué había ocurrido entre ellos? El capitán debía de tener algún plan inexplicable, cuando perdonó la vida al canalla. ¿Qué pensaba hacer de Joana? ¿Le daría dinero para marcharse? Pero ella, ¿se querría marchar? Todo aquello era incomprendible. Incomprendible para Almayer. Le parecía absurdo proteger a la mujer de Willems, aunque fuese con el dinero del capitán, que era, en cierto modo, el dinero de Almayer, el dinero de Nina. Y Almayer, al pensar en su hija, sintió que sus puños se crispaban y que por su mente pasaba una ráfaga de locura. ¿Por qué se obstinaba Lingard en conservar la vida de aquel miserable que intentó arruinarlos, que Dios sabía si podría arruinarlos alguna vez?

Almayer sintió que un sudor frío humedecía su frente.

Era que acababa de tener un pensamiento siniestro y terrible.

Lingard conocía a Willems hacía muchos años, hacía mucho tiempo. ¿Quién le decía a Almayer que el viejo marino, que era hombre constante en sus afectos, bondadoso en el fondo, no acabara por reconciliarse con Willems? Y la idea de que Willems pudiese estar de acuerdo con Lingard le horrorizó hasta lo infinito. Se vio solo, en aquel rincón perdido del mundo, arruinado, sin esperanza. Todos sus sacrificios, el sacrificio de su independencia, de sus mejores años, su humillación constante ante los caprichos y las órdenes de Lingard, su trabajo... todo, todo estaría perdido. ¡Horrible, horrible! Y al pensar en su hijita, Almayer se cubrió el rostro con ambas manos.

La voz de Alí le sacó de su abstracción.

—¿Ha terminado usted, mi amo?

Almayer levantó un momento la cabeza. El pensamiento de que su hija, su Nina

adorada, no llegase a ser algún día la mujer rica y poderosa que él había soñado, le atenazó, y con el ceño fruncido, como uno que habla sin acabar de despertarse, contestó:

—¿Qué decías, Alí? ¿Que si he terminado?

—La cena... Que si quito la mesa.

Almayer se molestó.

—Sí, hombre, sí, quítalo todo, y vete al diablo.

Y, recostándose en la silla, se sumió en una reflexión tan profunda que hurtó a su rostro su aspecto dulce y peculiar.

Alí se puso a quitar la mesa en silencio. Lo recogió todo y luego se marchó.

Cuando ya iba a penetrar en la casa, Almayer le gritó:

—¡Mi hamaca!

Alí se detuvo un instante y repuso en tono ofendido, a la vez que envolvía a Almayer en una mirada un tanto torva:

—¡Ya va, mi amo! ¡En seguida!

Luego reanudó la marcha, pensando: «¿Cómo querrá que quite la mesa y prepare la hamaca al mismo tiempo? Este hombre es como todos los blancos. ¡Todo lo quieren al mismo tiempo! ¡Parecen niños!».

Almayer permaneció pensativo durante largo rato, mirando sin ver cuanto le rodeaba. La luz de la lámpara iluminaba la mesa y un trozo de la veranda con un resplandor tenue, que debía de darle a Almayer, según él pensaba, el aspecto de un muerto.

—¡Quiero que eso sea! —se dijo de pronto en voz alta.

Se puso en pie.

Estaba febril.

Acariciaba la idea que acababa de surgir en su mente, como si fuese la única solución de su angustiada situación, y luego siguió pensando:

«Me duele tener que traicionar tal vez a Lingard: pero no veo otra solución. Le hablaré a ella. Ella, como mujer, tiene buen sentido, y me ayudará. Quisiera verlos a cien mil leguas de aquí. ¿Tendré éxito? ¡Sí, sí, me lo dice el corazón! Luego... le confesaré toda la verdad a Lingard, al que no quiero mentir nunca...».

Durante un momento su mirada estuvo fija en un punto, aunque sin ver nada, como el que vigila el lento movimiento de una balanza que no acaba de recobrar el equilibrio.

A la izquierda de Almayer, al fondo, se veía una puerta cerrada, sobre la que unas letras algo borrosas daban a entender que allí estaban las oficinas de Lingard y Compañía. Los muebles los había suministrado el mismo Lingard cuando construyó la casa para su hija adoptiva y su marido, y no carecían de comodidad y de cierta elegancia. Había dos grandes pupitres, un sillón giratorio, dos armarios y una caja fuerte; todo lo que Almayer había considerado indispensable para el buen éxito de los negocios. Lingard sonrió cuando Almayer le enumeró todos aquellos objetos, pero

puso un gran empeño en encontrarlos, ya que quería que su protegido, como él decía, el futuro marido de su hija adoptiva, fuera feliz en su matrimonio. Cinco años antes todo Sambir se había estremecido ante las maravillas que llegaban a la casa del rajá Laut, y las multitudes indígenas se estacionaban días enteros a la orilla del río, sin cansarse de ver, de admirar y de alabar tanta maravilla. Los libros, las cajas y los objetos raros dejaban boquiabiertos a los indígenas, y los más curiosos o los más atrevidos intentaban explicar a los demás el uso y destino de aquellas cosas: la gran caja de caudales, tan pesada que veinte hombres no podían levantarla en la orilla del río, debía de estar llena de tesoros; y los libros, grandes y pesados también, escritos en lenguas extrañas, encerraban toda la sabiduría de los hombres blancos para navegar por todos los mares, y el secreto para ser sabios, prudentes y fuertes.

Cuando las oficinas estuvieron instaladas, Almayer se sintió orgulloso.

Se creyó desde entonces a la cabeza de una empresa importantísima. No sabía que se había vendido a Lingard por todo aquello, casándose con la muchacha malaya, que era la hija adoptiva del marino. Pronto se convenció de que el comercio de la colonia no iba a parar a sus manos, sino que seguía en las de Patalolo, Sahamin, Bahassoen y demás caciques y reyezuelos de la colonia, a los que no se dominaba ni vencía con plumas, tinta y papel. Y entonces el prestigio de la oficina decayó ante los ojos de Almayer, hasta el punto de que el despacho fue poco a poco abandonado, como el templo vacío de una religión muerta. Y Almayer llegó a pensar que su esposa, que se mostraba reacia a abandonar sus costumbres y usos salvajes, podía vivir allí. Por suerte, la pequeña Nina, que crecía y comenzaba a conocer y a adorar a su padre, hizo a Almayer rechazar su propósito.

Cuando Lingard ordenó a Almayer que alojara en su casa a Joana, la esposa de Willems, dispuso una vieja cama en lo que fue oficina; los pupitres se arrinconaron, y la mestiza tomó posesión de aquella estancia, donde vivía con su hijo, suspirando interminablemente. La atormentaba el recuerdo de su marido, y sentía grandes remordimientos por lo que le hizo en Macasar. Mientras tanto, el niño, el enclenque y enfermizo Louis Willems, jugaba con las cosas del despacho abandonado.

Luego, al llegar la noche, la gran estancia se llenaba de sombras, y sólo se oían los lamentos y lloriqueos del niño y los hondos suspiros de Joana, la cual pensaba sin cesar en su marido, un hombre tan listo, tan grande, tan fuerte, quizás un poco duro y rudo con ella, pero digno de haber sido mejor tratado de como ella le trató, empujada por su propia familia, mal aconsejada por su propia madre.

Para Almayer, la presencia de Joana en su casa era una tortura constante, un suplicio intolerable, la amenaza de un peligro inminente. La gran bondad de Lingard y su inclinación a colmar de favores a todo el que lo necesitara, hacía que Almayer considerase como su enemigo natural a toda persona a la que el capitán tomara bajo su protección. Empujado por aquel sentimiento, Almayer había odiado a mucha gente en los últimos años. Pero no recordaba haber odiado ni haber temido a nadie tanto como temía y odiaba a Willems. La presencia de Joana, después de la traición de

Willems, aumentaba este odio y este miedo hasta lo infinito.

Almayer no solía ver a Joana durante el día. En cambio, a las primeras horas de la mañana, o al caer la tarde, solía verla pasear tristemente con su hijo por la explanada de su hacienda o por la orilla del río, arrastrando su bata de un blanco dudoso.

Un día, mientras leía por milésima vez el *North China Herald* que Lingard había llevado, vio subir lentamente a Joana las escaleras de la veranda, llevando al niño en brazos. Entonces, como sucedía a menudo, la mujer preguntó a Almayer por su marido, queriendo saber dónde estaba y cuándo volvería. Como ocurría también a menudo, la mestiza terminó sus gritos y amenazas con una letanía de palabras incomprensibles para Almayer, que parecían reproches a sí misma, maldiciones e invocaciones al mal y a la desgracia que ella había merecido.

En dos o tres ocasiones, la mujer había acusado a Almayer de ser el responsable de la ausencia inexplicable de su marido. Y aquellas escenas, que empezaban sin previo aviso, terminaban con una tempestad de gritos, a los que ponía fin un portazo terrible. Luego la casa quedaba de nuevo sumida en el silencio, como el campo cuando ha pasado sobre él una ráfaga de viento.

Pero aquella noche la casa estaba en calma, quieta y silenciosa. Almayer, con el ceño fruncido, parecía pesar en una misteriosa balanza el pro y el contra de la idea que acariciaba desde hacía un rato: la inteligencia de Joana, la credulidad de Lingard, la temeraria audacia y el loco deseo de escapar de Willems... Pesaba, ansioso y atento, sus miedos y sus deseos y el tremendo riesgo de un disgusto, tal vez una riña con Lingard. Sí; Lingard podía ponerse furioso, podía sospechar que existía cierta complicidad entre Almayer y el prisionero. ¿Se enfadaría hasta el punto de reñir con él, con Almayer? Éste se encogió de hombros. Pero pensaba, pensaba incesantemente. Willems acabaría por escaparse, de todos modos. Una situación así no podía sostenerse mucho tiempo. Aquello saltaba a la vista. La excentricidad de Lingard pasaba todos los límites. Se puede matar a un hombre, pero no torturarlo ni esclavizarlo de aquella manera. Era casi criminal. Y Almayer, que era un hombre pacífico y de gran sentido práctico, pero de no mucha inteligencia, llegó a sentir una terrible cólera contra Lingard, que le obligaba a él, tan dulce siempre, a atormentar su pobre cerebro hasta lo inverosímil, buscando una solución a aquel conflicto enmarañado y odioso.

Almayer se apoyó de nuevo en la baranda y murmuró:

—¡En cambio, si el miserable hubiera muerto, todo estaría arreglado!

Luego comenzó a pasear y a rascarse el rostro de un modo distraído y pensativo. Le pareció verse escondido en el fondo de una canoa que flotaba en el centro del río, a unas cincuenta yardas del desembarcadero, frente a la casa de Willems. Junto a él, también en el fondo de la canoa, había un arma de fuego, su magnífico rifle de repetición. Uno de sus remeros gritaría, y Willems contestaría desde los matorrales de la orilla. Naturalmente, el granuja sospecharía que se trataba de alguna emboscada. Pero entonces el remero volvería a gritar, alargando en su mano un papel y diciendo:

«¡Venga pronto! ¡Le traigo un mensaje del rajá Laut!». Y Willems comenzaría a descender entonces hacia el río, tranquilo, anhelante, confiado... Almayer se vio a sí mismo irguiéndose rápidamente en aquel preciso instante, apuntando al pecho, apretando el gatillo... Sonaría una detonación, y el miserable caería de cabeza al agua... ¡El muy cerdo, el muy infame!

Le pareció incluso oír en aquel momento el ruido seco del disparo, y se estremeció de pies a cabeza con delicia. ¡Sería tan sencillo!

Desgraciadamente, Lingard...

Almayer suspiró y movió la cabeza, como si dudara por última vez. ¿Qué debía hacer?

Sufría.

Le parecía contemplar la balanza, inclinada definitivamente del lado de la acción inmediata.

Almayer se dirigió entonces hacia la puerta de lo que había sido la oficina, y llamó fuertemente con los nudillos.

Pero en seguida volvió la cabeza, como si le horrorizara lo que acababa de hacer. ¿Era posible? Al cabo de un instante se acercó nuevamente a la puerta y pegó su oído a la madera. ¡Nada! Entonces, frunciendo el ceño, pensó:

«No me ha oído, porque grita, grita como siempre. Grita día y noche. Yo creo que en estos últimos días ha perdido el poco juicio que le quedaba, precisamente desde que yo ando preparando el terreno para decirle que su marido ha muerto, según me ha ordenado Lingard. Pero tengo la seguridad de que no lo creerá. En fin, basta de debilidad y de contemplaciones. ¡Llamemos de nuevo!».

Llamó otra vez, con más fuerza, y murmuró:

—¡Soy yo, Mrs. Willems! Necesito hablarle. Tengo noticias importantes.

¿Qué?

—¡Noticias! —repitió Almayer acentuando la palabra—. Noticias de su marido. ¡Su marido! ¡Condenado hombre!

Las dos últimas palabras las pronunció entre dientes.

Entonces oyó un ruido en el interior de la estancia, y la voz agitada de Joana gritó:

—¿Noticias? ¿Qué? ¿Qué? ¡Espere! ¡Voy en seguida!

—No hay necesidad, Mrs. Willems. Póngase usted una bata y déjeme entrar. Es algo muy confidencial lo que tengo que decirle. ¿Tiene usted una luz?

Dentro se oyeron unos golpes. Almayer escuchó el ruido de los pasos de la mujer, que se movía por la habitación, y luego el golpe seco y breve de una caja de cerillas al caer al suelo. A continuación, la voz de Joana gritó en tono lloroso:

—¡Oh, Dios mío! ¡Noticias, noticias! ¡Sí, sí, ya le oigo! Es que no encuentro las cerillas ni la luz. ¡No se marche! ¡Espere, por Dios!

—No, no me marchó —contestó Almayer a través del agujero de la cerradura—, pero lo que tengo que decirle es muy confidencial y corre mucha prisa.

Cogió el picaporte, al tiempo que pensaba que Joana era una estúpida. La mujer se movía apresuradamente por el interior. Al fin la oyó decir con voz ahogada:

—¡Entre usted!

Él empujó la puerta.

En aquel momento, Alí, que llegaba por el corredor llevando en los brazos un montón de mantas y de almohadas, vio a su amo atravesar el umbral de la habitación donde vivía la mestiza y cerrar la puerta. En seguida oyó la voz de Almayer hablando con ella. Y su asombro fue tan grande que quedó boquiabierto e inmóvil, como si le hubieran clavado al suelo.

¡Su amo hablando con aquella mujer! ¿Y quién era aquella mujer en realidad? Él no se había devanado mucho los sesos para averiguarlo. Era una mujer *sirani*, y muy fea. Se encogió de hombros, hizo una mueca desdeñosa y continuó su trabajo, arreglando la hamaca de su amo. Aquello, en realidad, no le importaba. La mujer fea la había llevado el rajá Laut, y en aquel momento su amo hablaba con ella. ¡Bien! Él debía limitarse a hacer su trabajo, a cumplir con su deber.

Después de arreglar la hamaca, recorrió toda la casa, cerciorándose de que los vigilantes nocturnos estaban despiertos y en sus puestos y de que las amarras de las canoas estaban bien atadas. Por último se acostó.

De pronto, cuando apenas había comenzado a quedarse dormido en su hamaca, situada también en la veranda, cerca de la de su amo, le despertó un grito lanzado por una mujer.

Casi en el mismo instante, el instinto le hizo saltar de la hamaca. Y entonces, con inmensa sorpresa, vio a su amo salir de la habitación de la mestiza dejando la puerta entornada, pasar junto a él sin verlo y dirigirse hacia el desembarcadero, donde permaneció un instante. En seguida volvió a subir, y Alí, que seguía inmóvil en la oscuridad, le vio beber un sorbo de agua. Luego volvió a penetrar en la habitación de la malaya, de donde salía el llanto del niño y los gritos ahogados de la mujer, y cerró de nuevo la puerta.

Alí se quedó mirando fijamente aquella puerta por la que acababa de desaparecer su amo, y se preguntó con inquietud qué ocurriría. Pero antes de que pudiera formar juicio alguno, Almayer volvió a aparecer, y Alí le vio acercarse a la veranda, donde permaneció inmóvil, como si contemplara los bosques y los campos dormidos y en tinieblas.

De pronto, su amo gritó:

—¡Alí!

El criado se acercó adonde Almayer se había sentado.

Alí pudo ver que el rostro del dueño de la casa estaba sombrío y pensativo. Cuando se acercó a su amo, Almayer sacó el reloj del bolsillo. Alí observó que estaba andando. Esto sólo ocurría cuando Lingard llegaba a Sambir, pues cuando el capitán no estaba dejaba que su reloj se parase, sin cuidarse de la marcha del tiempo, que sólo le interesaba por lo que se relacionaba con las cosechas.

Almayer miró el reloj. Eran las ocho y media. Allí esperó pacientemente.

—Vete al pueblo —ordenó al fin Almayer— y dile a Mahmat Banjer que venga, que tengo que hablar con él esta noche sin falta.

Allí se marchó refunfuñando. No le agradaba la comisión. Banjer y sus dos hermanos eran unos vagabundos de Bajow, los cuales habían tomado posesión de una especie de cabaña abandonada que pertenecía a la hacienda de Lingard y Compañía, situada precisamente al otro lado de la valla, lejos de la casa de Almayer. Allí desaprobaba, desde luego, la benevolencia con que se trataba a aquellos vagabundos extranjeros. Cualquier morada tenía un gran valor en Sambir en aquellos tiempos, y Almayer debía haberle cedido la cabaña a él, en vez de dársela a aquellos hombres peligrosos. Todo el mundo sabía en Sambir que era una gente de cuidado, que habían robado a un viejo barquero de Hinopari, que no tenía hijos, y luego le amedrentaron y conminaron a callar bajo amenazas de muerte. Todo el mundo sabía esto. Era uno de los escándalos que se permiten en todas partes, que existen y se aceptan.

Almayer, mientras tanto, meditaba. Cuanto más pensaba en ello, tanto más se convencía de que eran precisamente Banjer y sus hermanos los hombres que él necesitaba.

Aquellos individuos eran piratas, verdaderos gitanos del mar, y podían desaparecer sin que nadie lo advirtiera. Y si volvían, nadie, y mucho menos el propio Lingard, podía pensar en hacer una indagación sobre ellos.

Almayer llamó en voz alta.

—¡Mrs. Willems!

La mujer acudió tan rápidamente que casi asustó a Almayer, pues parecía haber surgido del suelo, al otro lado de la mesa. Almayer apartó un poco la lámpara situada entre ambos, y miró a la mujer. Lloraba. Pero lloraba de un modo dulce, silencioso, que la estremecía, sin embargo, de pies a cabeza y la hacía lanzar hondos sollozos.

—¡Cálmese, Mrs. Willems! —dijo Almayer con dulzura.

La mujer lanzó una queja débil, que parecía el eco lejano de un dolor irremediable y brutal. Almayer continuó diciendo, mientras ella se enjugaba las lágrimas en un gran pañuelo:

—Debe comprender que le he dicho todo eso porque soy su amigo, su amigo verdadero y leal, ¿eh? Usted, que es su esposa, debe saber el terrible peligro en que él se encuentra. El capitán es un hombre terrible, como usted sabe muy bien.

La infeliz sollozó más fuerte y dijo entre suspiros:

—¡Usted... me dice... ahora la verdad..., la verdad...!

—Le doy mi palabra de honor, Mrs. Willems. Se lo juro por la vida de mi hija —repuso Almayer—. Había estado engañándola hasta ahora, a causa del capitán Lingard. Pero ya no puedo sufrirlo por más tiempo. ¡Piense en el riesgo que yo corro con Lingard, al decirle lo que le he dicho! ¿Por qué lo he hecho? ¡Por pura amistad, puede creerlo! Nuestro querido Peter fue mi colega en Macasar durante muchos años, como usted sabe.

—¿Y qué haré, Dios mío, qué haré? —gimió la mujer, entrelazando las manos y dejando correr libremente las lágrimas por su rostro sucio y feo.

—Usted debe ayudarle a huir, ahora que no está aquí Lingard. Su esposo le ofendió gravemente, y eso es muy peligroso. Lingard dijo que iba a matarlo... Nadie sabe si lo matará aún.

La mujer se retorció las manos y gimió con infinita desesperación:

—¡Oh, el infame, el infame!

—Sí —continuó Almayer—, es terrible. No debe perder el tiempo, se lo aseguro. ¿Me comprende, Mrs. Willems? Piense en su marido, en su pobre marido. ¡Qué feliz va a hacerle! Usted le devolverá la vida. Piense en él.

Joana cesó de llorar un instante.

Había quedado inmóvil, a unos pasos de Almayer, y le miraba con ojos terribles, de salvaje expresión. Luego dijo entre dientes:

—¡Oh, madre mía! ¡Soy una mujer miserable y pérfida! ¿Será capaz de perdonarme? ¡Oh, Mr. Almayer, él es tan severo, tan recto! ¡Oh, ayúdeme! ¡No me atrevo, no me atrevo a ir sola! ¡Usted no sabe lo que le hice! ¡No, no me atrevo, no me atrevo! ¡Dios mío, ayúdeme! —exclamó entre sollozos.

La infeliz no había dirigido nunca al cielo una súplica más dolorosa y más patética.

—¡Chist! ¡Por Dios! —exclamó Almayer, levantándose y haciendo un ademán con la mano—. ¡Despertará a alguien, amiga mía!

La mujer contuvo los sollozos, mordiéndose los labios y llorando en silencio. La idea de que quizá no hubiera obrado bien haciéndole aquella confianza atormentó por un momento con tanta intensidad a Almayer que le hizo fruncir el ceño y quedar profundamente pensativo.

Al fin, dijo:

—Le juro, Mrs. Willems, que su pobre marido se encuentra en tal situación que le daría la bienvenida y acogería con los brazos abiertos al mismo demonio, si el demonio fuera a salvarle en una canoa. Y si usted tiene alguna pequeña diferencia con él, si hay entre ustedes algún disgusto que borrar, yo le juro que ésta es la ocasión.

Almayer pensaba que el tono ardiente y persuasivo de sus palabras hubiera convencido a una estatua. Comprobó con satisfacción que por el rostro de Joana pasaba como un relámpago de energía. Entonces continuó hablando lentamente:

—Fíjese, Mrs. Willems. Yo no puedo hacer nada. No me atrevo, la verdad. Le juro a usted que me gustaría hacerlo. Pero, en fin, indirectamente. Escúcheme. Dentro de diez minutos vendrá un hombre de la tribu de los bugis, cuya lengua conoce usted por ser de Macasar. Ese hombre tiene una canoa bastante grande, y puede llevarla a bordo. Al llegar al desembarcadero del nuevo rajá, llámelo usted. Son tres hermanos, decididos, valientes y audaces, prontos a ejecutar cualquier tarea si se les paga convenientemente... Usted tiene algún dinero, ¿no es verdad?

La mujer permanecía inmóvil, quizás escuchando, pero sin dar señales de comprensión, con los ojos fijos en el suelo, como si el horror de aquella situación y el gran peligro en que se hallaba su marido hubieran matado en ella hasta el último germen de vida.

Almayer repitió.

—¿Me ha oído? Procure comprenderme. ¿Tiene dinero? ¡Dinero! ¡Moneda! ¡Dólares! ¿Qué le pasa a usted?

Sin levantar los ojos del suelo, la mujer dijo con voz apagada:

—La casa ha sido vendida... Mr. Hudig se disgustó mucho.

Almayer dio un puñetazo sobre la mesa.

—Pero bueno —dijo—, supongo que les dieron dinero por ella. ¿Quién lo tiene? ¿Lo tiene usted?

Joana, con los párpados hinchados, levantó al fin la vista y miró a Almayer. Luego dijo:

—Leonardo cogió alguno. Lo necesitaba, porque iba a casarse. Otro poco se lo llevó Antonio, y alguno también Agustina, que es muy pobre y tiene muchos hijos. Y Luis, el ingeniero, que no habló nunca mal de mi marido. Y nuestra prima Marta también... Llegó gritando, y yo me encontraba tan mal que no supe decir que no a nada... Después fueron también el primo Salvador y nuestro viejo pariente, Daniel de Souza, los cuales...

Almayer escuchaba con rabia. Pensaba que tendría que dar dinero a aquella mujer antes de que volviera Lingard. Hizo una pausa, y aspirando mucho aire murmuró conteniendo la furia:

—No me interesan los nombres de sus parientes, Mrs. Willems. Dígame lo que esos condenados le han dejado. ¡Eso es lo que quiero saber!

—Tengo doscientos quince dólares —dijo al fin Joana, con voz temblorosa.

—¡Bien! Es bastante. No es mucho, pero es bastante. Ahora, cuando venga ese hombre, yo me ocultaré. Usted le habla. Dele usted algún dinero, un poco, y prométele más. Luego, cuando lleguen allá, será su marido quien decidirá lo que deben hacer, naturalmente. No debe olvidar decirle que el capitán Lingard está en la boca del río, en la boca septentrional. Adviértaselo a su marido.

Joana se estremeció, y Almayer continuó diciendo rápidamente:

—Yo le daría dinero si lo necesitara. Dígale a su marido que he sido yo el que la ha enviado junto a él. Dígale que no pierda el tiempo. No olvide decirle de mi parte que... nos encontraremos algún día. Que no descansaré hasta que nos hayamos encontrado. Aunque sea una sola vez, una vez nada más. Yo le aprecio mucho, como usted sabe. Y se lo demuestro en esta ocasión, pues es un riesgo terrible el que corro haciendo esto.

Joana le cogió una mano, y antes de que él hubiera podido retirarla la besó.

—¡Por Dios, Mrs. Willems! —exclamó Almayer apartando vivamente la mano—. ¿Qué hace usted?

—¡Oh, es usted muy bueno, muy bueno, Mr. Almayer! ¡Muy noble! ¡Bendeciré su nombre hasta el fin de mi vida!

—¡Bien, basta, basta! —murmuró Almayer, aturdido y sin darse perfecta cuenta de lo que decía—. Tenga cuidado con Lingard. Crea que me alegra mucho poderla servir en una situación semejante.

Los dos callaron. A la luz de la lámpara, la mujer parecía una estatua de marfil antiguo... Y Almayer se decía que su plan se iba a realizar íntegramente. Joana parecía haber comprendido el papel que él le asignaba en todo aquello.

De pronto se oyó la voz de Alí.

—¿Por qué ha cerrado la puerta, mi amo? ¡Ah, sólo está entornada! Ya estamos aquí, mi amo.

—Bueno, yo me voy, Mrs. Willems —murmuró Almayer levantándose—. Ese hombre viene con mi criado. Procure mostrarse tranquila. Procure...

Oyó los pasos de los de los hombres en la senda enbaldosada del huerto, y dejó la frase sin concluir.

Y entonces, con un movimiento vivo y casi felino, salió de la veranda por el otro lado y se perdió en la oscuridad, en dirección al río.

II

En la media hora que siguió, Almayer, que quería dar algún tiempo a Joana para que hablase con el recién llegado, deambuló por el gran huerto que rodeaba la casa, escondiéndose entre los montones de leña o detrás de las construcciones agrícolas del fondo, junto a la valla y el foso. Hacía todo aquello para escapar del inoportuno Alí, que le buscaba desesperadamente por toda la casa. Le oía hablar con el jefe de los vigilantes nocturnos, a veces muy cerca de él en la oscuridad, y luego los veía alejarse, ir y venir inquietos y preocupados.

—¿Se habrá caído al río? —dijo Alí de pronto casi a gritos—. No me fío de vosotros los vigilantes, pues parecéis ciegos. Él me dijo que fuera a buscar a Mahmat, y cuando he vuelto con ese hombre no he encontrado al amo en la casa. Allí está esa mujer *sirani*, y Mahmat no podrá robar nada de la casa. Pero me da el corazón que sólo podré acostarme después de medianoche.

Hubo un silencio.

Luego, Alí gritó:

—¡Amo, amo, a...!

—¿Por qué gritas tanto, Alí? —le interrumpió Almayer saliendo de las sombras, muy cerca de ellos.

Los dos malayos se quedaron inmóviles, mirándose desconcertados.

—Puedes acostarte, Alí —siguió diciendo Almayer—. Esta noche no necesito a nadie. ¿Ha venido Mahmat?

—Sí, amo; a menos que el salvaje, cansado de esperarle, se haya marchado. Esas gentes no conocen la cortesía. No son lo más a propósito para hablar con los hombres blancos.

Almayer se dirigió hacia la casa, dejando a los dos criados preguntándose de dónde diablos había surgido ante sus ojos. El vigilante opinaba que quizás estuviera dotado de un poder sobrenatural que le hacía invisible durante la noche, y que...

Pero Alí le interrumpió con voz dura. Ningún hombre blanco poseía aquel poder. Sólo el rajá Laut tenía la facultad de hacerse invisible cuando quería. También el rajá Laut podía estar en dos sitios al mismo tiempo, como todo el mundo sabía, excepto él, el inútil vigilante, quien sabía menos sobre los hombres blancos que un cerdo salvaje.

Y Alí se dirigió a su hamaca riendo ruidosamente.

Cuando Almayer subía las escaleras de la veranda oyó el ruido de una puerta al cerrarse precipitadamente, y al llegar arriba sólo vio a Mahmat cerca de la puerta del pasillo.

El hombre parecía haber sido sorprendido en el preciso instante en que se disponía a marcharse, lo cual causó a Almayer una gran satisfacción. Al ver al hombre blanco, el malayo se detuvo, sonriendo e inclinándose. Era un hombre de pequeña estatura, fornido, de anchos hombros y pecho prominente, de tez muy

bronceada, casi negra, y una boca enorme, de dientes muy oscuros y gruesos labios. Sus ojos eran grandes, abultados e inquietos. El hombre murmuró con el énfasis de los orientales:

—¡*Tuan*, tú eres grande y fuerte, y yo soy pobre y miserable! Dime lo que quieras y déjame marchar, en el nombre de Dios. ¡Es muy tarde!

Almayer observó al hombre pensativamente.

No podía encontrarse otro mejor para... Hacía poco tiempo, él había empleado a aquel hombre y a sus dos hermanos como remeros provisionales, para llevar víveres y mercancías a un lejano campo de *ratán*, río arriba. Tres días de expedición. Le diría que iban a volver allá. Y murmuró:

—Quisiera que tú y tus hermanos marcharais inmediatamente hacia el campo de *ratán*, a llevar unas cosas... Un dólar por día y por hombre.

El hombre pareció dudar. Almayer, que adivinó que el hombre no iría, se apresuró a añadir:

—Es muy importante, y si me servís con diligencia os daré dos dólares por el último día.

—No, *tuan* —contestó al fin el malayo—. No podemos servirte esta vez. No iremos.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que hacer otro viaje ya convenido —contestó el indígena.

—¿Adónde?

—A un sitio que nosotros conocemos bien.

Almayer experimentó una inmensa alegría, y dijo con indiferencia:

—Ya sabes que, aunque vivís en mi casa, os podéis considerar como en la vuestra... Aunque quizá necesitemos pronto la cabaña en que habitáis.

El malayo se encogió ligeramente de hombros y repuso:

—Nosotros somos hombres de mar, y no necesitamos dormir bajo techo ni nos importa tener casa o no cuando disponemos de una canoa donde cabemos los tres hermanos y donde hay un par de remos para cada uno. El mar es nuestra casa. ¡Que la paz sea contigo, *tuan*!

Y dando media vuelta desapareció entre las sombras.

Almayer le oyó poco después llamar al vigilante para que le abriera la puerta del huerto.

Mahmat salió en silencio del cercado. Pero apenas se había cerrado la puerta a sus espaldas, una sonrisa feroz iluminó su rostro. Pensaba que si alguna vez los arrojaban de la cabaña en que se habían refugiado, él y sus hermanos le pegarían fuego antes de marcharse.

Luego los llamó, antes de penetrar en la inmunda choza:

—¡Eh! ¡Hermanos!

Mientras tanto, Almayer se había puesto a fumar tranquilamente. Estaba contento, y se decía que, de no descubrirse nada, todo estaría muy pronto arreglado conforme a

sus deseos.

Luego, mientras lanzaba el humo de su tabaco de Java, que fumaba en una larga pipa china, se dijo que no debía volver a ver a Joana. Le daría la enhorabuena, deseándole mucho éxito en su empresa, y luego se pondría al acecho, para observar lo que pasaba.

Se acercó a la puerta de lo que fue oficina, y murmuró retirando la pipa de sus labios:

—¡Mucha suerte, Mrs. Willems! No pierda usted tiempo. Puede ir siguiendo la valla nueva y salir por aquella puerta, que está abierta. No pierda tiempo, señora. No olvide que es cuestión de vida o muerte. Y, sobre todo, tenga en cuenta que yo no sé nada, ¿eh? Confío en usted.

Oyó un ruido de pasos y algunas palabras que no pudo entender bien. Entonces se retiró a una especie de habitación situada al fondo de la veranda, a la izquierda, y encendió una pequeña lámpara procedente del buque de Lingard. La luz vacilante de la lámpara iluminó una habitación, vacía, en la que, por todo moblaje, sólo había una linda camita cubierta con un mosquitero. Una mujer que dormía en el suelo, en un jergón de hojas, se despertó con cara asustada al oír ruido.

Almayer se inclinó sobre la camita y contempló a su hija. La pequeña Nina dormía, y su padre sintió al mirarla que le embargaba la ternura. Aquella noche era una parte de su vida, un pedazo de su corazón, y encerraba lo mejor de su alma. En medio de las tinieblas que rodeaban su vida, aquel ser era lo más amable, lo único amable, tal vez, lo único dulce, real, tangible, bello y digno de ser amado y defendido de cuanto le rodeaba. Al mirar a su hija, Almayer se sentía más fuerte. Por ella debía vivir, trabajar y triunfar. Y con los ojos de la imaginación, inmóvil al lado de la camita, mirando fijamente a la niña como si fuera un ídolo dormido, Almayer vio un porvenir brillante, un futuro fastuoso, feliz y opulento para aquella niña, que sería rica y dichosa porque su padre había trabajado para ella toda su vida... Almayer parecía un creyente que quemara incienso ante al altar de su ídolo dormido.

* * *

Cuando Alí se levantó de la hamaca, despertado violentamente por una voz que gritaba su nombre sin cesar, y salió a la puerta de la cabaña, vio que el cielo se iluminaba con las primeras luces de la aurora. Algunas estrellas brillaban aún en el firmamento azul y lechoso, parpadeando fuertemente, como si lucharan por última vez con las claridades triunfadoras del nuevo día.

Alí vio a su amo ante él, agitando con mano trémula un papel y diciendo:

—¡Vivo, Alí, pronto, pronto!

Alí pensó que debía de haber ocurrido algo terrible, algo muy grave, pues su amo parecía enloquecido.

En efecto, temblando de pies a cabeza, rojo, no se sabía si de cólera o de terror, Almayer ordenó a Alí que cogiera una canoa y unos cuantos remeros de los mejores de la hacienda, y marchase inmediatamente a llevar aquel papel al capitán Lingard.

—Coged la ballenera —ordenó luego con voz temblorosa.

—Si hemos de ir tan aprisa, amo —dijo Alí—, mejor será llevar otra canoa. La ballenera no corre mucho.

—¡No, no, llevad la ballenera! —insistió Almayer—. ¡Anda, Alí! Escoge los hombres. ¡Pronto! ¡Ya se han ido! ¡Volando!

Alí corrió, gritando por entre las cabañas donde dormían los indígenas. Las puertas de las chozas estaban entreabiertas, y los hombres iban saliendo uno a uno, asombrados y extrañados.

Aquellas gentes perezosas e indolentes se movían con una lentitud desesperante. Uno decía que necesitaba comer algo antes de marchar; otro, que estaba enfermo... Al fin, Alí, empujando a los hombres, gritando y amenazando, logró reunir a un buen número de remeros, ya que la ballenera era una canoa muy pesada.

Desde el desembarcadero, Almayer vio al fin partir la pequeña embarcación.

El día estaba nublado y triste. Almayer subió de nuevo a la casa. Toda la servidumbre estaba en movimiento, alarmada y asombrada por la extraña desaparición de la mujer *sirani* que vivía en las oficinas. Se había marchado con su hijo, abandonando el equipaje. Almayer, sin hablar con nadie, cogió un revólver y volvió a la orilla del río.

Saltó a una pequeña canoa y bogó hasta la goleta de Lingard. Remando con lentitud; pero cuando llegó cerca del barco comenzó a gritar en el tono de un hombre que tiene una prisa loca:

—¡Eh, gente de la goleta...! ¡A ver...! ¡Muchachos...!

Una hilera de rostros negros apareció en la borda, y uno de los hombres preguntó:

—¿Qué le pasa, señor?

—¡El piloto, el piloto! ¡Llámenlo en seguida! —repuso Almayer con voz excitada y nerviosa, asiéndose con todas sus fuerzas a la cuerda que alguien acababa de arrojarle desde arriba.

Antes de un minuto, la cabeza del piloto apareció en la borda, gritando:

—¿En qué puedo servirle, Mr. Almayer?

—Déjeme inmediatamente el bote del buque, Mr. Swan. ¡En seguida! Se lo pido a usted en nombre del capitán Lingard. Lo necesito con gran urgencia. ¡Es cuestión de vida o muerte!

El piloto se impresionó ante el aspecto de Almayer, que parecía enloquecido.

—Muy bien, Mr. Almayer. Espere un momento. El bote está a popa. ¡Espere!

A los pocos minutos, el bote fue echado al agua.

Cuatro hombres habían subido a él y empuñaban los remos.

Almayer y el piloto se sentaron en el banco de popa, y la pequeña embarcación se puso en movimiento.

El piloto, que había cogido su revólver a ruegos de Almayer, cargó el arma y le preguntó:

—¿Qué le pasa, Mr. Almayer? ¿Es que persigue a alguien?

—Sí, vamos en busca de un hombre peligroso.

—Pues me alegra esta caza —dijo el piloto sonriendo.

Pasó casi una hora.

Los malayos remaban con fuerza, impulsando la embarcación acompasadamente. Almayer y el piloto, en la popa, se balanceaban al ritmo del bote cada vez que un golpe de remos empujaba de nuevo la embarcación.

El piloto dijo:

—Por suerte, la corriente nos ayuda.

Almayer murmuró al cabo de una pausa:

—Hay un pasaje entre dos islas, más abajo, que nos ahorrará lo menos cuatro millas de camino. Pero al llegar la estación seca, cuando las aguas están bajas, las dos islas parecen no formar más que una, con un pequeño foso de lodo entre ellas. De todos modos, podemos intentar pasar por allí.

—Me parece algo arriesgado, Mr. Almayer. Pero, en fin, usted verá si vale la pena y si hay tiempo para pasar.

—Lo intentaremos —contestó Almayer, examinando la orilla con el ceño fruncido—. ¡Cuidado ahora!

—¡Alto, muchachos! —ordenó entonces el piloto.

Los malayos cesaron de remar, después que el bote hubo pasado a través de un corto estrecho que formaba una cala, la cual se ensanchaba progresivamente.

Era una cala de aguas muertas y negras, donde rara vez llegaba el sol, el cual iba ascendiendo penosamente y rasgando poco a poco las nubes. Los reptiles trepaban por los troncos de los árboles, cuyas copas se tocaban y enredaban entre sí, pareciendo inseguros, porque sucesivas crecidas del río habían arrastrado la tierra en que crecían y dejado al aire sus raíces. El acre y áspero olor de las hojas muertas; de las flores, de las plantas y de los capullos que crecían o morían allí, de los tallos, de las matas y de los árboles que intentaban en vano ascender hacia el cielo en busca de un perdido rayo de sol, hacía el aire irrespirable, pesado y cálido.

Almayer miró a un lado y otro ansiosamente. Comprendía que no había dirigido bien la pequeña embarcación. Tal vez se hubiese equivocado en sus cálculos. Varias veces los remos se habían enredado en la maleza de una orilla o de otra, haciendo cambiar de rumbo a la canoa. De pronto, el piloto murmuró con inquietud:

—¡Cuidado, Mr. Almayer! Creo que nos hemos metido en un mal paso.

—Sí, quizás. ¡Atrás, atrás! Debemos retroceder.

—¿No cree usted que podríamos seguir, intentando pasar?

—No, no. ¡Atrás, atrás!

—¡Vivo, vivo! —incitó el piloto.

La canoa cambió de rumbo. Pero ya era tarde para salir del atolladero; los remos tocaban el viscoso fondo de cieno de aquella especie de lago en que se habían metido.

—¡Nos hemos lucido! —murmuró el piloto.

Los remeros dejaron los remos después de un esfuerzo supremo, que los cubrió de

sudor y los dejó jadeantes.

—¡Sí, estamos cogidos! —murmuró Almayer en un tono entre trágico y cómico—. ¡Qué desgracia!

Luego contemplaron el lodo, que iba aumentando por momentos y rodeando la barca. El río parecía huir de ellos, sin duda porque hasta allí llegaba la influencia de la marea, que entonces bajaba.

—Tendremos que esperar a la tarde, cuando la marea suba... ¡Qué fastidio!

—Dormiremos un rato —dijo el piloto—. Lo peor es que no tenemos nada que comer. Bueno, nos haremos cuenta que nos han dado un día de asueto.

Se hizo el silencio.

Cada uno de los seis hombres procuró acomodarse lo mejor posible. Algunos cabeceaban de sueño. Luego acudió una tropa de monos saltando por las ramas de los árboles, y los graciosos animales contemplaron a los hombres, mientras uno de ellos lanzaba de vez en cuando un grito agudo de rabia o de sorpresa. Algunos pájaros volaban a través de la atmósfera pesada y densa de aquella especie de cárcel grandiosa y triste a la vez, en medio de la naturaleza dormida.

III

Después de marcharse Lingard, un silencio y una soledad absolutos, terribles, parecían haber rodeado a Willems.

Era el silencio que se hace en torno a los caídos, la soledad que rodea a los vagabundos, a los que se ven rechazados por todos, como si fueran seres de otra especie.

Una paz amarga parecía reinar en el corazón de aquel hombre, donde no vivían más que los recuerdos dolorosos de un pasado cruel. Pero ningún remordimiento le atormentaba. Aislado en su orgullo, seguía considerándose un hombre superior, perseguido por la desgracia, condenado por una suerte fatal a no ver realizados nunca sus sueños, sus esperanzas y sus anhelos.

Los días pasaban, lentos, iguales, vacíos, inútiles. ¿Cuántos habían transcurrido ya? ¿Dos, tres? Willems no podía, no hubiera podido decirlo. Para él, desde que Lingard se hubo marchado, los días se sucedían tristes y monótonos, como sumidos en una densa oscuridad. La noche se había hecho en su alma para siempre, y sus ojos erraban por doquier sin ver nada. Paseaba sin objeto por la explanada de la casa, o bien se alejaba por los campos vecinos, donde la gente le miraba de un modo desconfiado y hostil. ¡Era un vagabundo, un hombre blanco, un hombre oriundo de otras tierras! Y Willems se arrastraba de acá para allá, sin objeto, sin rumbo, como si fuera su propia sombra, tan pronto subiendo a las colinas como bajando a la orilla del río o perdiéndose por los bosques solitarios, donde sus pasos asustaban a los monos.

Desde lejos, la mirada de la vieja sirvienta y los ojos agudos y enamorados de Aissa seguían la figura flaca y harapienta del pobre vagabundo. Le seguían a todas partes: cuando subía a las colinas, cuando se acercaba a las alquerías, cuando se perdía entre las arboledas de la orilla del río. Aquellos tres seres parecían los últimos supervivientes de una horrenda catástrofe, tres naufragos arrojados allí por un mar embravecido que se hubiera retirado después de depositarlos en la orilla, en aquel lugar, sumidos en otro mar de pasiones, de angustias, de disgustos y de desesperación.

Desde el río, Willems miraba a un lado y a otro como un preso mira la puerta de su celda. Si quedaba alguna esperanza en el mundo y en su alma, aquella esperanza estaba para él en el río, en aquel río. Willems se pasaba el día entero mirándolo, contemplando las aguas verdes y transparentes unas veces, turbias y rojas otras, pero siempre moviéndose hacia el mar, hacia la libertad, hacia una vida más amable y dulce que la que él tendría que soportar para siempre.

A veces, en aquellas horas de desesperación y de horror, Willems, con los puños crispados y mirando las arboledas, pensaba que un día, una hora en que su desesperación fuera más grande y más fuerte que todas las cosas de este mundo, cortaría a hachazos, fuera como fuese, unos cuantos árboles, haría una balsa con los troncos y las ramas entrelazadas, y en ella se dejaría arrastrar hacia el mar. ¡El mar!

El mar era la libertad, la vida, la esperanza. Allí, en el mar, había buques, hombres blancos, hombres como él, que le ayudarían, que le recogerían y le auxiliarían. Y él reharía luego su vida, lejos, lejos, muy lejos de aquellas tierras feroces e inhóspitas, donde no había encontrado otra cosa que egoísmo, miseria y maldad.

Sí, se iría lejos, muy lejos, a los países amables, acogedores y dulces donde existe el trabajo, donde los hombres apreciarían sus méritos, donde hay camas, casas confortables, bazares, tiendas, civilización y progreso, y también iglesias donde las gentes limpias y bien vestidas entran a orar. ¡Ah! Él también oraría. Experimentaba entonces una inmensa necesidad de rezar, como cuando era niño. ¡Sí, irse, irse de allí, a un país donde trabajar, donde volver a ser virtuoso, correcto y educado, donde volver a estar bien vestido, donde sus pobres pies calzarían zapatos magníficos, donde sería de nuevo libre, feliz y rico! ¡Oh, Señor! La tarea le parecía fácil. ¿Por qué no? No tenía necesidad de cortar tantos árboles como había pensado al principio; con uno bastaba. Haría una canoa primitiva, una piragua, como las que los indígenas fabricaban con el tronco de un árbol. Y luego...

Se estremeció.

Ante sus ojos, que miraban al río, pasaban varios troncos arrastrados por la corriente.

¡Ah, subir sobre uno de aquellos troncos y dejarse arrastrar lentamente hacia el mar!

Pero una especie de terror sobrecogió su ánimo. Con los ojos de la imaginación vio un mar solitario, un mar en que su vista sólo descubría por todas partes la superficie azul del cielo. Y después, un cadáver que flotaba sobre un madero, su propio cadáver, abandonado en un mar implacable, no frecuentado jamás por los buques, arrojado al fin a la playa desierta de una isla deshabitada y lúgubre.

Volvió a estremecerse.

Le parecía que la muerte le acechaba por todas partes, que le miraba con sus ojos glaucos y sin luz desde todas partes, desde el río, desde las arboledas, desde los matorrales, desde las mismas nubes que cabalgaban lentamente por el cielo, empujadas por la brisa suave. La muerte no sólo le acechaba por doquier, sino que le parecía estar en sí mismo, dentro de él, salir de él, envenenando todo cuanto tocaban sus manos, todo cuanto miraban sus ojos: el alimento que se llevaba a la boca, el agua que bebía, la luz del sol, los amaneceres de nácar y los cálidos crepúsculos ...

Y, sin embargo, el mundo estaba lleno de vida. Todas las cosas, todos los hombres, todos los seres que él conocía, se movían, respiraban. Pensó que si él moría, todo aquel mundo que le rodeaba seguiría existiendo, indiferente, igual, sereno, grandioso en su egoísta ignorancia, sin conocer el dolor de su corazón. Y su cuerpo se iría pudriendo en algún rincón de aquella naturaleza hostil y bárbara, bajo los rayos del sol de muchos días, bajo la pálida luz de la luna, sin que nadie llorara sobre él. Y luego sólo quedaría un lamentable y cada vez más pequeño montón de huesos sobre la hierba verde. ¡Oh, miseria!

Reaccionó. Era preciso luchar; era preciso esperar, al menos. Mientras se vive, dice el vulgo, siempre hay esperanza. ¿Por qué no esperar una salvación imprevista, inesperada?

Y así vivía Willems, bajo la mirada escrutadora y triste de Aissa. Ésta le espiaba a todas horas, adivinando algo terrible en el silencio del hombre amado, en su odio, en la aversión con que la miraba, con que la trataba. Y tenía que esconderse, para llorar a solas, sin que el hombre la viera. Lloraba su desilusión, su equivocación, su fracaso, su abandono. Ella, que había adorado, que adoraba a aquel hombre por encima de todo, que le había entregado su vida entera, que quiso hacer de él un jefe respetado y temido por todos, un hombre grande y glorioso, se veía rechazada, odiada, repudiada por Willems como si fuera un reptil o un animal dañino de los bosques.

Willems, en los tres días que siguieron a la marcha del capitán Lingard, no quiso dirigir ni una sola palabra a Aissa. Pero la muchacha prefería aquel silencio a las palabras incomprensibles y coléricas que le había dirigido aquel día espantoso. Ella no las comprendió, desde luego, ya que él hablaba en su propia lengua, pero adivinó que eran terribles.

Willems había pasado aquellos tres días casi siempre a la orilla del río.

Una tarde, Willems se quedó en la ribera hasta muy tarde. El sol se había puesto, y una niebla azulada comenzaba a subir del agua, enredándose en las ramas de los árboles y envolviendo el cuerpo sucio y vestido de harapos del vagabundo.

Al fin se decidió a volver a la casa.

Aissa, que estaba en la explanada, junto al fuego, se levantó al verle y le siguió en silencio.

Willems subió las escaleras de madera y se encontró en la veranda que rodea todas las casas de Oriente. Los pasos de Aissa resonaron detrás de él, lentos y blandos. El hombre se estremeció al adivinar lo que la mujer quería, lo que llegaría a ocurrir si se encontraban dentro de la casa, aunque sólo fuera por un instante.

Entonces se detuvo ante el umbral, al mismo tiempo que la voz de Aissa murmuraba con humildad inmensa:

—¡Déjame entrar, Willems! ¿Por qué esa cólera? Dime, ¿por qué ese silencio que me mata? Déjame a tu lado. ¿No he vigilado siempre tu sueño con amor y ternura? ¿Qué te ha ocurrido mientras yo velaba tu reposo? ¡He esperado tanto, por tus palabras, por tus sonrisas! Ya no puedo esperar más. ¡Mírame, Willems, háblame, dime algo, aunque sea para maldecirme! ¿Qué espíritu malo se ha alojado en ti? ¿Es que en realidad vive en tu pecho un mal espíritu, que ha devorado tu valor y tu amor por mí? ¡Déjame que te abrace! ¡Olvídalo todo! ¡Olvídalo todo! Todo lo olvidarás en mis brazos; los rostros coléricos y crispados, las palabras atroces y duras, los gritos, las blasfemias, y sólo te acordarás del día en que fui tuya para siempre, para siempre. ¡Oh, corazón mío, vida de mi vida!

La voz de la mujer se extendió por el espacio en sombras, llenándolo todo de ternura, como si lo impregnase de lágrimas, de un dulce y suave llanto. Todas las

cosas que rodeaban la casa, los bosques, las praderas, el río, cubiertas por el negro manto de la noche, parecieron despertar y escuchar las palabras dulcísimas de la mujer en un religioso silencio.

Willems se volvió y se acercó a ella como si le empujara una fuerza irresistible y extraña. Vio el rostro de la joven cubierto por las manos, en una actitud desolada. La noche era muy dulce, y en el cielo, muy poco azul, parpadeaban las estrellas con un brillo nuevo. Una brisa suave y perfumada por los mil olores del bosque y del río pasaba sobre la tierra, envolviendo a los hombres y a las cosas en su inmensa caricia.

Willems notó que una nueva sensación nacía en su pecho, imponiéndose a todos sus otros sentimientos. Vio a aquella mujer a dos pasos de él, y pensó que cuando se veía tan solo, tan desamparado, tan triste; cuando podía gritar pidiendo auxilio sin que nadie le oyera, sin que nadie le ayudase; cuando podía morir de angustia, de horror y desesperación, cuando todos le abandonaban, aquella pobre mujer era el único ser de la tierra que estaba a su lado, que le oiría, que le ayudaría, que le consolaría, que le acogería en sus brazos, que no le negaría ni sus besos ni sus caricias.

Una inmensa piedad hacia ella, hacia él mismo, por el abandono de ambos, embargó el alma y el corazón de Willems. Su cólera contra ella, contra la que era la causa de todos sus dolores y de todos sus infortunios, se desvaneció en aquel instante ante la ineludible necesidad de un consuelo y un apoyo. Si él acababa por resignarse con su suerte, tal vez ella le ayudase a olvidar el terrible pasado. ¡A olvidar! Willems se dijo que quizá lograrse conseguirlo en los brazos de aquella mujer que tanto le quería. Entonces una especie de orgullo bárbaro y bestial le hizo mirar alrededor con un salvaje desdén por la tierra y el cielo. ¡Él, sólo él y sus pasiones! Si había pecado, su pecado era imperdonable, pero él no necesitaba tampoco ser perdonado. Pensó desesperadamente que si lograba encontrar en aquella mujer la locura del pasado, el extraño delirio que le había cambiado, que le había perdido, significaba que se disponía a saldar su deuda con una eternidad de perdición y de pecados nuevos.

Pero se sentía como intoxicado por el sutil y dulcísimo perfume de la noche cálida y serena, acariciado por la brisa, poseído por la exaltación de su soledad, del silencio que lo rodeaba, de sus recuerdos, en presencia de aquella figura femenina que se le ofrecía con una sumisa y obediente devoción, llegando a él en nombre del pasado, en nombre de aquellos días en que no veía nada, en que no deseaba nada, en que no pensaba en nada, excepto en la dulzura de sus besos, en el calor de su pecho, en la gloria de sus brazos, que le parecían dos dulcísimas cadenas de flores.

Entonces Willems abrió los brazos y estrechó entre ellos a la mujer, que cayó en aquel pecho tan amado con un leve grito de alegría y de sorpresa.

Willems la cogió en sus brazos y cerró los ojos, esperando que en su pecho se abrieran las flores ya olvidadas, la muerta ternura, la locura extinguida, pero sintiendo al mismo tiempo algo parecido a un frío de muerte, un profundo disgusto de sí mismo, que le hizo acabar por maldecirse interiormente, por despreciarse por su

nueva caída.

Aissa, abrazada a él, aferrada a él con todas sus fuerzas, suspiraba, lloraba y gemía dulcísimo, con la cabeza hundida en el pecho de él, musitando palabras impregnadas de ternura. ¡Siempre, siempre había creído en él y en que la fuerza del amor de ella acabaría por devolverle a sus brazos! ¿Qué importaba el pasado cruel y doloroso? En adelante estarían siempre juntos, ¡siempre, siempre!

Él la escuchaba, oprimiéndola de un modo inconsciente contra su pecho, mientras pensaba que ya no le quedaba nada que hacer en el mundo. ¡Todo había terminado! Y le pareció que caía en una sima sin fondo, en una sepultura de la que nunca más podría salir.

Al día siguiente, Willems se levantó temprano. Salió a la veranda, deteniéndose en el umbral y escuchando la respiración de Aissa, que dormía plácidamente. Él no había podido conciliar el sueño en toda la noche. Sentía un terrible, un irresistible disgusto consigo mismo, que casi le revolvía el estómago. Le parecía como si hubiera envejecido veinte años en una noche.

Se apoyó en la barandilla y contempló los primeros resplandores del alba, que surgía por encima de la línea aún negra de las arboledas. Luego murmuró con convicción, casi en voz alta, con acento terriblemente doloroso:

«¡Estoy perdido, irremisiblemente perdido!».

Levantó las manos sobre su cabeza en una actitud trágica. Luego cayeron a lo largo del cuerpo, y el vagabundo quedó en la actitud inconfundible de un hombre vencido para siempre.

IV

Willems se dirigió hacia el río, pero luego retrocedió y se sentó a la sombra del gran árbol de la explanada. Al otro lado del enorme tronco, la vieja criada acababa de encender el fuego. Willems sintió apetito, y aquella sensación le pareció una humillación más que añadir al número infinito de las que sufría. Sentía deseos de llorar, de llorar por él. ¡Oh, Señor! Se sentía débil. ¡Estaba tan delgado y pálido! Su cuerpo era esquelético, semejante a un montón de huesos cubiertos por una piel pálida y delgadísima. Había tenido fiebres terribles. Experimentando una nueva sensación de miseria, se dijo que Lingard, aunque había cumplido su palabra de enviarle alimentos —un alimento ridículo: un poco de arroz y pescado en conserva, cosa harto insuficiente para un hombre blanco—, no le había mandado ninguna medicina.

¿Pensaba el viejo y feroz marinero que él, Willems, era como los animales de la selva? El desdichado necesitaba quinina, pues la fiebre se le reproducía muchas tardes.

Al pensar en Lingard, el vagabundo experimentaba por momentos una cólera sorda y terrible que le hacía proyectar las más terribles venganzas. Pero aquellos delirios de su imaginación pasaban pronto, y en él sólo quedaba el residuo triste y lamentable de su impotencia. En realidad, estaba aplastado, acobardado por la enorme extensión de su desastre. Como la mayoría de los hombres, Willems había creído llevar el universo entero dentro de su pecho, y se asombraba de que todo aquello pudiera morir y se derrumbase tan fácilmente.

Tenía que confesarse que sentía miedo, un miedo de animal acobardado, empequeñecido y herido. ¡Ah, en qué estado de miseria había caído! ¡Él, que un día fue un hombre orgulloso, alegre y fuerte!

Cerró los ojos, en un instante de inmensa amargura, y al abrirlos de nuevo vio unas cuantas hormigas negras y enormes que arrastraban un insecto muerto. El espectáculo le llenó de pavor. ¡La muerte le salía al encuentro por todas partes, como un espejo donde mirarse, como advirtiéndole que pronto iba a morir! Luego se compadeció de sí mismo. Se parecía a un niño, con los mismos terrores, las mismas angustias y las mismas miserias de los pequeñuelos. Sus puños se crisparon. Se pasó una mano por la frente, como para alejar una alucinación atormentadora. Era que le había parecido oír unas voces lejanas, una voz que le llamaba. ¡Qué locura! ¿Quién podría llamarle a él? ¿Quién se interesaba por él en el mundo?

Sin embargo, al cabo de un momento le pareció volver a oír aquellas voces procedentes del río. Incluso le pareció distinguir con toda claridad estas palabras: «¡Volveremos pronto!». Debía de estar delirando. ¿Quién podía volver allí? ¡La fiebre era lo único que iría a buscarle!

Sin embargo, sin embargo... La vieja criada, que preparaba un almuerzo irrisorio, se levantó de pronto y, avanzando hacia la escalera, que conducía al río, se puso una

mano ante los ojos como si mirara a alguien. Entonces Willems se levantó también, y vio con toda claridad una figura humana que subía del río.

A Willems le pareció que era una mujer envuelta en una bata roja y que llevaba algo en los brazos. Era una especie de aparición inesperada, familiar y extraordinaria.

Willems lanzó un juramento entre dientes. ¿Qué era aquello? ¿Es que deliraba todavía? ¡Debía de estar muy enfermo, cuando su delirio tomaba aquella forma en pleno día!

De pronto se estremeció, experimentando un miedo intenso. Tenía la absoluta seguridad de que era una mujer la que se acercaba. Y aquella mujer... ¡Horror, aquella mujer era su esposa, era Joana! ¿Era posible? Sus ojos se abrieron enormemente, y por un instante llegó a olvidar su propia existencia, su propia personalidad.

Luego se preguntó con un asombro horrible: «¿A qué diablos viene?».

Joana subía las escaleras con pasos precipitados y ansiosos. Llevaba entre los brazos al niño, envuelto en una mantita blanca, recogida de la casa de Almayer en el último momento. La mujer miraba a un lado y a otro, demostrando su ansiedad por descubrir a su marido. Luego, al acercarse más a la explanada, Joana acabó por ver una especie de cadáver viviente, un ser absurdamente delgado y pálido, que la miraba con los ojos muy abiertos. Estaba cubierto de harapos, descalzo, y sobre la desgreñada cabeza no llevaba nada. ¡Aquella piltrafa humana era su marido!

La mujer se detuvo.

Ambos se miraron largamente, con los ojos muy abiertos, estremecidos por lejanos recuerdos que parecían perdidos en aquel lapso de tiempo.

Joana se acercó al fin y dejó al niño en un banco rústico. El pequeñuelo, después de llorar durante varias horas en la oscuridad del río, se había quedado profundamente dormido. Willems siguió a su mujer con los ojos durante un gran rato. Aceptaba la presencia de su esposa con el mismo estoicismo con que aceptaba ya todas sus desgracias. ¿A qué había ido? Él esperaba que Joana saltara sobre él, le cogiera de los pelos y le abofetease luego. ¿Por qué no lo hacía?

De pronto, Joana corrió a su encuentro y, arrodillándose ante él, se abrazó a sus piernas. Willems se quedó atónito. Con la frente apoyada en las rodillas del esposo, la mujer sollozaba silenciosamente. ¿Qué era aquello?

No sentía ni la más pequeña fuerza para dar un paso. La oyó musitar algunas palabras, y luego entendió que decía varias veces:

—¡Perdóname, perdóname!

Entonces, ¿ella había ido allí a eso, a que él la perdonara? ¡Ah, qué extrañas son las mujeres! ¡Había ido a que él la perdonase! Inmediatamente, un pensamiento cruzó por el cerebro de Willems como un relámpago:

«¿Cómo ha venido? ¡Evidentemente, en un bote! Luego yo...».

—¡Un bote, una canoa! ¡Ah!

Levantó amorosamente a su mujer.

En cuanto se puso en pie, Joana se abrazó al cuello de su marido y comenzó a llenar de besos furiosos y desesperados su frente, sus mejillas, sus ojos, su boca y sus orejas.

Willems intentaba rechazarla sonriendo, pero ella volvía a la carga, sin escuchar las palabras de su marido, que intentaba averiguar cómo había llegado hasta allí. Pero Joana estaba ciega y sorda, y seguía besándole, empujándole y abrazándole. Aquel encuentro parecía más bien una pelea. Entretanto, el pequeño Louis seguía durmiendo bajo su manta.

Al fin, Willems consiguió libertarse de aquellos brazos, y los dos quedaron frente a frente de nuevo. Willems creía soñar. Gritó:

—¿Cómo has venido?

La mujer contestó, todavía jadeando de emoción:

—En una pequeña canoa con tres hombres. Yo no sé nada. Lingard se ha marchado, y vengo a salvarte. Estoy enterada... Almayer me ha contado...

—¿Canoa...! ¡Almayer...! ¡Mentiras! Almayer te dijo... ¿Qué te dijo?

Willems calló y miró a su esposa fijamente. Para él, Joana había ido a vengarse, y formaba parte de un complot contra él, quizá para matarle.

Joana comenzó a gritar:

—¡No me mires así, Peter! ¿Qué he hecho yo? Vengo a rogarte que me perdones, que me perdones..., y a salvarte. Lingard... Sé que estás en un gran peligro, Peter.

Willems se estremeció de impaciencia y de terror, experimentando una remota esperanza. Ella le miró con el ceño fruncido y preguntó con angustia:

—¿Qué te pasa, Peter querido? ¿Qué tienes? ¿No te encuentras bien? ¡Pareces tan enfermo!

Willems repuso con violencia:

—¿Qué te importa a ti? ¡Estoy bien, perfectamente bien! Dime, ¿dónde está la canoa en que has venido? ¡Dímelo!

—¡Oh!, ¿por qué me hablas así? ¡Me haces daño, Peter!

De nuevo se hizo el silencio, un silencio penoso, durante el cual los dos se observaron. En los ojos de la mujer brillaba la ternura, y al verla se comprendía cuán satisfecha estaba de encontrarse de nuevo junto al hombre amado.

Una vez que vio a su marido algo más sereno, Joana empezó a hablar de un modo lento.

Willems entendía a medias lo que su esposa le decía. Hablaba de un bote, de un bote con tres hombres, que incluso podría llevarle hasta el mar si era necesario. Aquello estaba claro. Ella podría llevárselo. ¿Por qué habría de haberle mentado Almayer a ella? ¿Es que acaso sospechaba que le tendían un lazo? Joana tenía dinero. Los hombres estaban dispuestos a ir donde se les mandase...

Willems la interrumpió:

—¿Dónde están esos hombres?

—Pueden venir en seguida. Se han quedado pescando en el río.

De nuevo habló la mujer como un eco lejano, sin dejar de suspirar. Ella quería que la perdonara. ¿Que la perdonase él? ¿Por qué? Willems pareció recordar al fin. ¡Ah, sí, la escena de Macasar! ¡Como si él pudiera pensar en aquello, que había ocurrido hacía tantos meses! Y mientras ella hablaba, rogaba y lloraba sobre los hombros de su marido, o le besaba furtivamente una mano, pidiéndole que la perdonase en el nombre de Dios, Willems, con la vista perdida en un ideal lejano, miraba por encima de las arboledas el río que brillaba al sol de la mañana, y más lejos, en un horizonte ya invisible, el mar, la libertad, el porvenir brillante, ¡quién sabe si una venganza completa el día de mañana contra Lingard y contra todos sus enemigos!

De pronto, Willems experimentó un loco deseo de gritar, y murmuró:

—¡Ah, capitán Lingard! ¡Ya nos encontraremos de nuevo!

—¡Oh, no! ¡No! —repuso Joana juntando las manos—. ¡Eso no!

Él la miró como si despertara, admirándose de verla a su lado. En seguida pensó que, después de todo, era una suerte que hubiese llegado. Pero ¿y la otra? ¿Y, Aissa? Se dijo: «Creo que lo mejor será que me marche lo antes posible, sin esperar a que haya una escena que podría ser peligrosa».

Del fondo de su pecho se elevó un odio brutal hacia su amada, hacia aquella Aissa que le había complicado la vida hasta tal punto.

Entonces le dijo a su mujer:

—¡Espera un momento!

Joana fue a decir algo, pero él añadió en seguida:

—Espera aquí.

Y desapareció detrás del gran árbol.

Pero cuando estaba ya cerca de la casa y se disponía a subir las escaleras de madera, encontró a la vieja criada. La distancia impediría a su mujer oír lo que hablaban. Entonces Willems le preguntó:

—¿Y ella? ¿Dónde está?

La vieja contestó con su débil voz:

—¿Ella? Cuando usted se quedó medio dormido detrás del árbol, antes de que viniera la canoa esa, salió de la casa. Usted no se dio cuenta, pero ella le estuvo mirando un rato con una luz extraña en los ojos. No la he visto nunca tan feliz y alegre. Luego se marchó hacia el gran campo donde Lakamba tiene sus frutales, y por allí debe de andar.

Willems volvió entonces junto a su mujer. Pero no sabía qué decirle. La verdad era que todas sus facultades estaban concentradas en huir y evitar a Aissa. Tenía que confesarse que no quería verla, que la temía. ¿Por qué? ¿Qué podía hacer ella? En realidad, nada que fuera capaz de detenerle en su huida. Se sentía fuerte, temerario, atrevido, implacable, superior a todo y a todos. Necesitaba demostrar a su mujer la integridad física y moral de su carácter y de su genio. Tenía que ser el mismo que ella había conocido siempre.

Siguió pensando que Almayer no debía de haberle dicho a su mujer lo de Aissa, Comprendía, a pesar de todas sus jactancias, que si las dos mujeres se encontraban él estaba perdido. De no haber sido por el niño, hubiera huido desde el primer instante al saber que estaba allí la canoa, abandonando a las dos mujeres. ¡Pero estaba el niño! Además, Joana era su mujer legítima, ante las leyes de Dios y de los hombres.

Luego, con aquella rapidez con que el cerebro concibe las ideas en los momentos de trágico peligro, se dijo que debía subir a la casa y coger su revólver. Era expuesto embarcarse con aquellos hombres de Bajow, que solían ser piratas y mendigos audaces. Podía subir a la casa en un instante, mientras Aissa estaba Fuera. Cogería también municiones, y luego, ¡en marcha!

Mientras tanto, Joana se había cogido de su brazo y continuaba su letanía de súplicas y de invocaciones a su arrepentimiento. Miraba el rostro de su esposo, que le parecía la imagen de la rectitud, de la noble severidad y de la justicia. Y seguía rogando, suplicado ante el hombre al que ella había ofendido tan duramente, olvidando todas las leyes humanas y divinas. Willems no la oyó hasta que la mujer levantó la voz en una especie de súplica final:

—¿No ves, querido mío, cómo siempre te he querido, siempre, siempre? ¡Oh, ellos fueron los culpables de todo, ellos, que me decían tantas cosas contra ti! ¡Mi propia madre, Señor! ¡Ellos me decían que tú me habías engañado con otra mujer, que me habías sido infiel! ¡Y yo, la verdad...!

—¡Es una infamia lo que te decían! —repuso Willems enérgicamente.

—Ya lo sé, ya lo sé, Peter mío. Ahora, sé generoso y perdóname. Piensa en mi miseria, en la miseria del niño, desde que tú nos abandonaste. ¡Oh!, debí haber retorcido mi lengua. ¡Mira el niño, nuestro hijo! ¡Sé generoso, Peter! ¡Perdóname! Yo no hubiera podido descansar hasta haberte encontrado. Di una palabra, una sola palabra de perdón.

—¿Qué quieres que diga? —exclamó Willems con impaciencia, mirando hacia el río—. ¿Dónde está ese maldito bote? ¡A ver! ¿Por qué has dejado que se alejen los remeros, estúpida?

—¡Oh, Peter, no me hables así! Yo sé que tú eres bueno, y que me has perdonado en el fondo de tu corazón. Pero necesito que me lo digas. ¿Verdad que me perdonas?

—¡Sí, sí! —dijo Willems con creciente impaciencia—. Te perdono. ¡No seas tonta!

—¡Gracias, Peter, gracias! Pero no te vayas. No me dejes sola en este desierto. ¿Por qué miras tanto al río? ¿Dónde está el peligro que dicen que te amenaza? ¡Estoy aterrada! ¿Estás solo aquí? ¡Sí, sí, bien lo veo! ¡Solo, pobre mío! ¡Vámonos, vámonos pronto!

—¡Mujer! Después de lo que ocurrió en Macasar...

Ella se arrojó en sus brazos sollozando:

—¡Perdóname! ¡Ya me has perdonado! ¡Vámonos juntos! ¿Cómo tendrías corazón para abandonarme de nuevo, así, con el niño, en este sitio? ¡No, y no!

—Déjame marchar, Joana —murmuró Willems casi desesperado.

Mientras miraba al río había descubierto la canoa, que se acercaba al desembarcadero, tripulada por tres hombres.

—¡Ah, aquí están! —murmuró Willems en otro tono—. Voy a coger mi revólver y vuelvo en seguida.

Dio algunos pasos hacia la casa, pero de repente pareció que sus ojos descubrían algo desagradable, porque volvió con viveza junto a su mujer. Joana le miró alarmada por el súbito cambio de su rostro, que estaba pálido y descompuesto. Willems tartamudeó:

—Vete. Coge el niño y dirígete hacia la canoa. Sube a ella y di a los hombres que se oculten en la orilla, que lleven el bote detrás del ramaje. ¿Oyes? ¡Pronto! Yo iré en seguida. ¡Pronto, pronto!

—¡Peter! —exclamó Joana, casi tan alarmada como su esposo—. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¡Yo no te dejo solo! ¡No, no me voy! ¡No quiero abandonarte de nuevo! Dime, ¿qué ocurre?

Del otro lado de la casa llegó a ellos la voz dulce de una mujer que cantaba. Willems miró de reojo a su esposa.

—¿No has oído lo que te digo? ¡Vete en seguida!

Ella se aferró locamente al cuello de su esposo, mientras éste miraba al cielo como poniéndolo por testigo de la locura de Joana.

El sonido de aquella voz fue creciendo y acercándose. Luego cesó repentinamente, y Aissa apareció por un lado de la casa, llevando entre sus manos un enorme ramillete de flores.

El sol de la mañana, al caer oblicuamente sobre la bella figura de la muchacha, daba a su rostro el aspecto de las vírgenes de los retablos. Su faz expresaba una dicha radiante. Se había vestido como para un día de gala, para celebrar el retorno de su amor, del amor de él, que ya no le abandonaría nunca...

La joven no pareció ver a nadie. Al llegar al pie de la escalerilla, se quitó los zuecos y empezó a subir lenta y silenciosamente.

Willems empujó con rudeza a su mujer detrás del tronco del árbol, y luego calculó lo que podía hacer: un brinco, una carrera; llegaría a la casa, subiría, cogería el revólver y escaparía de nuevo, sin dar tiempo a Aissa a comprender siquiera lo que pasaba. Incluso llegó a pensar que podía golpearla, encerrarla; todo con una precipitación de soldado que asalta una morada durante una batalla. Y luego huir...

Comenzó a andar. Pero apenas había dado dos pasos en dirección a la casa cuando Joana se abalanzó sobre él y se cogió a su vieja chaqueta de un modo desesperado. Fue tal la fuerza con que tiró de ella que le arrancó un pedazo. Entonces se abrazó al cuello del marido con tanta violencia que estuvo a punto de tirar al hombre de espaldas. No obstante, Willems consiguió conservar el equilibrio. Y Joana, detrás de él, comenzó a decir con una voz, que reflejaba una intensa ironía a la vez que una profunda curiosidad:

—¿Quién es esa mujer? ¿Quién es? ¡Dime! ¡Ah! Entonces... ¡Sí, sí...! Entonces ésa es la mujer de la que hablaron los remeros de la canoa. Yo los oía hablar de una mujer, pero no prestaba atención. Entonces, ¿es verdad? ¡No, no, no puede ser! ¡Dime que no es verdad! ¿Quién es esa mujer?

Joana volvió a tirar de la chaqueta de su esposo hasta que uno de los botones saltó. Entonces él se volvió, quedando extrañamente inmóvil. Jadeaba y estaba muy pálido. Quiso hablar, pero las palabras no acudieron a sus labios. Y un pensamiento atroz, terrible, cruzó por su mente: «¿Por qué no matarlas a las dos y huir?».

Hubo un largo, un tétrico silencio, durante el cual la Muerte pareció cruzar por la explanada, invisible y lenta, envuelta en su blanco sudario. Luego, Mahmat y uno de sus hermanos aparecieron con sus mohosas lanzas en las manos, seguramente en busca de los pasajeros.

Aissa salió en aquel momento de la casa y vio a los dos hombres armados. Un ligero grito de sorpresa se escapó de su garganta. Luego desapareció, volviendo a aparecer casi inmediatamente con el revólver de Willems en la mano. Para ella, la presencia de aquellos hombres armados no podía tener más que una dolorosa e inaceptable justificación, un horrible significado. Para ella, todo el que llegara allí era un enemigo. Ella y el hombre a quien amaba estaban rodeados de peligros, y, en la inmensidad de su amor, Aissa se dijo que si llegaba la muerte, no importa de qué mano, no importa por dónde, los dos debían morir juntos.

La muchacha lanzó una mirada escudriñadora hacia la gran explanada de abajo. Advirtió que los dos desconocidos se habían detenido y se apoyaban en sus lanzas, hablando en voz muy baja. Inmediatamente vio a Willems, que luchaba con alguien junto al tronco del gran árbol. Entonces, gritó con voz temblorosa:

—¡Ya voy!

Willems oyó su grito, y con un impulso terrible arrojó a su mujer sobre el banco donde estaba el niño. Furioso, se quitó la chaqueta, los restos de su chaqueta, mejor dicho, y se acercó a Joana con los puños levantados.

—Por última vez, ¿quieres coger el niño y marcharte?

—¡No, no me voy! —gritó a su vez la mujer, cubriéndose el rostro con un pedazo de la chaqueta de su marido—. Dile a esa mujer que se vaya. Ella es la que debe irse. ¡No quiero verla!

Entonces, Willems, tembloroso de furia y de miedo, se volvió hacia Aissa. La hermosa muchacha se acercaba lentamente, con una expresión de inmenso asombro en su rostro moreno. Al llegar a ellos se detuvo ante Willems, el cual tenía un aspecto terrible y sombrío. Había quedado desnudo hasta la cintura al quitarse la chaqueta.

Algo apartados, Mahmat y su hermano miraban a Aissa y cambiaban algunas palabras en tono lento y tranquilo. Aquella joven era la hija del santo jefe, muerto meses antes; una muchacha fuerte, decidida y audaz, valiente como un tigre. Luego hablaron de la gente que tenían que llevarse en la canoa. Había tres mujeres, el niño y aquel hombre tan alto, que gritaba y amenazaba siempre, y que, según parecía, era el

que tenía el dinero. El hermano de Mahmat se encaminó al bote, y Mahmat se quedó solo, esperando que los demás se pusieran en marcha. Parecía un centinela, apoyado en su lanza, llena de cintas y borlas, en la que se quebraban y relucían con mil colores los nacientes rayos del sol.

Willems consiguió al fin hablar, y dirigiéndose a Aissa y alargando la mano hacia el revólver que la muchacha sostenía, exclamó:

—¡Dame eso!

Aissa retrocedió. Sus labios temblaban. Luego dijo en voz muy baja:

—¿Son amigos tuyos?

Él asintió ligeramente.

La muchacha hizo entonces un brusco movimiento con la cabeza, de la que se desprendieron algunas de las flores que la adornaban.

—¿Los conoces? —continuó preguntando.

—No —repuso Willems—. Han venido a buscarme.

—Diles que se vayan. ¿Cómo puedes marcharte tú, que tienes para siempre mi corazón en tus manos?

Willems no contestó. Miraba al suelo, al tiempo que pensaba con una furia loca:

«¡Es preciso que le arrebate el revólver, en seguida, inmediatamente, inmediatamente! No debo aventurarme en el bote con esos hombres sin llevar un arma».

Aissa preguntó, después de mirar en silencio a Joana, que sollozaba dulcemente:

—¿Quién es esa mujer?

—Mi esposa —contestó Willems sin levantar los ojos del suelo—. Mi esposa según nuestras leyes, las leyes de los hombres blancos, que vienen de Dios.

—¿Vuestras leyes? ¿Vuestro Dios? —repitió Aissa irónica y desdeñosamente.

—¡Dame mi revólver! —murmuró Willems en tono perentorio, avanzando un paso y dispuesto a quitarle el arma por la fuerza.

Aissa, sin moverse, exclamó a media voz:

—¿Tus leyes? ¿Tus leyes, o tus mentiras? ¿Qué debo creer? Vine a defenderte, al ver a esos desconocidos, y tú me recibes con mentiras. Estás lleno de mentiras, y lo están tus labios, tus ojos. ¡Tu corazón es infame!

Hizo una leve pausa y añadió señalando a Joana:

—Así, esta mujer, según tú, es tu esposa legítima, la primera, y yo, entonces, debo ser una esclava, ¿no es eso?

—¡Tú puedes ser lo que quieras! —repuso Willems brutalmente—. Yo me voy.

Los ojos de Aissa se quedaron fijos en la manta que había en el banco, bajo la cual acababa de observar un ligero movimiento. La muchacha se dirigió entonces rápidamente hacia allí. Willems intentó cerrarle el paso, pero sus piernas parecían de plomo. Apenas podía moverse. Se sintió tan débil, tan flojo y abatido, que por un momento el miedo de morir allí mismo, antes de poder escapar del pecado y del desastre, atravesó su mente como una ola de desesperación.

Aissa levantó una punta de la manta, y cuando vio al niño dormido un estremecimiento horrible recorrió su cuerpo. En su rostro se reflejó una expresión indefinible. Sus ojos contemplaron al pequeño Louis Willems durante unos segundos, sin parpadear, muy abiertos, como inmovilizados de espanto. Luego, la infeliz se cubrió el rostro con las manos. En aquella postura permaneció unos instantes; después miró al suelo, como si a sus pies se hubiese abierto una sima sin fondo.

Willems no se movía. Todas sus facultades estaban concentradas en la idea de su fuga y de su libertad.

En aquel preciso instante le pareció oír una voz procedente del cielo, que le decía al oído que nada importaba, que al cabo de cinco, de diez minutos, podría empezar una nueva vida, una vida hermosa, llena de libertad, de esperanzas, de alegría; que todo aquello: Aissa, su mujer, el pecado, la locura que le había poseído en aquellos meses, la miseria, el horror de su situación, todo, todo sería pronto olvidado, quedaría atrás, se esfumaría de su vida y de su mente como el humo de una hoguera en el campo. Nada debía importarle. Pronto olvidaría a Aissa, a su propia mujer, a Lingard, a Hudig, a todos, en medio de la nueva existencia que le aguardaba, llena de dulces esperanzas.

Después de una larga pausa, Aissa dijo:

—¡Un niño! ¡Un niño! ¿Qué he hecho yo para verme hundida en este dolor y en esta angustia? ¡Qué horror! ¡Qué infame! ¡Y mientras tu hijito y su madre vivían, me jurabas que nadie te esperaba y que no recordabas a nadie del país de donde habías llegado! ¡Y yo creí que serías mío para siempre!

Su voz murió en un tenue murmullo, y con él pareció morir también su más hermosa esperanza en el fondo de su corazón, la más dulce ilusión de su vida. Ella había soñado que, en el porvenir, los débiles y blancos brazos de un niño unirían para siempre sus vidas con una cadena que nada de este mundo podría romper nunca, una cadena hecha de dulce afecto, de gratitud, de honda ternura, de respeto mutuo. ¡Ella sería la única mujer que reinaría en el corazón del hombre amado! En aquel momento, al ver al hijo de Willems y de otra mujer, un frío espantoso le llenó el pecho, una horrible oscuridad se hizo en su alma, y le pareció contemplar al amado lejos, muy lejos de ella, que quedaba sola, triste y sin esperanza.

Entonces se acercó a Joana. Sentía hacia aquella mujer cólera, envidia y celos. Se sentía humillada y furiosa. Arrebató el trozo de chaqueta de Willems con el que Joana se cubría el rostro, y rasgándolo en mil pedazos lo arrojó a los pies de su rival, al tiempo que gritaba:

—¡Déjame ver el rostro de la mujer ante la que yo no soy más que una criada y una esclava! ¡Oh! ¡Ya lo veo!

Un grito agudo pareció estremecer los campos y perderse luego por encima de las arboledas. Aissa contempló el rostro de Joana, completamente descubierto.

—¡Una mujer *sirani*! —dijo al fin con inmenso asombro.

Joana se acercó a Willems, se cogió a su brazo y dijo también a gritos:

—¡Defiéndeme, Peter! ¡Defiéndeme de esta mujer!

—¡Estáte quieta! ¡No te hará nada! —murmuró Willems.

Aissa los miró con desprecio, y luego dijo dirigiéndose a Joana:

—¡A sus ojos soy una esclava! ¡Tengo que arrastrarme a sus pies! —Luego se volvió hacia Willems, y abriendo los brazos añadió—: ¿Qué has hecho de mí, Peter? ¿Qué has hecho de mí? ¡Hijo de mala madre!, ¿qué has hecho de mí? ¡Una esclava, un ser despreciable! ¡No, no digas nada, no hables! Tus palabras son peor que el veneno de las víboras. ¡Una mujer *sirani*!, ¡una mujer de un pueblo despreciado por todos!

Señaló con el índice a Joana, retrocedió y se echó a reír con inmenso desprecio.

—¡Hazla callar! —pidió Joana con el ceño fruncido y con voz colérica—. ¡Haz callar a esa mujer maldita! ¡Salvaje, salvaje! ¡Pégale, Peter!

Willems miró el revólver que Aissa había dejado momentos antes en el banco. Sin mover la cabeza, le dijo en holandés a su mujer:

—Vete. Coge el niño y el revólver, que está ahí, en el banco... Huye hacia el bote. Yo la tendré a raya... Aún es tiempo. ¡Huye!

Aissa se acercó más a Joana, y, sin cesar de reír de un modo despectivo, se arrancó el cinturón de su túnica, las flores que quedaban en su cabeza y las que adornaban su pecho, y comenzó a arrojarlo todo a los pies de Joana, gritando con creciente cólera:

—¡Todo para ella, para ella, para la madre de tu hijo, para la mujer que tiene todos los derechos! ¡Yo soy una esclava, una criada! ¡Yo no tengo derecho a conservar nada, a respirar siquiera, a vivir!

—¡Hazla callar! ¡Pégale, Peter! —gritó Joana a su vez—. ¡Castiga a esa salvaje!

Temblaba de pies a cabeza. Parecía haber perdido completamente el dominio de sí misma. Aissa, al ver que se asía aterrada al brazo de Willems, murmuró:

—¡Mira a la madre de tu hijo! Tiembla como una hoja. ¿Por qué no me mira cara a cara? ¡Mírala! ¡Oh, qué fea es, qué horrible!

Joana pareció comprender el sentido de las palabras de Aissa, la cual, naturalmente, hablaba en el dialecto de su raza.

Luego, de un salto, se abalanzó hacia el niño, y cogiéndolo en brazos huyó con él hacia el río, sin dejar de gritar como una loca.

Willems intentó entonces apoderarse del revólver. Pero Aissa, que adivinó sus intenciones, se precipitó sobre el arma y la cogió. Luego, escondiéndola, gritó:

—¡No te daré el revólver! ¡Vete con ella! ¡Vete con esa mujer, puesto que es tu esposa! ¡Vete al encuentro del peligro que te acecha! ¡Vete, vete, sin armas, con las manos vacías, con tus dulces palabras, como viniste a mí! ¡Vete hacia el río, hacia el mar, hacia la muerte que te está esperando!

Calló y contempló fijamente al hombre medio desnudo que tenía ante sus ojos. De la orilla del río llegaban los gritos de Joana, que pedía ayuda a alguien. Un odio horrible parecía llenar el espacio que separaba a aquellos dos seres, el odio de raza, el

odio de esperanzas distintas, de diferentes conceptos de la vida y del mundo, el odio de la sangre, el odio contra el hombre nacido en la tierra de las mentiras, de las infamias y de las traiciones, en la tierra de donde no llegaban más que el mal y la miseria para aquellos que no eran blancos. Y Aissa, que estaba enloquecida, oyó de pronto junto a su oído una voz querida, la voz de su padre, del viejo Omar, que le decía dulcemente, como un susurro: «¡Mata! ¡Mata!».

Entonces gritó sin moverse:

—¡No te acerques, no te acerques, si no quieres morir en este instante! ¡Vete, vete mientras yo pueda recordarte como has sido antes, como has sido hasta ahora! ¡Vete mientras yo pueda recordar! ¡Vete! ¡Déjame...!

Willems crispó los puños. No se resignaba a marchar desarmado con aquellas gentes. Dio un paso hacia ella, y la vio alzar el revólver. Pero advirtió que la muchacha no había levantado el percutor, y se dijo que aunque disparara el tiro no saldría. Pensó rápidamente que tenía tiempo de dar un salto, caer sobre ella y arrebatarse el revólver.

Entonces, encogiéndose levemente, como una fiera que va a atacar y quiere pasar inadvertida, saltó... Fue un segundo.

En seguida vio una llamarada ante los ojos, al tiempo que quedaba ensordecido por un estrépito infernal, como el estallido de un trueno horrendo. Algo le había detenido en el preciso instante en que avanzaba, en que iniciaba el salto: una fuerza inexplicable e invisible. Entonces permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, aspirando con dificultad el perfume acre y violento de la nube de humo que le envolvía. En su cerebro se agolparon los pensamientos como una catarata que todo lo arrolla. Pensó que, por fortuna, la joven había errado el tiro. ¡Sí, estaba salvado!

Después vio a Aissa gesticulando igual que una loca. Parecía que gritaba, pero no oía sus gritos ni sus palabras. El pequeño revólver yacía en el suelo entre los dos.

¡Podía huir!

¡El tiro no había dado en el blanco!

Se agachó con el propósito de coger el revólver y huir.

Pero en aquel instante...

¡Ah! ¡Nunca como en aquel momento le había parecido más amable la vida! ¡Nunca como entonces había comprendido la alegría, el inmenso placer que se encierra en un rayo de sol, en el verdor de los campos, en la hermosura infinita del cielo!

Pero ¿qué era aquello? Su boca se llenó de pronto de algo salado y cálido que le ahogaba. Intentó escupir. ¿Se caía? Adelantó las manos, sintiendo que se desplomaba, y vio que la tierra, en vez de recibirle, se hundía ante su cuerpo, que rodaba por un abismo. Luego le pareció oír gritos. ¿Gritaban? ¡Sí, gritaban, gritaban! ¿Quién gritaba? Alguien decía: «¡En el nombre de Dios, él muere, él muere!».

Sí, ¿quién gritaba aquellas terribles palabras? ¿Se hacía de noche? ¡Sí, sí, se hacía de noche! ¡Una noche prematura, absoluta, inesperada!

* * *

Muchos años después, Almayer contaba la historia de la revolución de Sambir a un viajero europeo. Era un rumano, medio naturalista, medio botánico, y algo cazador, que había llegado a Oriente con ciertos fines comerciales y que proyectaba escribir unos libros de Historia Natural sobre los países que visitaba. En su viaje por el interior de la isla había ido a alojarse unos días en la casa de Almayer. Era un hombre de gran cultura, sin otro defecto que beber incansablemente ginebra, que tomaba sola o con el zumo de un limón. Decía que aquello se lo habían recomendado los médicos, y con el vaso siempre lleno ante él, iba contando a Almayer las maravillas de las capitales europeas según los últimos progresos de la civilización de Occidente. Mientras tanto, Almayer, a su vez, le hablaba sin cansarse de la colonia, de su vida política y social y de su riqueza. Ambos se quedaban todas las noches hasta muy tarde en la veranda, mientras alrededor, atraídos por la luz de la lámpara, revoloteaban y zumbaban los insectos de la selva.

Almayer decía aquella noche:

—Naturalmente, yo no estuve presente. Ya le digo que nos vimos detenidos en una cala del río mientras íbamos en busca del capitán Lingard. Yo hice todo aquello con la mejor buena fe hacia el capitán, y sólo por eso intenté facilitar la huida de aquel loco. Pero, como usted sabe, el capitán Lingard era un hombre con el que no se podía discutir. Poco antes de ponerse el sol, las aguas del río habían subido lo bastante para permitirnos salir con nuestra canoa de la terrible cala donde el fango nos había tenido prisioneros. Entonces nos dirigimos a la hacienda de Lakamba. Oscurecía. Todo parecía muy tranquilo. Pensé que se habrían marchado, y me puse muy contento. Desembarcamos, subimos a la explanada y vimos que en el centro había algo tapado, algo así como un montón pequeño e informe. Junto a aquello se hallaba una mujer, la cual se levantó al vernos y corrió hacia nosotros. ¡Ah, qué horrible! Usted conoce seguramente esas historias de perros fieles que velan el cadáver de su amo hasta el último instante y no dejan a nadie acercarse a él. Pues bien, aquello era igual. Tuvimos que apartarla de allí a golpes. Se puso como una loca. El montón de trapos ocultaba un cadáver, el cadáver de Willems. El proyectil le había perforado el pulmón izquierdo, saliendo luego por la espalda. Parece que rozó el corazón o algún vaso importante. Pero ¡ah, aquella mujer! No puedo decirle lo fuerte y valiente que era. Fue preciso que tres hombres la sujetaran para que pudiésemos recoger el cadáver, conducirlo al bote y traerlo aquí. Cuando nos pusimos en marcha creíamos que la mujer estaba desmayada. Pero de pronto la vimos aparecer en el desembarcadero, arrojarse al agua y nadar hacia nuestra canoa. Yo la dejé subir. ¿Qué iba a hacer? El río está lleno de cocodrilos, y la infeliz no hubiese tardado en ser devorada. ¡Ah, qué noche tan terrible, amigo mío! No la podré olvidar mientras viva. Aissa se sentó en el fondo de la barca, junto al cadáver de Willems, y apoyó la cabeza del muerto en su regazo, acariciando y secando de vez en cuando el rostro amado con sus cabellos negros. Durante toda la noche estuvo murmurando tiernas

palabras junto a los oídos del cadáver. Yo llevaba conmigo al piloto de la goleta de Lingard y a cuatro remeros; pero aquél decía luego que ni por todo el oro del mundo repetiría una expedición semejante. Lo comprendo. Todavía, al recordar aquella noche, me estremezco de pies a cabeza. ¿Cree usted que el muerto oyó algo? Dígame, ¿cree usted que los muertos oyen?

—Yo soy materialista, amigo mío —contestó el sabio, vaciando de un golpe su vaso de ginebra y sonriendo después.

Almayer continuó:

—Nadie se dio cuenta de cómo había ocurrido, excepto Mahmat, el remero. Él afirma que lo separaban de Willems y de Aissa dos veces la longitud de su lanza. Cuenta que las dos mujeres se peleaban, mientras Willems permanecía entre ellas. Mahmat dice que cuando Joana se marchó con el niño hacia el río, Willems y Aissa parecieron enloquecer. Saltaban, gritaban, se insultaban y se amenazaban mutuamente. Mahmat suele añadir precisamente estas palabras: «Yo vi que la mujer levantaba el revólver en dirección al río. Me estremecí, porque me hallaba detrás del hombre, y pensé que podía ser herido. Entonces di un salto y me oculté tras una especie de ribazo, desde donde pude ver que él saltaba como los tigres, queriendo acercarse a ella. La muchacha no apuntó siquiera al disparar. El revólver se movía de un lado a otro en aquella mano temblorosa, y vi que en los ojos de Aissa había un brillo terrible, no sé si de miedo o de cólera. Disparó. Un solo disparo. Y el hombre se detuvo como si le hubieran puesto una mano en el pecho. Se llevó las manos a los ojos y permaneció muy erguido, muy tieso, durante tanto tiempo que se hubiera podido contar con toda lentitud: ¡Uno, dos, tres...! Luego tosió y cayó de bruces, con las manos extendidas. La hija de Omar gritaba como una loca. Después se acercó a él y siguió gritando, como si maldijera. Yo huí hacia mi barca. Allí estaba la otra mujer con el niño, la mujer que me había prometido dinero. Y yo y mis hermanos comenzamos a alejarnos, sin tener en cuenta los gritos de la mujer que iba con nosotros. Somos pobres, y estábamos perdiendo un tiempo precioso por tan poco dinero...». Eso dice Mahmat. Puede usted interrogarle. Es ese barquero que le ha llevado varias veces en sus excursiones por el río.

—El ladrón más terrible que he encontrado en mi vida —dijo el naturalista.

—¡Oh, tal vez! Pero crea usted que, en el fondo, no es mala persona. Sus dos hermanos eran otra cosa. Los mataron por ladrones. Pero Mahmat sigue siendo un barquero honrado, cuyos servicios utiliza todo el mundo, menos yo, pues tengo muchos barqueros propios. En fin, volviendo a los asuntos de la colonia. Lakamba es el verdadero sultán y tiene como factótum a ese tuerto, Babalatchi, un pobre vagabundo, el cual me obliga a hacer antesala cuando por mis asuntos tengo que ir al palacio que fue de Patalolo, el viejo sultán del país. En cuanto a Abdulah, ya sabe usted que vive aquí, donde se ha hecho construir un palacio soberbio. Él dice que lo hace por vivir lejos de los blancos, cuando en realidad tiene soldados blancos y esclavos a millares. Ya sabe usted también que posee una casa en Penang, donde pasa

algunas temporadas. Es inmensamente rico y poderoso. Tiene flotas enteras, y en realidad es el dueño del comercio de todas estas islas. Y por tener, hasta tiene piratas a su servicio, los cuales me desvalijan de vez en cuando. Pero todo lo tenemos que soportar con tal de que nos permita vivir. Creo que sabrá usted lo que hizo con mi pobre padre adoptivo, el capitán Lingard. Después de estar a mal con él varios meses y perseguirlo por todos los medios, le hizo volver a Europa, en realidad desterrado de aquí. Y desde entonces nadie ha sabido lo que fue de él. ¡Que un hombre como el capitán Lingard, que fue dueño de estos mares durante tantos años, haya tenido que desaparecer lo mismo que el más humilde de los *coolies*! ¿Qué le parece a usted? Es fantástico, ¿verdad?

El naturalista asintió y dijo:

—¡Era un gran corazón, un hombre muy sentimental! ¡Yo también soy un sentimental!

Almayer sonrió, porque el rumano hablaba un inglés incorrecto, que le hacía equivocarse y tartamudear las palabras.

—Era un gran corazón, un gran hombre —prosiguió Almayer—. Ya sabe usted lo que le conté sobre la muerte de aquel vagabundo. El capitán se empeñó en hacerle una sepultura adecuada y en poner una lápida en ella. Se gastó mucho dinero. La inscripción de la lápida la puso él mismo, y yo no la he descifrado todavía. Dice: «PETER WILLEMS. LIBERTADO DE SU ENEMIGO POR LA GRACIA DE DIOS». ¿Qué enemigo era ése? A menos que Lingard no se refiriese a él mismo... ¿Usted no ha visto la tumba? Está allí, en una colina, en lo alto, al otro lado del río. Ya iremos un día. Yo le acompañaré. Es la segunda sepultura de un hombre blanco que hay en la isla...

El naturalista preguntó entre dos sorbos:

—¿Y la mujer?

—¿La mujer de Willems? ¡Ah! El bueno de Lingard se la llevó con su hijo a Macasar, donde Dios sabe qué habrá sido de la viuda y del huérfano. Cuando vuelva usted a Singapur le daré una carta para Mrs. Winck interesándome por ellos. Mi hija también vive allí... ¡Feliz usted que podrá verla! ¡Mi Nina adorada! Dicen que es tan hermosa que...

El naturalista llenó su vaso y dijo, interrumpiéndole:

—¡Ya me lo ha dicho usted mil veces! ¡No sabe hablar más que de su hija! Dígame, ¿qué fue de la otra mujer, de esa... Ai...ssa?

—¡Oh, aquí la ayudamos con todo interés! Estuvo loca durante algún tiempo, o al menos lo parecía. El capitán también se interesó mucho por ella. Le cedimos una casa en nuestra hacienda, para que viviera en ella. Por allí erraba siempre, como un alma en pena, sin hablar con nadie. Sólo cuando se encontraba con Abdulah comenzaba a maldecir y a gritar, hasta que le daba una especie de ataque de locura. A menudo desaparecía, y había que buscarla en los sitios más extraños, errando por los campos, escondida entre la maleza, o bien por los bosques. Pero casi siempre la encontrábamos muy lejos de aquí, en una huerta por la que pasa un arroyuelo, donde

había vivido con su padre. Todo el mundo la temía. Solamente mi hijita Nina lograba apaciguarla. Aissa llegó a sentir por mi pequeña un verdadero cariño, lo cual no es extraño, porque ya sabe usted que mi hija es irresistible. La muchacha fue como una niñera para Nina. Una vez que mi hija se cayó al río, junto al desembarcadero, Aissa se arrojó al agua, logrando sacarla sin otro daño que el susto y el baño consiguientes. Ahora, claro está, vive con mis criadas, pero hace lo que quiere.

El naturalista, que se llevaba el vaso a la boca, interrumpió su movimiento y preguntó:

—Pero ¿está aquí?

—Sí. Está vieja y desconocida, pero aquí sigue. Y mientras yo tenga un puñado de arroz y un poco de algodón en el almacén, a ella no le faltará nada. Ya la vio usted. Este mediodía estuvo aquí con Alí.

El rumano volvió a preguntar:

—¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Era esa vieja arrugada y miserable que estuvo aquí cuando comíamos?

—Sí. Aquí la gente envejece pronto. Además, la infeliz ha pasado unos años horribles de soledad y tristeza.

—¡Es lamentable! —comentó el viajero apurando de golpe otro vaso.

Luego, como Almayer había callado, el rumano comenzó a cabecear de sueño. Almayer se levantó, se acercó a la veranda y contempló la noche serena. Los bosques, que se señalaban como manchas sombrías, parecían descansar en el agua del río, que cantaba dulcemente en las tinieblas. Al fondo, la colina en la que Lingard había hecho enterrar a su último prisionero resaltaba como una masa negra, recortando sus contornos contra la claridad lunar de un cielo muy puro. Almayer contempló fijamente durante largo rato la cima de la colina, como si intentara distinguir la tumba de Willems, blanca, cándida y abandonada para siempre. Cuando se volvió vio que su huésped se había dormido, con la cabeza entre los brazos y medio cuerpo apoyado en la mesa.

Almayer no quiso respetar su sueño.

Dio un golpecito en la mesa y despertó al rumano, el cual alargó inmediatamente una mano hacia la botella de ginebra y otra hacia el vaso. Almayer, que no vio o no quiso ver el movimiento de su huésped, preguntó como si hablara consigo mismo:

—Y ahora, mire usted allá. Usted, que ha visto tantos libros y es un sabio, dígame, por favor, ¿por qué y para qué nacen esos seres perversos? Míreme usted a mí. Soy un hombre honrado, no he hecho nunca mal a nadie, y, sin embargo, todos los asuntos me salen mal, todo se me viene al suelo, no tengo éxito en nada. En cambio, un bandido como el que está enterrado en la cima de aquella colina nace en Rotterdam o en algún otro lugar de la Tierra, llega hasta aquí atravesando el mundo, roba a sus patronos, abandona a su mujer, tiene amantes, engaña doncellas y siembra a su paso la desolación, el dolor, la ruina y la muerte, como hizo conmigo y con mi pobre hacienda, que casi arruinó para siempre. ¡Él me arruinó y arruinó a mi hija! ¡Él

nos arruinó a todos, y por último fue a morir de un tiro disparado por una pobre y miserable muchacha salvaje, que ni siquiera le conocía, que no sabía nada de él! ¿Dónde está la explicación de todo esto? ¿Qué ley, qué sentido fatal, qué Providencia es la que lo rige y dispone? ¿Dónde está el bien en todo esto? ¡La vida es un engaño, amigo mío, el mundo entero es un engaño! ¿Por qué he de sufrir como sufro? ¡Y precisamente por culpa de esos seres abyectos! ¿Qué he hecho yo para que la Providencia me trate así, para ser tan bárbaramente desgraciado?

Almayer se calló y permaneció con ambas manos levantadas.

El naturalista, al ver el aspecto casi trágico de su amigo, se quedó con el vaso en alto. Luego hizo un enorme esfuerzo mental para contestar en inglés:

—Mi querido... amigo..., comprendo que tiene usted... mil razones... y que su vida es ejemplar... Yo quisiera..., yo quisiera...

Pero se hizo un lío y optó por apurar de nuevo el vaso que tenía en la mano. Cuando fue a hablar de nuevo, ya no pudo: su cabeza cayó pesadamente en sus brazos, extendidos sobre la mesa, y lanzó un hondo ronquido de cansancio y de sueño.

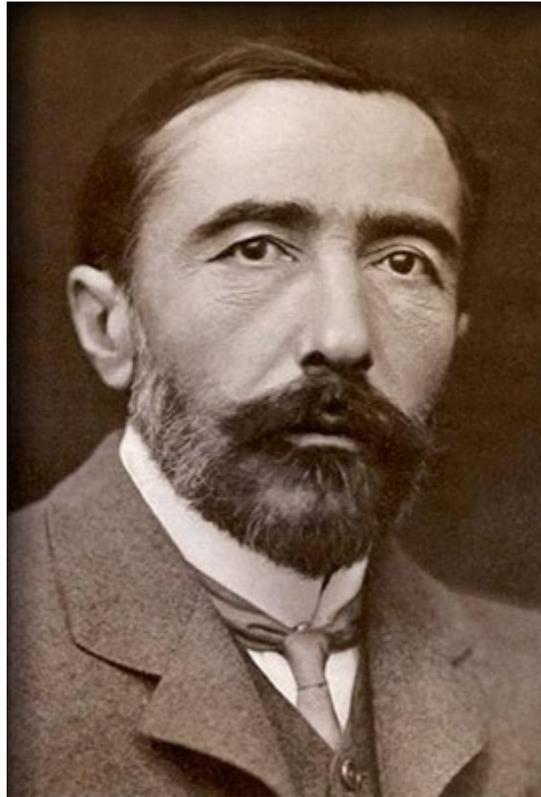
Almayer sonrió, se encogió de hombros y volvió a apoyarse un instante en la barandilla. Sus ojos se perdieron de nuevo entre las sombras, y al fin, lo mismo que el dolor vuelve a la herida, sus pupilas volvieron a buscar la cima de la colina donde Willems estaba enterrado.

Almayer sintió que sus puños se crispaban en la sombra. Pensó en aquel infame, en aquel traidor que le había arruinado con sus mentiras, con sus locuras, con sus vilezas, y una ráfaga de rebeldía cruzó por su mente. Entonces, sin poder contenerse, seguro de que el naturalista no podría oírle, de que nadie podría oírle, gritó con los ojos fijos en lo alto de la colina, donde resaltaba la piedra blanca de la losa:

—¡Lingard no lo hizo bien, no lo hizo bien! ¡Mi padre adoptivo fue demasiado bueno con ese miserable! ¡Su cadáver debía haber sido echado a los cuervos, a los lobos! ¡Yo quise que te escaparas, pero no por ti, sino por él, por nosotros, por Lingard y por mi hija, por todos los seres que amo y que he amado! ¿Dónde estás ahora, Willems, dónde estás? ¿Dónde estás, dime? ¡Supongo que en un sitio donde no habrá para ti ni piedad ni esperanza!

«¡Esperanza!», repitieron en un eco dulcísimo los bosques dormidos, el río y las colinas.

Pero Almayer, que estaba abstraído, con la cabeza inclinada y una sonrisa amarga en los labios, no oyó ninguna respuesta.



JOSEPH CONRAD. Llamado en realidad Joseph Korzeniowski, Joseph Conrad, nacionalizado inglés, nació en Berdyczew (Ucrania) en 1873 y murió en Bishopsbourne (Kent) en 1924. Entre sus obras destacan «*Tifón*», «*Lord Jim*» — llevada a la pantalla con extraordinario éxito— y «*El negro del Narcisus*». Se distingue por el profundo análisis psicológico de los personajes y el magistral planteamiento de las situaciones. En *Un vagabundo de las islas* nos presenta a Peter Willems, protagonista de una historia prefaulkneriana, auténtico holandés errante. Como Lord Jim, es un personaje típicamente conradiano: maldito, prisionero de sus propias pasiones, megalómano y, al fin, atormentado por el peso de la culpa. El autor nos sitúa con esta obra en la capital de las islas Célebes, donde vemos a Willems como un pequeño reyezuelo, mano derecha del poderoso y cruel comerciante Hudig. Pletórica de situaciones extremas, en la obra fascina, sobre todo, la oscura y maldita personalidad del holandés, misterioso y enigmático enemigo de sí mismo.

Notas

[1] Nombre con que se designaba al pabellón del Reino Unido antes del desmembramiento de Irlanda. (*N. del T.*). <<